

SERIE COMPLETA

Los Smith

*perfectos
imperfectos*

VALERIAM ÉMAR

**LOS SMITH, PERFECTOS
IMPERFECTOS**

Serie completa

Valerian Émar

A Él, mi amigo, todas las menciones

Serie: Los Smith, perfectos imperfectos

Copyright © 2018 Valeriam Émar

Primera edición

Reservados todos los derechos. Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra, por cualquier medio o procedimiento mecánico o electrónico, fotocopias o difusión a través de internet sin autorización previa del autor, bajo las sanciones establecidas por las leyes.

Si
CECE
lo dice

ÍNDICE

PRÓLOGO

1. CECE AMOR

2. LA REDACCIÓN

3. COMPROMISO ROTO

4. EL CLUB DE LOS VENGADORES

5. EL PASTEL DE BODA

6. EL CAMARADA DE LOS DEPORTES

7. BUSCANDO LA IGLESIA

8. EL ÚLTIMO VIERNES

9. EL VESTIDO DE LA DAMA DE HONOR

10. UNA VISITA INESPERADA

11. DESPEDIDA DE SOLTEROS

12. EL CAMARADA ATACA OTRA VEZ

13. EL ENEMIGO SIEMPRE ESTUVO CERCA

14. CORAZÓN CIEGO

15. ALIADA

16. CORTEJO

17. LOS PADRINOS

EPÍLOGO

PRÓLOGO

EN UNA remota isla del caribe, llamada Mulheres Tridente, habitada por solo mujeres, consideraban que ellas hacían las cosas mucho mejor que si los hombres estuviesen a cargo. Cuando surgían disputas, se buscaba el consenso en vez del problema. Nadie competía con nadie. Eran todas para una y una para todas.

Mulheres Tridente había sido fundada por Cece de Coração. Las olas la habían llevado hacia la isla cuando su embarcación se hundió en el mar mientras intentaba alejarse de su pueblo. Ella había sido expulsada de su hogar cuando la acusaron de adúltera al quedarse embarazada de un hombre que estaba comprometido. Agradecida de que la isla la había protegido y salvado la vida, Cece había ofrecido a su hija en compensación para que cuidara que Mulheres Tridente siguiera en el anonimato. Y desde entonces, en la isla solo se concebían hijas mujeres.

Las que se marchaban en busca de un marido, eran exiliadas y maldecidas por romper el protocolo de la comunidad. Temían que la zona se llenara de hombres y les modificara su forma de vida. Cada cierto tiempo, durante luna llena, ellas salían en grupo para seducir a pescadores y los llevaban a la isla para concebir hijos y luego los regresaban al mar. Y esas eran las únicas veces que un hombre podía pisar Mulheres Tridentes.

Nelma de Lima, había sido una de las tantas hijas que la isla había recibido como ofrenda, sería la primera mujer en romper las normas de la comunidad. Ella siempre había querido saber que existía más allá del océano que la rodeaba. Lo poco que conocía, lo hacía a través de los libros que las mujeres les robaban a los marineros.

Una tarde, mientras recolectaba cocos en la playa y observaba el anaranjado horizonte, supo que su monótona vida no volvería a ser la de siempre. Sus pupilas se dilataron y sus latidos empezaron a sonar más fuerte. Las olas habían arrimado una balsa a la orilla que traía a un hombre inconsciente, que tenía la piel cuarteada por el sol y estaba fuertemente deshidratado. Esa había sido la primera vez que la joven había visto a un hombre fuera de los libros. Su curiosidad le impidió regresarlo al mar.

Las olas le habían traído a Nelma su pasaje a la libertad.

Se aseguró de que nadie la viera cuando lo llevó a su cabaña para curarlo, a pesar de que sabía que estaba infringiendo una regla importante de Mulheres Tridentes.

El forastero se fue mejorando con sus cuidados con los días. Y ella se fue enamorando. Cuando él pudo empezar a hablar, contó que lo habían asaltado unos piratas y lo habían arrojado de la embarcación al océano, y había perdido a sus compañeros. Peter era arqueólogo y navegaba en busca de nuevos descubrimientos. Su grupo había salido de Inglaterra.

Él no fue inmune a la belleza de Nelma. Una isleña de piel dorada con ojos turquesas como las aguas del caribe. Descubrió que Mulheres Tridente no era solo una leyenda de marineros. Cuando la joven le dio los motivos por los cual ellos no iban a poder estar juntos, que ella le pertenecía a la isla, Peter le pidió que huyera con él a Londres. Ella no había salido nunca de la isla y sabía que no iba a poder ocultar a Peter por mucho más tiempo.

Nelma juntó a las mujeres en la aldea de reunión y les habló de Peter. Y como imaginó, no tomaron nada bien que hubiera estado ocultando a un hombre en su comunidad e hicieron uso del reglamento.

Nelma fue expulsada de la isla.

Nelma salió de la isla embarazada.

Nelma tuvo a su hija en Londres y la llamó Cece, como la fundadora de Mulheres Tridente.

La isla le concedió a Cece un poder: ser experta en el amor.

Y la isla también le concedió una maldición: no distinguir el amor verdadero aunque lo tuviese en frente de sus ojos.

1. CECE AMOR

¿Puedo nombrar al mejor amigo/a de mi pareja?

A. Sí

B. No

«**EL EXCESO** de pasión, pero poco compromiso, podría resultar un viaje muy emocionante pero de corta duración», escribió para finalizar la última frase del artículo que tenía que publicar en la columna de la revista *Mujeres arriba*. Ella era una consejera sentimental y recibía varios correos por día de sus seguidoras pidiendo su ayuda.

Cece amor era famosa por no fallar nunca.

Cece amor era una experta dando consejos sentimentales, pero su vida amorosa era un desastre.

Ella había sido concebida en una isla que le había dado el don de que otras personas conocieran el amor verdadero y la maldición de que ella no pudiera ver el suyo. ¿Y la maldición podía romperse? A sus treinta años no había encontrado una respuesta a esa pregunta.

Apagó el ordenador y se levantó de la silla para meter el pavo en el horno. Alegra, su mejor amiga, iría a cenar, como todos los viernes por las noches. En su grupo de amigas, ellas eran las únicas que aún no se habían casado ni tenían hijos. Todavía le quedaba una aliada con quien burlarse de sus amigas casadas que nunca podían juntarse un viernes por la noche.

La luz verde del contestador titilaba. Apretó el botón y se escuchó:

«Hola, Cece, lo siento pero esta noche no podré ir, tuve que llevar a Tom

al médico. La próxima vez prometo ir».

Borró el mensaje. No era ninguna novedad que ella no vendría a la cena. Tom era el hijo pequeño de Sofía, y estaba segura que en la próxima junta ella tampoco podría. Sofía había enviudado hacía dos años y a veces era bastante sobreprotectora con su hijo. Escuchó el mensaje siguiente:

«Sé que te prometí que iría esta noche, pero David me ha sorprendido con un viaje a Paris. ¡Ya sabes cuánto amo Paris! No pude negarme. Llevaré el vino en la próxima para recompensarte».

El flamante marido de Rachel siempre hacía cosas por el estilo para renovar el amor que había entre ellos. Era común que la sorprendiera con viajes exóticos, joyas, carteras. Suspiró. Hasta sentía un poco de envidia. Había hecho un buen trabajo cuando los presentó. Se sobresaltó cuando Alegra tocó el portero. Después de unos segundos, ella subió a su piso. Alegra era la fotógrafa de la revista *Mujeres arriba*, y fácilmente podía pasar por unas de las modelos con su casi metro ochenta.

—Traje el vino —dijo, enseñándole la botella del malbec cuando ingresó y luego la dejó sobre la encimera de la cocina—. Huele delicioso aquí adentro.

Ella sacó el destapador del primer cajón, abrió la botella y sirvió el líquido oscuro en las copas.

—El pavo estará en un momento y podrás llevarte un pedazo en un tapper porque seremos nosotras dos otra vez —le avisó.

—Como todos los viernes —replicó Alegra—. Deberíamos empezar a comer en un restaurante.

Se quitó las gafas de lectura cuando el vapor del horno le empañó los cristales al abrir la puerta.

—Pero es tradición juntarnos lo viernes en mi casa y búrlanos de nuestras amigas casadas, y agradecer de la suerte que tenemos de seguir solteras —le recordó.

Alegra se aclaró la garganta y deslizó el dedo índice por el pie de la copa. La conocía hacía bastante tiempo para saber que ella intentaba decirle algo que sabía que iba a molestarla.

—He decidido darle otra oportunidad a Lennon.

—¿Lennon? —Repitió—. ¿Quién conocimos en las Filipinas cuando fuimos de vacaciones e hizo que nos bajaran del avión porque según él había una bomba?

Alegra asintió con la cabeza.

—Tú fuiste quien me lo presentó —farfulló como una defensa muy débil.

—Estaba borracha y el alcohol me nubló el juicio.

—Cece amor nunca falla.

—Siempre hay una primera vez —murmuró a través de los dientes—. ¿Por qué quieres darle otra oportunidad a ese idiota?

—Porque tengo treinta y dos años y el reloj biológico se me está pasando.

Ella soltó un bufido.

—No eres tan vieja —gimió. Ella era solo un año menor—. Además, puedes congelar tus óvulos hasta que aparezca el hombre adecuado.

—Lennon podría ser el hombre adecuado.

Lo que ella recordaba de Lennon era que era un gilipollas con dinero alérgico al trabajo, y él no podía ser el hombre adecuado para ninguna mujer. Cogió la cuchilla y un tenedor y empezó a trozar el pavo cuando lo sacó del

horno y lo fue poniendo en una fuente con más fuerza de la necesaria.

—No sabía que lo habías vuelto a ver —masculló, deshuesando la pata del pavo con la mano.

—Nos cruzamos en una galería de arte y empezamos a escribirnos —le contó—. Lenon podría ser un buen padre para mi hijo.

Bebió un trago de vino antes de decir:

—Entonces lo que buscas es su esperma.

—Él es guapo, se mantiene solo y folla como lo dioses. ¿Qué hay de malo que quiera su esperma?

—Te sería más sencillo ir a un banco de semen.

Alegra puso los ojos en blanco.

—Quiero que me apoyes en esto Cece.

Alegra era una experta para salir con hombres inadecuados y estaba segura que Lenon encajaba a la perfección en esa categoría. Se limpió la mano con un trapo y se esforzó por sonreír. De algún modo se encargaría para que abriese los ojos y se diera cuenta de su error. Además de sentirse culpable porque ella había sido quien los había presentado. Para que quedara en claro, ese día se encontraban en una isla paradisíaca, en víspera de año nuevo y con varias copas encima. El exceso de felicidad también puede hacer que uno cometa errores.

—Sabes que siempre contarás conmigo —dijo a regañadientes.

—Lo sé —afirmó—, y esa es la razón por la que te pediré unos días de la próxima semana.

Además de tener la sección de *Si Cece lo dice* en la revista, también era la

jefa de redacción. En otras palabras, ella era su jefa. Vació la copa de un solo trago y le lanzó una mirada precavida.

—¿Puedo saber por qué necesitas tomarte unos días?

Alegra le volvió a llenar la copa de vino.

—Debo ir a Edimburgo...

—¿Edimburgo? —Repitió, ceñuda—. ¿Acaso la editorial te ha pedido fotos de Escocia?

—¿Llevo el pavo a la mesa? —preguntó, sujetando la fuente entre las manos.

Ella la siguió por detrás. Tenía la sospecha que no le iba a gustar su respuesta.

—¿Hay algo más que debo saber que aún no me has dicho? —le cuestionó.

Alegra se sentó en la silla y apoyó los codos sobre la mesa.

—Vale, planeaba decírtelo después de la cena.

Se cruzó de brazos y ladeó la cabeza hacia un costado.

—El donante de esperma tiene algo que ver en todo esto, ¿verdad?

—Lennon me ha pedido que conozca a sus padres.

Dejó caer el cuerpo en la silla.

—¿No es demasiado pronto?

—Sabía que no ibas a entenderme.

—Pienso que deberías ir más despacio —comentó, sirviéndose una pata del pavo en el plato.

Alegra chasqueó la lengua.

—Creo haberte dicho que mi reloj biológico está corriendo. En un mes tendré treinta y tres años, y no puedo seguir esperando que aparezca una mejor opción. En este momento, Lennon es mi mejor opción —dijo, decidida—. Y como sé que eres una buena amiga, me apoyarás en esto.

Ella cogió la servilleta y la puso sobre el regazo.

—Apoyarte en esta locura sería como ir en contra de mis principios. Soy Cece amor, la que te ayuda a encontrar a tu pareja correcta con cien por ciento de acierto, ¿lo recuerdas, verdad? —Farfulló—. Si alguien se entera de esto, creerán que soy un fraude.

Alegra dejó los cubiertos al costado del plato.

—¡Joder, Cece! —Chilló—. Solo te estoy pidiendo que me des unos días libres para la próxima semana. Y si tus lectoras supieran que su consejera de amor es un fracaso en su vida sentimental, también pensarían que eres un fraude.

Ella la miró boquiabierta.

—Ya sabes la razón de mi fracaso amoroso, nunca hallaré al amor verdadero y cada hombre que se me acerca, les traigo mala suerte.

Y todos sus ex podían corroborar lo que decía.

—¡Oh, sí! —Exclamó, abriendo grande los ojos—. Fuiste engendrada en una isla de solo mujeres que te maldijeron cuando expulsaron a tu madre —repuso con evidente sarcasmo—. ¿Alguna vez has pensado en regresar a la isla?

Se llevó un bocado de pavo a la boca, masticó despacio y luego respondió:

—Lo haría si supiera donde queda exactamente.

—Tal vez no lo sabes porque no existe, cariño.

Ella resopló.

—¿Tienes el periodo, verdad?

Alegra relajó los hombros e inclinó la copa hacia ella.

—Llevemos la cena en paz, ¿vale?

Asintió con la cabeza y sonrió.

—Te daré los días que me pides.

—Gracias —repuso, seguido de beber un sorbo de vino—. Prometo que serás la madrina de mi hijo.

—Y te prometo que encontraré el padre correcto para mi ahijado.

2. LA REDACCIÓN

¿El romance es definitivamente parte de nuestra relación?

A. Sí

B. No

CRUZÓ las piernas y miró a su secretaria por encima de las gafas, a la vez que tamborileaba el bolígrafo sobre el cuaderno que tenía encima del regazo. Katy le había pedido que le diera una sesión de pareja con su esposo en su despacho y los ayudara a recuperar su relación del principio. Hacían siete años que ellos estaban casados y su matrimonio no estaba funcionando muy bien. Podía ver ira retenida dentro de la pareja y cuando la olla estallara, ninguno de los dos se beneficiaría. Su misión era prevenir el desastre que les vendrían si no mejoraban su comunicación.

—Tal vez mis métodos no sean tan convencionales, pero para que funcionen ustedes deben cooperar —les advirtió.

—Haremos todo lo que nos pidas, Cece —repuso su secretaria como si en ella estuviese todas sus esperanzas para salvar su matrimonio.

—Vale... —hizo una pausa—. Ahora quiero que se miren el uno al otro a los ojos y se digan todos los insultos que hasta al momento no se han atrevido a decirse.

Katy, su secretaria, la miró ceñuda.

—¿Nos pides que nos insultemos?

—Sí, tendrán este espacio para decirse todas las cosas que no se dicen por miedo a lastimarse —afirmó—. Hagan de cuenta que mi oficina es en un

terreno neutral.

—Pero no tengo nada malo que decirle a mi esposa —añadió Devon.

Y ese era el problema. Él no tenía reacción, parecía vivir en automático y celebraba cada palabra que decía su mujer.

—Empezarás tú, Katy —le pidió.

Su secretaria asintió con la cabeza. Observó a su marido a la cara y dijo:

—Cabrón, chupa pene, borracho, mediocre, pene flojo, desgraciado, come mierda...

La sesión se interrumpió cuando golpearon la puerta. Susan, la directora de la editorial, asomó la cabeza en su despacho.

—Necesito tu artículo para la impresión de mañana, Cece —le avisó su jefa.

Se quitó las gafas y las apoyó sobre el cuaderno.

—Te lo llevaré a la oficina en un momento.

—Vale —expresó. Echó una ojeada en su despacho y arrugó el entrecejo al ver a su secretaria con su marido—. ¿Qué estaban haciendo?

El rostro de Katy entró en pánico. Si Susan se enteraba que su secretaria se había tomado su hora de trabajo para sus problemas personales, su puesto en la redacción corría grave peligro.

—El artículo que saldrá el viernes estará dirigido al verdadero enemigo del matrimonio, la rutina y Katy se ha ofrecido a ayudarme con el tema —respondió, lanzándole a su secretaria una mirada tranquilizadora.

La directora la señaló con el dedo índice.

—Quiero el artículo sobre mi escritorio en una hora.

Susan había fundado *Mujeres arriba*, una de las revistas del corazón más vendida entre las mujeres, en la cochera de su casa y esa era la razón por la que ella siempre estaba en cada detalle, buscando la perfección de sus notas. Por momentos podía ser bastante asfixiante con lo exigente que era con sus empleados, pero comprendía que debía ser una tarea ardua para ella mantener su pequeño imperio. Le había dedicado toda su vida, ni si quiera había llegado a casarse. Su amor era la revista y había pagado un precio muy alto por tenerla: llevar una vida solitaria. Suspiró. Tal vez *Cece amor* podía hacer algo por su jefa.

—Tendrás la nota en tu oficina en media hora —replicó.

Katy se llevó una mano al pecho cuando la directora se retiró.

—Gracias, Cece, pensé que iba a quedarme sin empleo.

—Pero perderé el mío si no le entrego el artículo en media hora —dijo. Miró a Devon y añadió—: En nuestra próxima sesión deberás traer anotado todos los insultos reprimidos que no te atreves a decirle a tu esposa.

Él negó con la cabeza.

—Esto no funcionará, tengo la mejor mujer del mundo.

Katy soltó un bufido.

—Me he acostado con todos tus compañeros del Buffet.

Devon abrió grande los ojos.

—También le he practicado sexo oral a tu jefe en su oficina mientras esperaba que tú regresaras de un caso.

—¡Eres una zorra! —Rugió él—. ¡Mataré a esos hijos de puta!

Kate se cruzó de brazos y sonrió.

—Mi esposo ya tiene material para escribir su lista de insultos.

Cogió una de las tantas cartas que su secretaria le había dejado encima del escritorio. Le gustaba tomarse el tiempo para leer a sus lectoras y contestarles en la sección *Cece responde* que se publicaban los días miércoles. Sus ojos empezaron a moverse al ritmo de la lectura:

«Querida Cece,

Soy tu más fiel seguidora, recurro a ti porque sé que me darás el consejo que necesito en este momento de mi vida. Soy una mujer desdichada. Se supone que debería estar feliz porque en un mes me caso, pero siento que me asfixio cuando pienso en la boda e imagino que tendré que compartir mi vida con un hombre que ya no sé si amo. Me han dicho que son los nervios de la boda, pero no estoy segura de que lo sea. ¡Tengo fantasías con otros hombres todo el tiempo! ¿Acaso eso también es normal? Él ya no me complace en la cama como antes ni tampoco me mira como solía hacerlo. Todo se ha vuelto una monotonía. Creo que me propuso matrimonio porque se sintió en la obligación de hacerlo después de cumplir cuatro años de novio.

¿Y si él no es el hombre de mi vida? ¡Qué debo hacer Cece! ¿Piensas que no debo casarme?

Te saluda, una novia desesperada».

Ella se tomó unos segundos para meditar antes de responderle a su lectora. Era un típico caso de parejas que habían entrado en la etapa de la monotonía y creían que el matrimonio solucionaría todos sus problemas. Matrimonios que terminaban en fracasos y en menos de un año se pedían el

divorcio.

«Querida novia desesperada,

Has hecho bien en escribirme, me gustaría tener una bola de cristal y decirte lo que debes hacer, pero la decisión final de si debes continuar con la boda depende de ti, solo puedo ayudarte a saber si eres compatible con tu pareja. ¡Todavía estás a tiempo de no cometer un grave error!

Si no coinciden en las respuestas a las preguntas que deben responder, puede que no sean del todo compatibles. Lo mejor para tener cosas en común con tu [pareja](#) es mediante aficiones y de ese modo podrán disfrutar del tiempo que pasan juntos. ¿Les gusta el mismo [deporte](#)? ¿Tienen un plato preferido? ¿Coinciden cuando les preguntan cuál es su [ciudad favorita](#)? Pero para el matrimonio ya no solo importan temas triviales como estos, sino también en las cuestiones que consideran más importantes. ¿Tienen una idea en común sobre su futuro? Si no te habías planteado la compatibilidad con tu [pareja](#), deberías hacerlo antes de dar un paso tan importante. Y sobre todo, deberías conocerte a ti misma para saber qué es lo que realmente quieres dentro y fuera de la cama.

Te dejaré algunas reflexiones para que medites con tu almohada. ¡Debes ser cien por ciento sincera contigo misma!

¿Te ha llegado este amor cuando ya empezabas a impacientarte?

¿Eres una mujer independiente y capaz de ser feliz sin pareja?

¿Necesitas tener una pareja estable para sentirte segura y protegida?

¿Crees que el hombre con el que quieres compartir tu vida te valora y respeta tus inquietudes?

¿Para ti lo prioritario es verte un día convertida en madre y esposa?

¿Confías en que con paciencia le harás cambiar en algunos aspectos?

¿Has estado enamorada de otro más de lo que lo estás ahora de él?

¿Estarías dispuesta a renunciar a algunos sueños por él?

Espero haberte ayudado, novia desesperada. Y no olvides de compartir con todas nosotras la decisión que vayas a tomar. Tu caso puede ayudar a otras mujeres.

Tu consejera, Cece Amor».

Se reclinó en la silla y leyó otra vez su respuesta para no omitir ningún punto importante. Se sintió satisfecha por lo que había escrito. Esperaba que su lectora pudiera tomar la decisión correcta. Mando a imprimir la nota y luego se dirigió a la oficina de la directora para dejarle el artículo sobre el escritorio.

3. COMPROMISO ROTO

*En las discusiones que tenemos, los dos tenemos
influencias y damos nuestros argumentos.*

A. Sí

B. No

ELLA no podía estar hablando en serio. Miró otra vez el anillo de compromiso que Jennifer le había devuelto, como si eso le ayudara a entender porque su prometida estaba rompiendo con él después de haber cumplido cuatro años de novios. Alzó la vista hacia ella completamente desorientado.

—Creí... creí que estábamos bien.

—Lo nuestro no tenía futuro, Jerry.

Él sacudió la cabeza.

—¿No tenía futuro? —Repitió, dejándose caer en el sofá—. ¿Y recién ahora te das cuenta de eso? ¡Faltan menos de tres meses para la boda! —rugió.

—Si seguimos con la boda, nos divorciaremos en menos de un año. ¿Es eso lo que quieres, Jerry? —Le cuestionó—. Admite que la pasión que había entre nosotros se ha acabado hace tiempo.

—¿Estás saliendo con otro, verdad?

Ella resopló.

—No existe un tercero —dijo—. Le pedí consejos a Cece amor y ella me

ha ayudado a aclarar mis ideas y a tomar una decisión.

Sus cejas se unieron en un ceño fruncido.

—¿Quién diablos es *Cece amor*?

—¿Lo ves Jerry? ¡Ni si quiera sabes quién es Cece amor! —Exclamó—. Te he estado comentado los artículos de ella durante todo este tiempo y tú ni si quiera me has escuchado. Cece tenía razón, no somos compatibles.

Él parpadeó.

—Déjame que te comprenda, cariño, dices que rompes conmigo porque una tal Cece te lo ha dicho.

Jennifer se cruzó de brazos.

—No directamente, pero sus consejos me ayudaron a tomar una determinación. Cece amor nunca se equivoca.

—¡Joder, Jennifer! Dime que todo esto es una broma.

Ella negó con la cabeza.

—No Jerry, la boda se cancela —dijo, decidida—. Y voy a pedirte que te vayas de la casa hoy mismo. Será lo mejor para los dos.

Se guardó el anillo de compromiso que había sido de su abuela en el bolsillo del pantalón. Todavía le costaba asimilar lo que le estaba sucediendo. Hacía una hora atrás, él estaba comprometido, se casaba en menos de tres meses y tenía una casa. ¡Todo se había ido al demonio por culpa de la tal Cece amor!

Se refregó el rostro con las manos y respiró hondo.

—Vale, será esto lo que haremos, cariño —continuó—. Me iré por unos días y tú te tomarás ese tiempo para recapacitar —intentó abrazarla, pero ella

se alejó—. Te darás cuenta que todo ha sido un grave error. Solo estás asustada por la boda, yo también lo estoy, es normal lo que te sucede.

—Dejé tus maletas preparada en la alcoba.

Él enarcó una ceja.

—Veo que ya tenías todo planificado —comentó, sorprendido.

—No lo hagas más difícil, Jerry.

Cogió las maletas que su prometida le había armado, dejando atrás lo que había sido su hogar durante cuatro años. Tragó el nudo que se le había formado en la garganta. Llamó a su primo para pedirle alojamiento en su departamento hasta que él encontrara un lugar a donde vivir. Juró que buscaría a la tal *Cece amor* y se vengaría por haber arruinado su planificada vida.

Alzó la vista de golpe cuando abrieron la puerta de la oficina. Dejó sus gafas de lectura sobre el escritorio y sonrió de oreja a oreja al ver que Alegra ingresar a su despacho. Ella había regresado unos días antes de su viaje a Edimburgo. Sabía que su romance con Lennon no podía ser nada serio.

—Te advertí que Lennon no era para ti —murmuró con cierto regocijo por no haberse equivocado.

Alegra corrió la silla y se sentó en frente de ella.

—Nunca pensé que diría esto, pero no has acertado por primera vez —dijo, divertida—. Si regresé antes de mi viaje, es porque no aguantaba un día más para contarte que Lennon me ha pedido matrimonio.

Soltó una risita.

—¿Ah, sí? —Explayó—. Y a mí la reina Isabel me ha invitado a tomar el

té.

Alegra extendió su mano izquierda y le enseñó su dedo anular que estaba decorado con un enorme diamante. Se le quedó mirando boquiabierta.

—¿Él te ha pedido matrimonio? —preguntó para asegurarse que había oído bien.

—¿Te he dejado helada, eh?

—¿Y qué has respondido tú?

—¿Tú que crees? —murmuró, mientras observaba su sortija con una sonrisa empalagosa.

Sacudió la cabeza.

—¿Acaso te has vuelto loca?

—Y tú serás una de las damas de honor —dijo, emocionada.

—¡Dama de honor una mierda! —Chilló, asentando las palmas de las manos contra el escritorio—. ¿No puedes hablar en serio? ¡Ni siquiera se conocen!

Alegra le lanzó una mirada pícaro.

—Lo que conozco de él me es suficiente —expresó—. ¡Vamos, Cece! ¿No te hace feliz verme feliz?

Lo sería si no supiera que Lennon era un imbécil.

—Ahora mismo le pediré a mi secretaria que haga una lista con los bancos de espermas que hay en Londres —dijo, extendiendo la mano para apretar el botón del intercomunicador y llamar a Katy.

Alegra apoyó su mano sobre la suya y la detuvo.

—No harás nada de eso, simplemente serás una buena dama de honor —farfulló—. Dale a Lennon otra oportunidad, ¿vale?

Ella parecía muy decidida de llevar a cabo la locura más grande de su vida. Soltó un bufido de exasperación y asintió con la cabeza.

—¡Estupendo! —Gimió Alegra, juntando las manos—. Llamaré a Sofía y a Rachel para darle la noticia.

Y fue allí cuando se dio cuenta que pronto ella se convertiría en la última soltera entre sus amigas. Se esforzó por esbozar una sonrisa.

—Ellas ahora estarán felices de saber que te has unido a su club —comentó.

Alegra enarcó una ceja.

—¿Acaso estás celosa? —se mofó.

Puso los ojos en blanco.

—Regresa a tu puesto, Alegra —dijo, poniéndose sus gafas de lectura—. Y espero que hayas traído buenas fotos de Edimburgo para la revista.

Alegra se levantó de la butaca y se detuvo bajo el marco de la puerta antes de salir de la oficina, y la observó por encima del hombro.

—Me olvidaba de avisarte que debes reunirte con el padrino que ha elegido Lennon y ayudarnos con los detalles de la boda que será en dos meses.

El rostro se le transfiguró.

—¡Pero yo no sé nada de bodas! —gimió.

—Y esa es la razón por la que el padrino del novio te ayudará con los detalles —replicó, cerrándole un ojo—. Lennon me avisó que él tiene algo de experiencia en el asunto.

Katy hizo a un lado a Alegra e ingresó al despacho como si hubiera visto al mismo demonio.

—¡Debes ver esto Cece! —gritó, apoderándose del teclado del ordenador.

Su secretaria le enseñó el blog del *Camarada del deporte*. Frunció el ceño. No entendía la razón por la que Katy se hallaba tan alterada. El perfil del blog era muy diferente al de la revista *Mujeres arriba*. Evidentemente, la página estaba dirigida a un público masculino.

—¿Quién es el *camarada del deporte*? —preguntó Alegra, mientras ojeaba la pantalla por detrás de sus espaldas.

—Él es conocido por sus artículos agresivos contra algunos dirigentes fraudulentos del deporte, y de haber logrado que ellos perdieran su cargo al desenmascararlos —respondió su secretaria—. Nadie sabe cómo es, actúa algo así como en el anonimato.

—¿Y por qué me quieres enseñar un blog que está dirigido al deporte?

Katy respiró hondo.

—¿Prometes no hacer un alboroto?

Ella no era fanática de ningún deporte, por lo tanto no existía razón para enojarse si su equipo preferido hubiera perdido. Asintió con la cabeza y su secretaria hizo «click» en el último artículo publicado por el dichoso camarada.

—¡Hijo de fruta! —rugió, levantándose de la butaca de golpe.

El camarada del deporte le había dedicado un artículo completo haciéndola quedar como un fraude. Había utilizado una foto suya para transformarla en una horrible medusa. «*Cece amor, la depredadora del romance*», la había bautizado el muy gilipollas.

—¿Cuál es el verdadero deporte de *Cece amor*? Sacarte roja directa y dejarte fuera del partido en el mejor momento. Es una perdedora que debe vivir su vida a través de los demás, y se siente poderosa destruyendo parejas felices. Si fuiste una de las tantas víctimas de sus artimañas, deja tu comentario. Solo unidos podremos desenmascararla. Les juro que nos llevaremos la copa al final del campeonato —leyó Alegra en voz alta—. ¡Vaya! Creo que te has hecho un enemigo.

Puso los brazos en jarra, soltando humo por los orificios de la nariz.

—Si logré que la mujer de ese gilipollas lo dejara, hice un gran acto a la humanidad.

—¿Y cómo sabes que el *camarada* en un hombre? —le cuestionó Alegra.

—Porque solo un hombre despechado puede sonar así.

—Las serpientes de tu cabeza no te quedan tan mal —se mofó su secretaria.

Ella le lanzó a Katy una mirada de advertencia para que cerrara la boca. No estaba de humor para bromas.

—Quiero que me averigüen todo lo que puedan sobre el capullo que se hace llamar el *camarada del deporte*.

—Le das más importancia al asunto de lo que deberías, Cece —dijo Alegra—. ¿Cuántas personas crees que leerán esto?

—Su blog tiene ocho millones de seguidores —comentó Katy—. Olvidé mencionarles que él o ella, es bastante famoso en su círculo del deporte.

Respiró hondo y les pidió que la dejaran sola en la oficina. Estaba tan molesta que no quería desquitársela con ellas. Dejó caer el cuerpo en la butaca y leyó los comentarios de los seguidores del blog. Se ahogó con un

gemido de consternación al leer la cantidad de mensajes que había contra ella. El mundo rosa en el que creía que vivía acababa de desmoronarse. Sabía que era una actitud masoquista seguir leyendo, pero no podía detenerse.

«Cece amor apesta, por su culpa mi mujer se fue con mi vecino».

«Cece amor hizo que mi novia me dejara».

«La zorra de Cece amor le metió en la cabeza a mi pareja que no éramos compatibles».

Hizo una mueca con la boca con desdén. *«Evidentemente quien hubiera escrito ese comentario, no podía ser compatible con ninguna persona sensata»*, pensó.

Apagó el ordenador y contó hasta tres. Él no conseguiría que perdiera la calma. Ella no era un fraude y el tiempo le daría la razón. El camarada del deporte estaba equivocado si pensaba que él se llevaría la copa. Anotó en su agenda el tema de su próximo artículo: ¡Huyan de los hombres despechados!

4. EL CLUB DE LOS VENGADORES

Mi pareja es de gran ayuda al momento de resolver problemas.

A. Sí

B. No

ÉL DORMITABA en el sofá tras el largo día que había tenido, mientras la televisión emitía un partido viejo del Manchester City con el Liverpool. El timbre de la puerta lo sobresaltó y se sintió irritado ante la interrupción. Se levantó de mala gana y fue abrir.

—¿Camarada del deporte? —preguntó el hombre delgado que estaba en el pasillo.

Se rascó la nuca y frunció el ceño.

—Sí —afirmó—. ¿Y tú quién diablos eres?

El hombre lo hizo a un lado e ingresó al departamento.

—Lamento llegar tarde, —repuso— lindo lugar —agregó, soltando un silbido—. Traje unas cervezas —le enseñó un pack de latas—. ¿He sido el primero en llegar? —preguntó, mirando a su alrededor.

Cerró los ojos y resopló. ¡Joder! Se había olvidado que se juntaría con todas las víctimas de Cece amor.

—Pediré unas pizas mientras esperamos que llegue el resto de los damnificados —expresó—. ¿Y tú eres? —quiso saber.

El hombre se le acercó y extendió un brazo para apretar su mano.

—Erik Thomson —se presentó—. Trabajo como chef en el restaurante

Intercontinental.

—Jerry Smith —dijo—. Y fui otra víctima de Cece amor.

El resto no tardó en llegar. Cada uno contó como la depredadora del romance había arruinado su vida. El club de los vengadores acababa de inaugurarse. Pusieron una foto de Cece amor en un tablero de puntería y llenaron su frente de dardos. El club era bastante heterogéneo, además de un chef, había un guardia de una tienda, un médico cirujano y un diseñador de ropa. Los cinco se habían comprometido a desenmascarar a la estafadora del amor. Y brindaron con cerveza y piza por la pronta caída de su enemiga.

Su primo interrumpió el festejo cuando ingresó al departamento. Había creído que pasaría la noche con su prometida. Él le había permitido dormir en el sofá hasta que consiguiera un sitio donde instalarse o hasta que Jennifer entrara en razón y lo dejara volver a su casa. Le arrojó una lata de cerveza y él la atrapó entre sus manos.

—¿Te unes a nosotros? —le preguntó.

Su primo enarcó una ceja.

—Lo haría si la reunión no fuese solo una ensalada de huevos.

Erik miró la hora y resopló.

—Ya es tarde debo irme —dijo, recogiendo su chaqueta—. Si encuentro a más víctimas los pondré al tanto del club —agregó, arrojando la lata al cesto de basura.

Los demás no tardaron en seguir los pasos de Erik, afirmando que apoyaban cualquier decisión que se tomara para destruir a Cece amor. Ni cuando había ganado su equipo preferido había sentido tanta satisfacción.

—¿Quién es Cece Amor? —preguntó su primo, bebiendo un sorbo de

cerveza.

—La mujer que arruinó mi boda con Jennifer —respondió, arrojándose de golpe sobre el sofá.

—Deberías hacerle un altar en vez de destruirla —comentó, a la vez que quitaba los dardos de la foto—. Ibas directo al matadero.

Dobló los brazos detrás de la cabeza e hizo una mueca con la boca.

—Lo dice alguien que en pocos días va a casarse.

Él resopló.

—Porque no tengo otra elección...

Revoleó los ojos.

—Lo que haces es una locura, Lennon.

—Una locura de cincuenta millones de libras.

—¡Joder Lennon! —Gimió—. ¡Planean traer un niño al mundo!

Su primo abrió otra lata de cerveza y le dio un sorbo.

—Ella necesitaba mi esperma, y yo necesitaba una esposa que me durara tres años como mínimo y a un niño que siga con el legado de la familia —se encogió de hombro—. El trato es justo.

Sacudió la cabeza. Para que Lennon pudiera cobrar la herencia de su abuelo debía casarse y traer un heredero, y su matrimonio debía durar tres años como mínimo.

—Los dos se han vuelto completamente locos —replicó.

—Y tendrás que ser parte de esta locura, porque tú serás el padrino.

—¡Ni de coña! —Rugió—. Las bodas ya me dan escalofríos.

Lennon chasqueó la lengua.

—Si quieres recuperar una parte del dinero de tu fallida boda, deberías reconsiderarlo.

Él se aclaró la garganta.

—Explícate mejor...

Lennon respiró hondo.

—Organizar una fiesta lleva su tiempo y es estresante, y como debo casarme cuanto antes, pensé que podría usar todos tus preparativos.

—¿También incluye el traje del novio?

Su primo se rió.

—Por supuesto —afirmó—. Pero tú te encargarás de todos los detalles junto a la dama de honor que elija mi futura esposa.

Él enarcó una ceja.

—¿Y tú qué harás?

—Disfrutar de mis últimos días de soltería.

Poder recuperar una parte del dinero de su boda valía la pena cualquier tipo de esfuerzo. Aceptó ser el padrino de su primo.

Se metió las manos en los bolsillos del pantalón, mientras caminaba hacia el café donde se encontraría con una de las damas de honor que había elegido Alegra, la futura esposa de su primo. Debían llegar a un acuerdo en la organización de los detalles de la boda. Él ya se había arrepentido de haber aceptado ser el padrino mucho antes de lo que imaginó. Se detuvo al borde de la acera, al tiempo que esperaba que el autobús circulara para luego cruzar la

avenida. Soltó un bufido cuando observó la enorme estampa de Cece Amor en el transporte promocionando su nuevo libro. ¿Quién diablos se compraría esa basura? Alguien que no conocía la verdadera cara de la depredadora del amor. Se sintió furioso al recordar lo que ella había hecho con él.

El semáforo pasó de verde a rojo y cruzó la avenida. Necesita hallar el modo de desenmascarar a la estafadora. Ingresó a la cafetería y buscó en las mesas a la mujer que llevaría un sobretodo rojo. Parpadeó una vez y otra vez cuando la encontró. ¡Joder! ¡Él debía tener alucinaciones! La dama de honor no podía ser la mismísima Cece amor. De repente, creyó que era una señal del cielo. Las casualidades no existían. El universo estaba conspirando a su favor.

Esbozó una amplia sonrisa y se acercó a la mesa.

—¿Tú eres la dama de honor de Alegra? —se aseguró ante la dulce tentación.

Ella alzó la vista hacia él y se quitó las gafas de lectura.

—¿Y tú debes ser el padrino de Lennon?

Su cara de niña buena no iba a detenerlo para llevar adelante su plan contra ella.

—¿Puedo sentarme? —preguntó como el caballero que no era.

Ella apartó los papeles que tenía sobre la mesa y los guardó en su maletín.

—¡Oh, sí! —Exclamó—. Espero que no te moleste que ya haya ordenado mi café.

Todavía no podía creer que estuviese sentado en la misma mesa con su enemiga. Ella lo miraba toda sonriente y amable con sus encantadores ojos azules. Pero a él no la engañaba, sabía la clase de monstruo que ella era.

—No te preocupes, ahora pediré mi café —repuso, levantando la mano para llamar al camarero—. Solo estoy molesto porque arruinaste mi boda.

Cece frunció el ceño.

—¿Cómo dices?

—Que me molestaría si arruinamos esta boda.

El rostro de ella se relajó.

—Debo ser sincera contigo, no sé nada sobre bodas —le confesó.

Él hizo una mueca con la boca.

—Tengo algo de experiencia en el asunto.

—¡Estupendo! —Replicó, aliviada—. ¿Por dónde empezamos?

5. EL PASTEL DE BODA

Al final del día a mi pareja le agrada verme.

A. Sí

B. No

ÉL NO SE PARECÍA en nada al hombre que ella esperaba como padrino. Esperaba a alguien mucho peor, sobre todo porque era familia de Lennon. Sus pupilas se dilataron y su pulso se aceleró, tuvo que beber un poco de jugo de naranja cuando sus labios se secaron. Lo estudió con la mirada. Su cabello era castaño y tenía unos intensos ojos marrones, y una pequeña cicatriz en su ceja izquierda que le asentaba muy bien en el rostro. Él vestía unos Levi's gastados y un jersey azul con unos puntos salidos en el codo. Tenía una apariencia despreocupada, muy diferente a la de Lennon, que le gustaba usar ropa de diseño y presumir lo guapo que era. Todavía no comprendía porque Alegria lo había elegido a él para que fuese el padre de su hijo.

—Jerry Smith —se presentó el padrino de la boda—. ¿Tú eres la consejera, verdad?

—Cece amor, la misma —afirmó—. Lo siento, pero tengo poco tiempo y me gustaría que empezáramos a organizarnos —se apartó el pelo de los ojos y de pronto creyó que podía tener un aliado para convencer a los novios que la boda era un grave error—. Tendremos que apurarnos porque la boda avanza más rápido que nosotros. Los novios deberían ir más despacio, ¿no crees? —empezó a tantear el terreno.

Él se reclinó en la silla y entornó los párpados.

—Para ser una persona que se dedica a dar consejos de pareja, pensé que dirías que el amor no tiene tiempo —dijo, en un tono bastante sarcástico.

—Me refiero a que deberían conocerse un poco más.

—¿Cuánto tiempo sería lo ideal? ¿Cuatro años? Pero creo que para ti tampoco es suficiente.

¿Era su impresión o el padrino la estaba prejuzgando?

—Que ellos superaran los tres meses sería suficiente —repuso, mordaz.

Jerry le lanzó una mirada tan feroz, que parecía que intentaba prenderle fuego con los ojos.

—¿Y cómo los novios no cumplen con tus requisitos piensas que no deberían casarse? —le cuestionó con cierta dureza.

Definitivamente, él tenía algo contra ella y no sería el aliado ideal para desbaratar toda esa locura. ¡Bendito Dios! ¡Tendrían que verse durante varios días! Bebió el último sorbo de café y se esforzó por sonreírle.

—Empezaremos por el pastel de la boda.

—¡Excelente! —exclamó el padrino, volviendo a utilizar su tono sarcástico.

¿Qué diablos ocurría con él?

—¿Cece? —Murmuraron a sus espaldas—. ¡No puedo creerlo! ¡Eres tú! ¡Tina tienes que ver quien está aquí! —gritó eufórica una de sus seguidoras.

Jerry, que parecía estar más enfadado, se levantó de la silla de golpe y dejó dinero sobre la mesa.

—Te esperaré afuera...

Después de firmar un ejemplar de su libro y sacarse varias fotos con sus seguidoras, fue tras él.

—¿Qué ocurre contigo? —Le preguntó, sujetándolo del brazo—. ¿Acaso te he hecho algo?

Las venas del cuello de él se tensaron.

—Por supuesto que no, si apenas te conozco —dijo, a través de los dientes—. He tenido un mal día —señaló la cafetería con el mentón—. ¿Tienes muchos seguidores, verdad?

Se encogió de hombros.

—Son lectoras que le gustan oír mis consejos —murmuró, sonrojada.

—Parece que te adoran —expresó, al tiempo que hacía seña a un taxi con la mano.

—No todos me adoran —lo contradijo, abotonándose el tapado hasta el cuello.

Su respuesta acababa de captar toda la atención del padrino.

—¿Ah, no?

—Existe un blog que intenta desprestigiar mi imagen.

—Tal vez lo hacen porque tú le has hecho algo.

Los ojos de ella, ambos, se estrecharon.

—Imposible, porque nunca me equivoco.

Un taxi se frenó y él abrió la puerta trasera del coche y la miró por encima del hombro.

—¿Estás segura de eso, cariño?

Alzó el mentón, orgullosa.

—Tengo el don de emparejar a las personas que están destinadas a estar juntas.

—Ohh... —gimió—. ¿Entonces eres una especie de cupido? —se mofó.

—Vale, no me creas —dijo, cruzándose de brazos—. Pero te aseguro que esas personas que escriben en ese blog son unos perdedores y despechados, que en vez de preguntarse qué he hecho mal, prefieren echarle la culpa a terceros de sus propios errores.

Y otra vez la vena del cuello de él había vuelto a tensionarse.

—Tendrás que tomarte otro taxi.

Echó el rostro hacia atrás y las arrugas de su frente se hicieron más profundas.

—¿Cómo dices?

—Debo estar en otro sitio antes de pasar a la pastelería —respondió, ingresando al coche. Cerró la puerta y bajó la ventanilla, y añadió—: Tendrás que comenzar sin mí, cupido.

El taxi arrancó y se llevó su falda que se había enganchado con la puerta. Miró a su alrededor desesperada, y trató que el tapado rojo le cubriera lo que tenía de la rodillas para arriba. ¡Joder! ¡Menudo gilipollas!

Se quedó boquiabierta cuando se bajó del taxi y halló al bastardo del padrino en la puerta de la pastelería con la novia. Se ajustó el tapado para que no se abriera y se viera sus pantis. Caminó furiosa hacia él.

—¿Acaso no debías ir a otro sitio? —cuestionó, apretando la mandíbula.

El capullo parecía estar disfrutando que estuviera enfadada. Esbozó una atrevida media sonrisa y respondió:

—¿Puedes creer que me cancelaron la cita apenas subí al taxi?

Claro que le creía, maldito mentiroso.

—Halle tu falda cuando baje del coche —agregó, ofreciéndole la prenda embarrada.

Ella se la recibió y la guardó en el bolso con torpeza.

—¿Por qué él tiene tu falda? —preguntó Alegra, desentendida.

—No preguntes —masculló—. Elijamos el pastel porque quiero acabar con todo esto de una buena vez.

—Lennon todavía no ha llegado —dijo Alegra.

Jerry se rascó la nuca y se llevó una mano a la cintura.

—Él vendrá más tarde —avisó su primo.

Ingresaron a la pastelería y las dueñas de la tienda los estaban esperando con una gran variedad para elegir. Degustaron bizcochos de vainilla, chocolate, con rellenos de avellana, crema de limón, fresas entre otros. Elegir el pastel para la boda no había sido nada fácil, pero finalmente Alegra se había decidido por el bizcocho de vainilla, relleno de crema de limón y la cubierta de chocolate blanco, decorado con rosas rojas.

En vez en cuando, había notado que Jerry la miraba cuando él creía que ella no lo estaba observando. No entendía porque él la odiaba. Estaba segura que nunca antes se habían cruzado en la vida. Si no se hubiera comportado como un idiota con ella, hasta podía decir que si se peinaba el cabello y se afeitaba su barba crecida de varios días, sería algo atractivo.

—No lo mires tanto —le susurró Alegra en el oído.

Arrugó el ceño.

—No lo miro a él —señaló el arreglo floral que estaba en el jarrón—. Pensaba que podías hacer algo similar para la fiesta.

Alegra soltó un bufido.

—Sí, claro —murmuró, fingiendo su interés—. Puedes irte si quieres, debo hacer un adelanto para el pastel.

—Vale... —aceptó porque debía regresar a la editorial.

Ella se mordió la lengua por recordarle que su futuro marido irresponsable no había asomado ni sus narices. Lennon era un holgazán que no servía para nada. Pero Alegra era bastante cabezota para aceptar que estaba cometiendo un error. Kate, su secretaria, le había hecho una lista de todos los bancos de esperma que había en Londres. Esperaba el momento indicado para entregársela y que eligiera un mejor padre para su hijo.

Soltó un bufido al cruzarse otra vez con el otro miembro de la familia Smith.

—Pensé que ya te habías ido... —comentó al salir de la pastelería.

Él le echó una ojeada rápida.

—Parece que hay poco taxis en la calle o son muchos los que necesitan uno.

—Por suerte no tendremos que compartir uno.

Jerry sacó su teléfono y la miró por encima del aparato.

—Por suerte existe Uber.

—¿Tu primo se encuentra bien? —Indagó, maliciosa—. Tal vez le ha

sucedido algo malo por lo que no pudo venir a elegir el pastel de su boda.

—Hmm...

—Lennon debió acompañar a Alegra y elegir juntos el pastel —le reclamó.

Jerry chasqueó la lengua.

—Guárdate los reproches para el novio —dijo—. Soy su primo, no su nana, ¿vale?

Eso era cierto, pero le molestaba la frialdad con la que él la estaba tratando, y quería encontrar un motivo para odiarlo. Y que Jerry fuese primo de Lennon, era uno más que suficiente. Se volteó cuando se oyó la frenada fuerte de un coche.

—Debe ser mi Uber.

¡Uber una mierda! Lennon era quien bajaba del coche conducido por una mujer que lo despidió con un beso en la boca. Él estaba todo desalineado y parecía recién salido de una fiesta alocada. Era muy típico de él. Apostaba que ni siquiera había dormido.

Jerry la sujetó de los hombros y la giró hacia él.

—Tu taxi te espera, cupido.

—¡No me iré hasta decirle a Alegra que su futuro esposo acaba de besar a otra mujer! —chilló.

Jerry soltó un bufido, inclinó la cabeza y la besó cerca de la comisura de los labios.

—Gran cosa... también te he besado y no significa nada.

Ella lo apartó de un empujón.

—Ya sabes de lo que hablé, ¿tú también lo viste!

—Vi a mi primo despedirse de una vieja amiga —replicó, abriéndole la puerta del taxi y metiéndola a la fuerza en el coche—. Nos vemos mañana, cielo.

Sacó la cabeza por la ventanilla y gritó mientras el vehículo se alejaba de él:

—¡Gilipollas! ¡No quiero verte nunca más!

—Eso no podrá ser, cupido, ¡somos los padrinos!

—¡Adiós, Cece! —gritó el novio cuando se paró a un lado de su primo.

—¡Que te den por el culo Lennon!

6. EL CAMARADA DE LOS DEPORTES

*¿Conozco los nombres de las personas
que más irritan a mi pareja?*

A. Sí

B. No

BEBIÓ un sorbo de té mientras esperaba una respuesta de Rachel y Sofía, sus amigas que ya habían pasado por el altar, luego de haberles contado que había visto a Lennon besando a otra mujer. Ellas se tomaron su tiempo para decir algo al respecto.

—¿Estás segura que eso fue lo que viste? —le cuestionó Rachel.

—Muy segura...

—Pero dices que su primo vio otra cosa —replicó Sofía.

Puso los ojos en blanco.

—Jerry es su primo, ¿qué más iba a decir?

—No lo sé, Cece, la boda será en pocos días —comentó Rachel.

Dejó la taza sobre la mesa con más fuerza de la necesaria.

—¿Y no crees que es mejor que lo sepa ahora antes que se case con ese bueno para nada?

—Alegra quiere un bebé —murmuró Sofía.

—Y yo ya tengo mi vestido para la boda —añadió Rachel.

Ella miró a sus amigas boquiabierta. Empezaba a creer que ellas querían

que Alegra se casara para que se uniera finalmente a su Club de mujeres que llevaban una vida perfecta con esposos, hijos y un perro en el jardín.

—Pienso que Alegra puede buscar un esperma más dotado —dirigió la vista hacia Rachel y continuó—: Y tú puede usar ese vestido en otras fiestas.

Rachel negó con la cabeza.

—Si no lo uso ahora, en pocas semanas ya no me entrará.

Frunció el ceño.

—¿Y por qué no? ¿Acaso planeas comerte una vaca todos los días?

—¡Oh, por Dios! —Gimió Sofía, cubriéndose la boca con las manos—. ¿Estás embarazada?

—¡Sí! —gritó a la par de Sofía, levantando los brazos por encima de la cabeza.

—¡Eso significa que pronto todas seremos madres!

Bebió otro sorbo de té y suspiró.

—Casi todas... —susurró por lo bajo.

—Bien guardado te lo tenías.

—Este era el momento de Alegra y no quería opacárselo.

De forma simultánea, las dos dirigieron toda su atención sobre ella y le lanzaron una mirada amonestadora. Por un segundo, se sintió como una chiquilla que acababan de reprender.

—Para que lo sepan, no intento opacar el momento de Alegra —se defendió—. Solo intento que ella abra los ojos y se dé cuenta de la clase de persona que es el hombre con el que planea casarse. ¿Acaso eso está mal?

Sofía ladeó la cabeza hacia un costado y utilizó el mismo tono que usaba para hablarle a su hijo pequeño después que hiciera una travesura.

—Vale, haremos esto, si descubrimos a Lennon en otra situación sospechosa, hablaremos con Alegra, mientras tanto, no diremos nada. ¿Estamos las tres de acuerdo?

Ella resopló y asintió con un gesto.

—¿Con qué seré tía otra vez, eh? ¡Estoy feliz por ti, Rachel! —exclamó, dándole un fuerte abrazo.

—Quiero que seas la madrina, Cece.

—¿Hablas en serio?

—No hubiera conocido a David de no ser por ti, *Cece amor*.

—¡Vaya! —Gimió—. ¡Claro que quiero!

—¿Oyen eso? —murmuró Sofía.

Hicieron silencio por un momento.

—No escucho nada...

—Yo tampoco —afirmó Rachel.

—¡Exacto! —Exclamó Sofía—. Hace tiempo que no se oye nada. ¡Tom! —Gritó—. ¡Ven a la sala ahora mismo! —Se levantó del sofá y les dijo antes de ir por su hijo pequeño—: Que él haya pasado tanto tiempo en silencio, no es nada bueno.

Ellas se rieron. Tom era un pequeño diablillo que valía como tener diez hijos. Sofía estaba haciendo un buen trabajo luego de haber enviudado hacía dos años. Tenía un hijo hermoso y ella se había hecho cargo de la empresa de su difunto marido y lo hacía de maravillas. Sofía era la mujer perfecta. Sacó

el teléfono del bolso cuando sonó. Era un mensaje de Alegra, diciéndole que la estaba esperando en la puerta del edificio. Agradeció que Sofía viviera a tres cuerdas de su departamento. Le resultó raro que no usara la llave que una vez le supo dar por si surgía alguna emergencia.

—Debo irme, Alegra me está esperando —avisó.

Se dirigió al armario que estaba en el vestíbulo para sacar su tapado y descubrió donde estaba el pequeño Tom. Se acuclilló para quedar a su altura y lo miró a los ojos.

—¿Sabes que tu mamá te está buscando?

Él se rió travieso y asintió con la cabeza. Abrió grande los ojos cuando observó los dibujos indescifrables de color rojo y negro en su tapado claro de Prada.

—¿Los haz hecho tú? —le preguntó, señalando el arte con la barbilla.

—No... —respondió, sosteniendo los marcadores con sus diminutas manos.

Ella soltó una carcajada y se inclinó para besarlo en la frente. No podía enfadarse con él.

—La próxima vez intenta dibujar en un papel, ¿vale? —Se puso el abrigo y gritó antes de salir—: ¡Tienes a tu Picasso en el armario, Sofía!

—Cuando mencioné que no quería volver a verte, era literal —gruñó cuando halló en el umbral de su edificio a Jerry Smith—. ¿Qué haces aquí? ¿Dónde está Alegra? ¿Y cómo diablos supiste mi dirección?

Él se metió las manos en los bolsillos de la chaqueta.

—Esas sí que son muchas preguntas, ¿por cuál empiezo? —intentó

hacerse el gracioso.

Ella apartó la vista y maldijo por lo bajo.

—Apuesto a que esto ha sido idea de Alegra.

—Has acertado, cupido, somos sus padrinos y nos ha pedido que seleccionemos los obsequios para la boda —respondió—. Y si mueves tu lindo trasero, tal vez lleguemos a la tienda antes de que cierre.

Parpadeó.

—No iré a ningún sitio contigo.

Y muchos menos después de tratarla de loca y encubrir al sinvergüenza de su primo. ¡Ella estaba segura de lo que había visto! Él acortó la distancia que había entre los dos y dejó sus narices muy cerca de la suya.

—Entonces hubieras pensado varias veces antes de aceptar ser la dama de honor —expresó—. Ni de coña haré el trabajo de los dos —le echó una ojeada de abajo hacia arriba y continuó—: Lennon tenía razón, no eres más que una engreída.

Jerry giró los talones y empezó a alejarse. Miró al cielo y resopló. Alegra pagaría caro por haberla embaucado de ese modo. Corrió tras él y soltó una blasfemia cuando los tacos de sus zapatos se doblaron.

—¿Lennon te dijo que era una engreída? —Lo encrespó, a la vez que intentaba recuperar el aire—. ¡Ja! ¡Él es el rey de los zopencos!

El padrino seguía caminando con grandes zancadas, haciendo de cuenta como si ella no estuviese. ¡Le importaba un demonio que no pudiese seguir su ritmo!

—¡Y tú no eres muy diferente a él! —Exclamó—. Espero que Alegra recapacite antes de tener un hijo con el descerebrado de tu primo. Por lo

visto, a todos los de la familia Smith les falta un tornillo.

Él se detuvo de golpe y le lanzó una mirada asesina a través de los párpados. «¡Madre mía!», gimió, cubriéndose la boca con la mano. Había soltado la lengua demás y antes de ir a una boda, terminaría en un funeral. Se cruzó de brazos y se acomodó el flequillo hacia un costado.

—Lamento haber incluido a toda tu familia en la misma bolsa —se corrigió—. Pero sigo pensando lo mismo de ti y de Lennon.

Él apretó los labios y la señaló con el dedo índice, luego lo bajó y sonrió como si nada ocurriera.

—Por si no lo has notado, cariño, la única que está gritando en medio de la calle eres tú. ¿A quién es el que le falta un tornillo?

Respiró hondo y contó hasta tres.

—Iremos a la jodida tienda, marcaremos los estúpidos obsequios, pero será la última cosa que haremos juntos.

Jerry se encogió de hombros.

—Como tú digas, cupido.

—Y no me llames cupido... *imbécil*.

Él levantó una ceja.

—¿Siempre eres tan simpática?

—Solo contigo...

El padrino volvió a sonreírle, enseñándole su blanca dentadura.

—La tienda está a pocos metros, ¿crees poder seguir mis pasos, celestina?

Ella revoleó los ojos.

—Ya deja de ponerme apodos, solo dime Cece.

—Trata de caminar más rápido.

—*Quisiera verte caminar con estos tacos* —susurró.

Etiquetó una lámpara con adornos en cristal como uno de los obsequios. Buscó a Jerry en la tienda con la vista y lo halló teniendo una conversación con el oficial que vigilaba el lugar. Él frunció el ceño cuando la miró, se alejó del guardia y se dirigió hacia ella.

—Tenemos media hora para elegir los obsequios antes que la tienda cierre —le avisó.

Ella asintió con la cabeza y siguió marcando los regalos que serían útil para la casa: manteles, mantas, toallas, batas para salir del baño. Arrugó el entrecejo cuando observó con el rabillo del ojo la estatua que Jerry acababa de etiquetar, era un hombre que estaba como Dios lo trajo al mundo, sus testículos eran gigantes y sostenía una manzana en una de sus manos. Esa era la estatua más fea que había visto jamás.

—Solo un idiota compraría eso como regalo.

—Entonces soy ese idiota.

Puso los ojos en blanco.

—¿Podrías comportarte como alguien decente por un momento?

—Haré una excepción por ti, cariño.

Sonrió mordaz.

—Gracias.

—¿Acaso está de moda colorearse los abrigos con diseños de niños? —le

preguntó en un tono conciliador.

Ella esbozó una media sonrisa.

—Ha sido el hijo pequeño de una amiga —le contó, a la vez que etiquetaba una tetera de plata—. Él quiso estampar su arte en un tapado de Prada —bromeó.

Jerry hizo una mueca con los labios.

—El niño no se anda con tonterías a la hora de colorear —comentó.

Se miraron el uno al otro y se rieron. Él tenía una linda sonrisa cuando se relajaba y dejaba caer el muro que había levantado entre los dos.

—¿Qué cosa haces cuando no eres padrino? —sintió curiosidad.

Él le echó una mirada rápida mientras etiquetaba las copas para el champan.

—Soy periodista.

Nunca se hubiera imaginado que podían tener algo en común.

—¿Debo llamarte colega?

Él chasqueó la lengua.

—Pero no soy el tipo de periodista que escribe basura.

¿Qué intentaba decir con eso?

—¿Cuál es tu especialidad?

—¿También etiqueto los platos? —le preguntó, enseñándole una vajilla en tonos verdes.

—Ya me encargué de la vajilla —le dijo—. ¿Trabajas para alguna editorial?

—Soy periodista independiente.

—Ohh...

—¿Qué significa ese “*Ohh*”?

—Que debes tener mucho tiempo libre.

Él entornó los párpados. Había logrado que se enojara otra vez y antes que empezara con sus pullas, añadió:

—Y dime colega, ¿existe alguna mujer que aguante tu amargura?

—¿Acaso estás interesada, dulzura?

Él había vuelto a ser el idiota de siempre.

—¡Oye! No sé cuál es tu rollo conmigo, pero solo intento ser amable.

Hubo un momento de silencio.

—Estuve saliendo con alguien hasta hace poco tiempo.

—¿Fue una relación pasajera?

—Cuatro años...

—¡Vaya! ¿Ella fue la que rompió, verdad?

—¿Cómo lo sabes?

—Porque el tono de tu voz todavía dice que la quiere de regreso.

—Deberíamos irnos, la tienda está por cerrar.

Y él había vuelto a levantar la muralla que había puesto entre los dos.

Las alarmas que estaban en la puerta de entrada de la tienda, empezaron a sonar cuando ella las atravesó.

—Espere un momento, señorita —la pidió el guardia del lugar.

Ella se detuvo.

—¿Qué ocurre?

—Tiene que enseñarme su bolso.

Ella se rió.

—¿Está hablando en serio?

—Acaba de sonar la alarma y me veo en la obligación de revisar su bolso.

—¡No voy a enseñarle mi bolso! ¡Está cometiendo un grave error!

—Si es un error, entonces no tiene por qué temer de que vea su bolso.

—Tengo cosas personales...

—Abre el bolso de una buena vez, Cece, para acabar con todo esto —le pidió Jerry.

Era la primera vez que él la llamaba por su nombre.

—¡Bien, lo haré! —Gimió, abriendo el bolso y enseñándole al guardia su interior—. Ahora espero sus disculpas.

—Lo siento señorita, pero tendrá que esperar hasta que llegue la policía.

—¿Cómo dice?

El guardia le mostró la estatuilla horrorosa que Jerry había etiquetado para los obsequios de la boda.

—¡Pero yo no he metido eso en mi bolso!

—Todos dicen lo mismo.

—Si fuese a robarme algo, le aseguro que no me llevaría esa porquería —

murmuró, a través de los dientes.

—En ese caso, tendrá que explicarle todo a los oficiales.

La presión empezó a subirle y creyó que se desmayaría.

—¿Acaso no podríamos solucionar el asunto de otro modo sin necesidad de involucrar a la policía? —preguntó en voz baja.

—¿Está intentando sobornarme, señorita? —El guardia sacó sus esposas y se las puso—. Tendrá que quedarse aquí hasta que lleguen los oficiales.

—¿¡Qué?! ¡Esto es un error! —Gritó, mirando sus esposas. Se volteó hacia Jerry que no había hecho ningún comentario para defenderla, y añadió —: Dile que yo no me he robado nada. Tal vez... tal vez a ti se te cayó la estatuilla en mi bolso por error. Eras tú quien la tenía en las manos, ¿lo recuerdas?

—Lo siento, Cece, pero no recuerdo haberla metido en tu bolso.

El gilipollas no tenía la menor intención de ayudarla. El guardia la sujetó del brazo y la metió en la oficina donde guardaban los objetos perdidos y retenían a los delincuentes, y la obligó a sentarse en la butaca mientras esperaban a la policía que acababa de llamar. ¡Joder! Era como estar dentro de una pesadilla. El guardia la miraba como si ella se hubiera robado un millón de libras.

Alzó la vista hacia Jerry cuando él se paró delante de ella.

—Me gustaría quedarme y darte mi apoyo, pero tengo trabajo que entregar —le dijo—. Y la verdad es que no puedo hacer nada para que te quiten esas esposas. Pero no te preocupes Cece, me encargaré de avisarle a Alegra para que te busque un buen abogado.

«Capullo».

—Eres muy considerado...

7. BUSCANDO LA IGLESIA

*¿Mi pareja aprecia las cosas que yo
hago en la relación?*

A. Sí

B. No

DEJÓ caer el cuerpo en la butaca de su oficina y se masajeó las sienes con las yemas de los dedos. Sus últimas horas habían sido un infierno. Había pasado la noche en una celda con verdaderos delincuentes. Respiró hondo y encendió el ordenador. Abrió la agenda que estaba sobre el escritorio y buscó el tema de su próximo artículo. Alzó la vista cuando la puerta se abrió. Alegra asomó la cabeza y sonrió.

—Kate me dijo que estabas aquí, creí que te tomarías el día libre — ingresó a la oficina y cerró la puerta a sus espaldas—. Deberías estar descansando.

Alegra había pagado su fianza para sacarla de prisión.

—Solo intento borrar de mi mente todo lo que me ha ocurrido en las últimas horas —apoyó los codos sobre el escritorio y se inclinó hacia ella—. Nadie debe enterarse que pasé una noche en una estación policial, ¿vale?

—No se lo he dicho a nadie.

—Debes llevarte este secreto a la tumba.

—Lo prometo.

Susan, su jefa, abrió de golpe la puerta de su despacho.

—¡Quiero que me expliques porque coño te han arrestado!

Ella se quedó muda del espanto y fulminó a Alegra con la mirada.

—Te juro que yo no he dicho nada.

Kate, su secretaria, entró pálida a su oficina.

—Lo siento, Cece —dijo—. Pero justo estaba chequeando el blog del camarada del deporte y no me di cuenta que tenía a Susan a mis espaldas.

Frunció el ceño.

—No entiendo de que hablas, Kate.

Su jefa puso los brazos en jarra y levantó el mentón.

—En su blog se puede leer detalladamente tu faceta de delincuente.

Se reclinó en la butaca y sacudió la cabeza.

—Eso no puede ser...

—Chequéalo tú misma.

Buscó el blog del desgraciado y abrió los ojos como plato. ¡Hijo de la real fruta! El capullo había publicado una foto de ella en la tienda de regalos con las esposas puestas y en su peor pose de histeria dramática. ¿Cómo diablos él la había podido conseguir? Pero lo peor era lo que el gilipollas había escrito de ella:

«¿Acaso esta será la verdadera cara de Cece amor? Una estafadora, un lobo con piel de cordero. ¿Qué explicación creen que ella nos dará de todo esto? Nada es lo que parece, es mi imagen pero no soy yo. ¿Será un error? UN ERROR COMO TODOS SUS SEUDOS CONSEJOS. Y como ya lo dijimos, de a poco, iremos mostrando a la mujer que realmente es».

Soltó un gemido mientras seguía leyendo: «... el camarada del deporte 1

y Cece amor 0. El marcador empezó a anotar a nuestro favor. Pero el juego aún no ha acabado».

Y también había una foto de la estatuilla con las bolas gigantes que ella supuestamente se había robado. «¿Qué iba hacer Cece amor con la estatuilla? Que el lector use el discernimiento». ¿Qué el lector use el discernimiento? ¡Maldito cobarde! Si ella lo tuviese en frente, le patearía las pelotas de tal modo que le quedarían tan hinchadas como las de la estatuilla.

—¡Juro que nada de lo que él dice es cierto!

—A eso no me lo tienes que explicar a mí, sino a tus lectoras —le dijo Susan—. Tendrás que dar tu versión de los hechos en el próximo artículo.

—Que la tierra me trague sino descubro pronto quien es el gilipollas del camarada del deporte.

—Mientras tanto, tenemos que limpiar tu imagen —expresó—. Debes tener más cuidado de ahora en adelante, porque no sabes en que sitio puede haber una cámara —su jefa se dirigió hacia su secretaria y continuó—: Subscríbete al blog del capullo y deja comentario positivos de Cece.

Kate asintió con la cabeza.

—También haré lo mismo y buscaré si existen más blog similares contra Cece —añadió Alegra antes de salir del despacho.

Susan se cruzó de brazos y entornó los párpados.

—No permitas que ese mal nacido te gane.

Ella se cubrió el rostro con las manos y resopló.

—Estoy cansada, tengo hambre, y todavía sigo sintiendo olor a encierro en mi cabello.

—Coge tu abrigo que te llevaré a almorzar.

—Gracias...

—Veo que se me han adelantado, también planeaba invitarte a comer — murmuró el hombre que menos quería ver ese día.

Se levantó furiosa de la butaca y apoyó las palmas de las manos sobre el escritorio.

—¿Quién diablos te ha dejado entrar?

El capullo apoyó un hombro contra el marco de la puerta y le sonrió.

—Me alegra ver que te encuentras bien y que la prisión no te ha cambiado.

—¡Guárdate tu sarcasmo!

—¿Puedo saber quién es el caballero? —preguntó Susan.

—Él es Jerry Smith, el gilipollas que hizo que ayer me arrestaran.

Él enarcó una ceja como respuesta.

—No sé si fue a propósito o lo hiciste sin querer, —siguió ella— pero fuiste tú el que me metió la estatuilla en mi bolso.

Jerry miró a su jefa y le sujetó una mano entre las suyas y se la besó.

—Cupido no habla en serio.

—¡Claro que hablo en serio! ¿Qué haces aquí?

—Ya te lo dije, vine a invitarte a comer.

—Lo siento, pero ya tengo planes.

—Por mí no te preocupes Cece, podemos ir otro día.

—¿Quién es esta encantadora mujer? —preguntó el gilipollas en un tono seductor.

—Es mi jefa y tú tienes que irte o llamaré a los de seguridad para que te echen.

—No seas grosera, Cece —musitó Susan, dejando que sus hormonas hablaran por ella.

—Puedes venir a comer con nosotros —la invitó el desgraciado.

—He dicho que no iré a ningún sitio contigo.

—No quiero molestarlos... —repuso Susan, omitiendo la parte que ella no iría a ningún lado con él.

—No molestarás, también vendrá el pastor de la boda.

—¿Qué boda? —inquirió su jefa.

—La boda de Alegra, Jerry es el padrino —le aclaró—. No sabía que teníamos una cita con el pastor.

—Ahora lo sabes —dijo—. Y si queremos que los novios tengan la iglesia para la fecha de la boda, no tenemos que hacer esperar al párroco.

—Que te vean comiendo con un pastor, puede ser bueno para tu imagen, Cece —intervino Susan, mostrando su lado empresarial.

—¿Bueno para tu imagen? —repitió despacio él.

—Ni creas que te hablaré de mi vida privada —sujetó su abrigo y su bolso, y agregó—: Y que quede claro, que hago todo esto solo por Alegra.

El párroco los estaba esperando en el restaurante Intercontinental, ubicado en el corazón de Londres. Su jefa quiso que ella se sacara una foto con el

pastor y luego la subió en las redes sociales. Quería que la imagen de la revista no se viera tan dañada después del artículo que había publicado el camarada del deporte en su blog. El camarero les trajo la entrada: unos panecillos recién horneados con mantequillas de diferentes sabores de especias, y les sirvió un poco de vino rosado en las copas.

—¿Entonces nos hará un espacio en su iglesia para esa fecha? —insistió ella.

El pastor chequeó su agenda.

—Déjame ver... la boda es en tres semana —murmuró, a la vez que se acomodaba sus gafas—. Por lo general estas cosas se hacen con más anticipación —dijo—. Y tú Jerry deberías saberlo bien.

Miró al padrino de golpe. ¿Por qué él debía saberlo bien? De repente, sintió curiosidad.

—Esperen un momento... —farfulló el párroco—. ¡Pero si no he cancelado tu boda, Jerry!

Ella se atragantó con el vino.

—¿Boda? ¿Acaso tú ibas a casarte?

Él se puso nervioso y empezó a jugar con su reloj.

—Mi vida amorosa no es de tu incumbencia, cupido.

—Enhorabuena por esa mujer que huyo justo a tiempo.

Él la atravesó con una mirada feroz.

—¡Cece! —Gimió su jefa, lanzándole una patada por debajo de la mesa—. Las apariencias, cariño. Las apariencias —repuso por lo bajo.

—Vale, lo siento —se corrigió—. No quise decir eso.

—Claro que quisiste decir eso —replicó él.

—Que bien me conoces, colega.

—¿Podrían comportarse como personas adultas? —intervino el pastor.

Jerry apretó los labios y luego relajó los músculos de su rostro e hizo de cuenta como si nada lo hubiese molestado cuando el chef del restaurante se aproximó a su mesa junto al camarero que traía sus platos.

—Quiero presentarme, soy Erik Thomson —dijo el chef—. Y es un placer tenerlos en mi restaurante —él dirigió su vista hacia ella y añadió—: No todos los días tenemos el gusto de recibir visitas de celebridades. Mi ex esposa era su admiradora... *Cece Amor*.

—Lamento que su relación con su esposa no haya funcionado.

—¿Enserio? —replicó despacio.

—La langosta se ve deliciosa —lo interrumpió Jerry.

—Y sabe mucho mejor —agregó su jefa—. Es guapo y cocina como lo dioses, ¿yo puedo casarme con usted?

Las mejillas de Erik se sonrojaron. Y sus sentidos de emparejamiento se encendieron. Su don percibió la energía que había entre ambos.

Su jefa: pupilas dilatadas, bajada de párpados, risita de coqueteo. Energía alfa.

El chef: una gota de sudor en la frente, mano derecha temblorosa, su timbre de voz había subido a un tono más alto. Energía beta.

Su ojo crítico los analizó y tenían un noventa y cinco por ciento de probabilidad de haber nacido para estar juntos.

—Podrías contratar al chef para la fiesta de aniversario que hará la revista

en unos meses —propuso para que no perdieran la oportunidad de conocerse.

Susan bebió un sorbo de vino y se humedeció el labio inferior con la lengua.

—Es una excelente idea, ¿cocinas para eventos, Erik?

—En realidad no, pero por ti haré una excepción.

—Y te aseguré que te lo sabré recompensar —replicó, guiñándole un ojo.

El párroco se aclaró la garganta.

—Que disfruten de la comida —murmuró el chef antes de regresar a su cocina.

Ella se acomodó en el asiento cuando sintió que los jugos gástricos de su estómago empezaron a trabajar. Tuvo un retorcijón. Parecía que había estallado una dinamita en su interior.

—¿Te encuentras bien Cece? —le preguntó Jerry.

—¿Por qué no lo estaría? —respondió, llevándose un bocado de langostino a la boca.

Apretó los labios cuando tuvo otro retorcijón y esa vez, había sido más fuerte. Se recriminó por haber comido los panecillos calientes. Hizo una fuerza sobrehumana para que no saliera aire reprimido por ningún agujero de su cuerpo. De repente, empezó a sentir mucho calor y se secó la transpiración de la frente con la servilleta. Respiró aliviada cuando sus intestinos dejaron de moverse.

—¿Entonces podrá casar a Lennon y a Alegra para esa fecha? —dijo ella, para poner su atención en otro sitio.

—¡Oh, sí! Ellos ocuparán el lugar de Jerry.

—La desgracia de uno, puede ser la ventaja para otros —comentó el padrino.

Abrió grande los ojos cuando tuvo otra puntada más intensa. Creyó que no tendría el tiempo suficiente para llegar al tocador si se levantaba de la mesa. Cruzó las piernas para contener la guerra gástrica de su estómago hasta que el dolor pasara. Sus rodillas se aflojaron y no tuvo más fuerzas para evitar que en su interior se produjera un estallido. Todos en la mesa se quedaron en silencio luego de que se oyera una especie de trompeta salida de su trasero. ¡Joder! Ella acababa de tirarse un pedo en medio de un restaurante y adelante de un párroco.

Su rostro se tiñó de un rojo intenso y soltó una risita nerviosa.

—Soy de las personas que cree que no se debe guardar nada —murmuró como una idiota.

Jerry levantó ambas cejas.

—A eso nos lo has dejado en claro, cupido.

Ella se levantó de la silla de golpe.

—Si me disculpan, iré al tocador.

—Oh, claro, querida —carraspeó el pastor—. Ese es un buen sitio para que te saques de encima... ya sabes... expulsar lo que no quieres guardar.

Giró los talones y trató de desaparecer lo más rápido posible.

—¿Sabe? Expulsar todo para afuera es una filosofía tibetana —oyó como su jefa la excusaba—. Cece lo aprendió en uno de sus viajes.

¿Hasta cuándo la nube negra iba a seguir sobre su cabeza? ¡Madre mía! Estaba por ocurrir otra vez. Ella se encerró apresurada en el cubículo del tocador y practicó la filosofía tibetana.

8. EL ÚLTIMO VIERNES

A mi pareja generalmente le gusta mi personalidad.

A. Sí

B. No

SINTIÓ un vacío en el pecho al darse cuenta que estaba perdiendo a su última compañera del club de las solteras. Respiró hondo. Subió la cremallera del vestido de novia de Alegra y sonrió. Ella usaría el mismo vestido que había utilizado su abuela y su madre para su casamiento. Le había hecho algunas reformas para ajustarlo a su cuerpo y añadido varias perlas para ocultar algunas manchas que había dejado el tiempo en la tela.

—Espero que el vestido me traiga la misma suerte que le trajo a mi abuela y a mi madre —comentó la novia, suspirando.

—Te ves increíble —le dijo, mirando su reflejo a través del espejo.

Alegra se volteó hacia ella y su rostro se le iluminó con su sonrisa.

—¿Eso crees? —Cogió el encaje de la falda y lo olió—. Todavía huele a naftalina.

Ella negó con la cabeza.

—El vestido es perfecto.

Alegra achicó los ojos y le lanzó una mirada astuta.

—Ya sé que es lo que estás pensando.

Ella puso el velo sobre la cama y se cruzó de brazos.

—¿Ah, sí?

—Piensas que porque me voy a casar ya no nos veremos como antes.

—Y así será —afirmó—. Lo mismo ocurrió con Sofía y Rachel. Empezarás a salir con otros matrimonios y te olvidarás de tu amiga soltera.

—¡Eso no ocurrirá, Cece! ¡Eres mi mejor amiga! Y después de la boda voy a necesitarte mucho más.

Dejó caer el cuerpo sobre una silla y tomó una revista de moda para inspirarse en el tipo de peinado que utilizaría en la boda.

—¿Por qué Lennon? ¿Por qué lo elegiste a él para casarte? —quiso saber.

—Creí habértelo dicho —repuso, colocándose unos pendientes en la oreja—. Quiero ser madre.

—Sé que existe algo más detrás de todo esto Alegra, porque si solo querías un hijo, pudiste ir a un banco de esperma —masculló—. Era más simple que tener que pasar por el trajín de una boda.

—Quiero que mi hijo conozca a su padre —insistió.

—¿Un padre como Lennon?

—¿Por qué lo odias tanto?

—Tal vez sea porque mi mejor amiga se casará con un holgazán, mujeriego y que no conoce la palabra *responsabilidad*. Y ese hombre será el padre de mi ahijado, ¿qué clase de ejemplo crees que él le dará?

—Él no siempre fue así —lo defendió.

—¿Y tú como lo sabes? ¿Crees conocerlo lo suficiente en menos de tres meses?

Alegra se sentó en el borde del colchón y se quitó los guantes blancos.

—Te mentí cuando te dije que recién conocía a Lennon —le confesó—. Nuestros padres eran amigos y yo me juntaba con su hermana.

Frunció el ceño.

—¿Y por qué no me dijiste la verdad desde el principio?

—Porque él no me reconoció y no quise quedar como una idiota.

—¿Acaso no sigues siendo amiga de su hermana?

—Ella falleció hace varios años.

—Oh... lo siento.

—La vida nos volvió a juntar y resulta que yo lo necesito, y él también me necesita.

—No quiero ser una pesada, ¿pero para qué demonios él te necesita?

Alegre se hundió en el colchó y exhaló una bocanada de aire.

—Lennon me pidió que no dijera nada, pero te lo diré si me prometes que guardarás silencio.

Puso los ojos en blanco.

—Sabes que seré una tumba —farfulló.

—Lennon necesita casarse y traer un heredero para cobrar una herencia.

—Vale, ahora dime la verdad.

—Te la acabo de decir.

Echó el rostro hacia atrás y arrugó el entrecejo.

—¿De cuánto dinero estamos hablando?

—Cincuenta millones de libras.

—¿Cincuenta millones? —Repitió, sorprendida—. ¡Hasta yo me ofrezco a darle un heredero! —se mofó.

Alegra soltó una risita.

—Espera un momento... tú no eres de esa clase de mujer interesada, si lo haces es porque —abrió grande los ojos—. ¡Oh, por Dios! —Gimió—. ¿Lo amas?

Alegra sacudió una mano en el aire para restar importancia a lo que acaba de decir.

—No... claro que no.

Ella le estaba mintiendo descaradamente en la cara.

—¡Oh, por Dios! ¡Sí lo amas! ¡Lo puedo oler!

—¡Ya deja de usar tu don conmigo, Cece! —gruñó.

—¿Él lo sabe?

—Hicimos un trato de conveniencia, él tendrá su herencia y yo tendré a mi hijo.

—El hijo será de los dos —le aclaró.

El teléfono de Alegra empezó a sonar y ella se apresuró a atenderlo para escapar de su interrogatorio.

—¡Jerry! —Dijo al atender el llamado—. ¿Sí Cece está conmigo?

Ella le hizo una seña con las manos para que le dijera que no.

—Hasta hace un momento lo estaba, pero acaba de irse —respondió ante su insistencia para que negara que ella estaba allí—. ¿No tienes su número?

Ella parpadeó. Alegra le había pasado su número a pesar de sus gestos

para que no se lo diera. De repente, su aparato empezó a llamar.

—Voy a matarte por esto, Alegra —farfulló—. ¿Hola? —atendió como si no supiese quien estaba del otro lado.

—Hola Cece, soy Jerry —murmuró—. Alegra me ha dado tu número.

—¿Ah, sí? Por lo visto a ella le encanta dar mi número a cualquiera —repuso, mirando a su amiga fijamente a los ojos.

—No te enojas con ella.

—¿Puedo saber para que me llamas?

—Mañana pasaré por ti para ir con el diseñador que nos hará nuestros trajes para la boda.

De sus labios se le escapó un gemido de incredulidad.

—¿De verdad crees que puedes dirigir mi agenda a tu antojo?

—Los trajes ya están pagos —le contó—. Ya sabes... forman parte de mi boda fallida.

Ella cambió el aparato de oreja.

—¿Dices que ya están pagos? ¿A qué hora pasarás por mí mañana?

9. EL VESTIDO DE LA DAMA DE HONOR

Normalmente toco o beso a mi pareja cariñosamente.

A. Sí

B. No

SOLTÓ un chillido cuando el diseñador la pinchó con el alfiler, mientras le tomaba las medidas del vestido que usaría como dama de honor. Desde el primer momento que había ingresado a la tienda, había notado la mala disposición que tenía el diseñador contra ella. Era la quinta vez que él la había pinchado con el alfiler. ¿Qué diablos les ocurría a las personas últimamente?

Sopló un mechón de pelo que le había caído sobre la nariz. Se bajó de la banqueta cuando el diseñador acabó de tomarle las medidas. Se miró en el espejo y sonrió. El vestido era bonito, tenía un escote en la espalda y el color violeta no le quedaba tan mal como imaginó. Tendría que usar unos buenos tacos o arrastraría la tela por el suelo. Observó al diseñador por encima del hombro.

—¿Podrá tener listo el vestido para la fecha de la boda? —le preguntó.

Él ladeó la cabeza hacia un costado y se cruzó de brazos.

—¿Acaso dudas que no puedo hacer bien mi trabajo? —gruñó.

¡Joder! Él tomaba a mal cada cosa que decía. Parecía como si acabara de darle un mordisco a un limón por su cara de culo.

—¡Oh, no, no es eso! —Exclamó—. Es que estamos apretados con el tiempo y tengo miedo...

—Tendrá el vestido para la fecha —la interrumpió en seco—. Se lo aseguro.

—Vale, gracias.

Jerry se aclaró la garganta cuando salió del probador y giró para ellos.

—¿Qué tal luzco? —preguntó, acomodándose los puños de la camisa.

El padrino vestía un smoking oscuro con un pañuelo violeta en el bolsillo de la chaqueta, haciendo juego con su vestido, y una camisa blanca que tenía los dos primeros botones desprendidos. Él se veía diferente al haberse despojado de su ropa barata, pero que la tierra la tragara, prefería verlo con su look anterior. El Jerry contra el sistema y el mundo. Revoleó los ojos. ¿Qué estaba pensando? Pasar tanto tiempo cerca de él la estaba acostumbrando a su carácter gruñón e insoportable.

—El traje es perfecto —respondió—. Lástima quien lo lleva.

Jerry hizo una mueca con la boca.

—También te ves hermosa... si te cubren el rostro.

—¡Gilipollas!

—¡Engreída!

—Hay más clientes en la tienda —musitó el diseñador, a través de los dientes.

—Lo siento —dijeron los dos a la vez.

Él frunció el ceño.

Ella entornó los párpados.

—Iré a quitarme el vestido.

—Haré lo mismo —murmuró Jerry, entrando al probador continuo al de ella.

Bajó la cremallera del vestido y se lo quitó con cuidado para no pincharse con los alfileres.

—Cuento los días para que llegue la boda y no tener que verte nunca más —dijo en voz alta para que él escuchara.

—No sabes con cuanto placer te cumpliré ese deseo, cupido.

Ella soltó un bufido como respuesta.

Hubo silencio por un momento hasta que él se aclaró la garganta y dijo:

—¿Quieres... quieres acompañarme a tomar un café cuando salgamos de aquí?

—¿Y unos cupcake? —añadió ella.

—Si tú lo quieres, pero después no te quejes si el vestido no te entra para la boda.

—También incluiré una porción extra de pastel de chocolate.

—Te espero en el coche —le avisó cuando lo oyó salir del cambiador.

—Vale...

Ella se acomodó el cabello y se retocó el labial. Arrugó el entrecejo mientras se miraba en el espejo. ¿Qué estaba haciendo?

Jerry la llevó a una cafetería pequeña con estilo vintage; que según él, servían el mejor café y cupcake de todo Londres. Bebió un sorbo del líquido oscuro y lo miró por encima de la taza. Él tenía la vista apartada hacia la ventana, al tiempo que jugaba con la cuchara. Buscó una explicación del

porque la había inventado a pasar la tarde juntos si apenas había dicho dos palabras desde que habían ingresado a la cafetería, pero creyó que ni siquiera él lo debía saber. El silencio que había entre los dos la estaba empezando a incomodar.

—¿Vives con Lennon, verdad?

—Sí.

—¿Él debe estar nervioso con la boda, verdad?

Jerry se encogió de hombro.

—Algo.

Le dio un bocado al cupcake y se limpió el glaseado que le había quedado en las comisuras de los labios con la servilleta.

—No debes mentirme más, Jerry, ya sé toda la verdad.

Él le lanzó una mirada astuta por debajo de las pestañas.

—¿De qué verdad hablas?

Apoyó los codos sobre la mesa y se inclinó hacia él.

—¿Qué tan tonta crees que soy?

El rostro de él palideció.

—Puedo explicarte, Cece...

—¿Qué vas a explicarme? ¿Qué desde el principio supiste que la boda no era más que una unión por interés?

Jerry se aclaró la garganta.

—Oh, hablas de la boda de Alegra y Lennon.

—¿Y de que otra verdad iba a hablar? —Revoleó los ojos—. ¿Acaso

existe algo más que intentas ocultarme?

Él se balanceó hacia ella, dejando su nariz muy cerca de la suya. Su rostro estaba tan cerca que podía ver las vetas verdosas que se fundían con el marrón de sus ojos.

—¿Las bodas por interés no son del agrado de la señorita cupido?

—No, no lo son —repuso—. Pero Alegra está decidida —por no decir que estaba enamorada del novio—. Y no puedo hacer nada al respecto.

—¿Quieres oír mi consejo?

—No, no lo quiero.

—Te lo daré igual, ¡no te metas en la vida amorosa de las personas!

—Mis consejos tienen muy poco margen de error.

—¿Quién te ha dicho eso?

—Los resultados.

Él esbozó una media sonrisa sarcástica y luego, tomó un trago de café.

Ella se reclinó en la silla y quiso leer sus pensamientos. Él parecía poner un manto de misterio a su alrededor que le impedía llegar a conocerlo. «¿Quién eres Jerry Smith?», se preguntó.

—¿Por qué quisiste traerme aquí?

En otras palabras quería decirle: ¿Por qué me trajiste a tu sitio preferido y sigues dejando el muro entre los dos?

—¿Por qué aceptaste mi invitación?

Cerró los ojos y sacudió la cabeza.

—Vale, tratemos de llevarnos bien por lo que reste del día.

Jerry cogió una servilleta y la agitó en el aire.

—Tómalo como un signo de paz —comentó.

Ella se rió.

—Podríamos empezar a conocernos un poco más, ¿no lo crees?

—¿Cuándo hablas de conocernos un poco más, te refieres a...?

—A preguntas personales —lo interrumpió—. Por ejemplo, ¿de dónde eres?

—Escocia, ¿y tú?

—Fui engendrada en una isla del caribe, pero nací aquí en Londres —le contó—. Mi padre era arqueólogo y trabajaba como profesor en la universidad de Oxford. Cuando era niña me encantaba dormirme oyendo sus anécdotas. Seguramente te preguntarás de donde he sacado mi don, esa es una historia larga...

—...Que me la contaras otro día —terminó él.

Frunció el ceño.

—¿Qué clase de periodista eres?

—Deportivo.

Abrió grande los ojos. Tal vez él podía ayudarla.

—¿Conoces al camarada del deporte?

Él tuvo un pronunciado ataque de tos y bebió un sorbo de jugo de naranja para calmarse.

—¿A quién? —repitió la pregunta.

—Al camarada del deporte —dijo—. El gilipollas tiene un blog en donde

me ha dedicado varios artículos para destruirme.

—No he oído hablar sobre él.

—¿Enserio? —Murmuró decepcionada—. Es difícil ir contra alguien que ni siquiera conoces su rostro.

Jerry enarcó una ceja.

—¿Tú quieres ir contra él?

—¿Cómo sabes que es él?

—Lo supuse...

—Vale, no importa —expresó—. ¿Pero podrías hacer algunas averiguaciones por mí?

Él asintió con la cabeza.

—Gracias, hasta parece majo cuando no eres tan capullo.

—Haré de cuenta que no he escuchado eso.

10. UNA VISITA INESPERADA

¿Hay pasión en nuestra relación?

A. Sí

B. No

TECLEÓ la última palabra de su próximo artículo «¿realmente le gusto?». Dejó caer las pantuflas al suelo y subió las piernas a la silla. El sueño se le había ido y no dejaba de pensar en Jerry. Sabía tan pocas cosas de él y lo poco que sabía, le intrigaba. Metió la cuchara en el frasco de cacahuete y luego se la llevó a la boca. ¿Cuál habría sido la razón por la que él no se había casado? Y fue ahí cuando se dio cuenta que Jerry iba a casarse en la misma fecha que lo haría Alegra y Lennon. Seguramente debía estar destruido por dentro, pero nunca lo admitiría.

Tal vez ese era el motivo por el que Jerry la trataba como si ella fuese el mismo demonio. Sacudió la cabeza, al tiempo que saboreaba otra cucharada de cacahuete. Esa era la reacción típica de los hombres cuando una mujer le rompía el corazón. Ellos creen que todo el género femenino son iguales a su ex. Se sobresaltó cuando el portero sonó.

—¿Sí? —dijo al atender.

—¿Cece?

—¿Jerry?

—¿Estás ocupada?

¿Qué hacía él a esa hora en la puerta de su edificio?

—¿Te encuentras bien? —le preguntó.

—¿Puedo subir? Me estoy congelando aquí afuera.

—Claro... —repuso, abriéndole la puerta para que él subiera.

Miró a su alrededor y maldijo por lo bajo. Había estado tan ocupada en los últimos días, que no había tenido tiempo ni para acomodar su casa. Quitó la ropa que estaba encima del sofá y la escondió debajo del almohadón. Corrió a su alcoba y se puso un poco de perfume, a la vez que sus pantuflas volaban por el aire. Sacó del armario un abrigo de imitación de piel que le llegaba hasta los tobillos y se lo puso encima del pijama. Agachó la cabeza, se sacudió el cabello y luego la volvió a enderezar. Jerry tocó el timbre y su ritmo cardíaco empezó a acelerarse. Respiró hondo y se dirigió hacia la puerta, y se volvió enseguida para ponerse los zapatos.

—Un momento... —gritó.

Abrió la puerta con una sonrisa en los labios, luego de ponerse unos tacones que le apretaban la ampolla que tenía en el dedo gordo.

—Jerry —masculló, haciéndole una seña con la mano para que ingresara.

—Lamento venir tan tarde, pero si estás ocupada puedo regresar otro día.

—¡Oh, no! —Gimió—. Estaba chequeando a que sitio podía ir un sábado por la noche.

Frunció el ceño. ¿Por qué había dicho eso? Cerró la puerta cuando Jerry ingresó a la sala.

—Pensé que tu plan sería irte a dormir —se mofó.

«Ese había sido su plan hacía cinco minutos».

—Pensante mal —dijo, ajustándose el cinturón del tapado—. ¿Qué venías

a decirme que no pudiste esperar hasta mañana?

Él carraspeó.

—¿Recuerdas que hoy en el café me preguntaste si te ocultaba algo más?
—Él continuó cuando ella asintió—. Hay algo que debo decirte, Cece —
resopló—. No será nada sencillo...

—No me debes ninguna explicación, Jerry.

—Pero debo hacerlo.

Él de verdad parecía estar muy afectado.

—Vale, ¿no quieres sentarte primero?

Los dos se sentaron en el sofá de tres cuerpos que estaba en medio de la sala.

—Empezaré desde el principio.

—Me parece una buena idea.

—Quien iba a casarse en lugar de Lennon iba a ser yo, pero claro, no con Alegra.

—Lo sé.

Él arrugó el entrecejo.

—¿Lo sabes?

—Lo dijo el párroco.

—Oh, lo había olvidado —comentó—. Había imaginado que pasaría el resto de mi vida mi vida al lado de Jennifer, mi ex prometida.

Eso corroboraba que había sido ella la que había terminado con él. ¿Pero por qué quería hablarle de su relación pasada? Tan solo que... sacudió la

cabeza. Sería una locura pensar que él quería aclararle que ya no sentía nada por su ex pareja porque se había enamorado de ella.

—Ni siquiera supe en que momento las cosas se pusieron mal con Jennifer —hizo una pausa—. ¿Sabes? Durante todo este tiempo creí que ella iba a regresar conmigo porque se había dado cuenta que había cometido un terrible error al cancelar la boda —le contó con la voz ronca—. ¿Qué grande es mi ego, verdad?

Ella apoyó la mano sobre la de él y se la apretó.

—No sigas, Jerry.

—Pero la historia aún no acaba.

—La herida es reciente, deja que cicatrice.

—Cece... debo decirte algo importante... yo...

¡Oh, por Dios! Él iba a decirle que la amaba. Bueno, tal vez a ella también le gustaba un poco. Puso el dedo índice sobre su labio y lo silenció.

—Puedes decirlo en otro momento... cuando te sientas más preparado —dijo, mirándolo directamente a los ojos.

Jerry ahuecó una mano en su mejilla, derribando la barrera que había puesto entre los dos.

—Lo siento, Cece, lamento haberte hecho daño —murmuró con ternura.

Ella se mordisqueó el labio inferior.

—Entiendo por lo que estás pasando —lo consoló—. Que te hayan dejado a pocos días de la boda no debió ser nada fácil para ti. ¿Creíste que desquitándotela conmigo te iba a hacer sentir mejor, verdad?

Él simplemente inclinó la cabeza y la besó. Abrió grande los ojos y puso

las manos en sus hombros para apartarlo, pero el roce de su boca no le pareció tan invasiva. Le pareció tierna a pesar que la mayor parte del tiempo la utilizaba para ser brusco con ella. Él le acarició el labio inferior y le rozó la punta de la lengua con la suya. La sensación la hizo sentirse ligeramente mareada y confundida. Él la había hecho creer que la odiaba, pero sus besos eran tan suaves y salvajes. Le ofreció su boca dado que no podía hacer otra cosa.

—Jerry...

—Eres preciosa, Cece —murmuró, deslizando sus manos por debajo del tapado—. Por más que intento sacarte de mi cabeza, hay algo que me impide hacerlo.

¿A él también le pasaba lo mismo? El universo le estaba jugando una mala pasada al sentirse atraída por un Smith. A ella se le escapó un gemido y se dejó llevar por sus caricias. Se permitió bajar la guardia y pensar que la isla no la había maldecido, y que a él no le sucedería las mismas cosas que a sus ex novios. Jerry fue bajando la intensidad de su beso y susurró contra su comisura:

—Siento la lengua un poco pastosa, ¿mis labios no se han hinchado?

Ella echó el rostro hacia atrás y lo miró.

—No tienes nada. Todavía —deslizó el dedo índice por su pecho y agregó—: Porque esto recién comienza, cariño.

—¿Estás segura? —Inquirió en un tono que apenas podía entender lo que decía—. Tal vez he sido un poco agresivo al besarte —se mofó.

Sus ojos, ambos, se abrieron como plato. El párpado izquierdo de él empezó a caerse. Era como si una abeja lo hubiese picado.

—Saca tu lengua, Jerry.

Él obedeció y se la enseñó. ¡Joder! Su lengua estaba enorme. La historia se estaba repitiendo igual que la de sus anteriores novios. Ellos se habían alejado de su lado de formas trágicas. Su último novio había incendiado su casa cuando intentaba prepararle una cena romántica. También estaba Tommy, a él no le había quedado un hueso sin romper cada vez que estaba cerca de ella. Y Ben, su primer amor, seguía teniendo pesadillas cuando miraba una foto suya, y prefirió volcar su gusto hacia los hombres. La isla lo estaba haciendo otra vez.

—No quiero que te alarmes —dijo despacio—. Pero creo que estás teniendo una reacción alérgica por algo.

Jerry se tocó los labios que habían comenzado a inflamarse.

—Pero si no he comido nada con cacahuete.

Ella ocultó disimuladamente el frasco con cacahuete.

—Lo siento, es mi culpa —musitó—. Es la maldición de la isla.

—¿La maldición de la isla? —repitió con la voz entrecortada.

—Cada hombre que se me acerca, siempre sale lastimado de alguna u otra forma —le explicó—. No puedes volver a besarme.

Él intentó esbozar una media sonrisa con su labio hinchado.

—No solo planeo volver a besarte, cariño —dijo, sin poder controlar la saliva de su boca.

—Debo llevarte a un hospital.

—¿Qué tan desfigurado estoy?

—Del uno al diez... diez.

Lo vio buscar el bolso de bandolera que había traído con él y sacó un antialérgico del interior y se lo inyectó en el muslo.

—Me gusta ser precavido —comentó—. Sobre todo cuando eres alérgico a varias cosas.

—¿Te ha pasado seguido, verdad?

—Nunca besando a una mujer —murmuró, el macho alfa herido—. Y que me aspen si me llega a ocurrir cada vez que lo hago —gruñó entre dientes.

Ayudó a Jerry a que estirara las piernas sobre el sofá y él le sujetó la mano para que no se alejara.

—¿A dónde planeabas ir en pijamas? —le preguntó.

Ella soltó un bufido.

—No estoy en pijama —lo contradijo, acariciando su tapado de tigresa—. Iba a tomarme unas copas.

—Vale, quítate la porquería que llevas debajo de ese pelaje que te llevaré a un buen sitio, nena —farfulló, dándole una nalgada en el trasero.

Frunció el ceño.

—Cierra el pico y descansa, porque tú no puedes moverte a ningún sitio.

—Dame veinte minutos y veras, cariño.

Sacudió la cabeza y sonrió.

11. DESPEDIDA DE SOLTEROS

*¿Puedo nombrar algunos de los sueños que tiene
mi pareja en la vida?*

A. Sí

B. No

JERRY actuaba como si su rostro no hubiese sido una piñata hacía una hora atrás. Él la había llevado a una discoteca donde quería que se hiciera la despedida de soltero para Alegra y Lennon. El Club tenía su estilo, había shows en vivo y contaba con una pista de baile. También había otros espacios para hablar o ligar sin tener que gritar por encima de la música para hacerte entender. Y para los más cariñosos, había taburetes de cuero móviles en rincones más privados con sus mesitas de cóctel, en forma de cubo suavemente iluminado y que a esa hora estaban todos ocupados.

Jerry se hizo espacio en la barra y le pidió dos chupitos de vodka al camarero.

—¿Cómo puedes tomar alcohol cuando casi mueres? —se quejó.

Él se bebió el vodka de un solo trago y pidió otra ronda.

—Debes divertirte un poco más, Cece —dijo—. Porque no sabes cuándo llegará tu hora.

Enarcó una ceja y se cruzó de brazos.

—¿Y crees que emborrachándome seré más feliz?

—¡Joder! ¿Tú nunca te has emborrachado, verdad?

Trató de recordar sus épocas en la universidad.

—Estás pensando demasiado, y eso significa que no —respondió él por ella—. Esa debe ser la razón por la que eres la única soltera en tu grupo de amigas. Relájate y disfruta, Cece.

Lo miró boquiabierta.

—¿Quién te ha dicho eso? ¿Alegra? —gruñó.

Él hizo una mueca con la boca.

—Aburrida.

Cogió los dos chupitos que había dejado el camarero sobre la barra y se bebió uno después del otro. Exhaló una bocanada de aire cuando el líquido le ardió en la garganta. Alzó el mentón y sonrió.

—Soy muy divertida —repuso, llamando al camarero con la mano para que le trajera otra ronda.

Jerry sacudió la cabeza.

—Ve más despacio, cupido.

—¿Por qué me besaste, Jerry? —se atrevió a preguntar.

Él echó una ojeada a su alrededor.

—El sitio es ideal para la despedida, ¿no lo crees?

—Jerry...

—Porque eres todo lo opuesto de lo que soy, y supongo que eso me genera intriga. Tienes esa dulzura arrolladora que lo ve todo en color rosa, el amor y toda esa purpurina que le pones, parece que fueses de otro planeta.

Ella bebió otra medida de vodka de una sola vez.

—¿Entonces fue por solo curiosidad?

Se encogió de hombro.

—Y porque... tienes un rostro que es lindo mirar.

—¿Y traducido significa que te parezco atractiva?

—¡Joder, mujer! ¿Qué quieres que diga? —La miró de abajo hacia arriba y añadió—: Estás que te pelas, nena. Me he esforzado tanto en odiarte, que terminaste siendo una droga que no puedo soltar.

Estiró los labios en una especie de sonrisa pícara.

—¿Crees que soy sexy? —lo provocó, sacándose el tapado para quedar con el vestido con lentejuelas que tenía debajo.

Él resopló y se inclinó para darle un beso tierno en el hombro.

—Tienes un trasero que ahora mismo le daría un mordiscón.

Estiró el brazo y le acarició la mandíbula.

—Tú también eres guapo y si no fuese por la maldición de la isla, te juro que...

Acercó sus labios a su oreja y le susurró cosas atrevidas que ni ella misma sabía que podía hacer.

—El vodka te ha subido a la cabeza, nena —murmuró él entre risas.

Cogió la copa de él y se la vació de un solo trago.

—Fuiste tú quien me pidió que bebiera.

—Y ahora te pido que dejes de beber.

Ella le rodeó el cuello con los brazos y estudió su rostro como si fuese la primera vez que lo miraba.

—Tus ojos tienen motitas verdes, ¿lo sabías?

—Después de treinta y cinco años creo haberlo notado.

—Me gustas, Jerry.

Él esbozó su seductora media sonrisa.

—Existe un dicho que dice que los borrachos siempre dicen la verdad — comentó, mientras deslizaba lentamente su dedo índice por su brazo.

Soltó una risita.

—Puedo pararme en una sola pierna ahora mismo y verás que estoy perfectamente bien.

—Debo decirte algo, Cece...

Ella sujetó su rostro entre sus manos y lo besó con fuerza.

—Jennifer —susurró él.

No había perdido tanto la cordura para no saber que ese no era su nombre. Apartó sus labios y dio un paso atrás.

—Soy Cece —lo corrigió.

—Lo sé —dijo, volteándose hacia el escenario—. Jennifer es la que está cantando.

Su ex cantaba bastante bien y era extremadamente hermosa.

—¿Quieres que nos vayamos?

Él negó con la cabeza.

—Iré a saludarla —continuó—. Vendré en un momento...

—Oh, vale.

Ella miró al camarero y le pidió lo más fuerte que tenía.

Apoyó los codos sobre la barra y bebió un sorbo de su segundo mojito. Dirigió la vista hacia el escenario cuando Jennifer dejó de cantar. Jerry la esperaba como su fans número uno. Resopló. Debió quedarse en su casa. Se le escapó un hipo. ¿A quién quería engañar? Ella no era divertida. El camarero se le acercó otra vez cuando se desocupó de atender a otros clientes.

—¿Y dices que no sabes cómo romper la maldición de la isla? —le preguntó él, curioso.

Ella le había contado de la isla, de sus ex y que acabaría sola y amargada.

—No —respondió, mirando a Jerry por encima del hombro.

—Jennifer lo dejó a pocas semanas de la boda —explayó el camarero.

—Lo sé —murmuró—. ¿Los conoces?

—Venían siempre juntos por aquí —le contó—. ¿Sabes? Deberías ir y marcar tu territorio.

—Gracias, Gege, pero entre él y yo... no existe nada.

—No pareces ser ese tipo de mujer que besa a un hombre porque no siente nada.

Ella giró la cabeza hacia el camarero de golpe.

—Aunque esté atendiendo a otros clientes, yo lo veo todo —repuso Gege, su nuevo amigo—. ¡Ve por él!

Observó durante un rato al camarero y se levantó del taburete, se quedó quieta por un segundo cuando creyó que su alrededor giraba como una calesita, luego se abrió paso a través de la multitud hasta donde estaba el

escenario. Quiso llegar hasta Jerry, pero el piso empezó a moverse. Esa era la razón por la que ella no bebía más de una copa de vino. Se sostuvo de una columna que estaba lo suficientemente cerca para ver y oír a Jerry. Jennifer le contaba lo increíblemente bien que le estaba yendo ahora sin él, y para rematar, le estaba presentando a su nuevo novio.

Por lo poco que podía llegar a conocer a Jerry, sabía que estaba haciendo un gran esfuerzo para no explotar en ira. De repente, hubo un murmullo a sus espaldas. Dos hombres se estaban peleando. No se veían cerca los guardias de la discoteca. La Cece reconciliadora quiso intervenir. La Cece borracha se paró entre los dos hombres que discutían para separarlos. Y la Cece metida vio varias estrellitas antes de caer al suelo en seco, luego de recibir un puñetazo en la nariz.

Despertó desorientada en la cama de un hospital. Se frotó las sienes al sentir una puntada en la cabeza. En realidad, le dolía todo el cuerpo. ¿Cómo diablos había acabado en esa habitación? Abrió los ojos como plato cuando descubrió que tenía la nariz vendada y tuvo un pequeño recuerdo de lo que había ocurrido en la discoteca. La puerta de la habitación se abrió y Jerry ingresó con un café sacado de una máquina. Parecía que él no había pegado un ojo en toda la noche. ¡Joder! Ella debía verse fatal, sin contar que su aliento olía a pescado.

—Haz despertado, cupido.

Soltó un gemido cuando se movió para ahuecar la almohada que tenía a sus espaldas.

—¿Cómo acabe aquí? —quiso saber.

Él arrastró una silla y la puso cerca de la cama.

—¿Qué diablos se te pasó por la cabeza al querer separar a dos hombres que te triplicaban en el tamaño? —le cuestionó, ceñudo.

Cerró los ojos y resopló.

—No lo sé —respondió—. ¿Por lo menos conseguí que dejaran de pelear?

—Sí, y además los dejaste con una enorme culpa cuando te vieron en el suelo por haber recibido un puñetazo que no era para ti.

Ella se quejó cuando intentó reírse.

—Entonces el golpe no fue en vano —se mofó—. ¿Qué tal está mi nariz?

—¿Quieres oír la verdad?

—Por favor...

—Se ve fatal, pero en unos días la hinchazón desaparecerá.

Se tocó la nariz por encima de las vendas. Debía parecer una momia.

—¿Y tú cómo te sientes? —le preguntó.

Él bebió un trago de café.

—Mejor que tú, seguro.

—Las ojeras de tu rostro dicen lo contrario.

Él apoyó sus codos sobre sus muslos y se balanceó hacia ella.

—Dices eso porque todavía no has visto tu rostro, cariño.

—Jerry...

—Me duele un poco la espalda —repuso—. Dormir en una silla mientras esperaba a que despertaras, no ha sido de lo más cómodo, nena —murmuró, haciendo una mueca con la boca.

Revoleó los ojos.

—Me refiero a cómo te sientes después de tu encuentro con Jennifer —le aclaró—. Si mal no recuerdo, hablaste con ella en la discoteca.

La mirada de él se ensombreció.

—Lo siento, no me debes ninguna explicación —se disculpó luego de notar que no quería hablar del asunto—. Solo me pareció que anoche no te veías muy bien.

—¿Y por qué no lo estaría? —Replicó, mordaz—. Me hizo feliz saber que mi ex ahora está mucho mejor que cuando estaba conmigo. Pero lo mejor fue cuando me presentó a su nueva pareja —se rascó la mandíbula y continuó—: El amor de su vida, así fue como lo llamó. ¿Sabes cuál fue mi parte favorita? Cuando me invitó a su boda.

Tragó saliva. Él no parecía estar feliz.

—¿Su boda?

—¡Oh, sí! Su boda, has oído bien —murmuró, sarcástico—. Se casará con él aunque no hace más de un mes que se conocen. ¿Qué aconsejaría *Cece Amor* con un caso como este?

Ella no supo que decir a pesar de ser una experta en el amor. Era como si su don se hubiera apagado al estar cerca de Jerry.

—¿Qué la vida continúa?

—¿La vida continúa? —Repitió—. ¿Ese es el consejo de *Cece Amor*? Pensé que dirías: Ustedes no eran compatibles, ahora eres libre y puedes follarte a quien quieras. ¿Te apuntas, cariño?

A ella no le gustó ni un poco su tono de voz, pero había desarrollado un talento especial para tratar con personalidades difíciles y lo pasó por alto.

—¿Cuándo podré salir de aquí?

Él se levantó de la silla para buscar al doctor. Después de un momento, apareció acompañado con el médico que la había atendido.

—¿Cómo te sientes? —Le preguntó el doctor, mientras revisaba sus pupilas—. Recibiste un golpe fuerte en la cabeza.

—Me siento como si hubiese recibido un golpe fuerte en la cabeza — intentó sonar divertida—. ¿Cuánto tiempo me queda?

El doctor le echó una ojeada rápida a Jerry.

—No debiste decírselo —musitó—. Te dije que sería yo quien hablara con ella.

Abrió grande los ojos.

—¿Qué ocurre?

El doctor le cogió una mano entre las suyas.

—Te hicimos varios estudios cuando te trajeron...

—¿Voy a morirme? —lo interrumpió.

—Sí.

Ella palideció y pensó en todas las cosas que le quedaban por hacer.

—¿Cuánto tiempo me queda? —preguntó como si su mundo acabara en pocas horas.

—Dos meses.

—Pero mira el lado positivo Cece, podrás ir a la boda y ser dama de honor —añadió Jerry, como si no le importara que fuera a morirse en dos meses.

Estaba tan entumecida por la noticia, que había quedado muda del espanto. Su cerebro trataba de procesar la información. Se secó una lágrima que rodó por su mejilla con el pulgar.

—¡Te atrapé! —exclamó su doctor con una sonrisa en los labios.

—¿No moriré?

—Sí lo harás, pero no en dos meses —repuso—. Bueno, tan solo que tengas un accidente.

Bajó el mentón y lo miró cautelosa.

—¿Entonces los estudios salieron bien?

—Solo necesitaras un trasplante de riñón.

—¡¿Qué?!

—¡Te atrapé otra vez! —se mofó.

Dirigió la vista hacia Jerry y le lanzó una mirada furiosa. ¿A qué tipo de hospital él la había llevado? Él era el doctor más bruto y torpe que le había tocado. ¿Qué diablos les estaba ocurriendo a las personas últimamente?

—Agradecería que no me hiciera más broma de este tipo, doctor payaso.

Los ojos de él se estrecharon y la expresión divertida desapareció de su rostro. Sacó una libreta y lapicera del bolsillo de la chaqueta blanca.

—Te apuntaré lo que debes hacer antes de darte el alta.

Ella asintió con la cabeza.

—Te daré unos analgésico para el dolor de cabeza —anotó el nombre en el papel—. Deberás regresar para ver cómo sigue tu nariz, y evita meterte en la vida de los demás, ¿vale?

Frunció el ceño.

—No entiendo...

—¿No comprendes? Tu nariz se lastimó por meterte en peleas que no son tuyas —siguió—. Crees saberlo todo sin ni siquiera conocer a las personas ni saber cómo han sido los hechos. Pero ahí vas tú con tu aire de sabionda, dando consejos como si tus palabras fuesen de vida o muerte...

—Ya tienes el alta Cece, puedes levantarte de la cama —interrumpió Jerry—. ¿Verdad, doctor?

—Sí —asintió él a regañadientes y le entregó la receta de malas ganas, y luego se retiró de la habitación.

—¡Joder! —Gimió ella—. ¿Estás seguro que ese hombre trabaja aquí?

Jerry le entregó su ropa que estaba doblada en la silla y le dedicó su sonrisa de póker.

—Cámbiate rápido o tendrás que irte en taxi —le pidió el Jerry que había conocido al principio.

—Que considerado —dijo—. Siempre tan considerado.

12. EL CAMARADA ATACA OTRA VEZ

Siento que mi pareja me respeta realmente.

A. Sí

B. No

DESDE que había puesto un pie en la editorial hasta que ingresó a su oficina, había recibido varias miradas fuera de lo común. Se tocó la bandita que se había puesto en la lastimadura de la nariz. La hinchazón había desaparecido y su rostro no había quedado desfigurado para llamar tanto la atención. Se encogió de hombros. Tal vez estaba siendo un poco paranoica. Llamó a su secretaria luego de sentarse en el escritorio. Katy apareció segundos después.

—¿Han llegado más cartas de mis lectoras para leer? —le preguntó.

—Sí —afirmó—. Te las traeré en un momento.

Katy evitaba verle el rostro.

—¿Está todo bien? —quiso saber.

—Perfecto.

—¿Las cosas con tu marido han mejorado? —siguió indagando.

Su secretaria le echó una mirada rápida y luego fijó su vista en los papeles que tenía sobre el escritorio.

—Oh, sí, hemos seguido tus consejos y nuestra comunicación ha mejorado con tus técnicas —le contó—. Devon ha dejado de tratarme como una muñeca de porcelana que se puede romper en cualquier momento.

—Me alegro por ustedes.

—¿Necesitas algo más, Cece?

—Sí, necesito que me digas que diablos está pasando —gruñó—. Desde que llegué a la revista me observan como si fuese un animal de zoológico o en tu caso que ni siquiera te atreves a mirarme a los ojos.

Katy exhaló una bocanada de aire.

—¿Por qué elegiste este momento para hacerte la operación? —Le reprochó—. Sabes que tienes enemigos buscando tu mínimo error para destruirte. ¡Y ni siquiera necesitabas la operación!

Frunció el ceño. Ella no entendía ni una palabra.

—¿De qué operación estás hablando?

Su secretaria se tocó la nariz.

—Ya todos lo saben, no es ningún secreto que te has hecho una rinoplastia.

—¡Pero no me he hecho ninguna operación! —Exclamó—. ¿De dónde has sacado esa idiotez? Sabes cuál es mi postura con las cirugías estéticas. No estoy en contra de ellas, pero no pasaría por un quirófano para operarme la nariz.

—Existen pruebas y todos las han visto —repuso—. Y esta vez no sé cómo defenderte para que tu imagen no se perjudique con tus lectoras.

Ella estaba empezando exasperarse.

—Espera un momento... ¿de qué pruebas estamos hablando? —Cerró los ojos y se respondió sola—: Tengo la impresión que las hallaré en el blog del camarada.

Katy asintió con la cabeza.

Ella respiró hondo. Encendió el ordenador y buscó el blog del camarada e ingresó en su última entrada. Estaba dedicada a ella y se titulaba: «*Cece amor es una mentirosa*». Sintió una punzada en la boca del estómago. Imaginó que no sería nada bueno lo que leería a continuación.

—También eres tendencia en twitter —agregó Katy.

—Vale, pero vamos con uno a la vez.

Rodó la ruedita del mouse y lo siguiente que observó fue una foto suya en la cama del hospital con la nariz toda vendada que daba la impresión que acababa de salir del quirófano. ¡Gilipollas! Se hundió en el asiento y contó hasta tres. ¿Cómo había hecho para conseguir esa fotografía? Su credibilidad pendía de un hilo. ¡Él era el mentiroso! Había usado la imagen para montar una historia que no era. Alzó la vista y miró a Katy por encima de la pantalla.

—Nada de esto es cierto.

—¿No eres tú la que está en la camilla?

—Sí, lo soy —dijo—. Pero no tengo la nariz vendada porque me haya hecho una cirugía, sino porque me pegaron una trompada en una discoteca.

Su secretaria abrió los ojos como plato.

—¿Qué?! —Gimió—. No sé cuál historia es peor de explicar.

—El golpe no fue intencional, intenté separar una pelea y la ligué de arriba.

—¿Sabes quién pudo tomarte la fotografía?

—No —respondió—. Quien la tomó, lo hizo mientras estaba inconsciente.

Los comentarios maliciosos seguían aumentando en el blog. «*Cece amor es un fraude*» «*Tal vez ella tuvo que operarse la nariz porque se le crecía con tantas mentiras que dice*» «*¡Pero si es Cece amor! La que dijo que nunca se haría una cirugía. ¿Acaso nos ha engañado en todo?*» «*¿Estamos viendo el final de la consejera del amor?*» «*Nadie debería leer nunca más un artículo de la depredadora del romance*».

No quiso leer más nada y apagó el ordenador. Internet se había llenado de *haters* contra ella. El camarada del deporte había ganado el juego sin que ella entrara en la cancha. Ella lo había desestimado, nunca pensó que llegaría tan lejos. ¡Él había jugado sucio! ¡Ni siquiera había dado la cara! El aire empezó a faltarle cuando se dio cuenta que si no hacía algo rápido, su carrera y credibilidad se arruinaría. Dio un golpe en el escritorio con la mano plana.

—¡Menudo gilipollas! —Exclamó, furiosa—. Si tan solo supiese quien es el que intenta destruirme escondiéndose detrás de una máquina. Te juro que...

Ella se quebró en llanto. Estaba agotada, sus últimos días habían sido un infierno y quería que la tormenta se detuviera de una buena vez. Se desprendió los primeros botones de la camisa y se levantó de la butaca para dirigirse a la ventana, luego la abrió y trató de llenar sus pulmones con aire. Katy le sirvió un vaso con agua y se lo dio para que se tranquilizara.

—¿Cómo detendré toda esta mentira? —quiso saber, angustiada.

—Diciendo la verdad, Cece.

—Será mejor que renuncie —dijo sus pensamientos en voz alta—. No quiero que la revista se vea perjudicada si mi credibilidad se va a pique.

—Si renuncias les darás la victoria a esos capullos despechados.

Se sorbió la nariz con el dorso de la mano.

—¿Acaso no lo ves, Katy? ¡Ellos ya ganaron! ¿Cómo podré seguir aconsejando si todos creen que soy un fraude?

Katy la sujetó de los hombros y luego le dio una bofetada.

—No eres un fraude, zorra estúpida —la corrigió en un tono elevado—. Las personas que has ayudado lo corroboraran. Y te seguro que son muchas más de lo que tú crees. ¡Ya deja de llorisquear como una niña!

Ella asintió con la cabeza. Se llevó una mano a la mejilla y se la acarició. Su secretaria se había vuelto loca. Pero el golpe la había ayudado a entrar en razón. No podía darse por vencida.

—No vuelvas a golpearme, recuerda que todavía sigo siendo tu jefa —le aclaró por si se lo había olvidado.

El rostro de Katy se tiñó de un rojo intenso.

—Oh, lo siento mucho Cece, solo quería que entraras en razón —explayó—. Y recordé la técnica que me enseñaste para que utilizara con Devon.

—Estoy segura que las bofetadas no estaban incluidas.

—Vale, pero ha funcionado igual.

Puso los brazos en jarra y empezó a girar en círculo, intentando despejar su mente para hallar una solución.

—Si tan solo supiese quién demonios es el camarada del deporte, sería de gran ayuda para poder desenmascararlo.

—Yo sé quién es el camarada del deporte —murmuró Alegra cuando ingresó a su oficina.

—¿Lo sabes? —replicó Katy, sorprendida.

—¿Quién es el hijo de fruta?

Alegra cerró la puerta para que nadie de la editorial escuchase.

—No te va a gustar nada saber quién es.

Bajó la barbilla y la miró con ojos interrogantes.

—¿Acaso lo conozco?

—Sí.

A ella se le vino un solo nombre a la mente.

—¡Madre mía! Debí imaginarme que podía ser el gilipollas de Lennon.

—No es Lennon, Cece —la contradijo—. Él ni siquiera sabía que su primo estaba escribiendo artículos contra ti. En realidad, había olvidado que eras *Cece amor*, él solo te conoce como Cece.

Ella quedó petrificada. ¿Había dicho su primo? Debía haber un error.

—¿Intentas decirme que Jerry es el camarada del deporte?

Alegra se cruzó de brazos y miró al techo.

—Esto es más difícil de los que imaginé.

—¡Responde! —gritó, impaciente.

—Lo siento, Cece...

Ella soltó una carcajada.

—Creo que estás confundida, Alegra —se negó a aceptarlo—. Jerry no puede ser el camarada.

—Quisiera decirte que estoy equivocada, pero no —dijo—. Pasé la noche con Lennon, y esta mañana vi la laptop de Jerry encendida y quise usarla para revisar mis correos y hallé su blog —le contó—. Lennon me confirmó que su primo era el camarada del deporte.

Se cubrió la boca con la mano y dejó caer el cuerpo sobre la butaca. Ahora que lo pensaba bien, su vida se había vuelto patas para arribas cuando él apareció. Desde un primer momento Jerry le había mostrado su desprecio. Jerry estuvo cuando la metieron en prisión. Jerry también estuvo en el hospital. Jerry había sido el capullo que había tomado las fotografías. ¿Por qué él quería destruirla de ese modo? Y fue ahí cuando cayó en la cuenta que su beso había sido parte de su actuación para dañarla. Todo había sido una farsa. Tragó saliva para desatar el nudo que se le había formado en la garganta.

—¿Qué haremos ahora? —preguntó Katy.

Alegra le sujetó una mano entre la suya y se la apretó.

—Me ocuparé de Jerry y haré que él borre todo lo que ha escrito contra a ti.

Ella negó con la cabeza.

—Tú no harás nada —farfulló—. Él tendrá que hablar conmigo y decirme todo lo que piensa en mi cara.

—¿Estás segura?

—El camarada del deporte ya no podrá ocultarse más detrás de una máquina.

13. EL ENEMIGO SIEMPRE ESTUVO CERCA

*¿Sé los momentos más estresantes a los que
mi pareja tiene que enfrentarse?*

A. Sí

B. No

LENNON le abrió la puerta vestido con una bata de seda negra. Él tenía los ojos rojos e hinchados y el pelo revuelto. Soltó un bufido. Era cerca del mediodía y el futuro novio recién se estaba despertando. ¿Cómo Alegra había podido enamorarse de un hombre como él? Misterios del universo. Hizo un gran esfuerzo por sonreír.

—¡Cece! —Exclamó él con exagerada emoción—. No sabía que vendrías —murmuró, apoyando la palma de la mano contra el marco de la puerta para impedirle el paso—. Alegra no está aquí.

—Lo sé —repuso—. He venido a ver a tu primo.

—¿A Jerry?

—¿Acaso vives con otro primo más?

Ahora quien esbozó una fingida sonrisa fue él.

—Solo con Jerry y él no se encuentra —respondió—. Y si eso era todo, seguiré descansando los ojos.

«*Holgazán perezoso*». Él usaba el día como noche y la noche como día. No era más que un ricachón mimado. La palabra trabajo debía darle alergia. Ella se agachó y pasó por debajo de su brazo e ingresó antes que él se negara.

—Espero que no te moleste que espere a Jerry aquí —murmuró, mientras se desabrochaba el abrigo.

—De hecho, no creo que mi primo venga durante todo el día —comentó—. Le diré que te llame cuando lo vea.

El gilipollas la estaba echando con disimulo. Podía percibir que intentaba ocultarle algo. Tal vez un aren de mujeres en su alcoba. Frunció la nariz asqueada.

—Se acabó el filtro del café —dijo Jerry, cuando salió de la cocina.

—¡Jerry! —Gimió Lennon—. No sabía que estabas aquí.

Ella se cruzó de brazos y entornó los párpados. ¿Qué tan idiota creía que era? A quien Lennon intentaba ocultar era a su primo. Jerry escupió el café que acaba de beber cuando la vio.

—Cece...

—¡Sorpresa!

—¿Qué haces aquí?

—Vine a visitar al padrino de la boda —explayó, como si ella no quisiera estrangularlo con sus propias manos—. He reservado la discoteca para hacer la despedida de solteros.

Lennon se rascó la nuca y chasqueó la lengua.

—Si hablan de la boda será mejor que los deje solo.

—Es tu boda, querido primito, deberías quedarte y saber por lo menos a qué hora deberías estar en la iglesia.

—La tarjeta de invitación aclara esos detalles —dijo, ajustándose la bata—. Los dejaré solos así pueden hablar tranquilos.

—*Cobarde...* —susurró Jerry.

—No voy a morderte, Jerry —murmuró ella, sarcástica.

Solo voy a destruirte, capullo, y disfrutaré verte en la ruina.

Jerry frunció el ceño.

—Lo sé —dijo en un tono no tan seguro—. Ha sido una buena idea que reservaras la discoteca.

—El mérito es todo tuyo por haberme llevado allí —replicó—. ¿Sabes? Ser dama de honor me está pareciendo bastante genial, ahora comprendo porque tú le pusiste tanto interés desde el principio —continuó—. También contraté la banda para la boda.

Él hizo un gesto con la mano.

—Estupendo, nos ha ahorrado tiempo.

—Y dinero —añadió—. Jennifer ha sido un encanto por no querer cobrarnos.

Él tragó saliva.

—¿Jennifer?

—¡Oh, sí! —Gimió—. Espero que no te moleste que haya contratado a tu ex. Jennifer tiene una voz angelical. Y para que ella se sintiera más cómoda en la boda, le dije que llevara a su actual novio. Ella me lo agradeció y te manda saludos.

Jerry soltó una carcajada y sacudió la cabeza.

—Por un momento me lo he creído.

Ella enarcó una ceja con arrogancia.

—No bromeo, Jerry —dijo—. Jennifer vendrá a la boda. ¿Acaso te ha molestado que tu ex cante el Ave María para los novios?

Él bajó la vista y se rascó la mejilla.

—Para nada, cupido —respondió—. Jennifer es una cantante grandiosa y lo hará perfecto.

Su reacción no había sido como lo había imaginado, pero todavía no había terminado. Ella se quitó el abrigo y se sentó en el sofá de la sala.

—Me gustaría seguir hablando contigo, pero debo seguir trabajando —farfulló él, invitándola a que se retirara disimuladamente.

Echó una ojeada a su alrededor y luego dirigió la vista hacia el gilipollas.

—¿Trabajas aquí?

—Creo haberte dicho que soy un periodista independiente, y puedo trabajar desde cualquier sitio.

—¿En cuál noticias estás trabajando ahora? —Preguntó—. Tal vez pueda ayudarte.

—Lo dudo, hacemos periodismo diferente —se atrevió a decirle el capullo—. Lo mío es el deporte.

—Lo había olvidado —mintió—. Ahora que recuerdo, te había pedido si podías averiguar algo acerca del camarada del deporte, ¿has logrado conseguir información sobre él?

Jerry tomó un trago de café y sonrió nervioso.

—No...

—Es una pena, porque el capullo me ha declarado la guerra sin ni siquiera dar la cara. Él ha estado siguiendo mis pasos —le contó—. ¿Sabes?

El camarada ha logrado tomarme fotos en momentos menos apropiado y cambiado la información a su conveniencia. Debe ser un periodista fracasado que me necesita para vivir.

Él torció los labios en una mueca de desagrado.

—O tal vez tú le has arruinado la vida y solo busca que bebas un poco de tu propia medicina.

Lo miró a los ojos con actitud desafiante.

—¿Ah, sí? Me gustaría saber cómo pude arruinar su vida cuando solo me dedico a ayudar a personas.

—Le has lavado tanto el cerebro a tus lectoras que ellas hacen lo que tú le dices.

—¿Acaso has leído alguna vez uno de mis artículos?

—No leo idioteces.

Ella entornó los párpados. Empezó a atar cabo y se dio cuenta que Jennifer debía ser una de sus lectoras. Él debía echarle la culpa del rompimiento de su compromiso. Finalmente, comprendió porque Jerry la odiaba.

—¿No has leído nada mío y te atreves a decirme que les lavo el cerebro a mis lectoras?

—He escuchado a algunas de tus víctimas —dijo—. Y eso me fue suficiente para armar mi propia opinión acerca de tu trabajo.

—¡Tú no sabes una mierda! —Explotó—. Subestimas a mis lectores, ellos no son robot y pueden pensar por sí mismos. Mi trabajo es aconsejar, pero la última palabra la tienen mis lectores. ¡Nunca los he engañado o dado información basura como lo hace el camarada del deporte! —Rugió—.

Personas como él avergüenzan el periodismo.

—No te pases, cupido —gruñó a través de los dientes.

—Y las víctimas de que tú hablas, son personas egoístas, despechadas, incapaces de aceptar que sus ex parejas son más felices ahora que no están con ellos. La vida continúa, Jerry o debo llamarte *Camarada*.

Él arqueó las cejas rápidamente ante sus palabras.

—No sé a qué viene todo esto.

—¿No lo sabes? —Replicó, sarcástica—. Tal vez necesites una ayudita para que cantes como un pajarito.

Ella sacó una pistola de su bolso.

Jerry abrió grande los ojos.

—¿Qué demonios haces?! —Rugió—. ¿Te has vuelto loca?

Lo apuntó con el revólver y lo obligó a sentarse.

—Finalmente no vemos la cara, *Camarada*.

—Guarda esa arma, Cece —le pidió.

—No tengo nada que perder, lo que más amo en este mundo tú me lo has quitado. Mi profesión se está yendo a pique gracias a tus mentiras.

—¿Mis mentiras? ¡Tú eres un fraude!

—No estás en posición de contradecirme, capullo.

Lennon apareció por la sala y se quedó inmóvil por un momento mientras la estudiaba con la mirada.

—¿A qué va todo esto? —preguntó.

—Tendrás que buscarte a otro padrino para la boda —respondió.

—Oh, vale —murmuró—. ¿Me quedo aquí o puedo regresar a mi alcoba?

—Haz lo que quieras —dijo ella, apretando la mandíbula.

—Me quedaré —repuso, al tiempo que se sentaba en el sofá de un cuerpo y cruzaba las piernas—. Esto será más entretenido que un espectáculo de las vegas.

—¿Te parece entretenido? —Repitió, Jerry—. ¡Ella puede matarme en cualquier momento! ¡Y cuando acabe conmigo, vas a seguir tú, idiota!

Lennon le cerró un ojo.

—Correré el riesgo.

Ella sonrió mordaz.

—Tú primo podrá ser un holgazán, pero tiene algo que se llama PELOTAS.

—Supongo que debo agradecer tu halago a medias.

—Ya cierra el pico —le pidió Jerry con la voz elevada—. ¿Qué quieres Cece?

—Me debes una explicación —farfulló—. ¿Por qué? ¿Por qué me hiciste todo esto?

—Conoces la respuesta.

Sujetó el revólver con las dos manos y lo amenazó con dispararle sino empezaba a hablar.

—Jennifer, mi ex, era tu fiel seguidora y por tu culpa ella rompió conmigo.

—¿Por eso rompiste con tu ex? —Indagó Lennon a sus espaldas—. Pensé que la habías descubierto con uno de sus amantes.

—Jennifer nunca me engañó.

Lennon entrelazó los dedos detrás de la cabeza y esbozó una sonrisa perezosa.

—Tu ex no se metió en mi cama porque le dije que no —le contó—. Ya sabes... eres mi primo.

Y de repente, ella era la espectadora. Había descubierto que el futuro marido de Alegra tenía algo de códigos.

—¡Jennifer era tu amiga! ¡Tú nos presentaste!

—Sí, pero nunca imaginé que le pedirías matrimonio.

—¡Estuvimos juntos durante cuatro años!

—Y los cuernos te deben llegar a martes —se mofó.

Ella sacudió la cabeza.

—Podemos regresar a mi tema —interrumpió la disputa familiar—. No tengo la culpa que tu ex te haya dejado. Ella me escribió contando su preocupación y yo la aconsejé. Jennifer tomó su propia decisión.

—Mi primo debería besarte lo pies, lo has ayudado a evitar los tramites del divorcio.

—¡Voy a matarte gilipollas! —gruñó Jerry, levantándose del sofá para golpear a su primo.

Ella se puso en el medio y le bloqueó el paso.

—Tú no vas a matar a nadie.

—Gracias, Cece, siempre creí que me odiabas.

—Todavía no me agradas, cierra la boca o seré yo quien te mate —apuntó

a Jerry en el pecho con el arma y le pidió—: Regresa a tu asiento.

—¿Qué más quieres? Ya te he respondido lo que querías saber.

—No todo, ¿estuviste detrás de las fotos, verdad?

Él hizo un gesto de asentimiento.

—¡Oh, por Dios! ¿Fuiste el que metió la estatuilla en mi bolso para que me arrestaran?

—Sí, tuve algo que ver con todo eso —afirmó—. Los sitio a donde te llevé, siempre había una víctima que tú dejaste. El guardia de la tienda, el chef del restaurante, el doctor que te atendió cuando te golpearon en la discoteca. Y del golpe no me hago responsable.

—¡Joder! ¿El club de los vengadores que creaste era para ir tras ella? — volvió a interrumpir Lennon.

—¿Creaste un club para vengarte de mí?

—Prefiero verlo como un club de victimas que tú dejaste.

Ella le entregó el ordenador portátil y le pidió que entrara a su blog y borrara todo lo que había escrito de ella a punta de pistola.

—¿Por qué debo borrarlo?

—Porque sabes que todo lo que escribiste es mentira, y un buen periodista no lo hace.

Jerry hizo *click* y borró todas las entradas que había escrito sobre ella.

—¿El beso que me diste también era parte de tu venganza para lastimarme? —quiso saber.

Él enarcó una ceja.

—¿Tú que crees?

«Que era un mal nacido». Algo dentro de su interior se quebró y se sintió peor que cuando leyó los comentarios maliciosos contra ella en la red.

—Te fuiste al demonio, primito —comentó Lennon, con la boca llena de patatas. ¿En qué momento él había ido por ellas?

Apretó el gatillo del arma y disparó un chorro de agua contra el rostro del camarada del deporte. Chasqueó la lengua y sonrió triunfadora.

—El juego terminó.

Jerry se secó el rostro con las manos.

—¡Me engañaste con un arma de juguete!

Alzó el mentón.

—Estamos a mano, *camarada*.

Lennon se rompió a reír, y se enjuagó las lágrimas con las yemas de los dedos.

—Pensé que no ibas a usarla.

—¿Sabías que era un arma de juguete?

—Sé diferenciar el metal del plástico.

Ella se puso su abrigo y guardó el arma de Tom, el hijo pequeño de Sofía, en su bolso.

—Nos vemos en la boda —se despidió.

—Cece... —la llamó Jerry.

Se detuvo en la puerta y se volteó hacia él.

—¿Sí?

Jerry abrió la boca, la cerró y luego la volvió a abrir.

—Nos vemos en la boda.

14. CORAZÓN CIEGO

*¿Puedo nombrar los parientes de mi
pareja con los que se lleva mal?*

A. Sí

B. No

LES HABÍA pedido a los miembros del club una reunión urgente. Él les debía una explicación por haber eliminado de su blog todo lo que tenía contra *Cece amor* cuando estuvieron a un paso de ganar. Frunció el ceño. Pero ellos no parecían estar molestos por haberles tirado abajo el plan. Se aclaró la garganta y dijo:

—Sé que deben tener muchas preguntas por hacerme.

—¿Fuiste tú quién borró los artículos contra Cece? —cuestionó Erik, el chef.

—Sí —afirmó—. Me vi forzado a hacerlo, en ningún momento quise traicionarlos. Debí hablar con ustedes primero, pero créanme, no tuve elección. Deben pensar que soy un idiota porque fui quien creó el club para destruir a Cece, y cuando tuvimos a un paso de hacerlo...

—Nos salvaste de cometer un grave error —lo interrumpió Erik.

—¿Cómo dices?

—Nunca debimos hacer nada de esto, Jerry —le aclaró—. Estábamos molestos porque nos habían dejado y nunca vimos que nuestros ex ahora son más felices. Nuestro ego estaba herido y quisimos buscar un responsable a nuestra desgracia.

Arrugó el entrecejo.

—¿No están enfadados? ¡Pero Cece arruinó nuestras vidas! —exclamó.

El guardia de la tienda se llevó un puñado de patatas a la boca y alzó la mano para hablar.

—De hecho, que me hayan dejado fue lo mejor que pudo sucederme —dijo con la boca llena—. Al principio no lo vi de ese modo, pero ahora estoy conociendo a alguien...

—¡Joder! —Gruñó—. ¡No pueden hablar en serio!

—Empiezo a creer que Cece amor no estaba equivocada —agregó el doctor—. También he empezado una nueva relación con una de las enfermeras del hospital y estoy feliz.

Se quedó boquiabierto y asqueado por lo que estaba oyendo. Ahora era él quien se sentía traicionado.

—¿Piensas igual que ellos, Erik?

El chef cerró los ojos y resopló.

—Vale, te lo diré de una vez, estoy saliendo con alguien y siento que es la mujer de mi vida. Y no la hubiera conocido de no ser por ti y por Cece.

—¿A qué te refieres?

—Tú la llevaste al restaurante, es la dueña de la revista *Mujeres arriba*, donde trabaja Cece.

Parpadeó, incrédulo.

—¿Acaso todos piensan lo mismo? —cuestionó, mirando uno por uno.

—¡Claro que no! —Gruñó el diseñador de moda

Alzó la vista al techo y agradeció.

—Cece amor en la zorra que arruinó mi matrimonio.

—¡No la llame zorra maldito idiota! —rugió él.

El diseñador hizo una mueca con los labios.

—Y ahora tú también la defiendes... —murmuró por lo bajo.

Erik abrió una lata de cerveza y bebió un trago.

—¿Y qué me dices de ti, Jerry? ¿No has conocido a nadie durante tus días de soltero?

Él revoleó los ojos.

—¿Si conocí a alguien? La mayor parte de mi tiempo lo he pasado con la depredadora del romance —respondió—. Y ahora mismo siento un vacío en el pecho que no sé cómo llenarlo desde que toda esta venganza acabó.

El doctor apoyó un codo sobre el respaldo del sofá y se cruzó de piernas.

—¿Ah, sí? ¿Y no probaste con llamar a Cece?

—Ella me odia —les contó—. Se enteró que yo era el camarada del deporte y no quiere verme ni en figurita.

—¿Y qué fue lo que sentiste cuando ella descubrió quien eras? —preguntó

Erik, como si estuviese en una sesión con su sicólogo.

—Me sentí atrapado y terrible, me había acostumbrado a pasar tiempo con ella y ahora no hago otra cosa que chequear mi teléfono cada dos minutos por las dudas de recibir un llamado suyo.

Los miembros del club se miraron el uno al otro y se rieron.

—¿Y entre ustedes no hubo nada durante ese tiempo que pasaron juntos?
—El guardia carraspeó—. Por supuesto, en nombre de la venganza.

—Tal vez haya habido uno que otro beso —balbuceó.

—¡Pero si eres un gilipollas, Jerry! —Gritó Erik—. ¡Admite que Cece te gusta!

Agitó una mano en el aire para despachar esa idea. Estiró las piernas y las cruzó a la altura de los tobillos.

—Cece es una mujer hermosa y cualquiera de esta habitación también lo puede ver —explayó—. Pero lo único que siento por ella es... es desprecio. Me engañó con una pistola de agua para que borrara mis artículos del blog. Y eso mis queridos amigos, no se hace.

—Tú hiciste que pasara una noche en prisión —le recordó el guardia.

—También hiciste que se tirara un pedo delante de un párroco, y por no decir que por poco no se fue por el inodoro del restaurante.

—Y le inventaste una operación de rinoplastia —añadió a la lista el doctor.

—Vale, ya entendí, tampoco soy un santo.

—La perderás si dejas que el orgullo gane —musitó Erik, el nuevo consejero del amor.

—No la perderé porque nunca la tuve.

—Mi novia me contó que Cece ha recibido una propuesta importante de una revista de Nueva York.

Él enarcó una ceja.

—¿Novia?

—Susan pronto será mi esposa.

—¿Por qué insistes en quemarte dos veces?

—Cece se irá a Nueva York —repitió Erik.

—Ya escuché eso...

—¿No te molesta?

—¡Demonios, sí! —Gruñó—. He intentado mil modos posibles para odiarla, pero no puedo.

Cece no podía irse. Cece no podía dejarlo.

—Entonces deberías llamarla —le aconsejó el guardia.

Soltó un bufido.

—Ella me mandará al mismo demonio.

—Tendrás que buscar el modo para hablar con ella frente a frente —le recomendó el doctor.

—Como si eso fuese tan fácil... —replicó.

El diseñador que había pasado varios minutos en silencio, se levantó de golpe del sofá.

—No puedo seguir oyendo esto, me largo de aquí —murmuró, molesto.

15. ALIADA

Nos encanta conversar entre nosotros.

A. Sí

B. No

SE ACOMODÓ el nudo de la corbata y respiró hondo antes de golpear la puerta donde la novia se estaba arreglando. Cece era la dama de honor y debía estar acompañando a Alegra. Ella no atendía sus llamados y le había prohibido la entrada en la editorial. Debía hablar con Cece antes que comenzara la ceremonia. La puerta se abrió y lo atendió un niño vestido de esmoquin y con una sonrisa traviesa.

—Tú no eres el novio —le dijo.

—No, busco a Cece, ¿ella está aquí?

—¿Quién es Tom? —preguntaron desde la habitación.

—¿Sabes? Yo llevaré los anillos —le contó.

—¿En serio? Estoy seguro que lo harás muy bien.

—¿Puedo contarte un secreto?

Él se acuclilló y se puso a su altura.

—Claro, campeón.

—Perdí uno de los anillos y mi mamá tuvo que comprar uno nuevo, y me pidió que mi tía Alegra no debía enterarse de nada.

Él hizo una mueca que se cocía la boca.

—Seré una tumba.

El niño soltó una carcajada.

—No puedes ser una tumba —murmuró como si hubiese dicho una tontería.

La puerta se abrió un poco más y salió una mujer rubia y por sus ojos azules, supuso que debía ser la madre del niño.

—Lo siento, mi hijo suele ser un poco entrometido —se disculpó, bajó la mirada hacia el niño y agregó—: Ve a practicar tu pasada Tom, e intenta no perder el anillo, ¿vale?

Tom asintió con la cabeza e ingresó corriendo a la habitación.

—Perece un buen niño —comentó él.

—Cuídalo por una hora y cambiarás de parecer —dijo, divertida—. ¿A quién buscas?

—A Cece...

—Ella todavía no ha llegado, ¿quieres que le deje algún mensaje?

—¿Qué haces aquí, Jerry? —gruñó Alegra, haciendo a un lado a la dama de honor.

—Necesito hablar con Cece.

Alegra puso los brazos en jarra y ladeó la cabeza hacia un costado.

—Cece no quiere verte ni pintado.

La dama de honor entornó los párpados.

—¿Tú eres el camarada del deporte?

—Él es el mismo, Sofía —respondió la novia por él.

Todo iba a ser más difícil de lo que imaginó.

—Vale, la he cagado y estoy arrepentido de lo que hice —admitió—. La hice responsable de todo lo que me sucedió, pero no me arrepiento de haberla conocido. Intenté odiarla, sacarla de mi cabeza, ¡diablos! ¡No puedo! ¡No puedo dejar de pensar en ella! —Siguió—. Quiero mirarla a los ojos y pedirle que me perdone, y decirle que el beso que nos dimos significa mucho para mí. Tal vez... tal vez seamos el uno para el otro. Ella... ella puede usar su don —hizo una pausa para respirar—. Y si su don dice que no estamos hechos para estar juntos, entonces desapareceré de su vida para siempre. ¿Van a decirme dónde está Cece?

—No.

—¿No? —Repitió—. ¿Por qué no? Debo hablar con ella antes de que se vaya a Nueva York.

—¿Cece se irá a Nueva York? —preguntó Sofía.

Alegre se acomodó la falda del vestido de novia.

—Cece no puede usar su don para ella y aunque fueses el hombre de su vida, no puede verte —le explicó.

—Es por la maldición de la isla —agregó otra de las damas de honor que también estaba en la habitación—. Ella no puede ver el amor.

—¿Tú sabías que Cece se irá a Nueva York, Rachel? —volvió a preguntar Sofía.

—¿Maldición de la isla? —Repitió él—. ¡No son más que bobadas! —chilló.

—Eso es lo que siempre le decimos a Cece —dijo tanto la novia como las damas de honor.

—Cece es supersticiosa —murmuró Sofía, cruzándose de brazos.

—Pero es buena emparejando a personas —comentó Rachel.

—Si quieres a Cece contigo, tendrás que pensar algo rápido e ingenioso para que ella deje de creer que está maldita —le aconsejó Alegra.

Su situación se ponía cada vez más difícil. Luego se ocuparía de ese detalle.

—Lo haré, pero ahora necesito saber dónde está ella.

Sofía achicó los ojos y le lanzó una mirada astuta.

—¿La quieres de verdad o forma parte de tu venganza?

Contó hasta tres y respiró hondo. Saber dónde estaba Cece era más complicado que hallar la caja de pandora.

—No haría todo esto si no la quisiera de verdad, ¿van a ayudarme?

Alegra cogió su teléfono y chequeó la pantalla.

—Se le quedó el coche en la carretera y está esperando a la grúa —le enseñó el móvil—. Esta es la dirección, tal vez tú puedes ir por ella.

Esbozó una amplia sonrisa y anotó la dirección. Ahora que sabía dónde estaba, se sentía más nervioso. Ella podía rechazarlo y la idea lo sofocó. Besó a Alegra en las mejillas y le dijo lo hermosa que se veía con el vestido. No lo dejaron ir hasta dejarle en claro que si lastimaba a Cece, terminaría con una bala en el pecho y lo hallarían en un descampado. Él no tenía duda que ellas lo harían.

—¡No lleguen tarde a la boda, Jerry! —Gritó Alegra—. ¡Ustedes son los padrinos!

—¿Sabían que Cece se iría a Nueva York? —oyó a Sofía preguntar.

16. CORTEJO

Nuestra vida sexual es en su mayoría satisfactoria.

A. Sí

B. No

LEVANTÓ el capo y se apartó cuando una bocanada de humo negro subió desde el motor. Soltó un bufido de exasperación. Su coche había sido muy oportuno en descomponerse en el día en el que ella era la dama de honor de su mejor amiga. Llamó a la grúa y tenían dos horas de demora. ¡La boda era en dos horas! Y todavía le faltaba vestirse, maquillarse. Una especie de histeria empezó a apoderarse de ella.

Envió un mensaje a su grupo de amigas avisando lo que le había ocurrido y en donde estaba. Alegra, la flamante novia, le pidió que se tranquilizara en el día en el que ella debía ser quien se lo pidiera. Sus amigas quedaron en mandarles un coche para que fuera por ella. Recién pudo tranquilizarse cuando vio el Mercedes negro con varios moños blancos pegados en el techo. Tuvo la sensación que ese era el vehículo que Alegra le había enviado.

El coche se aparcó delante de ella, tenía latas colgando en el paragolpes y un cartelito que decía «*recién casados*». Cogió su vestido de dama de honor que tenía en el asiento trasero y se bajó del vehículo. Exhaló una bocanada de aire y relajó los hombros. Llegaría a la boda a tiempo. Se subió al coche que había ido por ella y acomodó con cuidado el vestido sobre el asiento para que no se arrugara.

—Gracias por buscarme —le dijo al chofer—. Lamento que tuviera que perder de su tiempo.

El seguro de las puertas se bajó de golpe. El chofer se volteó hacia el asiento trasero y su rostro palideció cuando supo quién había ido por ella.

—Ha sido un placer venir por ti, cupido.

—¿Qué demonios crees que haces? —gruñó.

—También me da gusto de verte —replicó el gilipollas.

Apretó los labios y quiso salir del coche.

—¡Abre la jodida puerta, Jerry!

—No lo haré hasta que escuches lo que tengo que decirte.

—¿Crees que quiero oírte después de lo que me hiciste, *camarada del deporte*?

Él hizo un gesto burlón con los labios.

—Podemos quedarnos aquí todo el día.

A ella se le escapó un grito furioso.

—¡Somos los padrinos de la boda!

—Boda que no iremos si te encaprichas en no querer oírme —murmuró con una tranquilidad que la molestó aún más.

Se reclinó en el asiento y se cruzó de brazos. ¿Acaso él no se había conformado con las cosas que le había hecho que además tenía que secuestrarla? Se enfadó con su costado estúpido y sensible que se alegraba de verlo de nuevo. «Debes odiarlo», se mentalizó, o él la destrozaría en mil pedazos. Otra vez.

—¿Planeas matarme para acabar con tu venganza?

Él quiso sujetarle una mano, pero logró apartarla con rapidez. Su contacto

no le haría más fácil las cosas. Él se veía apuesto con su traje de padrino y hasta se había peinado.

—Haz rechazado todos mis llamados, me has prohibido el ingreso a la editorial y a tu edificio, y tenerte contra tu voluntad fue el único método que encontré para hablar contigo —se excusó él.

—¿Cómo me has encontrado? —quiso saber.

—La novia y las damas de honor me lo dijeron.

La traición de sus amigas la hizo sentir peor.

—No te enfades con ellas —le dijo al ver su cara—. Solo quisieron ayudarte.

Enarcó una ceja.

—¿Enviándome a mi enemigo?

—No soy tu enemigo, Cece.

Se inclinó hacia delante y entornó los párpados.

—¿Ah, no? ¿Acaso no fuiste tú el que creo un club para lastimarme?

Jerry se pasó una mano por la boca y respiró hondo.

—Solo intento disculparme por lo que te hice, fui un idiota —explayó—. Sé que no puedo volver el tiempo atrás pero he intentado corregir mi error, ¿has leído mi blog? —le preguntó.

El camarada del deporte le había dedicado un post más a *Cece amor*, donde se retractaba de sus palabras y explicaba la verdad de las fotos. Y al exponer la verdad, él había perdido gran parte de sus seguidores. La carrera del camarada se había visto afectada.

—No lo leí —mintió—. Pero mi secretaria me puso al tanto.

—Todo lo que escribí es lo que siento y pienso.

Ella apartó la vista hacia la ventanilla.

—Vale, te has disculpado, ¿ahora podemos irnos?

—Te mentí cuando te hice creer que el beso no había saignificado nada para mí... ¿podrías mirarme, Cece?

Ella lo miró y le dedicó una sonrisa fría y forzada.

—Me pediste que te escuchara, en el trato no estaba incluido tener que verte —replicó—. Si ya has terminado, me gustaría ir a una boda.

Él arrugó el entrecejo.

—Lo que intento decirte es que te extraño, me gustas y me moriría si aceptas tu empleo en Nueva York.

¿Su empleo en Nueva York? ¿De dónde había sacado eso?

—Lo nuestro nunca existió, Jerry. Todo fue una mentira y el beso no significó nada para mí —murmuró—. Es una estupidez seguir hablando de esto.

Él levantó sus cejas.

—¿Entonces no te molestará si te beso por última vez?

—Será como besarme con una pared.

Jerry le dedicó una peligrosa sonrisa. Se abalanzó sobre ella y rodeó con su mano la parte posterior de su cabeza, mientras sus labios encontraban los de ella. Rozó su boca con la lengua hasta que se abrieron y la deslizó dentro, lento e insistente. Lanzó un gemido de aceptación que sonó como una caricia para el ego de Jerry. ¿A quién quería engañar? ¡Él le gustaba tal como era! Un bastardo que le había engañado pero no le importó manchar su carrera

con tal de corregir su error. Había sido lo más tierno que alguien había hecho por ella.

Él la sujetó de la cintura, la llevó a su asiento de conductor y la sentó a horcajadas sobre su regazo, sin apartar sus labios de su boca. No lo detuvo ni la incomodidad del coche ni que ella se golpeará la espalda con el volante. Le alzó la barbilla exigiendo que lo mirase.

—Me gustas, Cece —farfulló, acariciándole las mejillas con los pulgares.

—Jerry... yo... —balbuceó.

Ella no quería que se detuviera. Quería seguir en sus brazos y sentir el calor de su cuerpo. Pero si de verdad lo quería, debía detenerlo. Ella estaba maldita y todos sus ex no habían salido ilesos de su lado. Debía aceptarlo, estaba destinada a terminar sola. Él se apartó de ella cuando lo mordió fuerte en los labios. Extendió el brazo, quitó el seguro de la puerta y salió corriendo del coche.

Él cerró los ojos y elevó una plegaria pidiendo paciencia.

—¡Detente Cece!

—¡No me sigas Jerry! —dijo casi rugiendo, como si pronunciara blasfemia.

—Vale, lo he pillado, tú no me quieres —musitó en voz alta—. Regresa al coche que te llevaré a la boda —le pidió, limpiándose con el pulgar el rastro de sangre que le había quedado en el labio.

Ella se detuvo y se volteó hacia él.

—Me gustas Jerry, pero si no detengo esto ahora, saldrás lastimado —intentó explicarle.

Él dio un paso hacia ella y puso los brazos en jarra.

—Saldré lastimado si no me das una oportunidad, cariño.

Ella acortó la distancia que había entre los dos. Soltó un sollozo y lo golpeó en el pecho con los puños.

—¡Debes hacerlo, Jerry! —Gruñó—. ¡Te mereces algo mejor! ¡No podré soportar verte sufrir por mi culpa!

Jerry le sujetó las muñecas y la llevó contra su pecho.

—¿Todo este drama viene por la supuesta maldición de la isla?

—Es real, Jerry, y no puedes hacer nada al respecto.

Él le dio un beso tierno en la frente y sonrió.

—Hallé la solución para romper el hechizo.

Bajó la barbilla y lo miró a los ojos.

—¿Ah, sí?

Jerry sacó del bolsillo interno de su chaqueta un pequeño frasco con arena.

Ella adoptó una expresión confundida.

—¿Qué haces con eso?

—La arena simboliza nuestra propia isla y a las reglas la pondremos nosotros —abrió el frasco y sacó un puñado de arena—. Y declaro como primera norma que Cece amor sea libre para amar y que puedas hallar al hombre de tu vida —hizo una pausa—. Espero ser yo ese hombre o venderé mi parte de la isla.

Movió la cabeza y se mordisqueó el labio inferior.

—Que bobadas dices...

Jerry le sujetó el rostro entre las manos.

—Quiero estar contigo, cariño, y nadie podrá detenerme —repuso—. En mi isla estarás protegida.

—¿Y en qué sitio exacto se encontraría nuestra isla?

La descarada picardía de la sonrisa lenta y perezosa con la que él la obsequió, la dejó sin aliento.

—En el sitio que tú quieras que esté, cupido —respondió—. Aquí, en la luna o en el coche.

Podía oír los latidos de su corazón. Liberó su mente de la superstición que la esclavizó durante tantos años. Tal vez Jerry era su marinero que la sacó de la isla para llevársela con él.

—¿Somos los únicos habitantes? —preguntó, provocadora.

Él le llevó un mechón de pelo detrás de la oreja.

—Nadie más que tú y yo, nena —dijo, acariciándole la mejilla con la nariz—. ¿Qué dices si la estrenamos?

Ella le dio un beso rápido en los labios.

—Digo que somos los padrinos de una boda y que tenemos que irnos.

Jerry entrelazó los dedos de su mano con la suya y la tironeó hacia el coche de los novios.

—Nos sobran veinte minutos —murmuró él, con una sonrisa traviesa.

—Con diez es suficiente... —replicó, cerrándole un ojo.

17. LOS PADRINOS

Siento que mi pareja me conoce muy bien.

A. Sí

B. No

SUBIÓ corriendo la escalinata de la capilla mientras Jerry estacionaba el coche y se acomodaba el traje. Faltaban veinte minutos para que la ceremonia comenzara y ella todavía no estaba vestida ni arreglada. ¡Y ella era la dama de honor! Lennon la frenó en la puerta de la capilla.

—¿Dónde diablos se habían metido? —Gruñó—. Alegre estaba histérica porque faltaban los padrinos y el coche de los novios.

—Lo siento —dijo casi sin aliento—. Jerry tuvo que ir a buscarme porque mi coche se descompuso y... había mucho tráfico.

El novio se secó la transpiración de la frente y se acomodó el moño del esmoquin. Era la primera vez que veía a Lennon tan nervioso. A él le gustaba dar la imagen del apuesto niño rico que lo tenía todo y que se llevaba el mundo por delante. Puso una mano en su hombro.

—Tranquilo, pudo ser peor —explayó—. Por ejemplo, que la novia fuese la que desapareciera.

Él relajó los hombros cuando observó a Jerry subiendo las escalinatas.

—Mis pelotas acaban de volver a su lugar —dijo, cuando estrechó la mano con el padrino—. Pensé que todo esto sería más sencillo.

—Bueno, es una boda —replicó ella.

—Hubiese sido más complicado si la novia decidía cancelar todo a último momento —agregó Jerry.

Lennon hizo una mueca.

—Los dos me dijeron lo mismo.

Jerry le echó una ojeada de reojo y esbozó su seductora media sonrisa, a la vez que rodeaba su cintura con un brazo. Ella se le quedó mirando como una boba, todavía podía oler su perfume en su piel.

—Veo que los rencores quedaron en el pasado —comentó Lennon.

Jerry inclinó la cabeza y le dio un beso tierno en la sien.

—Absolutamente, primo.

Lennon se cruzó de brazos y chasqueó la lengua.

—¡Joder ustedes acaban de tener sexo! —Abrió grande los ojos—. ¿En mi coche?

Ella tragó saliva.

—Iré a cambiarme y a ver a Alegra.

Alegra la sujetó fuerte del brazo y la detuvo de golpe antes de caminar por la alfombra roja.

—Me falta el aire, no puedo hacer esto —dijo en un tono cargado de pánico—. La boda ha sido una mala idea.

Sofía le levantó el velo del rostro y la miró fijo a los ojos.

—Mala idea una mierda, vas a ir hasta el altar y te casarás con tu semental —le ordenó—. Mi hijo está muy ilusionado de llevar los anillos y no lo vas a decepcionar, ¿verdad Tom?

El niño se encogió de hombro.

—¿Puedo quitarme el moño? —preguntó, mientras se lo estiraba.

—¡No! —respondió tanto la novia como las damas de honor.

Sujetó las manos de la novia entre las suyas.

—¿Qué ocurre Alegra?

—Lennon conocerá a mi padre cuando me lleve hasta el altar.

—Bueno, él será su suegro y el abuelo de su hijo —murmuró Rachel—. En algún momento ellos debían conocerse.

Las damas de honor se rieron.

—Ya es tarde para que tu padre quiera cancelar la boda porque su yerno no le agrada —aunque ella lo haría—. Respira hondo y sonríe.

Alegra sacudió la cabeza.

—Lennon sabrá quién soy cuando vea a mi padre —les contó.

—¿Y el novio no sabe quién será su futura esposa? —indagó Sofía.

—Él no sabe que nos conocemos desde niños, mis padres eran amigos de su familia y solíamos pasar los veranos juntos.

—¿Qué hay de malo que ustedes ya se conozcan? —preguntó Katy, su secretaria, que también era una de las damas de honor.

—No terminamos bien en aquella época.

—¡Por el amor de Dios, es Lennon! —Se mofó Rachel—. Te aseguro que él no reconocerá a tu padre, ni siquiera sabe que fue lo que hizo la noche anterior.

Todas se rieron y le dieron la razón a Rachel. El padre de Alegra se

apareció en la habitación cuando el piano empezó a sonar. Él miró con ternura a su hija y la novia volvió a la normalidad.

—¿Estás preparada, cariño?

Alegra respiró hondo y asintió.

Sofía sujetó a Tom de los hombros y le dijo que él debía ser el primero en aparecer porque era el que llevaba los anillos, y las damas de honor lo seguirían a continuación, preparando la aparición de la novia. Las puertas se abrieron y los invitados se pusieron de pie. Avanzó despacio por la alfombra roja mientras arrojaba pétalos de rosas blancas. El corazón le dio un vuelco cuando observó al padrino parado al lado del novio. Podía imaginarse a ella misma en un par de meses entrando por la misma puerta pero vestida de blanco. Salió de su transe cuando Tom se detuvo de golpe al tropezarse con sus cordones desatados.

Se agachó para ayudarlo a recoger las alianzas que se habían caído de la almohadilla. Inmediatamente se oyó un «*crack*» y sintió una suave brisa por su cuerpo. ¡Oh, por Dios! La costura de su vestido había empezado a abrirse. Sintió pánico de levantarse. Ella quedaría desnuda en una capilla repleta de personas.

—Ya tengo los anillos, tía —dijo el niño, enseñándole las alianzas.

—Puedes levantarte del suelo, Cece —susurró Sofía, a través de los dientes—. La novia está esperando entrar.

No hizo falta que dijera nada, porque en un santiamén, tenía a Jerry a su lado quitándose la chaqueta para entregársela. Se la puso rápido ante las miradas indiscretas. Hubiera sido peor que ellos descubrieran la faja que utilizaba debajo del vestido para ocultar sus kilos de más.

—Gracias, cariño —murmuró.

—Te ves hermosa, cupido.

—Tú también —replicó—. Espera un momento, ¿cómo supiste...? ¡Hijo de fruta! ¿El diseñador al que me llevaste también era miembro de tu club, verdad?

Él arrugó la frente y se rascó la nuca.

—Lo siento, nena, él no debió enviarte el vestido.

Se abrochó la chaqueta y alzó el mentón.

—Vale, te perdono y haré de cuenta que esto no ha sucedido.

—También te perdono que mi ex esté cantando el Ave María en la boda que debió ser nuestra.

Abrió grande los ojos. ¡Joder! Ella se había olvidado de cancelar el número de Jennifer. De hecho, no lo había olvidado. Hasta hacía unas horas, ella odiaba a Jerry. Se encogió de hombro. La vida era una caja de sorpresa.

—Estamos a manos, cariño —replicó con una falsa inocencia.

Él entornó los párpados.

—Eso pensé.

Sofía se aclaró la garganta.

—¿Podrían dejar la discusión para otro momento y avanzar?

—No estamos discutiendo —dijeron los dos a la vez.

Se miraron el uno al otro y sonrieron al darse cuenta que habían coincidido por segunda vez en el día. Después de todo, tal vez sí habían nacido para estar juntos. Él era su isla. Jerry pasó el brazo por su codo y caminaron juntos hasta el altar.

EPÍLOGO

Queridas lectoras,

A todas nos asaltan las dudas de vez en cuando y no sabemos si la persona con la que estamos será la definitiva o no. A veces, los caminos del amor son inciertos. Puede que estés enamorada de un chico ideal, que estén juntos hace bastante tiempo y que parezca que es la persona indicada para ti pero... ¿Aún tienes pequeñas dudas? ¿Hay algo que te inquieta, te perturba, te atormenta?

Tanto si quieres saber si ustedes realmente están hechos el uno para el otro como si intentas ratificar lo compatibles que son, si tuviste contestando las preguntas respondiendo por un SÍ o por un NO, te daré la respuesta del test:

Si la mayoría de tus respuestas ha sido un NO= Tu relación puede estar en serios problemas. Si esto te importa, probablemente tu relación valga la pena como para tratar de solucionar los conflictos.

Si tus respuestas han sido de forma equitativas= Éste es un momento crucial en su relación. Hay muchas ventajas que pueden aprovechar, pero también existen diferencias que requieren su atención.

Si la mayoría de tus respuestas han sido un SÍ= Tienes gran fortaleza en tu relación. ¡Felicitaciones!

Tu consejera,

Cece Amar

Esperando la cigüeña

ÍNDICE

PRÓLOGO

1. HASTA QUE LA MUERTE NOS SEPARE

2. LUNA DE MIEL

3. LAS PAREDES ESCUCHAN

4. UN GIRO INESPERADO

5. LA NUEVA SEÑORA SMITH

6. LA FAMILIA POLÍTICA

7. EL PASADO SIEMPRE VUELVE

8. EL TEMPANO SE DESHIELA

9. ARENA Y EL MAR AZUL

10. LA NEVADA DEL AÑO

11. INVITADOS, MÁS INVITADOS

12. LO QUE OCULTAN LOS ARMARIOS

13. TODOS SON SOSPECHOSOS

14. UN CRIMEN NO ES SUFICIENTE

15. EL BEBÉ MÁS DESEADO

16. INTERROGANDO A SOSPECHOSOS

17. UN NUEVO SOSPECHOSO

18. EL ASESINO SE REVELA

19. LOS CABOS SUELTOS SE ATAN

EPÍLOGO

PRÓLOGO

MIRÓ incrédula al matrimonio Smith y esperó a que le dijeran que era una broma lo que acababan de pedirle. Abrió grande sus ojos azules. Ellos no tenían la menor intención de retractarse. Los padres de Lennon se habían aparecido por su casa, no tenía la menor idea de cómo habían conseguido su dirección después de tanto tiempo sin verse, y ellos le ofrecieron a su hijo para que contrajera matrimonio como si estuviesen vendiendo uno de sus caros palos de golf. ¡Los matrimonios arreglados por los padres habían acabado hacía dos siglos atrás!

—¿Ustedes no hablan en serio, verdad? —preguntó despacio.

Margaret Smith dejó su taza de té sobre la mesa y sujetó una de sus manos entre las suyas.

—Nunca hemos hablado más en serio, cariño.

Ella parpadeó.

—Vale, a ver si entiendo, se aparecen en mi casa después de tantos años sin tener contacto, ¿y me piden que me case con su hijo?

Charles Smith, el padre de Lennon, se secó la traspiración de la frente con el pañuelo y dijo:

—Sabemos que lo que te pedimos puede que te resulte difícil digerirlo a la primera vez, y tal vez hasta te parezca una locura...

—¡Es que es una locura lo que me piden! —gimió.

—Lennon no es el mismo muchacho de antes, y nos preocupa cómo

puede acabar —añadió Margaret.

Lennon era un hombre adulto y podía reconocer muy bien cuáles eran las consecuencias de sus acciones. Sus padres no buscaban una esposa, buscaban una niñera.

—Lo siento, pero no puedo ayudarlos.

—Obtendrás mucho dinero a cambio —replicó el señor Smith, en un tono desesperado.

Arrugó el entrecejo.

—¿Ahora intentan comprarme? —cuestionó, asqueada.

—No, claro que no, cariño —repuso Margaret—. Lo que Charles intenta decir es que si te casas con Lennon, él cobrará una cuantiosa cantidad de dinero. Su abuelo dejó por escrito en su testamento que para que él tocara su herencia, debía casarse y tener un heredero y el plazo se cierra en pocos meses.

—¿Heredero? —Repitió—. ¿Ahora también incluyen un hijo en la historia?

—Entre mujer a mujer, ¿no sueñas con ser madre?

¿Si soñaba con ser madre? En los últimos meses era en lo único en que pensaba. Estaba cerca de cumplir los treinta y tres años y veía muy lejos esa posibilidad con el método tradicional. Esa era la razón por la que estaba tomando muy en serio la posibilidad de ser madre soltera y buscando especialistas para cumplir ese deseo.

—Sí, pero no de este modo, señora Smith —dijo—. Dudo que Lennon esté de acuerdo con todo esto. Además, hace tiempo que no nos vemos y no puedo aparecer en su vida de la nada.

Charles intercambió una mirada cómplice con su esposa y luego dirigió la vista hacia ella.

—¿Sabes cómo te hemos encontrados?

Ella negó con la cabeza.

—A través de un investigador privado.

Echó el rostro hacia atrás y unió las cejas en un ceño fruncido.

—¿Me estuvieron siguiendo?

—No a ti, sino a Lennon —se apresuró a responder Margaret.

—No entiendo...

—Cómo te hemos dicho desde el principio, nuestro hijo nos preocupa —dijo el señor Smith—. Después de lo que sucedió con Vivian, él se mantuvo distante de la familia.

Vivian había sido la hija menor del matrimonio Smith. Ella había sido su mejor amiga cuando era más joven. Vivian había quedado atrapada en medio de un robo en una tienda y perdido la vida cuando el maleante le disparó. Todavía le era doloroso recordar el modo de cómo había perdido a su primera gran amiga.

—Contratamos a un investigador privado para asegurarnos de que Lennon no estuviese metido en ningún problema, ya que nos ha hecho a un lado de su vida y no sabemos que es lo que hace la mayor parte de su tiempo —continuó—. Y las fotos que el detective nos entregó, aparecías tú, Alegra. Te reconocimos de inmediato, y nos hizo feliz porque nos recordaste a Vivian.

Ella había vuelto a ver a Lennon hacía unos meses atrás en un viaje a las Filipinas que había hecho con una amiga. Pero era como si no lo hubiera

visto porque él no la había reconocido. Ella se había hecho pasar como una turista cualquiera que estaba disfrutando de unas playas paradisiacas y tenía un romance de verano con un hombre apuesto. Se había presentado con su nombre de pila, Alegra Hamilton, y él siempre la había conocido por el apodo que le habían puesto en el instituto: Willy-Pop. La última vez que había visto a Lennon siendo Willy-Pop había sido cuando ella era una chiquilla que estaba locamente enamorada del hermano mayor de su mejor amiga. Y él se había ocupado de romperle el corazón a una adolescente del modo más torpe que se pudiese imaginar. Lo había hecho delante de sus arrogantes amigos y dejándole en claro que él nunca estaría con una chiquilla como ella.

Y cuando lo encontró en sus vacaciones, disfrutó tirarle abajo su teoría.

—Lennon nunca supo quién era —les contó solo esa parte—. Y no lo he vuelto a ver desde ese viaje.

—Podemos arreglar un encuentro —insistió Margaret.

—Sabes que quise mucho a Vivian —les dijo—. Pero no puedo casarme con su hijo.

El señor Smith exhaló una bocanada de aire.

—No podemos obligar a Alegra para que se casé con nuestro hijo, Margaret —expresó—. Para ella serían una tortura los tres años que tendría que estar casada con él. Porque solo serían tres años —repitió como si no hubiera escuchado la primera vez—. Hasta a mí me daría escozor tener que estar en tus zapatos. Lennon será nuestro hijo, pero no es más que un holgazán que disfruta vivir de nuestro dinero.

—Gracias por comprender.

—Aunque Vivian hubiera estado feliz que te casaras con su hermano —murmuró, disparándole directamente al corazón—. Todavía las recuerdo

haciéndose pasar por cuñadas mientras jugaban.

Tragó saliva. Vivian le había hecho prometer que ella se casaría con Lennon para que fueran hermanas de verdad. Margaret se enjuagó una lágrima de la mejilla con la mano y su corazón no pudo ser más blando.

—Disculpa por haberte hecho perder el tiempo.

Puso los ojos en blanco. «Estúpida, estúpida, estúpida», se maldijo a sí misma. Iba a arrepentirse por lo que estaba a punto de hacer.

—¿Dicen que solo serían tres años?

Margaret regresó a su asiento.

—Sí, querida —afirmó.

—¿Y debemos tener un hijo?

—Lennon es un hombre apuesto, no creo que te cueste mucho.

No le había costado nada cuando lo encontró en las Filipinas.

—Vale, pero después del divorcio quiero tener la custodia completa de mi hijo —les pidió—. Y también el niño llevará mi apellido.

—Se hará como tú quieras, querida —asintió con una amplia sonrisa.

—Y nos aseguraremos de que a nuestro nieto no le falte nunca nada —añadió Charles.

Margaret sacó un folleto de su bolso y se lo entregó

—Lennon estará en esta exposición de arte el viernes por la noche.

—¿Y si él no quiere casarse?

El señor Smith esbozó una media sonrisa.

—Ninguna persona en sus cabales rechazarían cincuenta millones de

libras, querida —comentó—. Y muchos menos alguien como Lennon.

—Si quieren que esto funcione, su hijo no debe saber que soy Willy-Pop, por lo menos hasta que estemos casados.

Todavía recordaba sus últimas palabras: «¡Lárgate Willy-Pop! Si te vuelvo a cruzar, te juro que te escupiré en la cara. Mi hermana se ha ido, y ya no tienes excusas para regresar a esta casa».

—No te preocupes, te ayudaremos a mantenerte en el anonimato.

1. HASTA QUE LA MUERTE NOS SEPARE

ELLA estaba a punto de casarse. Nunca había soñado con una boda pomposa, pero tampoco con una sin amor. Por más que ella hubiese estado enamorada del novio durante toda su adolescencia, sabía que ese amor nunca prosperaría. Tenían un contrato de caducidad. Por tres años el matrimonio Smith debía aparentar ser una pareja feliz. Respiró hondo para relajarse. Su padre le dio una palmadita en el brazo y le dedicó su sonrisa más tierna que transmitirle tranquilidad.

—Todo saldrá bien, huesito —le dijo.

Su matrimonio debía ser lo más real posible. Su padre había viajado desde Haití solo para asistir a su boda. Después de que su él enviudara, había tenido la necesidad de sentirse útil y creyó que lo sería si se ofrecía como ayuda humanitaria en los países de bajos recursos que necesitaban de cardiólogos. Él no dudó ni un momento para dejar su puesto importante en el hospital en donde trabajaba y trasladarse hacia un país que no conocía. Y eso hacía que amara aún más a su padre. Creyó que no se merecía tener una hija como ella. Sabía que se sentiría decepcionado si se enteraba que el acto más humanitario que había tenido su hija era casarse con un holgazán para que cobrara cincuenta millones de libras. Y su acto humanitario tampoco era tan humanitario, porque ella obtendría a cambio un hijo. ¡Joder! Se sentía como si fuese la peor persona del mundo.

Exhaló una bocanada de aire y contó hasta tres cuando las damas de honor se acomodaron en su puesto. Era su turno de salir. Caminó despacio por la alfombra roja, aferrándose del brazo de su padre. Estaba haciendo

realidad su sueño de pequeña. Iba a casarse con Lennon Smith. Miró hacia delante y observó como el rostro de su futuro marido iba cambiando a medida que se acercaba. Su sonrisa había desaparecido y sus ojos echaban fuego. Supo que él había descubierto que era Willy-Pop cuando reconoció a su padre que seguía igual que hacía más de diez años. La familia Smith la había ayudado a ocultar su identidad para que Lennon no supiera que ella era la amiga gordita de su hermana. Él se había alejado de su pasado y ahora estaba a punto de casarse con él.

—No sabes la tranquilidad que siento al saber que es a ti a quien entrego a mi hija —dijo su padre—. Sé de la madera que estás hecho muchacho —se inclinó hacia él y susurró—: Ahora podré decir que conozco al novio cuando dé el discurso.

Su padre le dio una palmadita en el hombro a su futuro yerno y se hizo a un costado, para que el párroco comenzara con la ceremonia. Lennon había cambiado el semblante por completo y se parecía al muchacho que supo rechazarla cuando ella le confesó su amor. Él le lanzó una severa mirada y la sujetó del brazo con fuerza, mientras daban un paso hacia el altar.

—¿Tú eres Willy-Pop? —preguntó en un tono para que ella sola oyera, arrastrando cada palabra.

«Willy-Pop», la última vez que la habían llamado así había sido en el instituto. El excedente de kilos que ella tenía en esos momentos, la asemejaban a una ballena y paradójicamente, le gustaba vestirse de colores chillones. Y esa era la razón por la que la habían bautizado como Willy-Pop. ¿Acaso existía algún adulto que podía decir que le gustaba su forma de vestir en la adolescencia?

—Sí —afirmó sin rodeos.

—¿Por qué demonios no me dijiste quien eras?

—Te dije que era Alegra Hamilton.

Él sonrió mordaz y si continuaba apretándole el brazo de ese modo, le iba a cortar la circulación.

—Sabes a qué me refiero —gruñó.

El párroco abrió su biblia y les sonrió.

—Hoy comienzan una nueva etapa para ustedes... —empezó diciendo.

Lennon abrió la boca y en ese instante sintió terror a que cancelara la boda. No quería que la familia Smith tuviera otra decepción. Además, ella se lo había prometido a Vivian, aunque su boda fuera de mentira.

—Recuerda los cincuenta millones de libras —murmuró antes que él se atreviera a dejarla plantada en el altar.

La boda estaba saliendo de maravillas. Nadie notaba la frialdad con la que Lennon la trataba cuando se quedaban a solas. Todos parecían estar divirtiéndose. Cece, una de las damas de honor y su mejor amiga, la saludó desde su mesa mientras apoyaba la cabeza en el hombro de Jerry. La hizo feliz verla tan bien con él. Por un segundo, envidió lo que ella tenía con Jerry. Habían logrado que el amor que había entre ambos, hiciera que sus diferencias quedaran en el pasado.

Se sobresaltó cuando su marido se sentó a su lado. «Marido» ¡Qué raro sonaba!

—¿Estás ovulando? —le preguntó.

Parpadeó.

—¿Cómo dices?

—Pregunto si estás ovulando, cariño.

Ella hizo un cálculo mental.

—No.

—Perfecto, porque lo que menos quiero hacer en este momento es tocarte un pelo. Lamento si soñabas con un buen polvo en tu noche de bodas.

Él apretó los labios cuando le dio un codazo en las costillas.

—Pensé que estábamos de acuerdo en que cada uno cumpliría con su parte del trato —farfulló él, mientras intentaba recuperar el aire.

Achicó los ojos.

—No necesito que me toques, solo necesito tu semen en un frasco —le recalcó.

Lennon frunció el ceño.

—Mi hijo vendrá del modo tradicional, nena.

—Error, cariño, solo será mi hijo —lo corrigió—. Ese siempre fue el trato.

Se esforzó en sonreír cuando observó a su padre acercarse a su mesa. Él creía que ese era el día más feliz de su niña. Y ella haría todo lo posible para que lo siguiera creyendo.

—Si dices algo inapropiado delante de mi padre, te juro que empezarás a hablar como una ardilla cuando te las corte mientras duermes en nuestra luna de miel, cariño —terminó, bajando la vista a sus entrepiernas.

Lennon se quitó el moño del esmoquin y lo dejó sobre la mesa.

—Esto recién comienza y ya quiero acabar —comentó—. Buen Dios, pero si me he casado con Willy-Pop.

Ella le clavó el tacó del zapato en el pie.

—Ya deja de golpéame —farfulló—. Quiero salir vivo de esta pesadilla cuando todo esto acabe... —se aclaró la garganta y siguió—: ¡Señor Halmiton! —Gimió—. No sabe cuánto me ha emocionado su discurso —él la miró a los ojos—. ¿Verdad, cariño?

—Estoy feliz de que estés aquí, papá —y eso había sido lo más sincero que había dicho en todo el día.

Su padre se inclinó hacia ella y la abrazó.

—¿Cómo iba a perderme tu boda, huesito? —Explayó—. Estamos todos juntos, como en los viejos tiempos.

Lennon tuvo un pronunciado ataque de tos cuando se atragantó con el champán.

—No vayas a enviudar en tu primer día de casada, cariño —se mofó su padre.

Ella acarició la espalda de su marido y sonrió.

—Él se pondrá bien, ¿verdad, cielo?

Lennon entornó los párpados y luego asintió con la cabeza.

Agradeció cuando Sofía, otra de las damas de honor, se acercó y cortó el ambiente tenso que estaba surgiendo entre los novios.

—Deben cortar el pastel —les avisó.

—Excelente idea —repuso Lennon—. Y luego nos largamos.

Sofía, quien creía que la boda era real, les guiñó un ojo.

—Tendrán varias noches para disfrutar de su luna de miel —murmuró en un tono travieso—. Pero solo tendrán una sola boda.

—Bendito Dios, menos mal... —susurró.

Sonrieron para la foto mientras cortaban una porción del pastel. Su marido tomó un trozo con el tenedor y simuló que se lo daría en la boca, pero él la tomó desprevenida y le refregó en la cara la porción del pastel que acababan de cortar. Se quitó crema de la nariz y contó hasta tres para no saltarle al cuello. Él se lo había hecho a propósito. Menudo gilipollas. Sujetó sus mejillas con fuerza y lo acarició con el rostro, limpiándose con su mandíbula, al tiempo que los invitados se reían de las travesuras de los novios. Ellos se habían declarado la guerra. Lennon cogió otro trozo del pastel, pero Jerry, el padrino de la boda, quien sabía la verdad, lo detuvo sujetándole la mano.

—Han llegado demasiado lejos para arruinarlo ahora —les dijo por lo bajo.

¡Joder! Él tenía razón. Tres años pasaban rápido. Ella estaría divorciada y tendría a su hijo. Lennon resopló.

—Mi esposa es una mentirosa —susurró.

—Yo no te he mentado —replicó.

—Oh, claro, solo omitiste el detalle que eras Willy-Pop.

—Te dije mi verdadero nombre y si tú no me reconociste, ese es tu problema, cielo.

—Tienes cien kilos menos desde la última vez que te vi, ¿cómo diablos iba a reconocerte?

Ella se cruzó de brazos.

—No fueron cien, fueron ochenta —lo corrigió.

—¿Podrían seguir con la discusión cuando se encuentren a solas? —
interrumpió Jerry.

Lennon soltó un bufido y luego la besó en la boca para complacer a los invitados. Fue un beso rígido y frío, podía sentir la rabia de él. Su marido no había tomado nada bien que se hubiera casado con Willy-Pop, la amiga de su hermana. Él se apartó y se volteó hacia los invitados, sosteniendo una copa de champán.

—¡Disfruten de la fiesta! —Exclamó él—. Mientras nosotros nos
fugamos.

Todos se rieron, pero su esposo lo decía en serio. Miró su alianza de su dedo anular y revoleó los ojos. Ella se había convertido en la señora Smith.

2. LUNA DE MIEL

Edimburgo, Escocia

LENNON no había dicho una palabra desde que habían salido de la fiesta. Él la había sacado de la boda a la fuerza y había querido ir directamente a Escocia, a pesar de decirle que estaba cansada y que quería quedarse en Londres a pasar la noche. Pero su marido se negó y quiso llevarla a su residencia de Edimburgo donde pasarían la luna de miel. Él estaba equivocado si pensaba que tomaría el mando de la relación, si había dejado de protestar, era porque estaba agotada. Apoyó la cabeza contra la ventanilla del coche y cerró los ojos. El capullo había esperado a que se dormitara para subir el volumen de la música.

Apretó los labios y lo miró ceñuda.

—¿No te gusta el rock, cariño? —preguntó él con evidente malicia.

No cuando intentaba descansar.

—¿Así serán los tres años de nuestro matrimonio? —Le cuestionó—. Desde ahora somos una sociedad, Lennon. No lo olvides, ¿vale?

Él se desabrochó un puño a la vez de la camisa blanca para arremangársela hasta los codos, mientras conducía por la carretera.

—Sigues siendo la misma quejosa de siempre Willy-Pop —masculló su marido para provocarla.

Extendió el brazo y apagó la radio.

—Y tú sigues siendo el mismo capullo de siempre.

Él clavó sus ojos marrones en ella y sacudió la cabeza.

—¿Tú ya sabías quien era cuando echamos un polvo en las Filipinas, verdad?

—¿Podrías no ser tan grotesco?

—¿Qué no sea grotesco? ¡Eras amiga de mi hermana! —Gruñó, mirando otra vez hacia la carretera—. Siento como si hubiese cometido incesto.

A él lo que de verdad le molestaba era haberse casado con Willy-Pop. La gorda del instituto. El Lennon divertido y despreocupado había desaparecido. Era como si el matrimonio lo hubiera transformado en calabaza.

—Pero no soy tu hermana y que me hallas follado no se transforma en incesto —replicó.

—El viaje es largo y necesito que estés bien despierta para que me entretengas, socia —le dijo como si le hablara a una desconocida—. O mañana estaremos en los titulares de las noticias: Una pareja vuelca en la carretera en su noche de bodas.

Ella encendió la radio e hicieron varios kilómetros en silencio.

—¿Por qué dejaste de hablar con tus padres después de la muerte de Vivian?

Él le dirigió una mirada rápida.

—Ese no es tu problema, cariño.

Lennon no había vuelto a ser el mismo desde que su hermana había fallecido. Él se había apartado de su familia y dedicado a la vida fácil: fiestas, mujeres y alcohol. Y venir de una familia adinerada hacía que sus problemas

se redujeran.

—¡Ellos te necesitaban! —chilló.

Su marido pisó el freno y desvió el coche a la derecha, deteniéndolo a un lado de la carretera. Ella cayó contra la puerta donde se sujetó con ambas manos. Él aparcó de forma brusca sobre la banquina.

—Si no quieres que tu vida se transforme en una pesadilla en estos tres años que tendremos que estar juntos, no te metas en mi vida, ¿estamos de acuerdo, cariño?

—Eres un asno, Lennon —respondió—. Si no fueses el hermano de Vivian, nunca te habría elegido como el padre de mi hijo.

Él sonrió mordaz.

—¿Sabes? Cambié de parecer, prefiero que duermas si eso significa que te mantendrás callada.

Lennon abrió las puertas de hierro de la entrada de la casa e ingresó el coche. Se llegaba a la residencia a través de un camino privado bordeado de árboles. Había una pequeña casa situada en el ingreso de los terrenos donde vivían los caseros. La familia Smith pasaba poco tiempo en la propiedad. Todavía no había amanecido y no se podía apreciar muy bien el paisaje. La casa tenía una ubicación magnífica con vistas impresionantes de la ciudad de Edimburgo y Pentland Hills hacia el sur. White House era una imponente mansión de estilo italiano de dos pisos.

Lennon aparcó el coche, se bajó del vehículo y lo rodeó, le abrió la puerta y se inclinó hacia ella para decir:

—Hogar, dulce hogar, cariño —continuó—. Los empleados deben estar

descansando porque no esperaban que llegáramos hoy. Tendrás que encargarte tú de las maletas —le avisó.

No esperaba que él la alzara y la ingresara a la casa en sus brazos como lo haría una pareja de recién casados, pero esperaba un poco más de cortesía. Una correntada de aire frío le erizó los pelos de la nuca. Se abotonó el abrigo hasta el cuello y se cubrió las manos con los guantes, a la vez que le clavaba una mirada severa. Mirada que se le estaba convirtiendo en costumbre.

—¡Detente! —Chilló—. ¡Por hoy ya he tenido suficiente de ti! —Estalló al borde de un ataque de histeria—. Me sacaste de mi boda a los apurones, estoy agotada y me muero de hambre... llevo puesto un corsé que me está quitando la respiración, sumando a que me he casado con el capullo más grande de la tierra que tendré que soportar durante tres años —lo apuntó con su dedo acusador y agregó—: No olvides que cobrarás cincuenta millones de libras gracias a mí, cretino.

—Y tú tendrá a nuestro hijo.

—¡Mi hijo, Lennon! ¡Será solo mío!

Él esbozó una media sonrisa y se metió las manos en los bolsillos del pantalón.

—Te estaré esperando en la alcoba, cielo —dijo—. No te olvides de llevar mi maleta, es la que tiene detalles azules.

Lennon giró los talones y empezó a subir las escalinatas de piedra de la entrada. Sacudió la cabeza, incrédula. ¡Él hablaba en serio! Apretó los labios y salió del coche hecha una furia. Abrió el maletero y cogió el equipaje de su marido, luego lo apoyó sobre el suelo.

—¡Cariño! —Lo llamó. Él se detuvo y se volteó hacia ella—. ¿Es esta tu maleta, verdad?

Su marido entornó los párpados, suspicaz.

—¡No vayas hacer una idiotez, Alegra! —Chilló—. Tengo cosas valiosas en ese equipaje.

Ella enarcó una ceja como respuesta. Arrastró la maleta por el suelo y luego la arrojó sobre los arbustos.

—¡Ven por ella si la quieres, gilipollas! —le gritó.

Lennon bajó corriendo las escalinatas y tomó su valija del maletero del coche, la abrió y desparramó su ropa interior por toda la entrada. Y ella hubiera hecho lo mismo con su ropa, pero su equipaje tenía un jodido candado.

—¡Lennon Smith, eres un malnacido! —exclamó, recogiendo la lencería sexy que Rachel, unas de sus amigas, le había regalado para su luna de miel.

Él le dedicó una amplia sonrisa triunfadora.

—Solo jugaba a tu juego, cariño —se agachó para coger una de sus pantaletas que utilizaba para aplanar su barriga, la agitó en el aire y añadió—: ¡Vaya! Es una prenda muy erótica. Evita usarla cuando estés conmigo, ¿vale?

Sus mejillas se sonrojaron. Él la hizo sentir como la adolescente con cien kilos de más que había sido. Le quitó de la mano las pantaletas que parecían de su abuela y lo empujó.

—Eres desagradable...

Lennon hizo una mueca con la boca.

—¿Y tú te crees mejor que yo, Willy-Pop?

¡Madre mía! Ella tendría que vivir con ese hombre por tres años. Pero qué locura había hecho. La garganta se le hizo un nudo y sintió deseo de llorar.

3. LAS PAREDES ESCUCHAN

WILLY-POP, él se había casado con la insoportable amiga de su hermana que de adolescente le gustaba acecharlo. ¿Y si ella nunca se había olvidado de él? ¿Se había casado con una psicópata! Una sexy psicópata que sería la madre de su hijo. Puso los ojos en blanco cuando su esposa empezó a llorar. Genial. Si había algo que no podía soportar, era ver a una mujer llorar. ¿Qué más podía pasarle? Exhaló una bocanada de aire y le enseñó su mejor cara de niño bueno.

—Vale, lo siento... la situación me supera y estoy cansado —murmuró, ayudándola a recoger su ropa.

Ella se enjuagó las lágrimas con las yemas de los dedos.

—¿Tú estás cansado? —Repitió, alzando la voz—. Te he salvado el trasero casándome contigo para que cobres tu jodida herencia y lo único que recibo de ti son pullas —se ahogó con un sollozo—. Y no creas que lo hice por ti, gilipollas. Apreció a tus padres y le prometí a Vivian que te cuidaría.

Echó el rostro hacia atrás y frunció el ceño.

—¿Tú me cuidarás? —Dijo—. Oh, cielo, creo que no te has visto al espejo, hasta un viento fuerte te tiraría al suelo.

Ella alzó una ceja.

—Cuidarte de ti imbécil —repuso—. Pronto tendrás cuarentas, no tienes empleo, no sabes que es ser responsable, vives de fiesta y apuesto a que estás en bancarrota intentando complacer a todas tus mujeres.

—A diferencia de ti, me gusta disfrutar de la vida, cariño.

—Madura de una buena vez, Lennon.

—Soy un hombre maduro, niña.

—¿Cuándo fue la última vez que madrugaste? Y no cuenta el día de nuestra boda.

Él dio un paso hacia ella.

—¿Dónde quedó la mujer divertida que conocí en las Filipinas?

—¿Está todo bien? —preguntaron a sus espaldas.

Miró hacia atrás por encima del hombro. Soltó una maldición cuando observó a Andrew, su primo, parado en el umbral, disfrutando de la escena. Él era el hermano mayor de Jerry, su padrino de boda, y quien hubiera cobrado la herencia si él no se hubiera casado.

—¡Estupendo! —Exclamó, esbozando una falsa sonrisa—. Entraremos en un momento.

Sabía que Andrew lo estaría vigilando de cerca, pero nunca creyó que se instalaría en la casa en la misma noche de su luna de miel. Tenía motivos suficientes para sospechar que solo se había casado para cobrar la herencia y en caso de que lo descubriera, White House y los cincuenta millones pasaría a sus manos.

—Dijiste que los empleados estaban descansando —susurró su esposa.

Si su primo oía que su mujer lo había confundido con uno de los empleados de la mansión, la odiaría de por vida. Él era el típico snob que hacía que las clases sociales se diferenciaran. Andrew no se parecía en nada a Jerry, y debía ser esa la razón por la que siempre acudía a él cuando tenía un problema en vez de buscar a su hermano mayor.

—Él no es un empleado, es Andrew, el siguiente de la lista para cobrar la

herencia —le dijo en voz baja—. Llegó el momento que te comportes como una buena esposa, o la boda habrá sido en vano.

—¿Y qué hace él aquí? —preguntó Alegra.

Le rodeó los hombros con un brazo y la atrajo hacia él.

—Vigilarnos, cariño, vigilarnos.

Halló a Andrew en la sala, cerca de la chimenea encendida, cuando ingresaron a la mansión. Llevaba la típica bata de los Smith, el apellido bordado con hilo de oro en la espalda. Vanidades que la familia se permitía para agasajar a los invitados cuando se daba alguna fiesta en la casa. Su primo se calentó las manos en la chimenea y luego se dirigió hacia ellos para besar en las mejillas a su esposa.

—¿Eres Alegra, verdad? —Inquirió—. Soy Andrew, el primo de Lennon.

—Sí, soy la novia —afirmó—. Es un placer, Andrew.

—Mi primo sigue teniendo un buen gusto para elegir a sus mujeres —comentó—. Lamento haberme perdido la boda, pero la invitación no me llegó.

—Debió perderse en el correo —replicó ella.

Su primó le lanzó una mirada de reojo y sonrió.

—Seguramente debió suceder eso.

—No esperaba encontrarte aquí, Andrew —le dijo.

—Y yo no esperaba que pasaran la luna de miel en un lugar tan solitario.

Alegra lo tomó por sorpresa cuando le rodeó la cintura con un brazo.

—En realidad, la idea de venir aquí fue mía —expresó—. Quisimos huir

de Londres y pasar la luna de miel en un sitio tranquilo. Creímos que estaríamos solos, ¿verdad, cariño?

Él inclinó la cabeza y le dio un beso en la frente.

—Por suerte la casa es grande —murmuró—. ¿Cuánto tiempo te quedarás?

Andrew se sirvió una medida de whisky y bebió un sorbo.

—Solo uno días —respondió—. Hasta que Taylor se mejore. Ella ha perdido otro de sus embarazos.

Alegra se llevó una mano a la boca.

—Cuanto lo lamento, Andrew.

—Te acostumbras cuando es el quinto embarazo que pierdes.

Pudo sentir el pavor de su esposa de que le sucediera lo mismo que a Taylor. La apretó contra él para trasmitirle ánimo.

—La casa es grande y no habrá problemas de que convivamos bajo el mismo techo.

Andrew lo miró por encima de la copa.

—Es bueno oír eso, ya que ahora tú eres el nuevo dueño de White House —inclinó la copa y brindó por ellos—. ¡Por los novios!

Alegra se aclaró la garganta.

—Tendrán que disculparme, pero estoy agotada por el viaje y subiré a darme un baño —siguió—. Te espero en la alcoba, cariño.

—Estaré contigo en un momento.

—Y no te olvides de llevar mis maletas —agregó ella con picardía.

Él chasqueó la lengua.

—No lo haré...

Esperó a que Alegra subiera las escaleras y desapareciera para enfrentarse a su primo y poner al descubierto su farsa.

—Sé lo que intentas hacer y no lo vas a conseguir —le advirtió.

Andrew dejó caer el cuerpo en el sofá y se cruzó de piernas.

—No te mereces un centavo de la herencia —dijo—. Tu boda no es más que una mentira y voy a demostrarlo, aunque tenga que convertirme en tu sombra.

Él se acercó a la licorera y se sirvió una medida de whisky, luego se sentó al lado de su primo y chocó las copas.

—Suerte con eso —explayó—. Tendrás tres años de arduo trabajo.

—Todavía no sé qué fue lo que hiciste para que nuestro abuelo te dejara White House —dijo en un tono cargado de desprecio—. Siempre fuiste un holgazán. Por suerte no te dejó la empresa de la familiar o habríamos perdido todo por tu culpa.

Él tampoco había entendido porque su abuelo lo había dejado en el testamento. Su padre y Andrew eran los que se encargaban de las finanzas de la familia Smith. Ellos eran dueños de varios campos de golf, el legendario White Boll. Había una larga lista de personas importantes que habían pasado por el club: Reyes, presidentes, actores, *etc.*

—Probablemente también reciba White Boll en diez años.

—Para eso tu matrimonio tendría que durar diez años —replicó su primo—. Y yo no les doy ni uno.

En eso su primo no se equivocaba. Él no duraría casado con Willy-Pop por diez años. Pero no iba a darle la razón a Andrew.

—Tal vez el matrimonio me ayude a enderezarme.

—Intenta no gastar mucho el adelanto de la herencia que te hicieron, porque tendrás que devolverme cada centavo.

Él soltó una carcajada.

—Y Jerry dice que eres aburrido —musitó, dándole una palmada en la espalda—. Agradece que Taylor viniera contigo o pasarías la noche en la intemperie, primito.

Andrew lo miró fijamente a los ojos y esbozó su típica sonrisa de snob.

—Disfruta de tu minuto de gloria, porque White House será mío.

Sacudió la cabeza y se levantó del sofá.

—Apaga las luces cuando te vayas a dormir.

4. UN GIRO INESPERADO

ABRIÓ el grifo de agua caliente y empezó a llenar la tina. Se quitó la ropa y la dejó caer al suelo. Sonrió mientras se veía en el enorme espejo victoriano que tenía adelante, a la vez que se cubría el cuerpo con la bata de raso. Recordó los días que se habían ido y vivido en White House en sus vacaciones de verano. Miraba atrás y veía a Vivian ayudándola a conquistar a su hermano. Irrumpir en la alcoba de Lennon y hurgar entre sus cosas para sentirse más cerca de él. Y así descubrió que su color preferido era el verde, que escuchaba Alanis Morissette a escondida de sus amigos, que tenía muchas enamoradas que le dejaban cartas subidas de tonos, según la percepción de una adolescente de quince años, en la era que todavía no había existido Facebook. Y White House también había sido el último sitio en donde había visto a Vivian por última vez.

Cerró la tapa del retrete y se sentó encima, luego se masajeó los dedos de los pies para calentarlos. «*Willy-Pop te has casado con el hombre que querías*». Lástima que de esa muchacha ya no quedaba nada. Alegra Hamilton era otra mujer, para empezar, tenía cien kilos menos, era más segura y tenía una profesión que adoraba. Era fotógrafa en la revista *Mujeres arriba*. Ella era una mujer moderna que sabía lo que quería: Un hijo.

Oyó que la puerta de la alcoba se había abierto y un segundo después, su marido apareció en el tocador.

—Andrew sabe que la boda es una farsa —dijo, mientras se quitaba la camisa—. Tendremos que esforzarnos un poco más para que sea creíble nuestro matrimonio.

—¿Y qué podemos hacer al respecto?

—No puede vernos con ningún amante, por lo menos hasta que dure el matrimonio —murmuró, al tiempo que se desprendía la hebilla del cinturón.

—A eso dilo por ti, cariño —replicó.

—Tendremos que dormir en la misma alcoba.

Ella soltó un bufido.

—Acordamos que solo la compartiríamos el día que engendraremos a mi hijo, semental.

—Mientras que mi primo esté bajo nuestro mismo techo, eso no podrá ser posible —continuó—. Andrew no descansará hasta salirse con la suya. Él siempre quiso White House.

Frunció el ceño.

—¿Qué diablos estás haciendo? —le preguntó, cuándo él se quedó en ropa interior y estaba a un paso de quitársela.

—Relajarme en la tina.

Ella entornó los párpados.

—Espera tu turno, cariño.

Él curvó los labios hacia un costado y se sumergió igual en la tina, importándole un demonio que la hubiera preparado para ella, luego se quitó el slip debajo de la espuma y se lo arrojó.

—¿Podrías lavarlo, nena? —la provocó.

Apretó los labios y se quitó de encima la ropa interior mojada. Porque vivieran en una residencia del siglo dieciocho, no significaba que ella se comportaría como la esposa sumisa de esos tiempos. Se levantó del retrete de

golpe, se acercó a la tina y lo señaló con el dedo acusador.

—¡No vuelvas hacer esto ni de broma! —Gruñó—. O te juro que hablaré con Andrew y le diré la verdad. Tú serías el único que perdería. ¡Y sal ahora mismo de mi baño de espuma! —le ordenó.

Él se acomodó en la tina y le dedicó su sonrisa de sinvergüenza.

—Los dos perderíamos, cariño.

Ella se sentó en el borde de la bañera y se inclinó hacia él, levantando una ceja.

—Yo ya tengo lo que buscaba —dijo, llevándose las manos al vientre.

A su marido se le borró la sonrisa burlona del rostro.

—¿Qué intentas decir?

—Que estoy embarazada.

—¿Bromeas? ¡Pero ni te he tocado!

—Lo has hecho y varias veces antes de enterarte que era Willy-Pop —repuso—. Olvidé tomar las pastillas con todo el tema de la boda.

Él tragó saliva.

—¿Entonces estás...? ¿Cuándo lo supiste? —Quiso saber. La sujetó del brazo con fuerza y añadió—: No me haré cargo de un niño que no sea mío.

Ella le dio una bofetada.

—¡¿Por qué me tomas, capullo?! —rugió.

Él se acarició la mandíbula.

—Vale, lo siento, no quise decir eso. ¡Joder! Me has tomado por sorpresa. Nunca pensé que sería tan rápido.

En realidad, ella había dejado de tomar las pastillas a propósito. Corría el riesgo de que Lennon no quisiera casarse con ella cuando descubriera que era Willy-Pop. No era que se orgullecía de lo que había hecho, pero había sido un acto desesperado y no consideró que quedaría embarazada en el primer intento. Había comprado un test de embarazo en una de las paradas que habían hecho durante el viaje a Edimburgo.

—¿Todavía no comprendes, Lennon? —Cuestionó, ceñuda—. Seas o no seas el padre, tú no te harás cargo del niño. Ese fue nuestro trato desde el principio.

Él se pasó una mano por la boca.

—¿Estás segura que... ya sabes?

Tomó su bolso del suelo y sacó el test de embarazo y se lo enseñó.

—Me hice la prueba mientras tú hablabas con Andrew —le contó—. Pero estas cosas suelen fallar... estaré segura cuando me haga el análisis de sangre.

—Mañana compraré otros test para que te hagas hasta que regresemos a Londres y veas a tu doctor —murmuró, al tiempo que se mojaba el rostro—. ¡Vaya! Seremos padres, Willy-Pop. Debes darme el crédito de que he cumplido con nuestra parte del trato.

Soltó un bufido.

—¿Disculpa?

Él había vuelto a recuperar su postura de patán.

—¿Me enjabonas la espalda, cielo? —Le pidió, ofreciéndole la esponja—. Puedes meterte, todavía queda sitio para dos.

—¡Vete al diablo!

Lennon le deslizó un dedo por el brazo, dejándole un rastro de espuma.

—Hasta hace unos días te gustaba que te tocara.

Ella chasqueó la lengua.

—Pero resulta que ya conseguí lo que quería de ti —comentó—. Ya no me eres útil, cariño.

Él se humedeció el labio inferior con la lengua.

—¿Siempre buscaste esto, verdad? Casarte conmigo, llevar un heredero de los Smith. Te hiciste amiga de Vivian solo para seguirme de más cerca y poder cazarme. ¿Acaso pensaste que no sabía de la obsesión que sentías por mí, Willy-Pop? —Aplaudió y siguió—: ¡Felicidades! Haz conseguido lo que tanto quisiste.

Que dudara de su amistad con Vivian la enfureció. Lo golpeó en el pecho con los puños y él la sujetó de la muñeca y la metió en la tina. Empezó a dar pataletas en el agua, llena de frustración, e intentó sumergirle la cabeza cuando él se reía descaradamente de ella.

—¿Cómo puedes decir que mi amistad con Vivian no fue sincera! —Exclamó—. ¡Eres un hipócrita! ¡A ti nunca te importó tu familia! —Se sorbió la nariz con el dorso de la mano—. Abandonaste a tus padres cuando más te necesitaron.

Él adoptó una expresión amenazadora.

—Cierra la boca, Alegre, porque no sabes nada.

—¿Dónde quedó ese muchacho que odiaba las injusticias y quería defender a los más vulnerable?

Lennon le sujetó la barbilla y la obligó a que lo mirara a los ojos.

—Ese muchacho descubrió como era el mundo en realidad.

—No debimos casarnos —dijo—. No podré soportar esto por tres años.

Y lo decía en serio. El hombre que era su marido no se parecía en nada al muchacho que ella una vez supo enamorarse. Tal vez se había hecho una imagen equivocada de él. Apartó la vista hacia la pared cuando Lennon salió de la tina y se envolvió la cintura con una toalla, a la vez que adoptaba una postura ensombrecida e intimidante.

—Si intentas romper el trato que hicimos, te juro que no solo me haré cargo del niño que esperas, sino que tampoco lo volverás a ver. Soy un Smith, nena, no lo olvides. En tu lugar, lo pensaría dos veces —la amenazó.

Ella dobló las piernas y apoyó las rodillas contra su pecho.

—¿Sabes? Cuando era adolescente sentía admiración por ti. Parecías el hombre perfecto para cualquier mujer.

Él enarcó una ceja.

—¿Y qué pasó con esa admiración que sentías por mí, cariño? —inquirió, sarcástico.

Hizo una mueca.

—Desapareció cuando crecí y conocí al hombre que realmente eres.

5. LA NUEVA SEÑORA SMITH

SE QUEDÓ sin aliento cuando Lennon le dio un manotazo en la boca del estómago mientras dormía. Pasó una mano por delante de su rostro para comprobar si realmente dormía o intentaba deshacerse de ella. No podría sobrevivir una semana si tenían que seguir compartiendo la misma cama con él. Intentó taparse con la poca manta que le había dejado. Se cubrió los ojos con un brazo y resopló. Estaba amaneciendo y ella no había podido dormir ni dos horas completas. De repente, Lennon atravesó su pierna izquierda por encima de ella y empezó a roncar contra su oído. Se quedó mirando el techo y contó hasta tres. Lo apartó de un empujón y él seguía durmiendo como si nada. Por un momento, envidió su sueño profundo. Cogió un calcetín del suelo y se lo metió en la boca para que dejara de roncar. Y cuando había logrado conciliar el sueño, el despertador empezó a sonar.

—¿Cuánto tiempo más pretenderás seguir en la cama? —le reprochó su marido, mientras se ponía un jersey azul con cuello de tortuga.

Ella se volteó y se puso boca abajo, y se cubrió la cabeza con la almohada para que la claridad no le molestara.

—¡Largo! —gruñó.

Sintió una correntada fría por la espalda cuando él la destapó.

—Ya has dormido suficiente, cariño —murmuró el gilipollas—. No bajaré solo a enfrentarme a las hienas. Además, quiero estar cuando conozcas a Taylor. No creas nada de lo que te dice. Ella siempre, pero siempre trabaja para su marido.

Sacó las piernas por fuera de la cama y lo miró con los ojos hinchados e irritados.

—De hecho, no confío en ningún Smith —le aclaró.

Él entornó los párpados.

—Tú ahora eres un Smith —replicó—. Y por lo que más sea, haz algo con ese rostro. Parece que te hubiera arrollado un camión.

Y su camión tenía nombre y apellido: Lennon Smith.

—Veo que es literal cuando dicen que las mujeres se transforman en brujas cuando se casan.

Ella le arrojó el almohadón.

—¡Lo es si a esas esposas les tocan marido como tú! —Chilló—. Y desde esta noche dormirás en la alfombra.

Él soltó un bufido.

—Lo dices como si roncara.

—No solo roncas, te mueves como una bailarina.

—Exageras —musitó relajado, como si hubiera dormido como un ángelito—. Te espero abajo, no tardes.

Sacó de las maletas unos vaqueros, camiseta, un suéter rojo, guantes, bufanda y unos calcetines de lanas. No iba a quedarse todo el día en la casa y el invierno era crudo por esos lados. Se abrigó bien y observó hacia el jardín por la ventana. Estaban cayendo los primeros copos de nieves sobre los árboles. Fijó la vista en la banca cerca del estanque, donde Lennon le había pedido matrimonio. Los padres de él habían fingido que no la conocían y le

habían pedido a su hijo que la llevara a la residencia. Ellos habían influido en Lennon para que se le declarase. Y ella les había seguido el juego actuando como la enamorada Willy-Pop. Miró el diamante de su anillo de compromiso y sonrió. En ese entonces había creído que todo sería más fácil.

«Alzó la vista al cielo estrellado y respiró hondo. Había necesitado ser ella misma por un momento antes de regresar a la cena y seguir actuando como una novia que recién conocía a sus suegros. Ellos la habían ayudado para que tuvieran encuentros casuales con su hijo: en la galería de arte, en su restaurante preferido y conocer a sus padres en su bonita residencia de Edimburgo.

—Si planeas huir de mis padres, ya es demasiado tarde —comentó Lennon a sus espaldas.

Se volteó hacia él y sonrió.

—¿Por qué piensas que es de tus padres de quien quiero huir?

Lennon se humedeció el labio inferior con la lengua y acortó la distancia que había entre los dos.

—Porque... —deslizó el dedo índice por su mejilla y siguió—: No hubieras aceptado venir a conocer a mi familia si no te importara.

Él hacía que ella se sintiera un poco culpable. Sabía todo sobre él y había sido fácil engañarlo para que creyera que ella era su mujer ideal.

—Tus padres parecen buenas personas.

—Lo son —afirmó—. Pero yo no lo soy —añadió—. Debo ser franco contigo, Alegra.

Sus cejas rubias se unieron.

—¿Qué sucede?

Él le sujetó una mano e hizo que rodearan el banco que tenían adelante y se sentaron.

—Tal vez lo que te vaya a decir no te guste, y prometo regresarte a Londres si es eso lo que me pides luego de que te diga la verdad.

—¿Qué puede ser tan grave? ¿Acaso eres un narcotraficante? —se mofó.

—No soy la clase de hombre que imaginas que soy.

—¿Eres gay?

—No —respondió, rápido—. No soy de los hombres que se enamoran, comprometen y quieren formar una familia.

—¿Y por qué me trajiste para que conociera a tus padres? —preguntó, haciéndose la desentendida.

Él se pasó una mano por la boca.

—Ahora es cuando tú vas a odiarme.

—Me estás asustando, Lennon —y amó su actuación de muchacha inocente.

—Eres una mujer hermosa, Alegra.

—Pero...

—La paso bien contigo...

—¿Y?

—Pero no soy un hombre que se enamora.

—A eso ya lo mencionaste.

—No me gustan los compromisos y mi única conexión con las mujeres es cuando follamos, y creo que entre nosotros hay una buena química, ¿no lo

crees?

Ella chasqueó la lengua.

—Para eso puedes buscarte una muñeca inflable, cielo —murmuró, despacio—. No soy el objeto de nadie —dijo ofendida, pero también pensaba que él era un excelente amante—. No comprendo porque me trajiste aquí, pudiste follarme en tu departamento... ¡Oh, por Dios! Eres un pervertido que quisiste hacerlo con tus padres en la casa —estaba disfrutando ese momento.

—¿Qué? ¡No! —Gimió—. ¡Solo quiero pedirte matrimonio!

Ella cerró la boca. Él lo había hecho. Él le había pedido matrimonio. Aunque había ido preparada para que eso sucediera, no pudo dejar de sorprenderse.

—¿Cómo dices?

Lennon sacó un estuche aterciopelado del bolsillo interno de su chaqueta, lo abrió y le enseñó el anillo con un precioso diamante.

—¿Quieres casarte conmigo? —le preguntó.

—¿Por qué? —replicó.

—Porque follas muy bien.

Parpadeó.

—Vale, no solo por eso —expresó—. Si te casas conmigo cobraré cincuenta millones de libras.

—¡Cincuenta millones! —Repitió como si recién se enterara—. ¿Hablas en serio?

—Nunca te hubiese pedido matrimonio si no fuese cierto, cielo —dijo, convencido—. Pero no solo es eso, debemos estar casados por tres años y

debo tener un heredero.

—¿Te refieres a tener un hijo?

Él asintió con la cabeza.

Sonrió. Había llegado su turno de negociar.

—¿Y me estás eligiendo a mí para que sea tu esposa?

—Si debo casarme, quiero hacerlo con alguien que me resulte agradable pasar tiempos juntos.

—¿Y qué ganaría con todo esto?

Él le alzó el mentón con el dedo.

—¿A mí?

Ella soltó una carcajada.

—Oh, cariño, no vales tanto.

Probablemente Willy-Pop hubiera aceptado ese trato.

—Te daré el uno por ciento de la herencia —le ofreció.

—No quiero tu dinero.

—¿Ah, no? —Gesticuló, sorprendido—. Sé más específica cielo, porque si no me quieres a mí, tampoco el dinero...

—Quiero al heredero —respondió—. Tendremos un hijo, pero cuando se cumplan los tres años, el niño será solo mío.

Él apoyó el codo en el respaldo del banco y levantó una ceja.

—No puedo quitarle el apellido.

—No pido que se lo quites —le aclaró—. Solo debes desaparecer de

nuestras vidas. Seré su madre y padre y tomaré todas las decisiones por él. No hagas como si eso te molestara, acabas de decirme que no quieres formar una familia. El niño sabrá que eres su padre, y podrás verlo en algunas fiestas importantes, si es eso lo que quieres —le explicó—. Pero seré yo quien tenga la última palabra.

—¿Te casarías conmigo si acepto esa condición?

—Lo haré si me das tu esperma.

Él sacó el anillo del estuche y se lo puso en el dedo.

—Tendrás mi esperma, siempre y cuando, nuestro matrimonio llegue a los tres años.

Ella lo abrazó y les sonrió a los padres de Lennon que los estaban observando desde la terraza. El plan había salido a la perfección».

6. LA FAMILIA POLÍTICA

BAJÓ a desayunar con su nueva familia y dibujó una sonrisa en su rostro antes de ingresar al comedor para contar el cuento del matrimonio feliz. Lennon relajó la mandíbula cuando la vio aparecer. En la mesa ya estaba Andrew junto a su esposa bebiendo el café matutino. Taylor era de contextura pequeña, cabello castaño y ojos verdes. Vestía una camisa blanca con una chaqueta a cuadros rosados y unos aretes y collar de perlas. Parecía tan snob como su marido. Vale, estaba mal juzgarla por su apariencia. Respiró profundo antes de exclamar:

—¡Buenos días a todos! —Rodeó la mesa hasta llegar a la cabecera donde estaba sentado Lennon y le dio un beso rápido en los labios—. Lamento llegar tarde, pero quise arreglarme un poco antes de bajar.

—Se entiende la demora —susurró sarcástica su nueva prima.

Hizo de cuenta que su comentario no había sido mal intencionado. Tomó asiento a un lado de su marido y él le sirvió café en la taza. Actuaba como si de verdad le importara su esposa.

—Tú debes ser Taylor, ¿verdad? —preguntó para cortar la frialdad del aire.

La mujer apoyó los codos sobre la mesa y se inclinó hacia ella.

—¿Cuánto dinero recibirás después de que se cumplan los tres años?

Frunció el ceño.

—No sé de qué estás hablando —repuso, poniendo la servilleta sobre el regazo.

Taylor empezó a jugar con su collar de perlas.

—No es necesario que actuemos entre nosotros —murmuró—. Lennon se casó un mes antes de que cumpliera cuarenta años y lo que significaba que perdería todos sus derechos de la herencia y White House pasaría para Andrew —expresó—. Y todos sabemos que él no es un hombre que se enamora. Por eso vuelvo a preguntar, ¿cuánto dinero recibirás?

Lennon puso una mano encima de la de ella y se la apretó.

—No la escuches, cariño, Taylor piensa que todos los matrimonios son como lo de ella —hizo una pausa—. No todo es por dinero, primita. ¿Todavía sigues yendo al club de stripper? Envíales saludos a tus antiguas compañeras —murmuró con una sonrisa en los labios.

¡Vaya! Las apariencias sí que engañaban. Nunca hubiera imaginado que Taylor había sido una bailarina nudista.

Taylor hizo un gesto despectivo y se levantó de la mesa.

—Se me cerró el apetito... —dijo antes de retirarse.

Andrew le lanzó una mirada amenazadora.

—Deberías ser más cuidadoso con mi mujer, acaba de perder a nuestro hijo.

—Y esa es la razón por la que aún no la he echado de White House —replicó él.

Andrew cerró el ordenador portátil y se quitó sus gafas de lectura.

—Taylor no ha dicho nada que no sea cierto y cuando logre probarlo, seré yo quien se ría.

—Pero tampoco he dicho nada que no fuese cierto, ¿acaso no sacaste a tu

mujer de un club de nudistas?

Ella pateó a su esposo por debajo de la mesa para que cerrara la boca.

Andrew se despidió de ella y luego se retiró.

—Te has montado un buen espectáculo —le dijo, dándole un mordisco a la tostada.

—Defendía a mi esposa.

Ella le dirigió una mirada rápida.

—¿Tu de verdad piensas que me creeré ese cuento? —Replicó—. Tuviste miedo de que afirmara el comentario de Taylor —se ladeó hacia él y le susurró cerca del oído—: De hecho, ella tenía razón.

Su marido puso una mano en su nuca y la obligó a que lo mirara a los ojos.

—Si arruinas el trato, tú también perderás, cariño —le recordó—. Porque te aseguro que no volverás a ver a nuestro hijo.

Ella no se dejó intimidar por él y siguió manteniendo la mirada sin parpadear.

—No eres muy diferente de Andrew, era él quien debía cobrar la herencia, no tú —dijo—. Vivian estaría decepcionada de ti. No eres más que un capullo ambicioso.

Él le apretó el cuello con más fuerzas.

—Y elegiste a este capullo para que sea el padre de tu hijo.

—Ni te imaginas cuanto me arrepiento.

Él inclinó la cabeza y la besó con rabia. Ella lo mordió para que la soltara.

—Nunca más vuelvas a besarme —le increpó.

Lennon se pasó el dorso de la mano por la boca y sonrió como un canalla.

—Mantente alejada de Andrew y Taylor —le ordenó—. Ellos nunca juegan limpio, Alegra.

Enarcó una ceja.

—¿Y tú sí?

—Durante el tiempo que estemos en White House, intenta no quedarte a solas con ellos.

Ella corrió la silla hacia atrás y se levantó.

—No te preocupes, no está en mis planes delatarte.

Había querido salir a correr antes que la nieve lo cubriera todo en unas horas. Myriam, el ama de llaves, le había recomendado que se quedara en la casa porque podía perderse en el bosque. Pero le recordó que no era la primera vez que lo hacía. A Vivian le gustaba esconderse en el bosque para fumar y beber alcohol sin que ningún adulto las descubriera. El bosque siempre había sido su sitio de libertad. Y ella necesitaba alejarse y estar a solas por un momento. Su marido estaba empezando a asustarla. Lo había subestimado al creer que podía controlar la situación.

Se inclinó hacia delante para ajustarse los cordones de su tenis antes de adentrarse en el bosque. Se subió la capucha de la campera y empezó a trotar entre los árboles, a la vez que escuchaba sus canciones preferidas desde el teléfono. Podía sentir su nariz roja por el aire frío que chocaba contra su rostro. Todo el bosque le recordaba a Vivian. La música se detuvo cuando el teléfono empezó a recibir un llamado. Ella contestó, al tiempo que reducía la

velocidad de sus pasos.

—Cece... —dijo, al ver que decía su nombre en la pantalla.

Hubo silencio del otro lado.

—¿Cece? —repitió—. ¿Estás ahí?

Oyó que ella suspiró.

—Sé que estás en tu luna de miel y no quiero molestarte... pero necesito las últimas fotografías que tomaste para mi artículo —dijo—. Mi secretaria no puede entrar a tu ordenador.

Cece era su mejor amiga y trabajaban juntas en la revista *Mujeres arriba*. Ella era una famosa consejera sentimental. Y era una de las pocas personas que conocía la realidad de su boda.

—¿Ah, no? Pero la clave sigue siendo la misma de siempre, no la he cambiado.

—Bueno, pero ya sabes que mi secretaria es un poco despistada.

Puso los ojos en blanco.

—Tú no llamaste por las fotos, Cece —repuso—. Estoy bien, si es eso lo que te preocupa.

—Vale, me has atrapado —murmuró en voz baja—. Jerry me ha prohibido llamarte y que me metiera en tus asuntos. Pero sabes que tu esposo no es de mi agrado y estoy preocupada por ti. Me tomaré el primer vuelo si necesitas que esté a tu lado.

—Jerry tiene razón, puedo ocuparme de mi esposo —dijo, aunque no estuviese cien por ciento segura—. Recién ha pasado un día y debo acostumbrarme a él.

—No quiero que pienses que soy una paranoica, pero tengo una angustia en el pecho y sé que algo no anda bien.

Ladeó la cabeza hacia un costado para esquivar la rama de un árbol.

—¿Jerry está contigo? —preguntó.

—Él está en la habitación continua —susurró.

—Te juro que lo llamaré si sigues con esas ideas absurdas —le advirtió—. Regresaré a Londres en unos días... —empezó a oír interferencia en la línea—. Ahora me encuentro en el bosque y tal vez la llamada se corte porque la cobertura no es muy buena —le avisó.

—No le digas nada a Jerry.

Miró hacia sus espaldas cuando sintió que la estaban observando.

—No lo haré si dejas de hacer que mi marido parezca un monstruo.

—Si tan solo no amaras a ese malnacido, todo sería más sencillo. Él romperá tu corazón.

Nunca debió confesarle a Cece que podía estar enamorada de su marido antes de darse cuenta como él era en realidad.

—No lo haré porque no... —a ella se le detuvo el corazón cuando creyó ver a Vivian entre los árboles—. ¡Madre mía!

—¿Qué ocurre, Alegra?

—Estoy enloqueciendo...

—Enloqueciste cuando aceptaste casarte con Lennon.

—¡Joder! ¡La he visto otra vez!

—¿A quién?

—¡A Vivian! —chilló, mientras intentaba seguirla.

—¿Vivian? ¿Qué Vivian?

Ella saltó el tronco que estaba atravesado en medio del camino.

—La hermana de Lennon.

—Pero ella no estaba...

—¡Sí! —Afirmó, entre jadeos—. ¡Vivian está muerta! —Exclamó—. Debo colgar, Cece, luego vuelvo a llamarte.

—No te quedes sola, Alegra, llama al inútil de tu...

Ella cortó el llamado. Echó una ojeada a su alrededor cuando perdió a su amiga de vista. Sacudió la cabeza. Tal vez sus recuerdos con ella en el bosque le habían hecho ver cosas que no eran reales. Se volteó de golpe cuando escuchó pisadas sobre las ramas secas.

—¿Vivian?

Debía haber perdido el juicio para estar llamando a un muerto. Giró a su izquierda cuando observó una sombra que se dirigía en dirección a la casa de los caseros. Ella la siguió. Solo alcanzaba a ver su melena rubia y el tapado colorado que Vivian siempre usaba.

—¡Vivian, soy yo, Alegra! —gritó, mientras corría tras ella.

El pie se le enredó con la raíz de un árbol y cayó al suelo y se lastimó las rodillas. Soltó una maldición cuando perdió de vista a Vivian. Tuvo que renguear hasta la casa de los caseros que estaba en la entrada de la residencia. Y se dio cuenta allí que había perdido el teléfono en la caída. Parecía no haber nadie en el lugar. El portón de hierro de la entrada se abrió cuando un coche estaba ingresando. Ella le hizo señas con las manos para que se detuviera. La ventanilla del conductor se bajó.

—¿Qué demonios te ha sucedido, Alegra? —preguntó su esposo, mirándola de abajo hacia arriba.

—Me caí en el bosque —le contó.

Él salió del coche y la ayudó a subirse.

—¿Qué hacías en el bosque con este clima? —le cuestionó, mientras regresaba a al asiento de conductor.

Frunció el ceño cuando sintió un tirón en el tobillo.

—Quería tomar un poco de aire.

—Puedes tomar aire desde el jardín la próxima vez.

—¿Quieres convertir White House en mi prisión?

—¡Joder, Alegra! —Gruñó él, golpeando el volante—. Estás embarazada y pudiste haber perdido al bebé.

Tragó saliva. Ella estaba actuando como si no lo estuviese por miedo de que el test de embarazo se hubiera equivocado y sufrir una decepción al no estarlo.

—No es seguro que esté embarazada —dijo—. Lo estaré cuando me haga el análisis de sangre.

Lennon llevó una mano hacia el asiento trasero y cogió una bolsa y luego se la dejó sobre el regazo. Ella la abrió y encontró más de veinte cajas de test de embarazos de diferentes marcas.

—No sé tú, pero no puedo esperar hasta que regresemos a Londres —repuso.

El corazón empezó a latirle con fuerza. Ella estaba asustada a que el resultado no fuese al que esperaba. Su esposo extendió un brazo y apoyó la

mano en su rodilla.

—Haremos las pruebas juntos —murmuró para transmitirle confianza.

Ella asintió con la cabeza.

—¿Quieres que te lleve a un hospital?

—No, estoy bien.

Él se quitó las gafas de aviador y las lanzó al salpicadero.

—Lamento haberte gritado a la mañana —se disculpó su marido.

Tenía la mente en cualquier sitio que ni siquiera podía distinguir si él estaba hablando en serio o era puro sarcasmo.

—Lennon...

—¿Sí?

—Vi a Vivian en el bosque.

7. EL PASADO SIEMPRE VUELVE

LENNON no se había tomado nada bien que le dijera que había visto a su hermana en el bosque. La cordialidad que estaba teniendo con ella se había acabado en cuestión de un segundo. Se sentó cerca de la chimenea de la sala y apoyó la pierna lastimada encima de una silla. Tal vez sus recuerdos con Vivian la habían abrumado y había visto lo que quería ver. Myriam, el ama de llaves que siempre había trabajado con la familia Smith, le trajo una taza de chocolate caliente con tres malvaviscos encima; igual que lo hacía cuando pasaba sus vacaciones en la residencia con su familia.

Bebió despacio un sorbo de chocolate y fue como una caricia a su estómago.

—¿Te sientes mejor? —le preguntó Myriam.

Ella extendió un brazo y le sujetó la mano.

—Sí, ahora que veo una cara amigable.

—Cuando el señor Smith me llamó y me dijo que su hijo se casaba y contigo, me hizo feliz la noticia —repuso, dándole una palmadita en la mano—. La familia no volvió a ser la misma después de la muerte de Vivian.

—Perder a Vivian fue duro para todos.

—¿Ella era su mejor amiga, verdad?

Asintió con la cabeza.

—Vivian estaría feliz de verte casada con su hermano —le dijo—. Todavía las recuerdo cuchicheando por la casa planeando su boda. Quien

hubiera dicho que Lennon se terminaría casando con Willy-Pop.

¡Estupendo! Hasta el ama de llaves recordaba su apodo de adolescente. Se debía ser más detallado con lo que se deseaba o el universo lo cumplía a su modo y a veces hasta de una forma caprichosa.

—Si Lennon no me decía quien eras, no te habría reconocido —siguió—. Te ves muy guapa, Alegre. Ahora comprendo porque él decidió dejar su vida de soltero.

Él no había dejado su soltería por ella, si no por cincuenta millones de libras. Tomó otro trago del chocolate caliente y sonrió.

—¿Puedo hacerte una pregunta?

—Claro...

—¿Trabajas en White House desde hace muchos años, verdad?

Myriam se pasó una mano por el delantal blanco y alzó el mentón con orgullo.

—Sí.

—En una residencia con tantas habitaciones seguramente has oído o visto cosas un poco extrañas —comentó como si fuese al pasar.

—Uno se acostumbra y lo hace habitual.

Se inclinó hacia ella y susurró:

—Creo haber visto a Vivian en el bosque —le contó.

Myriam se quedó muda por un momento.

—¿Usted está segura?

—Bueno... ya no sé qué fue lo que vi —repuso, apartando la mirada

hacia el fuego de la chimenea—. ¿Hay alguien viviendo en la casa de los caseros? —quiso saber.

—Nadie la ocupa desde que enfermó el señor Richard. ¿Por qué pregunta?

—Porque me pareció ver a una mujer rubia de pelo largo que se dirigía a la casa, debió ser una empleada y me confundí.

Myriam frunció el ceño.

—No tenemos empleadas rubias de pelo largo. Además, no tendrían nada que hacer en la casa del casero.

Si ella seguía hablando, la meterían en un loquero por tener alucinaciones.

—La boda me generó mucho estrés y debí ver cualquier cosa.

—Debe ser eso...

Se escuchó sonar una campanilla.

—¿Qué es ese ruido? —preguntó, alarmada.

—Quien hace sonar las campanillas tiene nombre y apellido: Andrew Smith. Él quiere más café —resopló—. Vendré en un momento, querida.

—Por mí no se preocupe, puedo arreglármelas sola.

Myriam agitó una mano en el aire.

—De eso nada, llamaré a otra de las empleadas —dijo—. ¡Holly! —gritó.

Después de un segundo, apareció una muchacha con uniforme en la sala. Ella tenía el cabello castaño y corto, y la descartó de su lista de ser ella a quien había visto en el bosque.

—Busca una manta para la señora, Holly —le pidió Myriam antes de retirarse.

Holly asintió con la cabeza y sacó una manta de un cofre antiguo y cubrió sus piernas con ella.

—Gracias, Holly —dijo, al sentirse más abrigada—. ¿Llevas mucho tiempo trabajando en White House? —siguió investigando.

—Solo hace seis meses —respondió escueta—. ¿La señora necesita algo más?

¿Señora? La hacía sentir más vieja de lo que era.

—Puedes retirarte, Holly.

La muchacha no le daría más información de la que le había dado Myriam. Soltó un bufido. Necesitaba una respuesta de lo que había visto y con la pierna lastimada no podía hacer mucho. Se preguntó si había cámaras de vigilancia en la casa del casero. Abrió grande los ojos. En una residencia tan grande debía haber cámaras por todos lados. Si veía las grabaciones, descubriría quien era la mujer que había visto. Y se aseguraría de que no estaba loca.

—En realidad, sí necesito que me ayudes con algo Holly —murmuró.

La empleada se detuvo en la puerta y se volteó hacia ella.

—¿Necesita que ponga más leña en la chimenea?

Ella se aclaró la garganta.

—El fuego está bien, gracias —dijo—. Es otra cosa lo que necesito.

La muchacha bajó el mentón y la miró esperando a que ella continuara.

—¿En qué puedo ayudarla?

—Puede sonar un poco loco lo que voy a pedirte... —carraspeó—. Necesito que me traigas las grabaciones de los videos de vigilancia de la entrada —farfulló—. De todas las personas que entraron y salieron antes del mediodía.

—¿Por qué quieres saber quién estuvo en White House? —preguntó Taylor cuando apareció en la sala.

Ni de coña le diría la verdad.

—Porque... me gusta tener todo bajo control.

Taylor se sentó a un lado de ella y sonrió como una hiena.

—En especial a tu marido, ¿verdad?

—Busca lo que te pedí, Holly.

La muchacha asintió con la cabeza y se retiró.

—¿Qué te pasó en la pierna? —quiso saber su nueva prima política.

—Me resbalé y me caí mientras corría en el bosque.

—No debes fingir conmigo, cariño —murmuró, a la vez que le quitaba la taza de chocolate caliente de las manos—. Los Smith suelen tener la mano larga —agregó, bebiendo un sorbo del chocolate.

Si su esposo algún día se atrevía a golpearla, no viviría para hacerlo una segunda vez.

—Lennon es un marido cariñoso —expresó—. ¿Puedo ayudarte en algo, Taylor?

—No quiero que me veas como una enemiga. ¿Qué te parece si vamos al teatro una noche de estas?

—¿Sabes que esta es mi luna de miel, verdad?

Taylor miró al techo y resopló.

—Vale, te demostraré que puedo ser confiable —dijo—. Buscaré yo misma las grabaciones que necesitas y te las traeré.

—Holly fue por ellas...

—Pero Holly no tiene autorización para entrar a la garita del guardia —replicó, poniéndose de pie.

¡Joder! Ella tenía razón.

—Te enviaré a tu teléfono las grabaciones.

—Perdí el teléfono en el bosque —le contó.

Taylor abrió su bolso y sacó el suyo y luego se lo entregó.

—Ten, usa el mío.

—¿Y tú cómo grabarás los videos?

—Vale, es cierto, devuélveme el teléfono —dijo, arrebatándoselo de las manos.

Ella lo regresó al bolso y este se le cayó al suelo cuando intentó cerrarlo. Se inclinó para ayudarla a recoger sus cosas desparramadas. Se sorprendió cuando levantó una tableta de anticonceptivos, que se habían estado tomando hacía varios días. Alzó la vista de golpe hacia Taylor. Ella no había podido perder su embarazo porque nunca lo había estado. ¿Acaso Andrew les había mentido para que Lennon no los echaran de White House? ¿O ella le había mentido a su marido?

Notó que Taylor se había puesto nerviosa cuando la vio con su tableta de anticonceptivos. Ella no hizo ningún comentario al respecto y se la metió en el bolso como si no hubiese visto nada.

—Iré por las grabaciones...

Asintió con la cabeza y la siguió con la mirada hasta que desapareció. Sintió intriga por saber que era lo que ocultaba Taylor. ¿Cómo una bailarina exótica había terminado casada con un snob como Andrew? La familia Smith estaba llena de secretos. Era lo que Vivian siempre solía decirle cuando no quería revelarle quien era el hombre secreto con el que ella salía. Y se había ido sin contarle a quien había amado. Recordó el diario íntimo que Vivian guardaba en su alcoba. Tal vez seguía allí y ella finalmente descubriría a la persona que su amiga le había ocultado.

Se levantó del sofá y sujetó el batón improvisado que le había dado Myriam para que se ayudara al caminar hasta que su pie se recuperara. Jugar a la investigadora con su pierna averiada era lo más divertido que haría en su luna de miel.

8. EL TEMPANO SE DESHIELA

ENCONTRÓ entreabierta la puerta de la alcoba que solía usar Vivian cuando pasaba sus vacaciones en White House. Ella se acercó y miró hacia la habitación. Se sorprendió al ver a su marido sentado en la cama con una fotografía de su hermana. Él se veía triste y sintió ganas de abrazarlo. Ni siquiera cuando había sido el funeral lo había visto tan afectado. El peso del cuerpo se le venció hacia un costado y abrió la puerta con el hombro.

Lennon la miró ceñudo.

—¿Me estás espiando?

Ella se apoyó en el bastón mientras caminaba hacia él.

—No sabía que iba a encontrarte aquí —echó una ojeada a su alrededor—. Todo está como Vivian lo dejó por última vez.

—Mis padres no quisieron que nadie tocara nada.

Deslizó el dedo por los lomos de los libros que estaban sobre la estantería, a la vez que intentaba recordar donde había guardado Vivian su diario.

—¿La extrañas? —le preguntó.

—El tiempo hace que la carga se haga más liviana.

—No quise lastimarte cuando te conté que me pareció ver a Vivian en el bosque.

Él dejó la fotografía sobre la mesa de noche.

—Lo sé y también entiendo que para ti debe ser difícil estar aquí —dijo

—. A veces también creo verla.

Ella se sentó en el borde del colchón a un lado de él y le acarició la mandíbula.

—¿Estaremos enloqueciendo? —comentó.

Él esbozó una media sonrisa.

—Tú ya has enloquecido, Willy-Pop.

Apretó los labios y le golpeó la pierna con el bastón.

Él la empujó con el hombro y la miró con ternura, luego dejó de sonreír.

—Lamento haberte tratado mal el día del funeral.

Tragó saliva. Ella siempre le había hecho responsable de haberle roto el corazón, pero había elegido el peor momento para decirle cuanto lo amaba.

—Ese día fui muy inoportuna al declararte mi amor. Acababa de perder a un Smith y no quería perder al otro.

—Pero no debí humillarte delante de mis amigos.

—Uno suele decir las peores cosas cuando está triste y enojado —repuso—. Sé que no es de mi incumbencia, ¿pero por qué desapareciste durante tanto tiempo?

Él apoyó los codos en sus muslos y clavó la vista en la pared.

—Porque soy responsable de lo que le sucedió a Vivian, y sentí mucha vergüenza mirar a mis padres a los ojos.

A ella se le hizo un nudo en la garganta.

—Oh, cariño, pero tú no tienes la culpa de los que le sucedió a tu hermana —dijo en un tono suave—. Ella estuvo en el sitio incorrecto y

conociéndola como la conocíamos, Vivian hizo lo que sentía, se interpuso para que un niño no recibiera un disparo —se enjuagó una lágrima de la mejilla—. Ella era una justiciera y yo soy el caso perfecto de ello. En el instituto era la única que me defendía cuando un par de adolescentes se burlaban de mi obesidad.

—Era yo quien debía estar en esa tienda, no Vivian —le contó con la voz estrangulada—. Me negué a acompañarla a comprar sus malteadas por pasar más tiempo con mis amigos. Lo último que le dije fue: ¡Vete al demonio!

Extendió un brazo y le acarició la espalda.

—Eras solo un muchacho, Lennon —lo consoló—. Y actuaste como lo hacen los hermanos mayores.

Él no pudo contener las lágrimas y se quebró.

—Justamente, era su hermano mayor y debía protegerla y dejé que la lastimaran.

Ella le rodeó el cuello con los brazos y lo abrazó con fuerzas. Él lloró contra su hombro como un niño.

—No te tortures más, mi amor. Nada de lo que sucedió fue tu culpa.

—Preferí que mis padres pensaran que era un holgazán antes de que era el responsable de la muerte de su hija. No soporté ver su dolor. No soporté ver que perdías a tu mejor amiga. Y quise empezar de nuevo, alejándome de mi pasado.

Él se limpió las lágrimas con las yemas de los dedos y la miró a los ojos.

—Pero el pasado me trajo de vuelta.

Ella se inclinó y le dio un beso suave en la punta de la nariz.

—El pasado forma parte de ti, cariño.

Su marido se alejó de ella y se levantó rápido de la cama. Parecía arrepentido de haberle abierto el corazón. Había visto su alma por primera vez.

—Que te haya contado todo esto no significa que te haya perdonado por no haberme dicho quien eras —murmuró, pasándose una mano por el pelo.

Él actuaba a la defensiva al sentirse vulnerable delante de ella. Y creyó comprender su rechazo de formar una familia, Lennon debía creer que no merecía el amor de nadie.

—Y tampoco cambia que siga pensando que eres un capullo —repuso, para ayudarlo a sentirse mejor.

Él puso los brazos en jarra.

—Bien... porque soy el capullo más grande con el que te hayas cruzado.

Hizo un gran esfuerzo para no reírse en su cara. Él intentaba recuperar su armadura del hombre que no derramaba una lágrima por ningún motivo.

—¿Sabes? Estuve recordando que Vivian había estado saliendo con alguien en secreto. Ella nunca me dijo quién era, ¿tú sabes quién podía ser ese hombre?

—Vivian adoraba los secretos y si no se lo contó a su mejor amiga, mucho menos lo haría conmigo.

Suspiró.

—Supongo que nunca lo sabré.

—¿Cómo sigues de la pierna?

—Un poco mejor, gracias.

Él miró la pantalla de su teléfono cuando vibró y leyó el mensaje que le habían enviado.

—Iré a la ciudad a beber unos tragos con unos amigos y cuando regrese, haremos las pruebas de embarazo —le avisó antes de salir de la alcoba.

«Diviértete, no te preocupes por mí, me gusta quedarme sola en una residencia enorme con personas que no conozco y que me dices que no debo confiar. Y olvidé el detalle de que perdí mi maldito móvil y estoy incomunicada», se dijo a sí misma.

Aprovechó en buscar el diario íntimo de Vivian cuando se quedó sola en la alcoba. Recordó que ella solía guardar la llave dentro del unicornio de porcelana que tenía encima del mueble de caoba. Ella lo cogió y miró por debajo del adorno. ¡Voilà! La llave seguía en el mismo sitio. Ahora faltaba el diario. Se llevó un dedo a los labios, pensativamente. Abrió grande los ojos cuando observó el espejo. Se aproximó a él y lo corrió a un costado. Vivian había despegado un zócalo y hecho una perforación para meter su diario y evitar que su madre lo leyera. Soltó un gritito cuando lo sostuvo entre sus manos. En la emoción por conocer el mejor secreto guardado de Vivian, no había notado que una de las empleadas había entrado a la habitación.

—Me has dado un buen susto, Holly —murmuró, llevándose una mano al pecho.

—Lo siento, señora, pero vi que la puerta estaba abierta y quise asegurarme que todo estuviera bien —dijo—. Podrían despedirnos si falta algo de esta habitación. La familia nos tiene prohibido entrar —le explicó.

—No te preocupes, me haré responsable si llega a faltar algo —repuso.

—¿Pertenece a la señorita Vivian? —preguntó.

Sus cejas se unieron.

—¿Qué cosa?

—El diario que tiene en las manos —respondió, señalándolo con el mentón.

—Oh, lo dices por esto —explayó. El candado y su portada de corazones evidenciaban que era un diario íntimo—. Sí, le pertenecía a Vivian —afirmó—. ¿Sabes? Ella y yo fuimos las mejores amigas. Sentí curiosidad si existía algún secreto entre nosotras.

—No me debe ninguna explicación, señora Smith.

Eso era cierto. ¿Entonces por qué se sentía acorralada? Se aclaró la garganta y añadió:

—¿Este podría ser nuestro pequeño secreto? Ya sabes... tú nunca has visto este diario. Quisiera conservarlo para mí. De igual modo, nadie notara que falta.

—Seguro, señora —asintió—. Nunca lo he visto.

Ella relajó los hombros y sonrió.

—¿Has podido conseguirme las grabaciones de las cámaras de seguridad?

Holly negó con la cabeza.

—La señora Smith, la otra señora Smith...

—¿Taylor?

—Sí, ella —expresó—. Me dijo que se ocuparía del asunto. Además, yo no tengo acceso a esos videos. ¿Acaso hice mal?

—Hiciste lo correcto, luego hablaré con Taylor.

—¿Por qué quiere ver esas grabaciones? —preguntó, curiosa.

¿Cómo se lo explicaba sin que pareciera que había enloquecido? Cogió el portarretrato que estaba encima de la mesa de noche y le enseñó la fotografía de Vivian.

—Sé qué hace poco tiempo que estás trabajando en White House, ¿pero habías visto a esta mujer antes? —quiso saber.

—Oh, sí.

—¿En serio? ¿Dónde la has visto?

—En toda la casa —repuso—. La señora Margaret tiene retrato de su hija en toda la casa.

Agitó una mano en el aire.

—Oh, claro, tú hablas de las fotografías.

—¿Y usted no?

Ella había perdido el teléfono y no podía hablar con nadie, y sentía la necesidad de hacerlo. Holly era una de las pocas personas de las que podía confiar en la casa.

—Me pareció ver a Vivian en el bosque.

La muchacha abrió grande los ojos.

—¿Habla de su espíritu?

Hizo una mueca con la boca.

—Suena un poco loco si se lo dice en voz alta.

—Tal vez ella intentaba decirle algo.

—¿Eso crees?

—Su muerte fue trágica. Si sigue en este mundo es porque está enojada.

Tragó saliva.

—¿Enojada conmigo?

—Puede que le haya molestado que se casara con su hermano.

—Vivian siempre quiso que fuera parte de su familia.

—Entonces no lo sé, señora —dijo—. O quizás le moleste que esté viviendo en White House. Tal vez sienta que este sitio no le pertenece.

La muchacha no había conocido a Vivian, por eso decía esas cosas. Pero descubriría que había detrás de todo. Y empezaría leyendo su diario íntimo. Se cruzó de brazos y alzó una ceja.

—O puede que haya visto a uno de los tantos empleados de la casa y me haya confundido —explayó—. Y es por eso que necesito las grabaciones.

9. ARENA Y EL MAR AZUL

NO PODÍA concentrarse en la lectura si tenía las pruebas de embarazo a la vista. Echó las mantas hacia atrás y se levantó de la cama y ocultó las cajas en el armario, como si así evitaría saber de su existencia. Ella era una cobarde. Regresó a la cama y volvió con la lectura del diario. Todavía no había llegado a la parte en la que Vivian hablada de su hombre misterioso. Pero había vuelto a recordar muchas cosas que había vivido con su mejor amiga.

Se acomodó las gafas y miró hacia la ventana cuando se oyó la frenada de un coche. Pensó que podía ser su marido que regresaba del bar. No pudo evitar fijarse la hora, era más de media noche. ¿Qué clase de esposo dejaba a su mujer en la segunda noche de su luna de miel para irse de copas con sus viejos amigos? Sacudió las mantas y respiró profundo para calmarse. Ella estaba actuando como una esposa celosa. Intentó regresar a la lectura pero no podía dejar de mirar hacia la puerta y esperar a que Lennon ingresara por ella. Escuchó sus pasos en el corredor y actuó estar muy concentrada en el diario.

Él abrió la puerta y arrojó al suelo el jarrón que estaba encima del mueble.

—¿Quién ha movido las cosas de su sitio? —Cuestionó él, balanceándose de un lado a otro—. ¿Te he despertado, cariño? —murmuró, seguido de un hipo.

Su marido no solo la había dejado sola en su segunda noche de luna de miel, si no también que había vuelto completamente borracho. Apretó los labios.

—¿Te has divertido con tus amigos? —preguntó, arrastrando cada palabra.

¡Madre mía! Ella estaba actuando como una esposa real. Él se apoyó contra la pared para quitarse los zapatos y el pantalón.

—Hemos tomado un par de cervezas y hablado de los viejos tiempos.

Ella se cruzó de brazos.

—Diría que han sido varias cervezas —replicó.

Él frunció el ceño, y supuso que a quien intentaba señalar con el dedo era a ella.

—Tengo la sensación que estás enojada, ¿acaso me equivoco? —farfulló—. No te muevas tanto, cariño.

Puso los ojos en blanco y guardó el diario de Vivian en el cajón de la mesa de noche. Salió de la cama y lo ayudó a desabrocharse la camisa.

—Se suponía que no debíamos hacer nada que llamara la atención, pero decidiste regresar ebrio cuando tenemos a tu primo alojado aquí —musitó, molesta—. ¡Oh, por Dios! No solo apesta a alcohol, sino también tienes labial de mujer en el cuello —gruñó, golpeándolo en el pecho con el puño—. Y todavía no hemos cumplido una semana de casados.

—No es lo que parece, cariño —masculló, arrojando la camisa al piso—. Esas muchachas se me tiraron encima antes de decirles que ahora era un hombre comprometido.

Achicó los ojos.

—Todos dicen el mismo cuento.

Él cruzó los dedos y se rió.

—Juro que es cierto.

—Eres un imbécil, Lennon —replicó—. Y ahora vete a darte una ducha porque no dormirás en mi cama en ese estado.

Él se inclinó hacia ella para besarla, pero lo apartó de un empujón.

—Eres bonita cuando te enojas.

Alcanzó a sujetarlo del brazo antes que él terminara en el suelo, pero entre su pierna mala y su peso, perdió el equilibrio y los dos cayeron sobre la cama. Él rodó encima de ella y la inmovilizó con su cuerpo.

—¿Por qué regresaste a mi vida? —cuestionó, mientras le mordisqueaba el lóbulo de la oreja.

—¡Quítate, capullo! —chilló, a la vez que intentaba librarse.

Él la besó en el cuello, al tiempo que metía sus manos por debajo de su camisión de raso y sujetó sus muslos, atrayéndola contra sus caderas.

—Te deseo cariño, y por alguna razón me sentí atraído por ti esa noche que te vi en la playa. Te veías tan hermosa que quise que fueras mía —murmuró—. Siempre me gustaste, Willy-Pop.

Ella se quedó de piedra con su confesión.

—No te creo.

—Todavía guardo el pañuelo que me diste cuando me lastimé la mano el día que te llevé con mi hermana a esquiar.

Recordó esa vez, había sido un día antes que él volviera a la universidad. No supo si decía todo eso para seducirla o porque estaba bebido y deliraba. Se sintió furiosa que le dijera todo eso en ese estado. Le dio una bofetada y luego lo besó explosivamente. Le rodeó el cuello con los brazos y las caderas

con las piernas.

—Te odio con toda mi alma —musitó, sin apartar sus labios de su boca—. Y para que lo sepas, soy yo la que se está aprovechando de un borracho.

Él no dijo nada, de hecho, tampoco se estaba moviendo.

—Lennon... —miró su rostro y le dio unas palmaditas en la mejilla—. Despierta Lennon.

¡Genial! Él se había quedado dormido encima de ella. Hizo un gran esfuerzo para que rodara a un costado. Soltó un bufido y se llevó una mano a la frente. Ahora era ella la que necesitaba un baño, pero con agua helada. Lo miró de reojo y quiso creer que los borrachos siempre decían la verdad. El hombre que roncaba a su lado no se parecía en nada al sexy y apuesto que había encontrado en las playas de Filipinas. Esa noche había sido especial y la atracción innegable.

«El problema del calor, eran los mosquitos, pensó mientras se rascaba el brazo. Pero encontrarse en una fiesta en la playa con el mar a sus espaldas, lo recompensaba. Aunque por momentos se sentía fuera de onda, ya que la mayoría eran veinteañeros que disfrutaban de la música electrónica. Cece, con quien había ido de vacaciones, se acercó con la segunda ronda de margaritas.

—Había muchos clientes en la barra —le gritó por encima de la música.

—¡Oh, sí! ¡Hay muchos turistas en la fiesta! —replicó

Cece levantó la copa por encima de su cabeza.

—Para quienes dicen que las treintañeras no saben divertirse.

—No digas nuestra edad en voz alta, Cece —murmuró para que ella sola escuchara.

—¿Crees que somos la más grande?

—Creo que fácilmente podríamos ser las chaperonas de la fiesta —
respondió, quitando la sombrilla de adorno de su copa.

—Tal vez no deberíamos beber las margaritas.

Revolvió los cubos de hielo con el sorbete y tomó un trago.

—¿Por qué no? Es lo único bueno de ser adultas.

—Alguien en la barra me dijo que le habían puesto droga a las bebidas.

Ella escupió hacia delante.

—¿Y me lo dices ahora?

—Tal vez él quiso que le regalara las margaritas.

Se hicieron a un lado para dejar pasara a un grupo de veinteañeros que
corrían desnudos para meterse al mar.

—¿Regresamos al hotel? —inquirió, mientras tiraba la bebida a la arena.

Cece la miró aliviada.

—Pensé que nunca lo dirías.

—¿Se van tan pronto? —preguntó un apuesto hombre que se abría paso
entre el público.

Cece la codeó y le susurró:

—Él es el hombre que me advirtió de la bebida.

Se quedó tranquila al ver que no eran las únicas adultas de la fiesta.

—Tenemos una excursión temprano —se excusó Cece.

Él les ofreció una botella de cerveza que aún seguía cerrada.

—En este tipo de fiestas deben asegurarse que cosa se llevan a la boca —dijo, bebiendo un sorbo de cerveza—. El peligro puede estar cerca.

—¿Tú eres peligroso? —replicó Cece.

Él sonrió enseñando toda su dentadura y el blanco de sus dientes resaltaba con su bronceado. Ella no podía apartar su mirada de él. Sentía como si ya antes lo hubiese conocido. Tal vez era uno de los tantos modelos que fotografiaba para la revista que trabajaba. Se notaba que él era todo un galán, sexy por naturaleza. Cabello espeso, mirada intensa, vestía unos pantalones beige y una camisa de lino blanca, y en el cuello tenía una delgada cadena de oro y el Rolex de su muñeca revelaba que su billetera era abultada.

—Solo soy un buen hombre.

Cece destapó la cerveza y bebió un trago.

—Gracias por la advertencia, pero somos mujeres adultas y podemos cuidarnos solas.

Se quitó la flor que se había puesto detrás de la oreja y dio un paso hacia él.

—Mi amiga habla por ella —dijo, deslizando los pétalos por la mejilla—, yo apenas tengo veintiún años —agregó, con una sonrisa en los labios.

Cece puso los ojos en blanco.

Él se humedeció el labio inferior con la lengua.

—Hubiera jurado que eras más adulta.

Cece se cruzó de brazos y ladeó la cabeza hacia un costado.

—Cambiarás de idea cuando la escuches hablar.

Ella le lanzó una mirada fulminante para que cerrara la boca.

—Me llamo Lennon y si desean, podemos ir a otro sitio más tranquilo.

A ella se le borró la sonrisa del rostro.

—¿Lennon? —repitió.

No digas Smith. No digas Smith.

—Sí, Lennon Smith.

¡Joder! Tenía en frente al primer hombre que le rompió el corazón y todavía seguía sintiéndose atraída por él. Habían pasado más de diez años desde la última vez que se habían visto. Él había dejado de ser un muchacho y se había convertido en un hombre con todas las letras. Sintió que sus piernas se desvanecieron y él se apresuró en sujetarla.

—¿Te encuentras bien?

—¡Madre mía! —Gimió Cece—. ¡Ella está drogada!

Giró la cabeza hacia su amiga y frunció el ceño.

—No estoy drogada.

—Bebiste de la margarita.

Dirigió la vista hacia Lennon, que aún la sujetaba de la cintura, y volvió a repetir:

—No estoy drogada.

Él le acarició la mejilla con el dorso de la mano y la estudió con la mirada de tal modo que creyó que había descubierto quien era: La gordita que rechazó cuando supo declararle su amor. Todavía recordaba lo humillada que se había sentido cuando sus amigos empezaron a burlarse de ella.

—¿Quién eres?

Titubeó en responder por un momento. Que más daba que supiera quien era. Ya no era esa chiquilla insegura.

—Alegra. Alegra Hamilton.

Esperó a ver la reacción de Lennon cuando le dijo su nombre. Ni un músculo de su cara se sorprendió.

—¿Puedes mantenerte de pie si te suelto, Alegra?

¡Menudo gilipollas! Él no la había reconocido. Se sintió estafada por haberlo amado por tantos años y enojada porque era un cretino. Pero que no la reconociera podía ser una ventaja para ella. Iba a demostrarle lo que podía hacer la ballena que una vez dijo que le daba asco. Por fin cerraría un capítulo de su pasado. Ella se aferró a sus hombros y apoyó la cabeza contra su cuello.

—Creo que sí estoy un poco drogada.

El papel de la damisela en apuros siempre daba resultados. Cece había decidido regresar al hotel cuando se dio cuenta que tres eran multitud. Una hora después, se encontraban compartiendo unas copas de vino en la playa y aprovechó la ventaja que lo conocía para tocar temas que sabía que a él iban a gustarle, y lo fue seduciendo hasta que quedaron completamente desnudos e hicieron el amor sobre la arena. Varias veces. Sin importar lo incómodo que podía ser tener partículas pequeñas por todo el cuerpo. Willy-Pop se sintió victoriosa esa noche y se durmió con una gran sonrisa en los labios».

10. LA NEVADA DEL AÑO

SACUDIÓ los hombros cuando despertó y halló a Lennon a un lado de ella mirándola fijo. Cerró los ojos y se hundió en el colchón.

—¿Por qué estás observándome?

—Alegra... yo... anoche... ¿te hice daño? —Quiso saber—. No recuerdo mucho, pero las imágenes que tengo no me gustan nada.

Él parecía estar afectado. Y su lado oscuro y retorcido le aconsejó hacerlo sufrir por un momento por haberla dejado sola en su segunda noche de luna de miel. Adoptó una expresión de miedo.

—Nunca olvidaré lo que sucedió anoche.

Su marido palideció.

—¡Oh, por Dios, Alegra! —Gimió—. No sabes cuánto lo siento —murmuró, afligido.

Ella sacó las piernas de la cama y se cubrió el cuerpo con la bata.

—No vuelvas a tocarme —explayó, mientras hincaba una rodilla en el suelo para buscar el otro par de su zapato.

—Te juro que no lo volveré hacer —dijo, pasándose una mano por el pelo—. Esto... esto es terrible. Sé que con decir que lo siento no es suficiente, pero hay algo que pueda hacer por ti. Pídeme lo que quieras Alegra.

Ella alzó la vista de golpe hacia él.

—¿Lo que quiera?

—Lo que tu desees, cariño.

¡Vaya! Nunca había estado en una situación como esa. Él venía a ser como su genio de la lámpara. Hizo una mueca y lo pensó por un segundo. Un regalo de compensación por tener que aguantar todas sus pullas no le pareció una mala idea. Ella siempre había soñado con tener su propia revista. A veces no era tan santa. Pero podía empezar con...

—Un viaje al caribe con mis amigas me haría sentir un poco mejor.

Él se inclinó hacia delante, apoyando los codos contra el colchón y la miró a través de los párpados entornados.

—¿Qué te parece si te compro una isla?

Abrió grande los ojos.

—¡Estupendo!

Él echó una maldición y salió de la cama de un salto.

—¡Una isla una mierda! —Gruñó—. ¿Me has engañado, verdad?

Se cruzó de brazos y soltó un bufido. Había durado muy poco su deseo.

—¿Yo?

—Lo bueno de estar casado contigo es que te conozco y sé cómo piensas —explayó—. Si te hubiese hecho daño, directamente no hubiese despertado y no me estarías pidiendo que arregle mi error con cosas materiales.

—Vale, que listillo eres —dijo, sarcástica—. Y tienes razón, si me hubieras lastimados ahora no estarías hablando. Pero si vuelves a llegar borracho, te juro que...

—No volverá a ocurrir —le aseguró—. Lo prometo.

Tragó saliva cuando le prestó atención. Él llevaba un slip que marcaba

sus entrepiernas y una musculosa blanca que enseñaban sus brazos fornidos y musculosos. Madre mía que guapo era. Apartó la vista hacia la puerta cuando golpearon.

—¿Quién es? —inquirió Lennon.

—Andrew...

Su marido se llevó un dedo a los labios y le pidió que hiciera silencio, a la vez que le indicaba que se metiera otra vez a la cama. Él se quitó la musculosa y se envolvió las caderas con la manta antes de abrirle a su primo.

—¿Puedo ayudarte?

—Hola Andrew —lo saludó desde la cama en un tono bastante animado.

Él se aclaró la garganta y le devolvió el saludo levantando la mano, incómodo.

—No quise interrumpirlos.

Lennon chasqueó la lengua.

—Pero lo hiciste. Estamos en nuestra luna de miel, ¿recuerdas?

—¿Y por eso trajiste anoche a tu amigo contigo?

—Ve al punto, Andrew.

—A nevado toda la noche y pronto bloquearan todos los caminos, asique si necesitan algo, deben buscarlo ahora porque anuncian nevadas por varios días.

—Gracias por avisar —repuso, cerrando la puerta en sus narices.

Lo miró ceñuda cuando él se volteó hacia ella.

—¿Tenemos a un nuevo huésped?

—Luke fue quien me trajo anoche o eso creo —respondió—. Y lo más probable es que le haya pedido que se quedara.

—¿Luke? ¿Hablas de Luke McBelle?

—Sí, Luke es mi viejo amigo del instituto.

Se le escapó una exclamación de indignación de los labios.

—Esto es peor que estar dentro de una pesadilla —murmuró—. Traes a nuestra luna de miel al patán que se burló de mi gordura cuando apenas era una niña y me apodó Willy-Pop. Mis padres pagaron varias horas de terapia por su culpa.

Él saltó a la cama y se le acercó como un animal salvaje, que estudiaba a su presa antes de cazarla.

—Ya deja el pasado atrás, cariño —repuso, dándole un mordiscón en el hombro—. Las personas cambian y maduran cuando crecen.

Ella sonrió y luego le cogió el pelo y se lo jaló.

—Si quieres tener sexo conmigo, primero saca a tu viejo amigo de nuestra casa.

Él asintió con la cabeza.

—Lo echaré ahora mismo.

De repente, se le vino la idea de que Luke podía ser el hombre con el que Vivian había salido en secreto. Y esa podía ser una buena razón por la que no se lo había contado a su mejor amiga y se había llevado el secreto a la tumba.

—Todavía no echés de la casa a Luke —le pidió.

—¿Por qué no? Quiero tener sexo contigo, cariño.

Sujetó su rostro entre sus manos y lo miró a los ojos.

—Puede que Luke haya sido el hombre con el que Vivian salió en secreto —le contó—. Y si es él, tendré que comerme el orgullo y agradecerle por haber hecho feliz a Vivian en sus últimos días de vida —añadió en voz baja.

—Luke no es la persona con la que mi hermanita salía, en ese entonces él era mi mejor amigo.

—Y ese era un gran motivo para mantenerlo en secreto.

Las cejas de él se unieron en un ceño fruncido.

—¡Voy a matar a ese gilipollas! —rugió, levantándose de la cama de golpe.

—¡Tú no matarás a nadie!

—¡Sí que lo haré! ¡Ese bastardo era más grande que Vivian!

Puso los ojos en blanco.

—Es la misma diferencia de edad que tú me llevas a mí.

—¡No es lo mismo, Alegra!

—Oh, no, porque tú si me follas.

Lennon cogió sus Levi's y se los puso a las apuradas.

—El desgraciado va a arrepentirse de haberle puesto un dedo encima a mi hermanita.

Resopló. Su marido intentaba descargar toda su frustración del pasado con Luke y ella era la única culpable.

—Todavía no sabemos si Luke es el hombre que Vivian intentaba ocultar.

Lennon apretó los puños al costado del cuerpo.

—Tengo un método para averiguarlo.

—No usaremos la violencia —le espetó. Se ladeó hacia la mesa de noche para buscar el diario que había guardado—. Tengo el diario íntimo de Vivian y estoy segura que ha escrito sobre él —sacó el cajón cuando no halló la libreta y añadió—: ¡Joder! No está, pero estoy segura que anoche lo guarde aquí. ¿Tú lo has cogido?

Lennon se pasó por la cabeza el suéter gris y le dijo que ni siquiera sabía de la existencia de tal diario. Empezó a buscarlo desesperada por toda la alcoba.

—Tal vez no lo encuentras porque te pareció haberlo hallado.

Soltó una exclamación llena de frustración.

—No estoy loca, Lennon.

—Ayer también dijiste ver a Vivian en el bosque.

Recordó que no había sido la única que lo había visto, Holly, la mucama, también lo había hecho. Alzó el mentón, desafiante.

—Te voy a demostrar que no estoy loca.

Llamó a Holly y la muchacha apareció unos minutos después.

—Dile a mi marido que tú también viste el diario íntimo de Vivian.

—Lo siento, señora, pero no sé de qué habla.

Se sintió exasperada, respiró hondo y le explicó:

—Ayer cuando entraste a la alcoba de Vivian me viste con su diario, ¿verdad?

—No —respondió—. Usted no tenía nada, señora.

—¿Cómo dices? —Relajó los hombros y se rió—. Oh, ya sé que es lo que pasa, ayer te dije que si alguien te preguntaba por el diario tú dijeras que no

habías visto nada, pero puedes decirle la verdad a mi marido.

—Pero yo no vi el diario, señora.

—¡Joder, Holly! ¡Te pido que digas que lo que viste! —exclamó, alterada.

La muchacha se asustó y parecía que estaba a punto de llorar.

Lennon enarcó una ceja, indulgentemente.

—Deja a Holly tranquila, cariño —dijo—. Ya puedes seguir con tu trabajo.

La muchacha no esperó a que se lo repitiera otra vez y salió huyendo de la habitación. Ella sola se había puesto en ese aprieto cuando le pidió a la empleada que mintiera. Se cruzó de brazos y sopló el mechón de pelo que se le había caído al rostro.

—Holly también vio el diario —volvió a repetirle.

—¿Vas a seguir con lo mismo? —Inquirió, molesto—. ¿O no te alcanzó con asustar a Holly?

—¿Por qué mentiría con algo así? ¡Lo tuve entre mis manos y leí las primeras páginas anoche!

Lennon se prendió su Rolex y luego se acercó a ella, apoyó sus manos en sus hombros y le sonrió.

—Solo estás cansada, cielo. Has tenido mucho estrés en muy poco tiempo, la boda, lo que significa volver a White House y sumado a que puedes estar embarazada y tus hormonas te están jugando una mala pasada.

Apretó los labios y quitó sus manos de encima.

—Sé lo que vi, Lennon.

Él se rascó la nuca e hizo su sonrisa de *fingiré que te creo*.

—Vale, te creo.

Ella sacó del armario la ropa que se pondría ese día y la arrojó sobre la cama. Lo peor que él podía hacerle en ese momento era tratarla de idiota.

—¡Tú no me crees, capullo! —gruñó.

—¿Entonces qué demonios quieres que diga?

—¡Nada!

—¿Te has hecho las pruebas de embarazo?

—No.

—Podríamos hacerla ahora.

Le lanzó una mirada fulminante por encima del hombro.

—Por si no te has dado cuenta, estoy enfada contigo y no quiero hablarte.

—Soy nuevo en todo este tema del matrimonio, ¿eso significa que debó dejarte sola?

Sonrió mordaz.

—Vas aprendiendo rápido.

Él exhaló una bocanada de aire.

—Hubiera sido más sencillo haberle dejado los cincuenta millones a Andrew —comentó al salir de la habitación.

—¡Te escuché cabrón!

11. INVITADOS, MÁS INVITADOS

ESTABA segura que alguien había tomado el diario de Vivian de su alcoba. ¿Pero quién podía haber sido y por qué? Nadie sabía que lo había encontrado o tan solo... miró a su alrededor. ¡La estaban espiando! ¡Taylor! Ella debió robarle el diario. Taylor no hacía otra cosa que meter sus narices en sus asuntos desde que había llegado.

—¿Quiere más café, señora? —le ofreció el ama de llaves.

—No, gracias, así está bien Myriam —repuso—. ¿Puedes acompañarme?

—¿Yo? Oh, no señora, como cree.

—No me gusta estar sola en la mesa y menos en una mesa tan grande.

Lennon había ido a buscar leña al establo antes que la nevada le impidiera salir. Había amanecido con un manto blanco y habían anunciado que sería la peor nevada de la década. Myriam aceptó sentarse a su lado y ella le sirvió un poco de café en la taza.

—El señor Lennon fue muy considerado al decirle a los empleados que podían irse con sus familias si lo deseaban hasta que el temporal pasara —comentó el ama de llave.

Alzó una ceja.

—¿Eso hizo él?

—Pero no se enoje con su marido, señora, yo haré la tarea de los demás empleados.

—No me enoja, Myriam, al contrario, fue un acto muy considerado —

dijo—. Siempre me atendí sola y puedo seguir haciéndolo. ¿Y por qué no decidiste irte con tu familia?

—Porque White House es mi casa.

—¿Tú fuiste la única empleada que decidió quedarse?

—También está Holly y dos guardias de vigilancias.

Apoyó la taza sobre la mesa cuando se escucharon gritos en el vestíbulo.

—¿Qué ocurre? —quiso saber.

—Es el vecino —respondió Myriam—. Reegan Kent. Debe venir a reclamar que otra vez los perros de la señora Taylor usan su jardín como baño.

Sus cejas se unieron en un ceño que expresaba confusión.

—Si no me equivoco, White House tiene baños más que suficiente.

—Pero parece que las flores de su jardín son más suave.

Ellas se miraron la una a la otra y sonrieron.

—¿Y dónde está Taylor? —preguntó.

—Todavía no debe haber despertado, pero cuando sepa que no podrá tener un personal a su disposición, pegará el grito al cielo —murmuró con la sabiduría que le daban sus años—. Iré a ayudar a Holly con el señor Kent. La última vez que vino amenazó con que nos demandaría, pero más que demandarnos parecía que quería asesinar a Taylor.

—¿Necesita un poco de ayuda con el vecino?

—Oh, no, querida —masculló—. Le diré al señor Andrew que se encargue de los asuntos de su esposa.

Bebió el último trago de café y se levantó de la mesa para seguir buscando el diario íntimo de Vivian.

—Me traes un té y que los huevos sean revueltos —le pidió el invitado que había traído su marido cuando ingresó al comedor.

Ella chasqueó la lengua.

—Debiste bajar antes para desayunar —pasó por su lado y le dio una palmadita en el hombro—. Ahora debes preparar tus huevos con tus propias manos.

—¡Qué insolente! —Gruñó—. Hablaré con la familia para que te despidan.

Luke Mcbelle, seguía siendo el mismo capullo de siempre. Él también venía de una familia adinerada y no sabía lo que era trabajar para ganarse un centavo. A sus cuarenta años estaba perdiendo pelo y había ganado varios kilos en su barriga. No le extrañaba que estuviera pasando por su tercer divorcio.

—Puedes hablar conmigo, soy de la familia.

Él soltó una risita burlona.

—¿Tú de la familia? —Repitió—. Eso quisieras. No diré nada si vas por mi té ahora mismo.

No sabía si escupirle en la cara o sacarlo a patadas de su casa en ese instante.

—Gracias por haber traído a mi marido anoche, pero ya puedes irte.

Él la miró de abajo hacia arriba.

—¡Oh, por Dios! Pero si eres Willy-Pop —Exclamó—. No te había

reconocido, aunque conservas tu aspecto de clase media. Cuando Lennon me dijo que se había casado contigo, esperaba encontrarme con una gorda y no con alguien con cien kilos menos.

Inspiró una bocanada de aire para no perder los estribos. Esperaba que Vivian no hubiera vivido un romance con un imbécil como Luke McBelle.

—Y cuando mi marido me avisó que se oспedaba en White House la persona que me llamó ballena la mayor parte de mi adolescencia, salté de la emoción —murmuró con evidente sarcasmo.

Él le acarició el brazo.

—Me dicen eso con frecuencia.

Y el idiota no había notado el sarcasmo.

—Deberías hacer algo con tu pelada —añadió, señalando sus entradas delanteras con el dedo.

—Y tú deberías tener cuidado de no engordar mucho ahora que estás embarazada.

Quiso matar a Lennon por haberle contado. ¡Ni siquiera sus amigas lo sabían! Ni tampoco estaba segura de estar embarazada.

—No te preocupes, luego te pasaré la dieta que hice para que bajes tu barriga. ¿Quién lo diría? Encontrar al grandioso Luke McBelle, viejo, pelado y barrigón —soltó un bufido—. Qué horror.

—¡Luke! —gritó Lennon cuando ingresó a la casa.

Su marido parecía cabreado. Él dejó en el suelo el montón de leña que traía en las manos y avanzó hacia ellos. Luke no era de su preferencia, pero no podía dejar que su esposo lo golpeará por algo que no podía confirmar aún. Se sentiría responsable de que lo lastimara. Abrazó a Lennon cuando se

acercó, como si eso pudiese detenerlo.

—Pensé que bromeabas cuando anoche me dijiste que te habías casado con Willy-Pop —murmuró Luke—. Como dice el dicho, tanto elegir acabas con lo peor. No es que ella no se vea bien ahora.

Parpadeó. Había cambiado de opinión, tal vez debía dejar que su marido le diera una buena paliza.

—¡Alegra! —Gritaron—. ¡Alegra! ¿Dónde estás Alegra?

Frunció el entrecejo. Esa voz se parecía mucho a la de Cece. Sacudió la cabeza. Pero no podía ser, ella estaba en Londres. Giró los talones y se dirigió al vestíbulo.

—¡Por el amor de Dios, Alegra! —Chilló Cece cuando la vio y corrió hacia ella para abrazarla—. Creí que algo malo te había sucedido.

—¿Qué haces aquí? ¿Cómo me has encontrado? —preguntó, desconcertada.

—Nos ha traído Jerry —respondió—. Él es un Smith y sabía cómo llegar.

Jerry era el hermano menor de Andrew y el novio de su mejor amiga. Él era un periodista deportivo y manejaba un blog importante en el que se apodaba como el *camarada del deporte*.

—¿Has dicho nos ha traído Jerry? ¿Quién más ha venido contigo?

En ese mismo instante aparecieron por la puerta Rachel y Sofía, junto a su pequeño hijo Tom.

—Te dijimos que todo estaba bien, Cece —comentó Rachel, frotándose las manos para entrar en calor.

Ella continuaba sin entender.

—¿Por qué no me has devuelto los llamados? —le recriminó Cece, mientras se quitaba su gorro de lana.

—Porque he perdido el teléfono.

A Sofía se le escapó un gruñido de los labios.

—¡Estupendo, Cece! No has hecho venir a su luna de miel porque tú tenías un mal presentimiento.

—Y todavía lo sigo sintiendo —replicó.

—Sea cual sea la causa, me alegra tenerlas aquí —y lo dijo muy en serio.

Lennon se paró a un lado de ella y se cruzó de brazos.

—¿Cómo han hecho para llegar? —Cuestionó—. Los aeropuertos han tenido que cerrar por la nevada.

—En coche, primito, hemos venido en coche —respondió Jerry, cuando ingresó cargando algunas maletas—. Y por cierto, ¿dónde están los guardias de la entrada?

—En unas horas la nieve bloqueará todos los accesos y le he dicho a mis empleados que quien se quería ir con su familia, que lo hiciera.

—Y no ha quedado nadie, ¿verdad?

—Me ofende que pienses que puedo dejar White House —farfulló Myriam—. Por lo visto, la nevada ha traído a los Smith.

Jerry abrazó al ama de llaves y la levantó unos centímetros del suelo y la giró.

—Tú eres lo más valioso de White House —farfulló, mientras Myriam intentaba que él se detuviera—. Espero que me prepares esos panecillos con mantequilla que me encantan.

Myriam soltó una carcajada y era la primera vez que veía al ama de llaves tan feliz.

—Vaya, vaya, pero miren a quien vuelvo a ver después de dos años —murmuró Andrew, apoyando un hombro contra el marco de la puerta.

Y ella se dio cuenta de lo poco que sabía de la familia Smith. Evidentemente, los hermanos no eran muy unidos.

—En realidad, pasaron cuatro años —lo corrigió Jerry.

—Intentemos llevarnos bien ya que todos pasaremos varias horas juntos ¿vale? —recomendó su marido.

Y la oveja negra de la familia había terminado siendo el más adulto.

—Él tiene razón —lo apoyó—. Hagamos el esfuerzo hasta que el temporal se calme y además tendremos que dividirnos las tareas, porque no ha quedado casi ningún empleado.

Sus amigas estuvieron de acuerdo. Cece se tuvo que conformar con mirar amenazadoramente a su marido. Ella se había opuesto desde el principio a que se casara con él.

—Soy un McBelle y no haré el trabajo de la servidumbre —se quejó Luke.

Por un momento, se había olvidado que él estaba allí.

—Tienes la puerta abierta y puedes marcharte cuando quieras.

—¿El Lamborghini estacionado en la entrada es tuyo? —le preguntó Jerry.

Luke asintió con la cabeza.

—La nevada lo ha cubierto y si logras arrancar el motor, correré desnudo

por la nieve.

—Entonces alguien tendrá que llevarme —masculló Luke, cruzándose de brazos.

Andrew puso los ojos en blanco.

—Siempre tan maduro, Jerry —miró a Cece y añadió—: Todavía estás a tiempo de huir de él, cielo.

Jerry entornó los párpados.

—¿Tú esposa ya te ha dejado ahora que no recibirás White House?

—White House le sigue perteneciendo a la familia Smith, hermanito.

—Él se casó con una nudista para hacer enfadar a mis padres —le contó Jerry a su novia.

—¿Desde cuándo bailar en un crimen? Y por cierto, se llama Taylor.

Lennon resopló y la miró de reojo.

—Nos esperan unos días duros —le dijo—. ¿Podríamos encerrarnos en nuestra alcoba y disfrutar de nuestra luna de miel? —le propuso.

Ella enarcó una ceja.

—¿En serio crees que tendré sexo contigo luego de llamarme hormonalmente loca?

—El rencor no es bueno, cariño.

Tom, el pequeño hijo de Sofía, le rodeó la cintura con sus brazos.

—Tu nueva casa está de lujo. ¿Podemos jugar a las escondidas?

Ella se rió. Tom era un diablillo. Sofía hacía un buen trabajo al criar sola a su hijo luego de enviudar tan joven. Era su referente de que ella podía hacer

lo mismo cuando tuviera a su hijo. Si existía la perfección, Sofía lo era: una mujer fuerte, inteligente, que se había encargado de la empresa de su marido y le iba de maravillas.

Apretó la nariz de Tom y dijo:

—Tendremos muchas horas libres para jugar.

—Y también hay muchos armarios —añadió Cece.

A Tom le encantaba ocultarse en los armarios.

—No quiero ser aguafiestas, pero me gustaría descansar un rato —explayó Rachel, acariciándose su apenas visible abdomen de cinco meses—. Me cansó rápido desde que estoy embarazada.

—Oh, claro, y también haré que te lleven una taza de té a tu alcoba.

Myriam le pidió a Holly que ayudara a acomodarse a los nuevos huéspedes en sus habitaciones.

—Todavía sigo esperando quien me llevará a mi casa —murmuró Luke, cuando se quedó solo en el vestíbulo.

12. LO QUE OCULTAN LOS ARMARIOS

LA NIEVE había bloqueado todos los accesos, nadie podía entrar y salir de White House. Se habían quedado sin Wifi y sin teléfono. Estaban completamente aislados. El calor de la chimenea los había reunido a todos en la sala mientras esperaban la cena. La habitación era grande y había espacio suficiente para que se mantuvieran cerca y a la vez distantes. Su marido y Jerry estaban en un rincón aparte y hablaban en un tono para que nadie escuchase. Luke fumaba un habano mientras hojeaba una revista de caballos y Andrew, preparaba su segundo whisky.

Rachel rodó los dados sobre la mesa y sonrió cuando Noruega quedó en su poder y Cece se quedaba con un país menos. Un juego de mesa siempre ayudaba a matar el tiempo.

—¿Por qué se odian los hermanos Smith? —susurró Rachel.

Tanto ella como su amiga miraron a Cece para que respondiera.

—Ni siquiera sabía que él tenía un hermano.

—En estas clases de familia siempre es el dinero que los separa —comentó ella.

Cece tiró los dados y soltó un gruñido cuando no pudo recuperar su país.

—Lamento haber hecho un alboroto cuando llegué, pero de verdad tuve el presentimiento que estaban en problema y al no atender el teléfono...

—Ella imaginó lo peor —añadió Rachel—. Y nos arrastró a nosotras.

—Todavía no puedo sacarme esa sensación del pecho.

Revoleó los ojos.

—Gracias por preocuparte, pero puedes ver que estoy bien.

Rachel unió sus cejas coloradas.

—No parece estar afectada de que te hayamos arruinado la luna de miel.

—Para ser sincera, me alegra tenerlas aquí.

Rachel chasqueó la lengua.

—Y solo han pasado tres días desde que están casado —murmuró—. En mi luna de miel, nos tenían que separar con agua caliente.

—Evita los detalles, ¿vale? —Dijo Cece, molesta por perder otro país—. Este juego es una porquería.

Mientras menos personas supieran que su matrimonio era por conveniencia, sería menos probable que lo descubrieran y mucho más cuando Andrew estaba en la misma habitación. Ella debía ser más convincente con su farsa de que amaba a su marido, aunque eso significara mentir a una de sus amigas.

—Lennon es un buen esposo —mintió—. Tuvimos que venir aquí porque él tenía que arreglar unos asuntos en White House, pero pronto haremos un viaje más romántico.

—¿En serio? —preguntó Cece, ceñuda.

Ella la pateó por debajo de la mesa para que la ayudara a seguir con la farsa. Cece y Jerry eran los únicos que sabían la verdad.

—Sí, regresaremos a las Filipinas —improvisó.

Rachel sacó su tarjeta de haber conquistado el continente europeo.

—Es un alivio que digas eso, porque los noto un poco distantes.

—Hemos tenido nuestras primeras diferencias.

—Él cree que su mujer está hormonalmente loca —agregó Cece.

Sus amigas dejaron de reírse cuando ella las fulminó con la mirada.

—Oh... es... es un cretino por tratarte de ese modo —farfulló Rachel, mientras se llevaba un puñado de cacahuete a la boca.

—Le dije que había visto a su hermana muerta en el bosque y él no me creyó.

—Es un gilipollas —refutó Cece.

—¿Ustedes tampoco me creen, verdad? —Repuso—. Encontré el diario íntimo de Vivian y desapareció de mi alcoba. Alguien lo ha tomado y no sé quién pudo ser.

—¿Y para qué quieres el diario de alguien que ya no está entre nosotros?

Apartó la vista hacia Lennon y se aseguró de que estuviese lejos y no la oyera, y luego la regresó hacia sus amigas.

—Vivian guardaba un secreto. Ella mantuvo una relación oculta que ni siquiera a su mejor amiga quiso contar —dijo—. La vi feliz en sus últimos días de vida y solo quiero saber quién fue ese hombre y agradecersele —resopló—. Aunque eso signifique que deba humillarme con Luke.

—¿Luke? —repitió Cece.

—Puede que Luke sea el amor secreto de Vivian.

Rachel arrugó la nariz.

—Y él siempre fue... así.

—Siempre fue un capullo —afirmó—. ¿Me ayudarán a buscar el diario?

—Prefiero hacer de detective que jugar a esta porquería de juego — masculló Cece—. ¿Quién es la primera sospechosa?

Rachel se cruzó de brazos.

—Ustedes son una malas perdedoras, ahora que voy ganando ninguna quiere seguir jugando.

—Solo te falta conquistar Oceanía y el mundo es tuyo —replicó Cece, que era un pésima perdedora—. Hagamos de cuenta que ya has ganado.

—Taylor —dijo—. Creo que deberíamos empezar por ella.

—¿Quién es Taylor? —quiso saber Rachel.

—La esposa de Andrew —respondió. Miró a su alrededor y añadió—: No la he visto en todo el día.

Todos miraron hacia el vestíbulo cuando se oyó que golpeaban la puerta insistentemente. Solo alguien que no tenía un juicio sano podía salir en un día como ese. Lennon les pidió que nadie se moviera de su lugar mientras él iba a abrir la puerta. Y ninguno le hizo caso y lo siguieron por detrás. Después de estar varias horas desconectados del mundo, era lo más cercano que tenían del exterior. Lennon abrió la puerta y un hombre cayó desplomado en la entrada. Ellos dieron un paso hacia atrás seguido de una exclamación.

Andrew se acercó al intruso y lo dio vuelta.

—¡Señor Reegan! —chilló.

—¿Quién es él? —preguntó Jerry.

—El vecino —respondió Myriam cuando apareció.

—¿El señor Reegan? —Repitió Jerry—. ¿Todavía sigue vivo? Creía que ya había muerto.

El ama de llaves puso los brazos enjarra y observó al vecino.

—Puede que ya lo esté.

Rachel, que era enfermera, ayudó a Andrew a revisarlo.

—Él todavía respira —dijo ella.

Era inevitable sentir un gran alivio. Contar con un muerto en la casa hasta que el temporal pasara, no sonaba muy divertido.

—Tráiganle unas mantas y ayúdenme a ponerlo cerca de la chimenea —ordenó Andrew.

Todos observaban al señor Reegan mientras bebía su café despacio. Él había regresado en sí y recuperado el color de sus mejillas después de haberlo ayudado a entrar en calor. Rachel les había dicho que él había tenido un principio de hipotermia. Esperaban recibir una explicación de cómo había acabado en White House en esas condiciones.

—Debería descansar, señor Reegan —dijo Lennon—. Iré a prepararle una habitación.

Andrew arrastró una silla y la puso delante del convaleciente.

—Pero primero debe decirnos que demonios hacía afuera con este temporal.

Nunca creyó que lo diría, pero Andrew tenía razón. Ella también quería una explicación. ¡Joder! Ese hombre pudo morirse delante de ellos.

El señor Reegan arrugó el entrecejo.

—¡Esto es su culpa! —gruñó.

—¿Cómo dice? —inquirió Andrew.

El hombre lo señaló con su dedo acusador.

—Si usted controlara más a sus animales, yo no tendría que haber venido hasta aquí para quejarme.

—¿Y decidió venir a quejarse dos veces en un día durante el peor temporal de una década?

El señor Reegan sacudió una mano en el aire.

—Digamos que ha sido una vez porque no pude regresar a mi casa —repuso—. Vi a una mujer meterse en el bosque y la seguí para decirle que regresara a su hogar porque no era seguro estar afuera.

Ella se aclaró la garganta.

—¿Y cómo era la mujer? —quiso saber.

—No pude ver su rostro.

—¿Llevaba un tapado rojo?

Lennon entornó los párpados.

—Alegra... —murmuró él, en un tono de advertencia.

—¿Y su cabello era rubio?

—No recuerdo su cabello, pero su tapado era rojo, ¿usted la conoce?

«¡Vivian!» Él también había visto a Vivian en el bosque.

—Sí.

—No —replicó su marido, a través de los dientes—. Ella no sabe de quién usted está hablando.

—Es una lástima porque la perdí de vista —explayó—. La nieve dejó el suelo resbaloso y me caí, la pierna se me quedó atorada entra las ramas y no

podía sacarla y cuando logré hacerlo, el sitio más cercano que me quedaba era White House.

—Hizo bien en venir, señor Reegan —dijo Andrew.

Lennon y Jerry hicieron que el señor Reegan se sujetara de sus hombros para cargarlo hasta una de las habitaciones y que descansara en una cama.

Andrew se llevó las manos a las caderas y miró al ama de llaves.

—¿Ha visto a Taylor?

—No, señor —respondió—. No ha bajado en todo el día, pero ahora iré a preguntarle si necesita algo.

—Iré contigo, Myriam —añadió él.

—¡Tom! —Chilló Sofía—. ¡¿Han visto a Tom?! —preguntó ella cuando se unió al grupo.

—No —respondió Cece—. Él no ha estado por aquí.

—Estábamos jugando a las escondidas y él sabe que debe aparecer cuando pasa mucho tiempo sin que lo encuentre —dijo en un tono desesperado—. Tom no suele hacer esto y me asusta que se haya lastimado.

Ella le sujetó una mano entre la suyas y la tranquilizó.

—Él ahora tiene muchos armarios en donde esconderse, y de la casa no ha podido salir. Te ayudaremos a encontrarlo.

—Con Rachel buscaremos abajo y ustedes sigan buscando en la planta de arriba —organizó Cece.

Sofía asintió con la cabeza.

Abrieron varios armarios de la planta de arriba y en ninguno había rastro

de Tom, y tampoco respondía a sus llamados. Hasta ella había empezado a asustarse. Sofía apoyó las rodillas en el suelo y se inclinó para mirar por debajo de la cama de una de las habitaciones. Frunció el ceño cuando observó el collar de perlas que sobresalía del bolsillo trasero del pantalón de Sofía. Se parecían a las perlas que había visto en el cuello de Taylor. Sacudió la cabeza. Evidentemente, los collares debían ser similares. Sofía manejaba una importante empresa que había heredado de su marido y su casa era apenas más pequeña que White House, ella no tenía necesidad de robar, podía comprarse una joyería si lo quisiera. Además, Taylor no se quitaba las perlas del cuello ni muerta. En todas las fotografías que había visto de ella, llevaba el mismo collar.

De repente, hubo un apagón y quedaron a oscuras.

—¿Qué ha pasado? —inquirió, Sofía.

—Se ha cortado la luz —dijo—. Espero que regrese pronto.

—Tom le tiene miedo a la oscuridad —masculló ella—. ¡Tom! —Gritó—. Prometo que no me enojaré contigo, pero dime en donde estás, cariño.

Después de unos minutos, la electricidad regresó.

—Hemos buscado en todas las habitaciones —murmuró—. Tom debió bajar, tal vez Cece lo haya encontrado. Aunque...

—¿Aunque qué?

—No hemos buscado en una de las habitación.

En la alcoba de Vivian.

—¿Y qué esperas para llevarme allí?

—Siempre está cerrada, no creo que Tom haya podido entrar.

—Entonces no conoces a Tom —dijo—. Él se las ingenia muy bien para estar en los sitios en donde nadie se lo imagina.

Sofía estaba en lo cierto. Tom era un niño bastante despierto para su edad. Se dirigieron rápido a la habitación que solía usar Vivian. La puerta estaba abierta.

—¿Tom?

—¿Mamá?

Sofía quitó desesperada la silla que estaba trabando las puertas del armario y sacó a su hijo de adentro. Sintió como si le hubiesen sacado una tonelada de piedras al ver que Tom estaba bien. Ella lo abrazó cuando su madre se aseguró de que su hijo estaba entero.

—¿Acaso no escuchabas que te estábamos buscando?

—Sí.

—¿Y por qué no respondías?

—Porque la mujer me dijo que sería más divertido si no lo hacía.

Sofía sujetó a su hijo de los hombros.

—¿La misma que te dejó encerrado en el armario?

Tom asintió con la cabeza.

Ella se cruzó de brazos y arrugó el ceño.

—¿Y quién es esa mujer?

—Vivian —respondió—. Me dijo que se llamaba Vivian.

A ella empezó a faltarle el aire y tuvo que sentarse en la cama.

—¿Estás seguro que te dijo ese nombre?

—Sí, ella también me dijo que jugaría conmigo cuando estuviera aburrido.

Lennon ingresó a la alcoba cuando vio las luces encendidas.

—¿Qué hacen aquí? —quiso saber.

—¿Quién es Vivian? —preguntó Sofía.

—Vivian es mi hermana —respondió su marido.

—Dile a tu hermana que no es divertido encerrar a un niño de siete años en un armario —replicó Sofía.

—Lo haría, pero ella falleció hace más de diez años.

—No es divertido lo que dices, Lennon.

Él apretó los labios.

—Tampoco es divertido que le echas la culpa a un muerto.

Sofía la miró de golpe para rectificar lo que su marido estaba diciendo.

—Él... él tiene razón —afirmó—. Tom habló con alguien que ya no está entre nosotros.

13. TODOS SON SOSPECHOSOS

MYRIAM salió de la alcoba de Taylor a los gritos y con un ataque de histeria, y detrás de ella apareció Andrew. Él estaba pálido y corrió hacia ella cuando la vio en el corredor.

—Busca a tu amiga la enfermera —le pidió.

Lennon que estaba tan en shock como ella después de lo que había sucedido en la habitación de Vivian, abrió la boca y preguntó:

—¿Qué está ocurriendo, Andrew?

—Taylor... ella... busca a tu amiga, Alegra.

Sofía rodeó los hombros de su hijo y lo apretó contra sus caderas con miedo de volver a perderlo.

—Tranquila, iré yo por Rachel.

Ella asintió, mientras intentaba calmar al ama de llaves.

—Taylor... está... está... —balbuceaba el ama de llaves.

Andrew se agarró la cabeza con las manos.

—¡No lo digas Myriam! —gruñó.

Miró a su marido con los ojos abiertos en par en par y los dos corrieron hacia la habitación de Taylor. Lo que encontraron sobre la cama fue espantoso. Tuvo una arcada. Lennon la abrazó cuando estuvo a punto de caerse.

—Vete de aquí, cariño.

Volvió a mirar a Taylor. Tenía el rostro desfigurado por los golpes que le habían dado. Ella estaba muerta.

—¿Quién hizo esto? —quiso saber.

—No lo sé, cariño.

Lennon le dio un beso en la frente y la sacó de la habitación.

—¿Qué demonios has hecho Andrew?

Andrew que no parecía estar mejor que ellos, vomitó en un masetero y luego alzó la vista hacia su primo.

—¿Acaso crees que tuve algo que ver con esto?

—¡Maldición, Andrew! —Chilló—. Ella está en tú cama. ¿Quién más querría hacerle daño?

Él se acercó a su marido furioso y luego retrocedió, echando peste por lo bajo.

—¿Y tú piensas que asesinaría a mi esposa teniendo tantos testigo y sabiendo que sería el primer sospechoso?

Rachel apareció y Andrew la llevó a ver a su esposa, y después de varios minutos, ella confirmó lo que estaba a la vista. Habían asesinado a Taylor. Y el asesino estaba entre ellos. Tragó saliva. La habían golpeado varias veces con un palo de golf. Los palos que fabricaban la familia Smith.

Todos se reunieron en la sala y se miraron el uno al otro con desconfianza. Acababa de suceder un asesinato en White House y el asesino era uno de ellos. Si Andrew no había matado a su esposa, ¿quién más tenía motivos para hacerlo? Su esposo se sentó a su lado cuando se aseguró que estaban incomunicados con el exterior y no podían llamar a la policía para

que se ocupara del caso. Él sujetó su mano y entrelazó sus dedos con los suyos, y ese simple gesto la ayudó a tranquilizarse.

Cece, que estaba a su otro lado, la codeó para llamar su atención.

—Te advertí que tenía un mal presentimiento —susurró.

Agradeció no haber sido ella quien acabara como Taylor. La vida pasaba muy rápida y se dio cuenta que no debía gastarla en enojos absurdos que no llevaban a ningún sitio. Miró de reojo a Lennon. Ella no se había casado con él solo porque quería un hijo, en el fondo su amor de la adolescencia seguía estando y latiendo como siempre. Lo amaba a pesar de saber que le destrozaría el corazón.

—Y no debiste venir Cece —dijo en voz baja—. Ahora ustedes también están en riesgo. El asesino está en esta sala.

—Somos amigas y nunca te dejaríamos solas. Juntas podemos defendernos.

Luke se levantó de su asiento y dijo:

—Como somos los únicos que estamos en la casa, está claro quién asesinó a Taylor ahora mismo me está mirando —masculló—. Debemos descubrir quien ha sido y encerrarlo en una habitación hasta que llegue la policía.

Lennon se cruzó de brazos.

—¿Y a cuál de nosotros encerramos?

Jerry se inclinó hacia delante y apoyó los codos en sus muslos.

—Tú deberías ser quien se encargue de atraparlo, Lennon —murmuró—. Tú sabes más del asunto.

Probablemente Lennon tuviese en su currículum algunos arrestos típicos de los que les gusta divertirse de la noche, pero eso no significaba que él supiera como resolver un caso de asesinato.

—¿Y por qué mi marido debe saber más del asunto? —le cuestionó.

—Porque debo ser el más astuto —respondió Lennon por su primo.

Andrew soltó un bufido.

—¿Tú astuto? ¡Ja! Ni siquiera sabes lo que es trabajar.

—Es tiempo que la familia se entere en qué trabajas, Lennon —insistió Jerry.

Ella miró curiosa a su esposo.

—Te apuesto a que es un gigoló —se mofó Cece.

Rachel puso los ojos en blanco.

—Los nervios hacen que digas estupideces, ¿verdad, Cece?

Sofía, que le había puesto unos auriculares a su hijo mientras veía dibujitos para que no escuchara nada de lo que estaba sucediendo, sujetó el atizador de la chimenea y lo apoyó sobre su regazo para usarlo como defensa personal.

—No quiero sonar grosera, pero me gustaría saber en qué trabajas Lennon. La seguridad de mi hijo está en peligro y quiero encontrar rápido al asesino —terminó, echándole una mirada fugaz a Andrew.

Su marido al verse acorralado por todos, respondió:

—Trabajo para el servicio secreto, y ser un holgazán que vive a costa de su familia, es parte de la fachada.

Ella pestañó.

—¿Bromeas, verdad?

—No, cariño.

—¿Y por qué te casaste conmigo si el dinero no te interesa?

—Por complacer a mis padres y además, yo...

—¡Lo sabía! —Chilló Andrew—. Sabía que te habías casado solo para cobrar la herencia. ¡Maldito bastardo! Acabas de confirmar que tu matrimonio es una farsa y White House debe regresar a mí.

Lennon se paró de un salto y cogió a Andrew de la chaqueta.

—No vuelvas a repetir que mi matrimonio es una farsa —gruñó—. Amo a mi esposa, a diferencia de ti que mataste a la tuya a golpes.

Andrew le giró el rostro de un puñetazo en la mandíbula.

—¡Yo no maté a mi esposa! —Rugió. Observó a cada uno que estaba en la habitación y añadió—: ¿Alguien más piensa que soy un asesino?

Ellos bajaron la mirada para evitar responder esa pregunta.

—Vale, les facilitaré el trabajo y me encerraré en mi despacho hasta que llegue la policía —farfulló—. Pero quien haya matado a mi esposa, todavía sigue entre ustedes.

El ama de llaves se puso entre medio de su esposo y Andrew.

—Parecen dos chiquillos malcriados —los regañó—. En vez de unirse para hallar una explicación, se pelean entre ustedes.

—Puede que mi relación con Taylor no haya sido la mejor, pero no la maté —volvió a defenderse Andrew.

—Mi hermano puede ser el capullo más grande, pero no es un asesino —agregó Jerry.

—Ahora todos somos sospechosos hasta que aparezca el verdadero autor del crimen —repuso Myriam—. Debemos tranquilizarnos. ¿Y si hay alguien más en la casa y todavía no lo sabemos?

El ama de llaves tenía razón. ¿Y si Vivian había podido hablar con Tom y encerrarlo en un armario, también había podido matar a Taylor? Sacudió la cabeza. Eso era una locura. Lennon se acarició la mandíbula y la miró.

—Ni se te ocurra decir lo que estás pensando —le dijo como si estuviera leyendo su mente.

—Una tal Vivian encerró a mi hijo en el armario —comentó Sofía—. ¿Y si ella mató a la mujer?

Se encogió de hombro y sonrió a su esposo. Ella no había abierto la boca.

—Mi hermana muerta no pudo encerrar a tu hijo en el armario —gruñó—. Él debió confundirse.

—Mi hijo no miente.

Andrew puso los brazos en jarra.

—Pero es más fácil creer que una persona regresó de los muertos y encerró a un niño en un armario y asesinó a mi esposa.

Sofía sonrió mordaz.

—¿Sabes? Tienes mucha razón, es imposible que algo como eso sucediera, por eso sigo creyendo que tú lo hiciste.

—Tú también estás entre los sospechosos, dulzura —replicó él.

Sofía frunció el ceño.

—¿Por cuál motivo mataría a tu esposa?

—No lo sé, pero lo averiguaré.

Ella recordó el collar de perlas que había visto en el bolsillo de Sofía. Collar de perlas que a Taylor le faltaba del cuello cuando la encontró en su habitación. Sintió una punzada en la boca del estómago. ¿Y si Sofía era la asesina? Se negaba a creerlo, ¿pero por qué otra razón ella tenía su collar?

—Siempre supe que la familia Smith no era normal —musitó el señor Reegan—. Una familia de estafadores, empezando por su abuelo que me robó mis campos de golf y ahora también son unos asesinos.

—Mi abuelo ganó sus campos en una apuesta de cartas —le recordó Jerry.

—Y si mal no recuerdo, usted amenazó en matar a mi esposa si sus perros volvían a arruinar su jardín.

—Yo no puedo matar a nadie, apenas puedo caminar —negó—. Y ustedes vieron en qué estado llegué.

Su marido entornó los párpados.

—Pudo lastimarse la pierna cuando intentaba huir luego de cometer el crimen.

—¡Intentaba ayudar a una mujer que se metía en el bosque! —gruñó él.

—Esa es la versión que usted cuenta, señor Reegan —repuso Myriam.

De repente, aparecían los posibles asesinos de Taylor, el marido frío y distante de su esposa, el vecino obsesionado por su jardín, y una dulce madre que tenía la joya de la víctima.

14. UN CRIMEN NO ES SUFICIENTE

SI LA MOTAÑA no viene a Mahoma, Mahoma va a la montaña. Jerry se había ofrecido a buscar a los guardias que vigilaban White House para que ellos pudieran llamar a la policía a través de su comunicador. Cece se quitó la bufanda y luego se la puso a Jerry en el cuello y lo besó en los labios.

—¿Por qué debes ser tú quien tenga que ir a buscar a los guardias? —se quejó ella.

—Porque alguien debe hacerlo, cariño —le acarició la mejilla con su mano enguantada y añadió—: Mantente cerca de Lennon, él podrá cuidarte mientras no esté, ¿vale?

Cece asintió con la cabeza.

—Y si te apresuras en ir con los guardias, la policía vendrá pronto a rescatarnos —murmuró Luke.

Cece se volteó hacia él furiosa.

—¿Y por qué no sales tú, gilipollas?

—Porque luego nosotros tendríamos que salir a buscarlo a él —contestó ella—. Sería doble trabajo.

Una ráfaga de viento helado ingresó cuando Jerry abrió la puerta y salió por la ayuda. Lennon le rodeó los hombros con un brazo y le susurró al oído:

—Busca a tus amigas y enciértrate en una habitación segura, y yo me ocuparé del resto.

Su marido no diría eso si supiese que una de sus amigas podía ser la

autora del crimen. Alzó la vista hacia él.

—¿Desde cuando trabajas para el servicio secreto? —quiso saber.

—Hablaremos de eso luego, ahora lo único que me importa es mantenerte a salvo, cariño.

Quise creer que su preocupación era porque la amaba y no porque si perdía a su esposa, no cobraría su herencia. Por otro lado, descubrir que aquel muchacho justiciero que una vez supo enamorarse nunca se había ido, hizo que volviera a sentir un cosquilleo en el estómago al tenerlo cerca.

—¿Quién crees que pudo lastimar a Taylor?

—No lo sé, pero me siento fatal seguir pensando que ha sido Andrew.

—¿Cómo puedo ayudarte? —le preguntó.

—Un café no me vendría mal —repuso—. Tendré que estar bien despierto hasta que la policía llegue.

Ella le sujetó el rostro entre sus manos y lo besó en los labios.

—Iré por tu café.

Lennon le cogió un brazo con fuerzas.

—Y luego tú y tus amigas se encerrarán en una de las habitaciones —le ordenó—. No intentes jugar a la detective. La persona que haya lastimado a Taylor no dudará en hacerlo de nuevo si se siente amenazado.

Frunció el ceño.

—¿Por qué piensas que iré tras el asesino?

—Porque los problemas no vienen a ti, tú sales a buscarlos.

Parpadeó.

—Eso no es cierto.

—Cariño, te casaste conmigo —dijo—. Sabiendo que era el desastre en persona.

—El amor es tonto y caprichoso.

Él enarcó una ceja.

—¿Me amas?

—¿Al café lo quieres con azúcar?

Su marido esbozó una pícara sonrisa.

—Dos cucharadas, por favor.

Había preparado café para todos. Las tazas se chocaron y volcaron un poco del líquido oscuro cuando se detuvo de golpe para hablar con Sofía. Ella se hallaba apartada del grupo. Debía descartarla de su lista de sospechosos.

—¿Café?

Sofía negó con la cabeza.

—Estoy tan nerviosa que no puedo comer y beber nada.

Entornó los párpados.

—¿Por qué estás nerviosa?

Sofía se cruzó de brazos y unió sus cejas castañas.

—Tal vez sea porque estamos en la misma habitación con asesino.

Ella no soportó más y tuvo que ir al grano.

—¿Por qué tienes el collar de perla de Taylor?

—No sé de qué collar me hablas.

«Sofía no podía ser la asesina», se negó a creerlo.

—Habló del collar que hoy tenías en el bolsillo del pantalón —le aclaró—. Y sé que le pertenece a Taylor —profundizó—. Y se da la casualidad que ella no lo tenía en su cuello cuando la encontraron muerta en su cama.

Sofía la miró boquiabierta.

—¡Oh, por Dios! —Gimió—. ¿Me estás acusando de haberme robado el collar?

—Solo quiero saber qué hacías con él.

Sofía dio un paso hacia ella y dejó su rostro muy cerca del suyo.

—Tengo el presentimiento que no solo me acusas de habérmelo robado, sino también de ser la autora del crimen. ¿Acaso me equivoco?

Por un instante, se le pasó por la cabeza que Taylor la había descubierto robándolo y Sofía reaccionó dándole un golpe para callarla. Sujetó más fuerte la bandeja cuando se le estaba resbalando de las manos.

—Todavía espero tu respuesta.

—Hallé el collar en el suelo mientras buscaba a Tom y lo guardé en mi bolsillo para luego entregártelo. Creí que te pertenecía —le explicó—. No puedo creer que pensaras que podía ser una asesina —sacudió la cabeza—. Me has decepcionado, Alegre. Pensé que éramos amigas y nos conocíamos muy bien.

Cerró los ojos y suspiró. Se sintió fatal por haber desconfiado de su amiga.

—Vale, lo siento —se disculpó—. Los últimos días han sido complicados

para mí y hallar un muerto en mi casa, fue la gota que rebalsó el vaso.

—¿Sabes? Vine hasta aquí porque me preocupaba por ti, pero ahora no tienes ni idea de cómo me estoy arrepintiendo —dijo antes de darle la espalda y alejarse.

—Sofía...

Maldijo por lo bajo cuando Luke se le arrimó y cogió una taza de la bandeja.

—Espero que no te hayas olvidado del chorrillo de nata, Willy-Pop.

Deseaba con todo su ser que el café le cayera como una bomba al estómago. Ella le sonrió y se apartó. Había asuntos más importantes que solucionar que responderle a un capullo como él. Se abrió paso hasta su marido y le entregó su taza. Él revolvió el líquido con la cuchara, a la vez que la miraba seductoramente. Era como si la adversidad los hubiera unido. De repente, Lennon endureció la expresión del rostro y dejó la taza abruptamente sobre la bandeja. Ella no entendió nada hasta que lo vio correr hacia Luke que se estaba asfixiando. Él tenía las manos en el cuello y se había puesto completamente morado. Rachel intentó ayudarlo, pero ya era tarde. Luke había muerto delante de ellos. A ella se le cayó la bandeja al suelo y las tazas se hicieron añico.

—¿Qué era lo que él estaba tomando? —preguntó su marido, acucillado a un lado de Luke.

—Café... —respondió con la mirada perdida.

Cuando ella deseó que el café le cayera como una bomba, no era literal.

—¡Oh, por Dios! —Chilló el señor Reegan—. Nos están matando de a uno.

Su marido se le acercó y le sujetó las manos cuando se dio cuenta que estaba a punto de entrar en un shock.

—¿Quién preparó los café, cariño?

—Yo...

—¡Ella es la asesina! —gritó el vecino.

—¿Qué? ¡No! Preparé el café como lo hago habitualmente —los ojos se le llenaron de lágrimas—. No quise que nada malo le sucediera a Luke.

Lennon la abrazó e hizo que apoyara su cabeza contra su pecho.

—Shh... —gimió—. Lo sé, cariño, tú no has tenido la culpa.

El señor Reegan se levantó del sofá y la señaló con el dedo.

—¡Ella iba a matarnos a todo con el café! —la acusó.

Dirigió la vista hacia Sofía, si ella hubiese bebido el café, también hubiese muerto. Se llevó una mano a la boca y sintió mucho miedo. Y por la palidez del rostro de Sofía, supo que ella también se había dado cuenta.

—Si vuelve a repetir algo como eso, tendrá que regresar a su casa, señor Reegan —la defendió Lennon, en un tono cargado de advertencia.

—Deberíamos ir a otra habitación —propuso Cece, con los ojos puesto en el cuerpo de Luke que estaba en medio de la sala.

—Y lo que se vaya a consumir de ahora en adelante, que venga en paquete cerrado —añadió Andrew. Él la miró y continuó—: Para que no vuelva a ocurrir percances como este.

El ama de llaves los miró a uno por uno y dijo:

—Quien sea el que esté haciendo esto, que se detenga ahora mismo —dobló los brazos cuando sus manos empezaron a temblar—. Vamos Holly,

busquemos en la cocina cosas que se puedan comer.

Andrew se metió las manos en los bolsillos y se humedeció el labio inferior con la lengua.

—Dada las circunstancias, prefiero cuidarme solo —repuso—. Estaré en mi despacho por si necesitan algo, exceptuando por si vienen a asesinarme.

—¿Cómo puedes bromear con esto? —replicó Sofía.

—Oh, dulzura, no estoy bromeando —explayó—. Deberías buscar el modo de mantenerte a salvo junto a tu hijo.

Rachel alzó en brazos a Tom que dormía en el sofá.

—Deberíamos ir a una alcoba y ponerlo en la cama.

—Es una buena idea —dijo Cece—. Así podremos túrnanos para descansar.

Lennon le llevó un mechón de pelo detrás de la oreja y le dio un beso tierno en los labios.

—Deberías ir con ella.

—¿Y tú que harás?

—Buscar si hay alguien más aparte de nosotros.

Ella lo abrazó con fuerza.

—Ten cuidado, cariño.

Él volvió a besarla.

—No te desharás de mí tan fácil, cariño.

Se alejó de su marido a regañadientes y siguió a sus amigas por detrás. Sofía se detuvo de golpe y se volteó hacia ella.

—¿No sientes miedo de compartir la habitación con una asesina?

Ella continuaba muy molesta.

—Sofía... lo siento... yo...

—¿Sabes? Ahora la que desconfía de ti soy yo y no quiero que mi hijo comparta la misma habitación contigo.

A ella se le formó un nudo en la garganta.

—Vale, lo entiendo.

Entendía que sus últimos días habían sido una pesadilla.

15. EL BEBÉ MÁS DESEADO

ELLA se había encerrado en su alcoba bajo llave, mientras esperaba que Jerry regresara con la policía. Se hizo un ovillo en la cama sin apartar los ojos de la puerta. Tenía la sensación de que alguien entraría y la mataría como lo habían hecho con Taylor. El pomo empezó a girar y ella se aterró.

—¿Alegra? —dijo una voz similar a la de Lennon, pero la persona que había cometido los crímenes fácilmente podía imitar su voz.

Ella sacó las piernas de la cama y se acercó.

—¿Quién eres?

—Tu marido, cariño, abre la puerta.

—¿Cómo sé que eres tú?

—¿Acaso no reconoces mi voz?

—¿Dónde nos conocimos?

—En una pista de patinaje.

—Error, fue en las Filipinas.

—Error, ahí nos volvimos a encontrar —la corrigió—. La primera vez que te vi fue en una pista de patinaje, llevabas unos pantalones amarillos y fue el mismo día en que te hiciste amiga de Vivian.

Sus labios se curvaron en una especie de sonrisa. Él no lo había olvidado. Ella abrió la puerta.

—Vale, eres tú.

Él ladeó la cabeza y entornó los párpados.

—¿Ahora puedo pasar? —inquirió con más paciencia de la que tenía.

—Me encantaría.

Él ingresó a la alcoba y cerró la puerta a sus espaldas.

—¿Dónde están tus amigas? —quiso saber.

Se encogió de hombro.

—No quieren compartir la misma habitación conmigo.

La expresión de su rostro se endureció y él parecía estar muy molesto.

—¿Dudan que tú puedas lastimarla?

Hizo una mueca con los labios.

—Es en represaría por haber desconfiado de una de mis amigas —repuso. Cerró los ojos y gimió—: No sabes cuánto me arrepiento de haberlo hecho.

Su marido le sujetó una mano y la tironeó hacia él.

—¿Y por qué desconfiaste de tu amiga?

—Fue un mal entendido.

Lennon le rodeó la cintura con los brazos y la miró fijo a los ojos.

—Creo que una buena noticia en este momento nos vendría bien —murmuró—. Deberías hacerte las pruebas de embarazo.

Ella negó con la cabeza.

—¿Y si no estoy embarazada? No me siento preparada para recibir un rechazo.

Él le sujetó la barbilla y le rozó los labios suavemente con los suyos.

—Tranquila... estoy contigo, ¿vale? —repuso—. Y si da negativo, lo volveremos a intentar.

Se había tomado una jarra con agua, pero era difícil poder orinar si tenía a su marido parado delante de ella observando como lo hacía.

—Podrías darte la vuelta, por favor.

Él soltó un bufido y le dio la espalda.

—No puedo hacerlo... es como si me hubiesen cocido la vejiga.

—Claro que puedes, cariño, concéntrate.

—Estoy muy nerviosa, será mejor que lo dejemos para otro día.

—No te levantarás de ese retrete hasta que hayas orinado —dijo él, sin darle otra alternativa.

—Entonces tendrás que distraerme hablándome de otra cosa.

—¿Y de qué quieres que hable? ¿Del clima?

—Podrías empezar explicando por qué ocultaste todo este tiempo en donde trabajabas.

Él sonrió.

—¿Con qué ahí querías llegar, eh?

—Debería saberlo por ser tu esposa.

—Me sentí furioso cuando el asesino de Vivian escapó y lo empecé a buscar y lo encontré, y fue en ese momento en el que tuve miedo por las cosas que el hombre puede hacer si no tiene control —expresó—. Lo golpeé de tal modo que por poco no lo mato y me hubiese convertido en igual que él.

—Tú reacción era entendible, cariño.

—Quise que no existieran más casos como el de Vivian y decidí hacer justicia, pero abalado por la ley. Y como era bueno en mi trabajo, me fueron ascendiendo y empecé a trabajar en casos encubierto —le contó—. Y esas también fueron excusas para alejarme aún más de mi familia, mientras menos cosas supieran de mí, más seguro estarían.

—¿Nunca me investigaste antes de pedirme matrimonio por trabajar en donde trabajas?

Él negó con la cabeza.

—Supongo que me dejé llevar por tus lindos ojos azules y le caíste bien a mis padres —hizo una pausa y añadió—: ¿Mis padres supieron quien eras desde el principio?

«Oh, no, cariño. Ellos solo organizaron todos nuestros encuentros casuales y me contrataron para que me casara contigo», respondió para sí misma. Ella se llevaría ese secreto a la tumba.

—Tus padres me reconocieron en el mismo día de la boda.

—Siempre hubo algo en mí que sentía que te conocía —dijo—. Y cuando te vi en la fiesta en la playa, tu mirada, tu sonrisa, las cosas en común que teníamos cuando hablábamos...

Tal vez era porque lo estaba seduciendo esa noche y tomó la ventaja de conocerlo para tocar temas que sabía que a él le iban a gustar. Pero de eso él tampoco iba a enterarse nunca.

—Supe que si debía casarme, debía ser contigo.

—¿Y por eso desapareciste hasta que por casualidad te volví a encontrar en una galería de arte? —En realidad ese encuentro no había sido tan casual

—. ¡Gritaste que había una bomba en el avión del que volvíamos de las Filipinas! Los de seguridad te bajaron y no supe nada más de ti.

—Estaba trabajando en un caso de narcotráfico y reconocí a uno de los sospechosos en ese avión, debía hacer que revisaran todas las maletas.

Su vejiga empezó a descargarse.

—Pásame una de las cajas —le pidió.

Él se la entregó y ella se hizo la primera prueba, y luego todos los test que Lennon había comprado.

—¿Preparada para ver los resultados? —preguntó él, que había dejado los aparatitos uno al lado del otro arriba del lavado.

Respiró hondo y asintió con la cabeza. Se lavó las manos y se sentó en el borde de la tina. Lennon tomó uno de los test y observó el resultado, sonrió y dijo:

—Positivo —siguió mirando las otras pruebas y continuó—: Positivo, positivo, positivo... ¡Joder, Alegra! Estás más que embarazada.

Ella se cubrió el rostro con las manos y empezó a llorar. Había deseado a ese bebé con todas sus fuerzas, y ahora sentía miedo de no poder ser una buena madre. Exhaló una bocanada de aire y contó hasta tres para tranquilizarse.

—Todavía no es seguro hasta que tenga el análisis de sangre.

Él se acuclilló delante de ella y le enjuagó las lágrimas con el pulgar.

—Te has hecho más de diez pruebas, cariño. Y todas dicen que estás embarazada —murmuró—. Seremos padres.

—¿Seremos padres?

—Sí.

Él sujetó su rostro entre sus manos y los dos empezaron a reírse.

—Podrás ver a tu hijo cuando quieras.

—Eso nunca tuvo en discusión, cariño —dijo, mirándola fijo a los ojos.

—¿Cuándo le dijiste a Andrew que me amabas era parte de tu actuación?

Él le llevó un mechón de pelo detrás de la oreja.

—Te amo Alegre, nunca me hubiera casado contigo sino fuera cierto —
repuso—. Me robaste el corazón, Willy-Pop.

Se sorbió la nariz con el dorso de la mano, a la vez que intentaba asimilar lo que le estaba sucediendo. Ella estaba viendo al muchacho que una vez se supo enamorar perdidamente. Le rodeó el cuello con los brazos, besándolo con necesidad. En el jaleo de quitarse la ropa, se resbalaron y cayeron dentro de la tina seca. Él extendió los brazos y apoyó las palmas de las manos a los costados de su cabeza, y la estudió con la mirada como si nunca antes la hubiera visto. Se sintió intimidada y deseada. De repente, él empezó a lanzar blasfemia entre dientes.

—Esto es un descuido... —dijo, saliendo de la tina.

Ella le mordisqueó el labio inferior.

—No te preocupes por eso, ya estoy embarazada.

—Me refiero a que es un descuido hacer el amor mientras tenemos a un asesino a pocos metros —le aclaró, mientras cogía su mano para ayudarla a salir de la bañera.

—Oh, eso, claro —masculló—. No estaría nada bien... —acarició su mandíbula—. ¿Aunque si esto fuese la última cosa que hiciéramos?

—Al demonio con todo —gruñó él.

Su marido la volvió a besar con fuerza, sujetó sus nalgas con las manos e hizo que sus piernas rodearan sus caderas, luego apoyó su espalda contra la pared. Ella le desabotonó la camisa con desesperación, mientras él estimulaba sus pechos. Lennon apoyó la frente sobre su hombro y empezó a maldecir otra vez. Parpadeó.

—¿Hice algo mal? —preguntó.

—No, ese es el problema, eres perfecta.

Se aclaró la garganta.

—¿Y por qué te detuviste?

Él alzó la vista hacia ella y dejó sus pies en el suelo.

—Porque alguien puede matarnos mientras te estoy haciendo el amor —dijo, abotonándose la camisa—. No puedo concentrarme en mi trabajo si te tengo cerca, eres... eres... una tentación.

Ella sonrió.

—¿Lo soy?

Su marido sujetó su mano y se la llevó a su miembro erecto.

—¿Tú que crees?

Esbozó una seductora sonrisa, a la vez que se lo acariciaba como promesa de lo que le esperaba.

—Atrapa al mal nacido —le ordenó—. Y luego estarás a mi disposición por completo.

Él cerró los ojos y se estremeció con sus caricias.

—No dudes de eso, nena —murmuró, alejando su mano de su entrepiernas a regañadientes.

Lennon se dirigió a la habitación continua y ella lo siguió por detrás.

—¿Crees que hay alguien más en la casa aparte de nosotros?

—No lo sé, por eso empezaré a ver los videos de vigilancias —respondió—. Espero que las cámaras sigan funcionando.

Recordó que la última conversación que había tenido con Taylor era que ella iba a buscarle las grabaciones de vigilancia. Tragó saliva. ¿Y si ese era el motivo por la que la habían asesinado? Abrió grande los ojos cuando Lennon sacó un revólver debajo de la cama.

—¿Siempre tuviste esa cosa ahí abajo? —le cuestionó, cruzándose de brazos.

Una esquina de la boca de él se inclinó convirtiéndose en una perezosa sonrisa, al mismo tiempo que sacaba el cargador del arma y lo volvía a poner.

—Si mal no me equivoco, desde que nací —murmuró él, en un tono cargado de diversión.

Entornó los párpados como respuesta.

—¿Tienes otra arma?

—¿Por qué quieres saber?

—Porque también quiero usar una.

—¿Sabes usar un arma, nena?

«No».

—Sí —afirmó—. No dejaré que vayas solo —repuso—. Necesitas refuerzos.

Él se rascó la nunca, pensativamente.

—¿Quieres acompañarme a pesar de que tu vida y la de nuestro hijo pueda correr peligro?

—Tu vida también corre peligro.

—Vale, si quieres acompañarme, por mí está bien.

—¿No te opondrás?

—¿Somos un equipo, verdad?

Le gustó que él fuese un marido comprensible y maduro. Él le mostraba una faceta nueva cada segundo.

—Hay un revólver más pequeño en el tocador, sobre los estantes de las toallas, te será más fácil usarla —le informó.

La palabra *fácil* hizo que no lo pensara dos veces y fue por ella. Buscó entre las toallas y no halló nada.

—No la encuentro, cariño.

La puerta del tocador se cerró y oyó girar la llave en la cerradura.

—¡Lennon! —Gritó, intentando abrir la puerta—. ¡¿Qué crees que haces?!

—Cuidarte, cielo —dijo él desde el otro lado.

¡Él la había engañado! Apretó los labios y soltó un gruñido.

—¡Abre la puerta ahora mismo! —chilló.

—Volveré pronto y nos iremos de luna de miel, cariño.

—¡Luna de miel una mierda! ¡Abre la puerta capullo! ¡Criaré a mi hijo sola y te pediré el divorcio!

—También te amo —fue lo último que le dijo antes de desaparecer.

Y se odió por sentirse feliz al oír que su marido la amaba.

16. INTERROGANDO A SOSPECHOSOS

SUS AMIGAS le abrieron la puerta del tocador cuando fueron a su alcoba a disculparse por haberla dejado sola.

—¿Dices que tu marido fue quien te dejó encerrada? —cuestionó Cece, indignada.

—El miserable no quiso que lo acompañara a buscar al asesino —respondió, todavía demasiado enojada.

—Imagino lo cabezota que te habrás comportado por lo que él tuvo que llegar a este extremo —comentó Rachel.

La miró con el rabillo del ojo.

—Se supone que debes estar de mi lado.

—Lennon es el que sabe perseguir a los malos, no tú —replicó ella.

Cece se aclaró la garganta.

—¿Entonces es verdad que él trabaja para el servicio de inteligencia británico?

—Así parece —afirmó—. Debes admitir que te equivocaste con él.

—A lo que tu marido se dedique no cambia el hecho de que él te haya pedido matrimonio para cobrar su herencia.

El rostro de Rachel adoptó una expresión de asombro.

—¿Entonces era cierto?

—Y te olvidas la parte en la que me casé con él porque quería su esperma

—le recordó—. Que probablemente ya lo haya conseguido.

Sofía que se había mantenido al margen de la conversación, añadió:

—¿Estás embarazada? —preguntó.

—Parece que tendré que dejar de esperar a la cigüeña.

—¡Oh, por Dios! —Gimió Rachel—. ¡Tendremos a nuestros hijos casi en la misma fecha!

—¡Vaya! No imaginé que sería tan rápido —expresó Cece, con evidente sorpresa.

—Igual todavía no es nada seguro.

Sofía se inclinó hacia ella y la abrazó.

—Estoy feliz por ti, Alegra —murmuró—. Lamento haberte dicho lo que te dije. Siempre serás mi amiga.

Ella apoyó las manos en sus hombros y extendió los brazos para apartarla y mirarla a los ojos.

—Estabas en todo tu derecho de enojarte conmigo. Nunca debí desconfiar de ti. ¡Madre mía pero si eres la mujer perfecta! —Exclamó—. Tal vez una parte de mi quiso encontrarte un lado oscuro.

Rachel aplaudió emocionada.

—Ahora que está todo bien entre nosotras, deberíamos averiguar quién fue el que cometió los crímenes.

Sus cejas se unieron.

—Hasta hace un momento me dijiste que mi marido tenía razón en que no me entrometiera.

—No hablo de atraparlo literalmente, sino de reunir la información que sabemos hasta ahora para llegar al verdadero sospechoso. Sería una especie del club del crimen —explayó—. Así mataremos el tiempo hasta que llegue la policía.

—La lista de sospechosos no es muy larga —dijo Cece.

—Pero tiene que haber un sospechoso potencial.

—Está muy claro que el asesino es Andrew, el marido de la víctima —farfulló Sofía—. Y quiso eliminarnos a todos al envenenar el café.

—No lo sé —dijo ella—. El vecino, el señor Reegan, había amenazado a Taylor porque sus perros usaban su jardín como baño.

—¿Y qué me dicen del ama de llaves? —Cuestionó Cece—. Ella fue quien halló muerta a la víctima y tiene libre acceso a la cocina.

—¿Myriam? —Agitó una mano en el aire—. Ella estaba tan asustada como nosotras.

—Podría estar fingiendo —defendió Cece su teoría.

Rachel se llevó una mano a la barbilla, pensativamente.

—¿Y si no fuésemos ninguno de nosotros y hubiera un tercero que todavía no entró en escena?

Ella abrió la boca, la cerró y luego la volvió a abrir:

—Tal vez suene a una locura, pero si el asesino fuese alguien que ya no está entre nosotros.

—¿A qué te refieres?

—He visto a la hermana de Lennon, que ya falleció hace varios años, y no he sido la única, el señor Reegan la vio en el mismo sitio que yo y Tom no

solo vio a Viviam, sino también habló con ella —les contó—. ¿Y si... y si ella está enojada por algo?

Rachel puso los ojos en blanco.

—Haré de cuenta que no he oído lo que acabas de decir.

—Tom dijo que una tal Vivian lo había encerrado en el armario —agregó Sofía.

Cece se llevó una mano a su pecho izquierdo como superstición de protección.

—Vivian debe buscar venganza —dijo melodramática—. Suele suceder cuando se tiene una muerte violenta.

Sofía frunció el ceño.

—¿Y por qué descargar su furia con nosotros? Si no le hemos hecho nada.

—¡Joder! Los fantasmas no existen —exclamó Rachel—. Deben temer más a los vivos que a los muertos.

—Deberíamos descartar a los otros sospechosos para asegurarnos de que esta teoría pueda ser factible —propuso ella.

Cece y Sofía estuvieron de acuerdo en interrogar a los sospechosos.

—Cuando mencioné que resolviéramos el caso, hablaba en potencial no literalmente —gruñó Rachel.

El señor Reegan se había ocultado en la biblioteca y había decidido cuidarse las espaldas solo. Y no parecía muy feliz de verlas invadir su espacio. Él se cubrió el rostro con las manos.

—Si van a matarme, que sea rápido —les pidió.

Él actuaba muy bien o no era el asesino de White House.

—Nadie va a matarlo, señor Reegan —dijo Rachel.

—¿Entonces que hacen aquí? —preguntó.

Sofía le dio a Tom su teléfono para que jugaras a los jueguitos y se mantuviera al margen de lo que sucedía, mientras se dirigía al vecino.

—Vinimos a asegurarnos de que se encontrara bien.

—Mejor dicho, vinieron a ver si seguía vivo.

—Entre otras cosas —masculló Cece—. Queremos saber todo acerca de la mujer que vio en el bosque.

Él soltó un bufido.

—Ya no sé qué fue lo que vi.

—Debe hacer un esfuerzo en recordar, señor Reegan —le pidió—. ¿Puedo traerle algo de comer o tomar mientras nos dice que fue lo que vio?

El vecino le lanzó una mirada poco amigable.

—¿Para que puedas envenenarme como lo hiciste con el otro muchacho?

Cece alzó la vista al techo y resopló.

—Tal vez la mujer que vio en el bosque sea la asesina —murmuró, impaciente—. Y usted queda eliminado de la lista de sospechosos, dado que a su edad no se hubiera expuesto al frío como lo hizo, porque las consecuencias le serían fatales.

—¡Por supuesto que yo no he matado a esas personas! —Gruñó él—. Y sí, pude haber muerto ahí afuera.

Lo poco que había llegado a conocer a su vecino le había bastado para saber que él no era una persona caritativa y no se preocupaba por nadie más que por sí mismo, y no hubiera seguido a una mujer en el bosque para advertirle de la tormenta, tan solo que...

—¿Usted creyó ver a Vivian, verdad? —Le preguntó—. ¿Por eso la siguió?

Él dedicó toda su atención a la manta que le cubría el regazo y la sacudió.

—No sé de qué hablas —murmuró—. La última Vivian que conocí estuve en su funeral hace varios años atrás.

—También creí verla —le contó—. ¿Y si ella intentaba decirnos algo?

—¿Algo como qué? ¿Sígueme viejo estúpido así te rompes la pierna?

Abrió los ojos como plato.

—¿Si Vivian intentaba advertirnos de lo que iba a suceder?

—Los fantasmas no existen —volvió a repetir Rachel, estirando cada palabra—. Sea a quien sea a quien haya visto, era real y de carne y hueso.

—La tal Vivian encerró a mi hijo en un armario y no creo en sus buenas intenciones.

—Tal vez ella quiso protegerlo del asesino de Taylor.

—O no quiso tener testigos mientras cometía el crimen —replicó Cece.

—Sí buscan más respuestas, deberían interrogar a la persona que más tiempo ha pasado en White House —le recomendó el señor Reagan.

—El ama de llaves —respondieron todas a la vez.

Su vecino acababa de ser eliminado de su lista de sospechoso. Myriam había trabajado en White House toda una vida, ella conocía mejor que nadie

los secretos de la familia y si el fantasma de Vivian rondaba la casa, el ama de llaves lo sabría. Exceptuando el caso de que Vivian los estuviera alertando de ella.

Holly fue quien les abrió la puerta de la alcoba del ama de llaves. La muchacha se había quedado junto con Myriam para protegerse a la una a la otra hasta que Jerry llegara con la policía. Ella debía estar asustada y lo estaría peor si supiese que se estaba resguardando con uno de los sospechosos.

—¿Quién es Holly? —preguntó Myriam.

—La señora Smith con sus amigas y un pequeño.

—Qué esperas para dejarlos pasar, muchacha.

Holly se hizo a un lado e ingresaron a la alcoba que estaba apenas visible. Habían cubierto las ventanas con las cortinas pesadas y azules y apagado las luces, dejando solamente la lámpara de noche encendida. Pero lo que más le llamó la atención era que Myriam sostenía un palo de golf sobre el regazo como su arma defensiva. A Taylor la habían matado con un palo de golf. Tragó saliva.

—¿Están todos bien? —quiso saber el ama de llaves.

«No lo sé, dímelo tú, ¿has matado a alguien más con ese palo?». Holly creía que estaba a salvo con ella, pero corría más peligro estando con el ama de llaves.

—Algunos todavía seguimos con vida —murmuró ella, sin apartar la vista del palo.

Rachel dio un paso hacia delante.

—Está un poco pálida, ¿se ha tomado la tensión? —le preguntó como si estuviese en el hospital en el que trabajaba cuidando a pacientes enfermos.

—Estoy un poco asustada, solo es eso —respondió Myriam, hundiéndose en el sofá.

¡Ja! No volvería a dejar que la engañara su cabello blanco y la fragilidad de ser una mujer mayor. Actuaba como si de verdad tuviese miedo y fuese inocente. Miró de reojo a Holly y quiso ponerla a salvo.

—Deberías medir su tensión, Rachel —comentó.

A Rachel le pareció una buena idea y ella aprovechó la distracción para acercarse a Holly y decirle que se alejara del ama de llaves y que se fuera con Lennon, él iba a protegerla. Holly ya había estado en la habitación donde se guarda los videos de las cámaras de vigilancia, asique no le iba a ser difícil encontrar a su marido. Pero necesitaba un modo de sacarla de allí sin que Myriam notara algo sospechoso.

—¿Podrías traerle a Tom algo para comer, Holly? —Le pidió—. El pequeño no ha comido casi nada en todo el día.

Sofía le sujetó el brazo.

—No creo que sea una buena idea que él coma algo —repuso—. Podría estar envenenado.

—Pero tengo hambre, mamá —farfulló Tom—. ¿Por qué todos están actuando tan extraño?

Sofía sonrió y acarició la cabeza de su hijo.

—Porque estamos jugando —explayó—. Debemos encontrar pistas de un crimen y cuando ganemos el juego, podrás comer todo el helado que quieras.

—No seas aguafiestas, Sofía —dijo—. Deberías dejar ir a Tom con Holly

para que le dé unas galletas.

Sofía la miró ceñuda.

—No dejaré a mi hijo en manos de una muchacha —murmuró, apretando los dientes.

—Confía en mí, sé lo que hago —susurró.

—Te mataré si le sucede algo —masculló en voz baja—. Vale, cariño, ve con Holly para que te dé unas galletas.

Tom dobló el brazo en señal de triunfo y le pidió a Holly galletas de chocolates cuando salían de la alcoba. Sintió un gran alivio al ver que se ponían a salvo. Regresó la vista de golpe a la asesina. Ella supo decirle que White House era toda su vida, y que mejor modo de quedarse con la residencia que eliminando a sus dueños. Se cruzó de brazos y entornó los párpados.

—¿Taylor nunca fue de su agrado, verdad?

—La señora Smith podía ser a veces un poco desagradable, pero no merecía acabar así —respondió, llevándose una mano al pecho—. Nadie merece una muerte como esa.

Apretó los labios.

—¡Dejé de fingir, Myriam! —Chilló—. Admita que usted ha sido quien lo hizo.

—¿Qué? —Gimió ella, alterada—. No he matado a nadie ¡Lo juro! ¿Por qué lo haría?

—Deberíamos tranquilizarnos todos —pidió Rachel—. ¿Por qué piensas que ella ha sido la que cometió los crímenes?

—Porque tiene un palo de golf en las manos —repuso—. A Taylor la mataron con uno.

—¡Intentaba protegerme! —se defendió Myriam.

—Ella no ha sido —comentó Cece, mientras husmeaba la alcoba.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque recordé que ella estaba en la sala con nosotros cuando mataron a Taylor.

El ama de llaves empezó a llorisquear y se limpió la nariz con un pañuelo.

—Buen Dios, no he matado a nadie —murmuró con un ataque de histeria—. No quiero ir a prisión por crímenes que no cometí.

Rachel le lanzó una mirada de enfado, a la vez que acariciaba la espalda de Myriam para calmarla.

—Nadie la llevará a prisión si es inocente.

—¡Soy inocente!

Y ella había vuelto a meter la pata hasta el fondo.

—Lo siento... es que... cuando la vi con el palo de golf uní los cabos sueltos y creí...

—¿Qué la había matado? —El ama de llaves había pasado de la histeria al enojo—. ¡La familia Smith creó su imperio fabricando palo de golf! —Exclamó—. No hay rincón de White House que no se encuentre uno.

Sofía chasqueó la lengua.

—¿Eso significa que mi hijo en este momento corre peligro? —Fue más una afirmación que una pregunta—. Voy a matarte, Alegra —y eso sí sonó a una amenaza.

—Tranquila, él ahora está con Lennon.

—Interesante —masculló Cece—. ¿Ella es Vivian? —les preguntó, mientras sostenía un portarretrato dónde salía Vivian con sus padres y llevaba el mismo tapado rojo con el que la había visto en el bosque.

Ella asintió con la cabeza.

Cece se dirigió al ama de llaves.

—¿Usted se ha encontrado a esta mujer por la casa? —le interrogó, señalando a Vivian en la foto con el dedo.

—¿Acaso es una broma de mal gusto?

—Me he encontrado a Vivian en el bosque —le contó—. Y el señor Reegan también cree haberla visto.

—Quiero que salgan todas de mi alcoba ahora mismo —les pidió—. Primero me acusan de cometer un asesinato y ahora no dejan que los muertos descansen en paz. ¡Largo! —gruñó.

Rachel puso los brazos en jarra y alzó el mentón.

—Pero primero nos responderá algunas preguntas —se plantó con firmeza su tierna amiga—. ¿Cuándo fue la última vez que vio a Taylor?

—Temprano a la mañana, cuando le llevé su café a la alcoba.

—¿Notó algo extraño en ella? —agregó Sofía.

—Había discutido con su marido, pero eso era habitual entre ellos —recordó—. Ella lloraba mientras armaba unas maletas.

Abrió los ojos en par en par.

—¿Andrew sabía que ella iba a dejarlo?

—No lo sé, supongo que sí —contestó.

—Y ya tenemos a nuestro asesino —replicó.

—¿Ustedes creen que él...? —Sacudió la cabeza—. Andrew pudo haberle gritado a su esposa mientras discutían, pero no matarla.

Sofía dobló los brazos alrededor de la cintura.

—Él no soportó que su mujer lo fuera a dejar y la mató —expresó su teoría en voz alta—. Desde un principio supe que él era el responsable de los crímenes. Caso cerrado.

—No estará cerrado hasta que interroguemos a Andrew.

Aunque fuese el único sospecho de la lista que les quedaba.

17. UN NUEVO SOSPECHOSO

PROBABLEMENTE no era una buena idea enfrentarse a su único sospecho cara a cara. Andrew alzó la vista hacia ellas cuando ingresaron a su despacho. Él se reclinó en su silla de respaldar alto y esbozó su arrogante sonrisa.

—Se estaban tardando demasiado —masculló, dejando el libro que tenía en sus manos sobre el escritorio.

Achicó los ojos.

—¿Cómo sabías que vendríamos?

—El niño me dijo a qué estaban... *jugando* —respondió, acentuando la última palabra.

—¿El niño? —repitió Sofía.

—Hola mamá —murmuró Tom, que estaba recostado sobre el sofá de cuero.

—¡Tom! —Gimió Sofía—. ¿Qué haces aquí?

—Holly me pidió que esperara con el señor Andrew mientras iba por mis galletas.

Las facciones de Sofía adquirieron una expresión decididamente aterradora. Ella se rascó la nuca y una risa horrorizada brotó de sus labios.

—Él está bien, ¿verdad?

—¡Saca tus pies del sofá, niño! —Gritó Andrew—. Es demasiado caro para que lo estropees.

—No le grites a mi hijo.

Él enarcó una ceja.

—Entonces edúcalo mejor.

De repente, Andrew cayó sobre su escritorio cuando Cece lo golpeó en la cabeza con un trofeo que había sacado del estante que él tenía a sus espaldas. Ella se llevó una mano a la boca.

—¿Qué has hecho? —Musitó, perpleja—. Él está...

—Todavía respira —dijo Rachel al tomarle el pulso.

—Uuu... —gimió Tom—. ¿También puedo golpearlo? El juego de los grandes parece divertido.

Sofía cogió un puñado de lapiceras del escritorio y se lo dio a su hijo.

—No, claro que no puedes golpearlo —contestó—. Dibuja un rato, mientras nosotras acabamos el juego.

—Pero no tengo papel.

—Utiliza el sofá.

—¡Súper!

Cece ató las manos de Andrew con el cordón de las cortinas antes de que despertara. Él empezó a moverse de la silla y abrió los ojos. Ella sacó de la vitrina el primer palo de golf que la familia había creado y lo apuntó con él por si hacía un movimiento extraño.

—¡Joder! —Chilló—. ¡¿Pero qué coño me han hecho?!

—¡Él dijo una palabra mala! —exclamó Tom.

—No digas la palabra mala delante de mi hijo.

—Entonces desátenme ahora mismo —rugió a través de los dientes. Frunció el ceño y agregó—: ¿Quién me ha golpeado en la cabeza?

—La tía Cece —respondió Tom.

—Cierra la boca, pequeño —le pidió Cece.

—No soy pequeño.

—Sigue dibujando, Tom —le ordenó su madre.

—¡Por todo los cielos! ¡Tú hijo está pintando mi sofá!

—¿Es un buen artista, verdad?

—¿Te has vuelto loca? Dile que se detenga o juro que...

Ella le giró el rostro con el palo de golf.

—No te atrevas a amenazar a mi amiga.

Andrew entornó los párpados.

—¿Tienes en tu mano la reliquia de la familia? —Echó la cabeza hacia atrás y exhaló una bocanada de aire—. Vale, no hace falta todo este circo, me dará un ataque al corazón. El niño está dibujando sobre un sofá valuado en miles de libras y la comprada esposa de mi primo, tiene en sus manos el primer palo de golf de White House —gruñó.

Ella lo miró por encima del hombro, sujetando el palo con las dos manos.

—Ya sabemos que tú mataste a tu esposa.

Él puso los ojos en blanco.

—Aunque siga insistiendo en que no fui, igual no van a creerme.

—La mataste porque ella iba a dejarte —añadió Cece.

—Iba a dejarme porque yo se lo pedí.

—¡Ja! Sí, claro —masculló ella.

—¿Lennon sabe que me han amarrado a una silla?

No, él la hacía encerrada en el tocador de su alcoba.

—Podía verse en tu cara que no amabas a Taylor —lo espetó—. No puedes engañarnos.

—No estoy negando que había dejado de amar a Taylor —farfulló—. Mi esposa me engañaba e íbamos a divorciarnos.

—¿Y porque Myriam la encontró llorando?

—Porque le quité mis tarjetas —respondió—. Descubrí que ella nunca estuvo embarazada y que estaba tomando las píldoras todo el tiempo en el que buscábamos un hijo.

Ella dejó de apuntarlo con el palo y recordó la tableta de pastillas anticonceptivas que a Taylor se la había caído del bolso. Una parte de su relato era verídica.

—Y esa es una buena razón de enfadarse y querer matar a alguien.

—¿Y por qué iba a ensuciarme las manos cuando ella finalmente había accedido al divorcio? —Les cuestionó—. Ustedes mismas mencionaron que Taylor armaba sus maletas.

—¡Tú mataste a tu esposa, cabrón! —chilló Saofía.

—Esa fue la palabra mala que usó Holly después de besarlo... —arrugó la nariz— en la boca.

Todos en la habitación dirigieron la vista hacia Tom.

—¿Cómo dices?

—Que Holly lo besó.

Ellas volcaron toda su atención en Andrew esperando su respuesta.

—No sé porque dice eso el niño.

—Se besaron como la tía Alegra besó al tío Lennon en la boda — profundizó Tom.

—Mi hijo no miente, bastardo.

—Has dicho otra palabra mala, mamá.

—Lo siento, cariño, mamá no volverá a hacerlo.

—¿Tu y Holly son amantes? —le cuestionó, aunque era una obviedad que lo eran.

—Vale, tuve un romance con ella mientras mi matrimonio no funcionaba —admitió—. Pero ya no existe nada entre nosotros.

La situación había dado un giro inesperado. Holly nunca había estado en su lista de sospechosos y tenía una buena causa de querer asesinar a Taylor. Sus amigas y ella estuvieron de acuerdo con que el interrogatorio había acabado. Debían hacerle varias preguntas a su nueva sospechosa.

—¿A dónde se van? —Gritó Andrew—. No pueden dejarme atado en la jodida silla.

Sofía se volvió hacia él y le sonrió.

—Todavía sigo creyendo que eres tú el asesino —murmuró, antes de cerrar la puerta del despacho.

18. EL ASESINO SE REVELA

LA HABITACIÓN de Holly no lucía como la de una asesina. Cece había querido que revisaran entre sus cosas cuando no la hallaron en la alcoba. Ella resopló mientras abría los primeros cajones de la mesa de noche. Pensaba que era una pérdida de tiempo lo que hacían, ¿qué sería lo más extraño que podrían encontrar? Un vibrador. Ella lo volvió a dejar en la mesa de noche.

—Holly no puede ser la asesina —murmuró—. Ella es una muchacha dulce —abrió los ojos como plato—. ¡Hija de perra! —Chilló, cuando halló debajo de la almohada el diario íntimo de Vivian—. ¡Ella fue quien me lo robó!

Cece frunció el ceño.

—¿Y para qué diablos Holly querría el diario de tu amiga?

—Intenten no maldecir delante de mi hijo —les pidió Sofía—. ¿Podrías ocultarte en el armario mientras los adultos hablamos, cariño?

Tom asintió con la cabeza y se metió.

Rachel se cruzó de brazos.

—Tal vez el diario tenga información que la compromete —concluyó.

—Imposible —farfulló—. Holly no conoció a Vivian y además, hace seis meses que empezó a trabajar en White House.

Tom abrió la puerta del armario de golpe y salió gritando con una peluca rubia en la cabeza.

—¡Soy un monstruo! —chilló él.

Ellas se rieron e hicieron de cuenta que se habían llevado el susto del año.

Rachel hizo una mueca con la boca, pensativamente.

—Creo tener una explicación...

—¿Qué estás buscando? —le preguntó, al tiempo que observaba como revisaba entre los abrigos de Holly.

—Como lo imaginé —masculló Rachel.

Cece soltó un bufido.

—Ya deja el misterio y dinos que ocurre.

Rachel les enseñó el tapado rojo de Holly y cogió la peluca rubia que Tom se había puesto en la cabeza y dijo:

—Les presento a la mujer del bosque.

Parpadeó.

—¡Joder!

Sofía alzó en brazos a su hijo y añadió:

—Por eso ella quería el diario, para saber más cosas acerca de Vivian y poder engañarlos.

—Y no le alcanzaba la fotografía que Myriam tenía en su alcoba en donde Vivian salía con su tapado rojo —agregó Cece.

—Les dije que los fantasmas no existían y que era una mujer real a la que veían —les recordó Rachel.

Se sintió una idiota al creer que Vivian intentaba comunicarse con ella. Holly era un monstruo por jugar tan cruelmente con las emociones de las

personas. Ella había sido todo el tiempo. Se volteó cuando oyó que aplaudieron a sus espaldas.

—Las subestimé al pensar que nunca hallarían la respuestas —musitó Holly, apuntándolas con un arma.

—Uauu... ella tiene un arma —gimió Tom—. ¿Me la prestas Holly?

—Es un juguete caro y no creo que Holly quiera préstatela, cariño.

—Pero no voy a romperla.

—Haz que tu hijo mantenga la boca cerrada.

Ella dio un paso hacia delante.

—Es solo un niño —lo defendió—. Deja que mis amigas se vayan.

Holly exhaló una bocanada de aire.

—Ya es tarde para eso, no debieron meter sus narices en mis asuntos.

—No diremos nada —murmuró Rachel.

Holly sacó un frasco pequeño del bolsillo izquierdo de su uniforme y puso unas gotas del contenido en la jarra de agua que estaba sobre la mesa baja de caoba.

—Me aseguraré de que nadie hable —apuntó la cabeza de Cece con el revólver y le ordenó—: Sírrete agua en el vaso y bebe.

Tragó saliva.

—No lo hagas Cece —le pidió—. Debe ser el mismo veneno que mató a Luke.

Cece la miró por encima del hombro con los ojos entornados.

—Gracias por avisarme, porque no había dado cuenta de ese detalle —

dijo ella con evidente sarcasmo.

—Es una muerte rápida y no tan dolorosa, ¿o prefieren una bala para cada uno?

Vio toda su vida pasar en milésimas de segundos. Miró hacia la puerta con la esperanza de que Lennon apareciera. Todavía tenía tantos sueños que cumplir. Se llevó una mano al vientre. Ella no iba rendirse tan fácilmente. Su hijo iba a nacer y ella lo vería graduarse en la mejor universidad. No dejaría que una perra mal nacida se saliera con la suya. Pero primero debía ganar tiempo.

—¿Por qué haces todo esto? ¿Es por dinero? Mi marido es millonario y él puede transferirte la cifra que quieras a una cuenta bancaria —explayó—. Solo di cuánto dinero quieres.

Holly soltó una risita.

—Lamento que tu vida de casada te haya durado tan poco. Se notaba que tu marido te amaba —comentó en un tono que no le gustó nada—. Y no quiero tu dinero.

—¿Por qué hablas en pasado? —temió saber la respuesta.

—Porque tu esposo también descubrió que era la asesina y con él sí usé una bala.

Rachel la sostuvo entre sus brazo cuando creyó que iba a desvanecerse. Era su culpa. Lennon había muerto por su culpa. Ella había enviado a Holly con él.

—Nunca quise matar a nadie.

—¿Andrew te lo pidió, verdad? —Le preguntó Sofía—. No tienes por qué seguir obedeciéndolo, lo hemos amarrado en su despacho y él ya no podrá

hacerte daño.

—¿Crees que Andrew me ha pedido que hiciera todo esto?

—¿No fue así?

—Quise demostrarle que yo lo amaba de verdad, no como su esposa golfa que se acostaba con otros hombres —respondió—. Sabía cuánto Andrew deseaba White House y de repente, aparece su primo con su nueva mujer e intenta arrebatárselo. Quise echarlos por las buenas haciendo aparecer a la hermana muerta, pero en vez de asustarlos, se empeñaron en buscar más respuestas.

—¿Y por eso me robaste el diario de Vivian?

—Intentaba encontrar algo para que el fantasma de la hermana de tu marido fuese más real —contestó—. Pero me llevé una gran sorpresa con lo que leí...

¿Qué había leído ella?

—Andrew iba a divorciarse, ¿por qué matar a su esposa? —la interrumpió Rachel.

—¡Porque él me dejó por culpa de Taylor! —Chilló—. Ella había revisado los videos de vigilancias y vio las grabaciones en donde estaba con Andrew. Taylor fue a buscarme y tuvimos una fuerte discusión, luego ella le contó a su marido que la había golpeado y Andrew se enfureció y terminó conmigo. Solo... solo quise demostrarle cuanto lo amaba.

A ella se le escapó un gemido de los labios.

—¿Llamas amor al matar a personas inocentes? —le cuestionó, furiosa.

—Taylor se mereció lo que le sucedió por haber interferido en lo que había entre Andrew y yo. ¡Pero el capullo no merecía nada de todo lo que

hice por él! —Se psicoanalizó en voz alta—. Iba hacer que White House quedara para Andrew.

—¿Matándonos a todos? —replicó Sofía.

Holly enderezó los hombros y volvió a volcar toda su atención sobre Cece y acercó el arma a su cabeza.

—Pero haré un cambio de planes y les diré a todos que ha sido Andrew quien los ha matado —les dijo—. Ahora bebe el agua antes de que llegue la policía —le ordenó.

No dejaría que esa perra le quitara a otra persona que amaba. Apretó la mandíbula y sin pensar en las consecuencias, le quitó a Cece el vaso de las manos y lo arrojó al suelo.

—¡Nadie más va a morir! —Rugió, también deshaciéndose de la jarra con agua envenenada.

—¡Genial! No me has dejado más opción que utilizar las balas.

—¡Sí! —Gritó Tom, emocionado, creyendo que todo era parte de un juego.

Cerró los ojos y esperó a que ella jalara el gatillo. Sin Lennon a su lado ya no hallaba sentido a nada. Se enjuagó las lágrimas que corrían por sus mejillas y alzó el mentón con dignidad. Sacudió los hombros cuando oyó un ruido seco, pero no era precisamente el sonido de un disparo. Abrió los ojos de golpe y observó a Holly tirada sobre el suelo. Andrew había logrado desatarse y aparecido en el momento preciso.

—¡Maldición! —gruñó él, al notar que había dañado el primer palo de golf que había fabricado la familia.

Cece se agachó y tomó el arma de Holly antes de que despertara.

—¿Están todos bien? —preguntó Andrew.

—Sí, creo que sí —murmuró Rachel, aturdida.

La vista se le nubló debido al subidón de adrenalina que acababa de tener. Apoyó la espalda contra la pared cuando las piernas se le aflojaron y rompió a llorar.

—Lennon —balbuceó—. Hay que ir a buscarlo.

Rachel le tomó las manos y la ayudó a respirar para tranquilizarla y que no entrara en shock.

—¿Por qué Holly no se levanta del piso, mamá? —quiso saber Tom.

Sofía le dio un beso tierno en la frente.

—Porque ella acaba de perder el juego, cariño —respondió, mientras lo sacaba de la alcoba.

Andrew la retuvo en la puerta, sujetándola del brazo y le susurró al oído:

—Espero oír sus disculpas por haberme atado a una silla.

—Nada de esto hubiera sucedido si no te hubieras acostado con la empleada, tus acciones provocaron la... ¡Oh, por Dios! —Gimió—. ¡Lennon!
—Exclamó—. ¡Alegra, Lennon está aquí!

El corazón iba a estallarle de tanta felicidad. Ella abrazó a su marido y lo besó con necesidad.

—Nunca más me hagas esto —murmuró entre sollozos—. Creí que te había perdido.

Él ahuecó una mano en su mejilla y esbozó una media sonrisa.

—¿Qué crees que fue lo que sentí cuando no te vi en nuestra habitación?

—Lo siento... quise... quise hallar al culpable —repuso, dándole un sinfín de besos—. Y puse tu vida en peligro al decirle a Holly en donde estabas. Tuve tanto miedo cuando ella dijo que te había disparado.

Lennon perdió el equilibrio y se había puesto tan blanco como el papel.

—¿Te sientes bien, cariño? —le preguntó, secándole la transpiración de la frente con la mano.

—No es nada grave...

Sintió una humedad en el abdomen. Bajó la vista y halló su ropa manchada con sangre. Sangre que no era de ella. Abrió la chaqueta oscura de Lennon y observó una herida en su costado derecho. Holly no le había mentado. Ella sí le había disparado a su marido.

—¡Madre mía! —Chilló—. ¡Estás sangrando, cariño!

—Es solo un rasguño, nena —dijo él, antes de perder la conciencia.

Andrew la ayudó a recostarlo sobre la cama y Rachel le quitó la camisa para ver su herida.

—¡Jerry acaba de llegar con la policía! —avisó Cece.

—Ya era tiempo de que él regresara —farfulló Andrew, pero ese era el pensamiento de todos.

19. LOS CABOS SUELTOS SE ATAN

Una semana después...

SONRIÓ cuando despertó y sintió la fragancia del perfume de Alegra. Entreabrió los párpados y la encontró sentada en la butaca que estaba a un lado de la cama. Ella no se había movido de su lado en ningún momento, cada vez que abría los ojos, su esposa lo trataba como si fuese un enfermo terminal. Pero admitía que su cariño y atención lo estaba ayudando a recuperarse más rápido, hasta a veces exageraba un poco por el solo hecho de recibir un beso más. Él había tenido suerte de que la bala le saliera por un costado sin dañarle ningunos de sus órganos vitales. Sintió una punzada de dolor en la herida cuando se movió.

—¿Cuándo me darán el alta? —quiso saber.

Alegra lo miró por encima del libro que estaba leyendo.

—Dentro de unas horas, y no sabes cuánto deseo de que salgas por esa puerta para no tener que volver a escuchar esa pregunta.

—Y yo que pensaba que te gustaba cuidarme —replicó.

—Me gusta cuidarte, cariño, pero odio oírte quejar —le aclaró—. Hasta Tom, que es un niño, es mejor paciente que tú.

Se llevó una mano al pecho y suspiró.

—Me rompes el corazón.

Ella se llevó un mechón de pelo detrás de la oreja y se mordisqueó el

labio inferior. Sabía que intentaba decirle algo, pero dudaba en hacerlo. Los últimos días, habían logrado una conexión que parecía mágica, como si llevaran años de matrimonio. Había estudiado cada uno de sus gestos y que ella en ese momento se estuviera mordiendo las uñas, lo puso algo nervioso.

—Ya di lo que intentas decirme o te comerás todos los dedos.

Alegra sacó de su bolso un sobre blanco y se lo entregó.

—Son los resultados del análisis de sangre que me hice.

Frunció el ceño.

—Pero todavía sigue cerrado.

—Lo sé —repuso—. No me atreví a mirarlos, ¿soy una cobarde, verdad?

Él chasqueó la lengua.

—Absolutamente, cariño.

—Mejor no lo abras —le pidió, intentando recuperar el sobre.

—Por supuesto que voy a abrirlo —dijo—. Y te diré el resultado antes de mirarlo: esperas al futuro heredero Smith.

—O heredera —añadió ella.

—Luego vendrán las niñas.

Alegra levantó sus tupidas y arqueadas ceja.

—¿Planeas tener más hijos?

—¿Tú no?

Sus ojos azules se iluminaron y su corazón le dio un vuelco.

—Qué esperas para abrir el jodido sobre —murmuró ella, ansiosa.

Rompió el papel y sacó los resultados de la prueba, la mantuvo unos segundos entre sus manos para darle más misterio a la situación. Movi6 los ojos a medida que leía. Sintió una opresión en el pecho y no era precisamente por la herida de bala que había recibido. Empezó a sudar y las manos le temblaban.

—¿Y? —preguntó ella, esperando una respuesta.

A él se le había estancado la respiración en la garganta y no podía decir una palabra. Alegre se levantó de la butaca de un salto y empezó a recorrer la habitación, llevándose una mano a la frente.

—¡Te lo dije! —Gruñó—. No debí hacerme ilusiones hasta no tener la prueba de sangre. ¿Y si no puedo tener hijos? Nunca vi venir esa posibilidad.

—Vamos... vamos a ser padres —balbuceó él.

—¿Pero si el problemas son tus espermatozoides y ellos no son tan activos como tú crees?

Bajó la vista a sus entrepiernas y sus cejas oscuras se unieron.

—Tú sí que sabes hacer sentir mal a un hombre —explayó—. Te he dicho que vamos a ser padres ahora, no en un futuro. Estás positivamente embarazada.

Ella se detuvo en seco y lo miró con los ojos abiertos en par en par.

—¿Lo estoy? —Él asintió con la cabeza y ella continuó—: ¡Sabía que estaba embarazada! ¡Lo supe todo el tiempo!

Ni por todo el dinero del mundo él iba a atreverse a contradecirla.

—¡Oh, por Dios! —Gimió, dando brinco—. ¡Vamos a ser padres, cariño!

Ella rodeó la cama y se acostó a su lado, apoyando la cabeza contra su pecho.

—¿Estás asustado?

—Aterrado —respondió. Llevó la mano a su vientre y se lo acarició—. Pero estoy convencido de que haremos un buen trabajo en equipo.

Alegra alzó la vista hacia su rostro y sonrió.

—Te amo, cariño —dijo—. Y por lo que más sea, quiero que tengamos nuestra luna de miel y que no haya ningún cadáver de por medio.

Él le sujetó la barbilla y le rozó los labios con la boca.

—También lo deseo, nena.

—Debo decirte algo —murmuró ella, contra la comisura de sus labios.

Echó el rostro hacia atrás y la miró a los ojos.

—¿Y eso significa que no podré continuar besándote hasta que no te escuche?

—Terminé de leer el diario de Vivian —le contó.

Sí, eso era lo que significaba. Puso su mejor cara de interés para que su esposa continuara.

—Y descubrí quien fue su amor secreto.

—¿Ah, sí? —inquirió, ahuecando una mano en su pecho.

Ella revoleó los ojos y se la apartó.

—Cuando salgas de aquí tendrás tiempo para esto —lo regañó—. ¿Acaso no te intriga saber quién es ese hombre?

Resopló e hundió la cabeza en la almohada.

—¿Lo conozco?

Su esposa asintió con la cabeza.

—Pues dilo de una buena vez mujer.

—Es un Smith.

La saliva le empezó a espesar cuando tragaba.

—¿Quién has dicho?

—Vivian se había enamorado de uno de sus primos —repitió.

Su mente había quedado en blanco. ¿Un primo? El único primo que se le venía a la cabeza era Jerry. Apretó los puños y empezó a tomar temperatura. Iba a matarlo.

—Esa debió ser la razón por la que Vivian lo mantuvo en secreto —ella siguió comentando como si nada.

—¡Joder! ¡Enamorarse de su primo se llama incesto!

La puerta de la habitación se abrió e ingresó el capullo que pervirtió a su hermanita.

—¿Cómo está el paciente? —Preguntó Jerry, divertido—. ¿Preparado para regresar a casa?

—¡Tú! —rugió.

—No me gusta tu tono, cariño —murmuró su esposa.

Él se levantó de la cama y le importó una mierda llevar una bata que estaba toda abierta en la espalda y se viera su trasero.

—¡Maldito pervertido voy a matarte!

Jerry frunció el ceño.

—¿Qué parte me he perdido?

Extendió el brazo para darle un puñetazo en la cara, pero Jerry se movió tan rápido que lo erró y volvió a intentarlo con su mano izquierda, y esa vez su puño terminó en la pared. Él sacudió la mano e hizo un gesto de dolor.

—¡Detente, Lennon! —Gritó Alegra—. ¡Te estás comportando como un loco!

—¿Qué demonios te sucede? —Gruñó Jerry—. ¿Has perdido el juicio?

Apartó a su primo cuando intentó verle la herida de la mano.

—¿Cómo pudiste tener un romance con Vivian?

Jerry lo miró como si no supiese lo que le estaba diciendo.

—¿Están seguros de que la bala no quedó perdida en tu cerebro? —Farfulló—. Porque es la única explicación que encuentro a las locuras que estás diciendo.

Alegra sacó un pañuelo de su bolso y le vendó la mano, a la vez que lo devoraba con la mirada.

—Jerry no es el hombre secreto —murmuró despacio.

—¿Y quién coño es?

Ella pestañó.

—¿Crees que te lo diré luego de ver la escena que acabas de armar?

Jerry puso los brazos en jarra y sacudió la cabeza.

—¿Podrían explicarme a qué vino todo esto?

Andrew se apareció en la habitación y se quitó la bufanda del cuello.

—He hablado con el doctor y ya ha firmado el alta —les contó—.

Debemos apurarnos porque el único espacio que hallé para aparcar el coche, es para personas con discapacidad.

Achicó los ojos y empezó a ver todo en color rojo, como los toros.

—Siempre fuiste un malnacido, pedazo de mierda —dijo a través de los dientes apretados.

—Vale, lo siento, no volveré a estacionarme en sitios para discapacitado.

—Ese no será un problema porque saldrás de aquí en silla de ruedas —gruñó, haciendo uso de su mano sana para darle un golpe certero en la cara—. Levántate del suelo así te golpeo otra vez.

—¡Joder! ¡Me has roto la nariz!

Alegra miró al techo y resopló.

—¡No vas a golpear a nadie! —Chilló—. ¡Deja de comportarte como un crío, Lennon!

—Él se propasó con mi hermanita.

Andrew arrugó el rostro.

—¿Qué yo qué? ¿De qué demonios hablas?

Jerry ayudó a su hermano a levantarse del suelo.

—A mí también me acusó de lo mismo cuando llegué —comentó.

—Pero tú no recibiste un golpe —replicó él.

—Porque lo esquivé...

Su esposa lo obligó a sentarse en la cama, mientras chequeaba que la herida de bala no se hubiera abierto.

—Hazte cargo de lo que hiciste, cabrón —continuó—. Espera a que me

recupere que te patearé el trasero.

Andrew se limpió la sangre de la nariz con la bufanda y luego lo señaló con un dedo.

—Si continuas con esa actitud, me importará una mierda que estés todo averiado y te devolveré el golpe.

Jerry se rascó la nuca y soltó un bufido.

—¿Puedes explicarnos a que viene todo esto? —le pidió.

Él miró a su esposa y luego a sus primos.

—Alegra descubrió que Vivian tenía una relación amorosa con uno de sus primos, ¿es Andrew, verdad?

Ella asintió con la cabeza.

—Pero en vez de enojarte, deberías estar agradecido —su esposa dirigió la vista a Andrew y añadió—: Gracias por haber hecho feliz a Vivian en sus últimos días.

—No le agradezca a este capullo. Él debería estar preso.

Soltó un gemido cuando su esposa lo golpeó en la cabeza.

—¡Madre mía! Pero si los dos deberías estar en un hospital psiquiátrico. ¿De dónde diablos han sacado que yo tenía una relación con Vivian? ¡Joder ella era mi prima!

—Además que tú eras mayor y mi hermana una nena —le recordó.

—Vivian escribió en su diario íntimo que te veía a ti a escondida y que disfrutaba de esos encuentros más de lo que imaginaba.

Andrew se cruzó de brazos y entornó los párpados.

—¿Y tú supusiste que esos encuentros eran de índole románticos?

Apretó los puños para controlar su furia.

—¿Y por qué otros motivos ibas a reunirte con mi hermana en secreto?

—Tal vez sea porque me pidió que la ayudara con sus clases de matemáticas para poder ingresar a la universidad —les contó—. Accedí a darle algunas lecciones y ella descubrió que no era el ogro que toda mi familia cree que soy.

—Tu historia no encaja la parte de porque lo mantenían en secreto.

—Porque Vivian era una Smith, y enseñar las debilidades no forma parte de la familia —respondió—. Ellas quiso darles una sorpresa cuando la admitieran en la universidad que quería.

—¡Oh, por Dios! Recuerdo lo feliz que estaba cuando sus calificaciones subieron —dijo Alegra—. ¿Por qué me hizo creer que estaba saliendo con alguien?

—Para no admitir que recibía ayuda.

—Así somos los Smith —intervino Jerry.

—¿Entonces no tuviste nada con Vivian? —le preguntó.

—¡No! —Lo negó otra vez—. ¡Maldición! Creo que me has corrido el tabique.

Se sintió fatal luego de que el asusto fuera aclarado.

—Cariño, debes ser más cuidadosa cuando lanzas acusaciones de este tipo —murmuró él, arrastrando las palabras—. Todo ha sido un mal entendido.

Alegra volvió a golpearlo en la cabeza.

—No me eches la culpa de tu comportamiento bárbaro para resolver tus problemas. Ahora pídele disculpas a tu primo.

Respiró hondo y trató de enseñar su mejor sonrisa.

—Lo siento...

—¿Lo sientes? ¡Me rompiste la nariz, cabrón!

—Te daré White House para compensar el golpe —dijo—. Tú te has encargado de la empresa de la familia y debió ser siempre tuya.

Andrew lo miró en silencio por un momento. Parecía sorprendido por su decisión, igual que los demás, sobre todo su esposa que lo observaba con admiración. Había ganado un buen revolcón para esa noche. Sonrió.

—¿Y también me darás los cincuenta millones?

—Tampoco soy idiota, Andrew —replicó.

—Oh, vale, solo quería asegurarme.

Jerry se aclaró la garganta.

—¿Acaso seré el único de la familia que el abuelo no lo mencionó en su testamento? ¡Hasta los perros aparecieron! Ellos ya tienen asegurados una parcela en el cementerio.

—Te dejaré White House si me muero sin dejar herederos —repuso Andrew, divertido.

Jerry lo miró ceñudo.

—Pensé que yo era tu primo preferido —le reclamó.

—Lo eres, por eso siempre tendrás mi amistad.

Jerry puso los ojos en blanco.

—Hubiera preferido White House.

A él se le escapó una risotada y se llevó una mano en la herida cuando le dio una punzada. Había regresado a su familia después de tantos años de querer alejarlos. Sujetó la mano de su esposa y la besó. Pero lo mejor estaba por venir. Envejecer al lado de la mujer que amaba.

—Deberíamos irnos para no hacer esperar a los invitados —comentó Jerry.

—¿Qué invitados?

—Era una sorpresa, Jerry —dijo Alegra, apretando la mandíbula.

—Te espera una fiesta de bienvenida cuando llegues a tu casa —le contó—. Pero ahora tendrás que hacerte el sorprendido.

—¡Joder, Alegra, odio las sorpresas! —chilló.

—Entonces tendré que tirar a la basura la lencería que compré para la sorpresa que te tenía preparada para esta noche.

—¡Pero si me encantan las sorpresas!

EPÍLOGO

Borácay, Filipinas

UNA SEGUNDA ceremonia de boda, merecía una segunda luna de miel. Lennon había organizado el viaje para borrar el tras pies que habían tenido en el primer intento al cumplir su tercer aniversario de casados. Pero esa vez sería diferente, no existían intereses de por medio, solo había amor. Las olas rompían en las orillas de la playa, mientras oían a Cece citando un poema como cierre de la pequeña ceremonia que habían improvisado. El anaranjado atardecer hacía un ambiente mágico. Pero al verdadero mago lo tenía delante de sus ojos. El hombre que la hacía feliz. El padre de su hijo.

—Y como nadie se opone, los novios pueden besarse —terminó Cece.

Lennon tomó su rostro entre sus manos y la besó, hasta que sus invitados empezaron a bañarlos con champaña. Se sujetó la corona de flores que llevaba en el pelo para que el viento no se la llevara.

—Ya váyanse a una habitación, que para eso hicieron todo este numerito —murmuró Jerry, divertido.

Entornó los párpados.

—No sé porque te hemos incluido en nuestras vacaciones.

—Para que cuiden de nuestro pequeño, cariño —le recordó su marido.

—Oh, sí, pero con Rachel era suficiente.

Rachel le lanzó una mirada astuta por debajo de las pestañas, mientras se

quitaba la arena de sus sandalias bajas.

—También tengo hijos y un marido que se comporta como un niño. Merezco estas vacaciones en el paraíso.

Ella se rió.

—Vale, lo siento.

Cece abrazó a su esposo y lo besó.

—Además, él tiene que aprender a cambiar pañales para cuando nazca nuestro hijo —añadió, acariciándose su abultado abdomen.

Andrew les gritó que se marcharan antes de que se arrepintieran de ser niños de su hijo, mientras ayudaba a Tom a volar una cometa que decía recién casados. Lennon no se lo pensó dos veces y la alzó en los brazos, y la cargó hasta la habitación del resort que tenían a pocos metros. Él se detuvo en la entrada de la puerta y la miró fijamente a los ojos. Ella se inclinó y apoyó la frente contra la suya, luego le dio un beso tierno en la punta de la nariz.

—Lo hicimos otra vez, cariño.

—Pero esta vez sí disfrutaremos de nuestra noche de bodas —le comió la boca de un beso—. Eres solo mía, Willy-Pop.

Él colgó un cartelito en el pomo de la puerta del lado del corredor que decía: NO MOLESTAR.

Corazón furtivo

ÍNDICE

PRÓLOGO

1. MAÑANA SERÁ OTRO DÍA

2. EN LAS BUENAS Y EN LAS MALAS

3. HERMANOS DE SANGRE

4. EL DESALOJO

5. NORMAS DE CONVIVENCIA

6. EL MANAGER DE LAS ESTRELLAS

7. SEGUNDA OPORTUNIDAD

8. BALL WHITE

9. UNICORNIO

10. PORTADAS DE REVISTAS

11. CÓMPLICES LOS DOS

12. CUANDO EL AMOR GOLPEA A LA PUERTA

13. EL CASCANUECES

14. CORAZÓN FURTIVO

15. NADA ES LO MISMO SIN TI

16. JUNTOS SOMOS INVENCIBLES

PRÓLOGO

ALZÓ la vista al cielo y observó el sexto piso del edificio, donde su empresa tenía las oficinas. Existían momentos para una persona que marcaba para siempre su vida, y ese era uno de ellos para ella. Su futuro y el de su hijo estaban en juego. Respiró hondo. El portero le abrió la puerta de vidrio y ella lo saludó antes de ingresar. Maldijo a su marido por haberla involucrado en sus negocios y se maldijo a ella por haberle hecho caso. Llamó al elevador y marcó el piso sexto. Se acomodó la falda de tubo e irguió los hombros cuando las puertas se abrieron. La recibió el cartel enorme de la empresa que habían descolgado de la pared. Ella era la modelo que salía sonriendo y asegurando que Sky Green era la mejor opción para un futuro garantizado. Sky Green se dedicaba al servicio financiero y se suponía que cumplía los sueños de las personas si confiaban su capital con ellos.

—Buenos días, señora Truswell —la saludó la secretaria—. La están esperando en la oficina principal.

Trinity, la secretaria, hacía un gran esfuerzo por sonreír. Ella había trabajado en Sky Green hacía más de veinte años y estaba a punto de quedarse sin empleo. Trinity había sido más que una secretaria para Sky Green, ella era quien mantenía el orden en una sala con treinta corredores de bolsas. «*Trinity es la mamá loba*», solía decirle Steve, su difunto marido.

—¿Es raro no oír los teléfonos, verdad? —comentó, mirando los escritorios vacíos.

—Tendremos que acostumbrarnos.

Ella asintió con la cabeza y se dirigió a la oficina de reunión, donde la

esperaba su socio, accionistas y abogados. Steve le había dejado el cuarenta por ciento de las acciones de Sky Green y era quien debía tomar la última decisión, aunque no supiera absolutamente nada de finanzas. Pero confiaba en Michel Chandler, el cofundador de la empresa y mano derecha de Steve, y le había pasado esa responsabilidad a él. Ella solo aparecía cuando debía poner la firma. Los siete hombres que la esperaban se pusieron de pie cuando ella ingreso.

—Señora, Truswell —la saludaron ellos.

—Lamento la demora, pero tuve que llevar a mi hijo a la escuela cuando la niñera... —ella cerró la boca. Se dio cuenta que a esos hombres no le interesaba en absoluto su vida doméstica. Carraspeó y añadió—: Ya podemos empezar.

Ellos volvieron a sus asientos y Michel le pasó una carpeta con documentos para que firmara. Sacó sus gafas del maletín y se las puso. Se sintió intimidada cuando fue el foco de las miradas. La mayoría de los que estaban en esa habitación le doblaban en la edad y tenían años de experiencia en el sector financiero. Observó el retrato de Steve y por un momento quiso pensar como él y saber qué decisión tomar. Sky Green estaba en bancarrota y se debía firmar la quiebra de la empresa. Sabía que los que estaban en esa mesa pensaban que ella no era digna de ocupar esa silla. Nunca creyeron que alguien tan joven se hubiera enamorado y casado con un hombre que le había llevado treinta y cinco años de edad. Y las murmuraciones no acabaron cuando tuvo a Tom, su hijo. Tom se había convertido en el hijo de la oportunidad y su pasaporte asegurado al haber cazado a un millonario. Malditas personas idiotas. Ella había amado a su marido. Lo había amado desde el día en que él la contrató para que fuese la nueva modelo para la imagen de la compañía.

Había tenido una ascendente carrera como modelo antes de convertirse en la perfecta señora Truswell y dedicarse por completo a su familia. Extrañaba a Steve y deseaba regresar el tiempo a cuatro años atrás y haber evitado que su marido se subiera al helicóptero en el que perdió la vida al estrellarse. Echó una ojeada a los papeles que Michel le había entregado, a la vez que él le explicaba de qué iba todo.

Alzó la vista y frunció el ceño.

—¿Qué sucederá con el dinero de las personas que confiaron en nosotros si declaro la quiebra? —quiso saber.

No quería que sus clientes perdieran sus ahorros. Su marido se había asegurado de que ella y su hijo no pasaran necesidad por varias vidas, pero las personas que habían confiado en Sky Green no podían decir lo mismo.

—¿Los clientes podrán usar el seguro para retribuir el daño?

El abogado de la empresa unió sus cejas.

—¿Seguro? —repitió.

—Sí, el seguro, Peter —le recordó Michel al abogado—. Nuestros clientes saldrás endeble de todo esto.

—¡Oh, claro! —Gimió el abogado—. Tú hablas de ese seguro.

—¿Entonces si firmo solo perderemos Sky Green?

Que ya significaba un dolor grande para ella. Steve Truswell había dado su vida por la empresa. Por un lado, agradecía que él ya no estuviera allí para que no viera como su compañía se desplomaba.

Michel le acercó el birrome y le sonrió.

—Así es, Sofía —respondió—. Tú solo debes firmar. Steve se ocupó de

que no le falte nada a su familia, así que no debes preocuparte de lo que pueda suceder mañana.

Él tenía razón. Confiaba en Michel. Cogió la birome y firmó los documentos. Sky Green estaba en quiebra.

1. MAÑANA SERÁ OTRO DÍA

ELIMINÓ otro mail con amenazas que había llegado a su correo. «*Estás muerta perra*» «*Haz arruinado nuestras vidas*» «*¿Cómo puedes vivir después de lo que has hecho?*» «*¡Devuelve mi dinero, zorra!*», eran uno de los tantos mensajes que había recibido en los últimos días. Sin mencionar que debía salir disfrazada a la calle para que las personas no la escupieran en la cara. «La financiera Sky Green se ha ido a la quiebra llevándose el dinero de todos sus clientes», eran los titulares de todos los periódicos. «La estafa del año», otro término que también les gustaba utilizar. Michel Chandler le había mentido. Nunca había existido el supuesto seguro. Él se había fugado del país llevándose todos los activos y dejándola a cargo de la tormenta que se venía encima. Había sido una tonta al confiar en él. Se sentía culpable por todo lo que les estaba sucediendo a esas personas.

Ella era la cara visible de Sky Green y nadie le creería que no era responsable de lo que había sucedido. En realidad, se sentía culpable por su incompetencia. Había perdido la empresa, sus cuentas bancarias estaban embargadas, y se había visto obligada a despedir a todos los empleados de la residencia Truswell. No le había quedado más remedio que vender las joyas que su marido le regaló para sobrevivir hasta que todo se solucionara. Todavía quería ser optimista.

Exhaló una bocanada de aire y apagó el ordenador portátil para preparar la lonchera de su hijo y luego llevarlo a la escuela. Su vida se había ido al demonio y si todavía no había arrojado la toalla, era por Tom. Él solo la tenía a ella. Había perdido a su padre y no perdería a su madre tan fácilmente. Abrió la nevera y sacó frutas, queso, lechuga, tomate, la sobras de pavo que

habían quedado del día anterior y preparó un sándwich.

—¡Eres famosa, Mamá! —chilló Tom cuando ingresó a la cocina.

Ella dejó el cuchillo sobre la mesa y se apartó un mechón de pelo de la frente con el dorso de la mano.

—¿Cómo dices?

Él recuperó el aire después de haber corrido y añadió:

—Sales en la televisión, mamá.

Tragó saliva. Su desastre había pasado a un nivel mayor. Había tratado de mantener a su hijo al margen de lo que sucedía a su alrededor.

—¡Te ordené que no vieras la televisión sin mí! —gruñó, aterrada.

El labio inferior de Tom empezó a temblarle.

—Solo quería ver dibujitos —balbuceó.

Trató de tranquilizarse mientras guardaba el almuerzo de su hijo en la lonchera.

—¿Qué fue lo que viste? —le preguntó, a la vez que se hacía la idea de cómo le explicaría todo a un niño de nueve años.

—Una foto tuya en el canal de noticias. Te veías muy linda, mamá. ¿Ahora eres famosa?

Su hijo era el único que podía sacarle una sonrisa en un momento como ese.

—¿Y oíste que era lo que decían de mamá?

Él negó con la cabeza.

—Vine corriendo a avisarte cuando te vi —respondió.

Sintió un gran alivio que él no hubiera escuchado lo que decían de su madre. La mujer más odiada del momento. Ella se le acercó y lo abrazó con todas sus fuerzas.

—Me estás apretando... —se quejó él.

Le dio un beso en la frente y le acarició la mejilla.

—¿Mencioné que eres lo más importante que tengo?

—Sí.

—Te amo, Tom, y que nadie te haga creer lo contrario, ¿vale?

—También te amo, mamá —repuso con su preciosa carita angelical. Y no solo lo decía porque era su hijo—. Y no estés triste porque quedamos solos en la casa. Puedes dormir conmigo a la noche si tienes miedo.

Que él intentara consolarla hacía que lo amara mucho más. Hubiera deseado solo tener miedo a la oscuridad. Al tener que despedir a todos los empleados que trabajaban en la residencia, la casa había quedado demasiada grande y solitaria. Iba a tener que venderla porque ya no podría mantener sus costos tan altos, aunque ahí tuviese los mejores recuerdos con Steve.

—¿Qué haría sin ti, mi pequeño gran hombre? —Murmuró, llenándolo de besos—. Ve por tu mochila, que debo llevarte a la escuela.

—No me estoy sintiendo muy bien —replicó como si se estuviera muriendo.

Se cruzó de brazos y entornó los párpados.

—No faltarás a la escuela otra vez, Tom.

El apretó los labios.

—Qué mala eres mamá, me estoy sintiendo mal y tú no sientes penas por

mí.

No comprendía porque él se negaba ir a la escuela, cuando antes amaba hacerlo y estar con sus amigos. Su posición como señora Truswell siempre le había permitido algunas ventajas en el club de las madres del instituto: como elegir las temáticas de los eventos, que las madres se pelearan por invitarla a sus casas y que una fiesta sin Tom Truswell, no era una fiesta. Ella se había esforzado para ser la perfecta señora Truswell para que su esposo no se sintiera avergonzado de su mujer más joven.

—Busca tu mochila, Tom —le ordenó.

Se quitó el sombrero y sus gafas oscuras cuando ingresó a la escuela. La directora la esperaba en su oficina. Agradeció haber perdido a los periodistas que la seguían a mitad del trayecto. Desde que se había hecho pública la quiebra de Sky Green, su vida se había transformado en un infierno. Ella era la escoria del momento. Sus actividades en el club de padres era lo único que la ayudaba a distraerse. Le resultó extraño que no la llamaran para organizar los últimos detalles de la obra de teatro que se realizaría en un mes.

Ingresó al despacho de la directora después que golpeó. Helena Fleming era una de las mujeres más aristocrática que había conocido. Al principio ella se había negado a enviar a Tom a una escuela elite para familias adineradas. No había querido que su hijo terminara como un niño malcriado que llegaba a la escuela con el chofer y la niñera. Pero Steve había insistido en que su hijo estudiara en el mismo sitio que él lo había hecho, además su marido hacía grandes donaciones en el instituto. Y como no quería avergonzar a Steve, se transformó en la esposa perfecta para encajar en un sitio lleno de hipocresía.

Ella esbozó una amplia sonrisa.

—Helena —la saludó como si estuviese feliz de verla.

—Señora Truswell —dijo, seriamente, mientras acomodaba unos documentos sobre el escritorio—. Tome asiento, por favor.

Se sorprendió que la directora ya no la llamara por su nombre de pila. Ella ponía una mejor cara cuando le traía un cheque al finalizar el año escolar. Se pasó una mano por el cabello tirante atado en una cola de caballo y se sentó. La directora debía estar al tanto de lo que sucedía en su familia, como todo el Reino Unido. Pero no podía permitirse verse derrotada. Su hijo estudiaba en ese instituto y no quería hacer nada que lo contaminara aún más.

—Si quiere saber los detalles de la obra de teatro, llamó a la persona equivocada —comentó—. He tenido algunos problemillas y no he estado muy involucrada en el asunto —concluyó, acomodándose los puños de su camisa de diseñador.

Helena se quitó sus gafas de lectura y la observó penetrantemente con sus ojos amargados. Esa mujer era aterradora. Sintió un escozor en la espalda.

—No la he llamado por la obra, señora Truswell —respondió en un tono frío.

¡Joder! Recordó que Steve supo aconsejar a la directora que invirtiera sus ahorros en acciones. Y ella había tenido en cuenta su sugerencia. La directora Fleming había sido otra víctima de Sky Green. Las manos empezaron a sudarle.

—¿Ah, no? —Tragó saliva—. ¿Entonces por qué ha querido verme?

«Para escupirte en la cara», pensó que le diría.

—Quería recordarle que está atrasadas en las cuotas de Tom —dijo—. Este sería el tercer mes que no paga. El instituto necesita de las

mensualidades de sus alumnos para sobrevivir.

«Sí, claro». La prestigiosa escuela no se iría a la quiebra porque Tom no estuviese al día en las cuotas. Había estado tan preocupada en pagar a sus empleados que se había olvidado del instituto de su hijo. Pero creyó que podían tener un poco de consideración dado a su situación y a que era la primera vez que se atrasaba, además si contaba con las donaciones que había hecho su marido, eran más que suficiente para pagar todos los años escolares de Tom. Malditos ingratos. Lo peor era que estaba tan apretada con sus deudas que no podía pagar. Sintió una angustia en el pecho.

—He tenido unos meses duros —se excusó—. Seguramente lo ha visto en las noticias.

La directora sonrió tensamente.

—No me hizo falta ver las noticias —replicó—. También fui una de las personas damnificadas.

Hizo una mueca. Buena metedura de pata había hecho. Ella acababa de poner el dedo en la llaga. Por supuesto que la directora Fleming sabía de sus deudas.

—De verdad lamento que haya perdidos sus inversiones —y lo decía en serio—. No vi venir que Sky Green iba en picada. El socio de mi marido me dibujaba otro panorama de la empresa y de repente todo sucedió tan rápido...

—No me debe ninguna explicación, señora Truswell —la interrumpió—. Guarde sus palabras para la justicia.

—Nada de esto hubiera sucedido si Steve estuviera vivo —siguió.

—No me cabe duda de eso —repuso—. Y probablemente no hubiera perdido todos mis ahorros. ¿Cuándo planea abonar lo que debe? —preguntó

tajante.

Ella empezó a sentirse tan pequeña e insignificante que quiso salir corriendo al no saber cómo solucionaría su penosa situación. Se aclaró la garganta.

—Había pensado pedirles una prórroga para abonar. Ya sabe... hasta que todo se acomode. Steve siempre fue tan generoso con el instituto — profundizó.

—Si no puede pagar señora Truswell, tendrá que cambiar a Tom de escuela.

—Pero Steve estudió en esta escuela —masculló, desesperada—. Tal vez podrían becar a Tom. Él tiene buenas calificaciones.

—Lo siento, pero no puedo hacer nada al respecto.

Claro que podía, nada más que no quería hacerlo. Ella estaba tomando represaría por la quiebra de Sky Green. ¡Pero Tom era un niño inocente y no tenía la culpa! Hizo un gran esfuerzo por sonreír.

—No puedo cambiar a mi hijo de escuela en la fecha del año que estamos —murmuró—. Las clases están por finalizar.

La directora Fleming alzó una ceja.

—Tal vez pueda pedir un préstamo al banco.

Evidentemente, ella le estaba tomando el pelo. Ningún banco le daría dinero en su situación financiera. Trató de no desmoronarse y humillarse más de lo que estaba haciendo. Irguió los hombros y levantó el mentón.

—Conseguiré el dinero y Tom terminará sus clases en este instituto —«de mierda»—. Si me disculpa, debo ocuparme de una obra de teatro que se estrenara en un mes —repuso como la intachable señora Truswell.

¿Acaso había oído bien? ¿La estaban sacando del club de padres? ¡Ella había sido una de las jodidas fundadoras del club! Respiró despacio e hizo de cuenta que no le afectaba.

—No es algo personal, señora Truswell —le dijo la zorra que siempre había querido ocupar su lugar.

Se pasó una mano por su tirante cabello oscuro, como lo hacía cada vez que no podía controlar una situación.

—Entiendo que en este momento mi imagen no es favorable para el instituto.

Ningún miembro dijo lo contrario al respecto. Malditos hipócritas. Bien que le gustaba oler su trasero cuando era la respetable señora Truswell. La mandíbula ya le estaba empezando a doler por tanto esforzarse en sonreír.

—Podrás volver a ser miembro cuando toda tu situación se calme —añadió Kim, mientras peinaba una de las pelucas para la obra de teatro.

Ella siempre se había ocupado de los eventos para recaudar dinero. Y no existían eventos como los que organizaba Sofía Truswell. Ellos iban a arrepentirse. Jennifer, la madre de un compañero de Tom, quien siempre quería que su hijo interpretara al personaje principal de las obras, le devolvió la agenda donde ella apuntaba las reuniones del club de padres.

—Ya no necesitaremos de esto —le dijo—. Debido a tu salida, hemos marcado nuevas fechas.

No iba a llorar adelante de esas mujeres que no mucho tiempo atrás había creído que la consideraban indispensable para el club. ¡Qué equivocada estaba!

—Esperamos que no lo tomes a mal Sofía, —agregó Kim— pero si los padres de los otros alumnos se enteran que tú eres la que recauda el dinero, lo más seguro es que no donen un centavo.

Tragó saliva para desatar el nudo que tenía en la garganta.

—No soy una ladrona —les aclaró—. Y no tengo la culpa de lo que sucedió en la empresa de mi marido.

Jennifer dejó en el suelo la utilería que utilizaría para armar el castillo para la obra del cascanueces que los alumnos iban a interpretar, y la miró irónica.

—¿Ah, no? ¿Pero tú no eras la directora de Sky Green, cielo? —replicó, maliciosa.

—¿Vas a llorar? —inquirió Kim.

—¿Qué? —Agitó una mano en el aire—. ¡No! —Exclamó—. Les deseo mucha suerte con la obra.

Giró los talones y desapareció del escenario. Se detuvo detrás de las pesadas cortinas púrpura y respiró hondo. Ella solo quería desaparecer. Frunció el ceño cuando oyó murmurar a sus antiguas compañeras del club de padres:

«¿Creen que es culpable?», preguntó una.

«Inocente no creo que sea», respondió Jennifer.

«Debe ser terrible que todo el mundo te señale con el dedo», dijo otra.

«Pero peor es para esas personas que han perdido todo su dinero».

Todas hicieron un coro en que estaban de acuerdo con el último comentario.

«Y ella siempre ostentando con su apellido y creyéndose mejor que todas nosotras».

Se quedó boquiabierta. ¡Eso no era cierto!

«¿Mejor que nosotras? Siempre fue una arribista. De lo contrario, no se hubiera casado con un hombre que le llevaba más de treinta años», sostuvo la zorra de Jennifer.

«Ellos parecía que se querían cuando estaban juntos», murmuró Kim.

¡Por supuesto que amaba a su marido!

«Te apuesto a que Tom ni siquiera es hijo del señor Truswell», replicó Jennifer.

Tom era una calcomanía de Steve. Cualquier persona podía notarlo. Apretó los puños para contener su furia y no ir tras ella para arrancarle sus extensiones de pelo. Si no tuviera a la justicia pisándole los talones, ella lo hubiera hecho. No podía permitirse que Tom tuviera una madre en prisión. No pudo contener las lágrimas en los ojos y corrió hacia el coche para que nadie la viera llorar. Cerró los ojos y apoyó la frente contra el volante. Ella estaba derrotada.

2. EN LAS BUENAS Y EN LAS MALAS

SACÓ del alhajero las pocas joyas que le quedaban para empeñar. El dinero se le estaba acabando y ella no sabía cómo iba a subsistir las siguientes semanas. Resopló. Era injusto lo que le estaba sucediendo. Estaba segura que Steve era inocente del desfalco de la empresa; nunca se hubiera apropiado de los fondos de sus clientes. A él siempre le había gustado hacer las cosas por derecha. Había intentado contactarse con los dos hijos del primer matrimonio de su esposo, pero ellos le prohibieron que volviera a buscarlos. Creían que era una cazafortuna y que les había quitado Sky Green. Aunque Steve les hubiera dejado una buena herencia a sus tres hijos. Herencia que Tom solo podría tocarla cuando fuese mayor de edad. Sospechaba que ellos se habían complotado con Michel Chandler para hundirla.

En esos momentos, ella se arrepentía de haber dejado de trabajar. Había querido ser madre y esposa a tiempo completo. Ahora tenía que empezar de cero y estaba demasiado vieja para retomar su carrera como modelo. Echó una ojeada a su alrededor mientras bajaba las amplias escaleras del vestíbulo. Era irónico vivir en la mansión Truswell y tener el refrigerador casi vacío. Su reinado se había desmoronado y lo había perdido todo. Se enjuagó una lágrima con las yemas de los dedos.

Sacudió los hombros cuando la puerta sonó. Por costumbre había esperado a que sus empleados atendieran, pero recordó que los había tenido que despedir. Observó hacia afuera por la mirilla de la puerta y halló a sus amigas del otro lado. ¡Joder! Ella había estado evitándolas porque no quería que la vieran acabada. Se quedó inmóvil sin hacer ruido mientras esperaba a que ellas se retiraran. De repente, su teléfono empezó a sonar. Maldita sea.

Alegra, quien estaba del otro lado de la puerta, la estaba llamando al móvil.

—Sabemos que estás ahí, Sofía —murmuró Rachel.

—No nos iremos de aquí hasta que abras la puerta —dijo Cece sin darle otra alternativa.

—Y agradecería que no demoraras mucho tiempo porque aquí afuera hace un frío de la muerte —agregó Alegra.

Se acomodó el pelo y respiró hondo antes de abrir.

—Lo siento, no encontraba las llaves —dijo, sonriente.

Rachel achicó los ojos.

—Seguramente tampoco encontrabas el móvil porque hace un mes que no nos atiendes —le reprochó.

Sus amigas la hicieron a un lado e ingresaron. Tuvo que oír una avalancha de críticas por haberlas dejado afuera de sus últimos acontecimientos.

—Tuvimos que hacer malabares para esquivar a los periodistas que tienes en la entrada —comentó Alegra.

—¿Estuviste llorando, cariño? —Inquirió Rachel—. Y no es para menos, no debe ser fácil oír cómo te difaman y no poder defenderte.

Su abogado le había recomendado no hablar con la prensa.

Alegra se cruzó de brazos.

—Juro que te abrazaría sino fuese que estoy enfadada contigo. ¿Cómo pudiste hacernos a un lado?

—Estábamos muy preocupadas —repuso Cece, quitándose el abrigo—. Lo único que sabíamos de ti era la información que daban en las noticias, y

sabíamos que todo lo que decían era mentira.

—Los de la prensa son unos capullos al querer hacerte ver como un ser horrible —musitó Rachel—. Si tuviera a Michel Chandler delante de mí, le daría una patada en el trasero.

—Moví algunos de mis contactos para que te entrevistase el noticiero de las ocho para que des tu versión de los hechos —agregó Cece.

Cece era una famosa consejera sentimental y trabajaba en una revista importante.

—¿Por qué hace tanto frío aquí? —preguntó Alegra.

—¿Dónde están tus empleados? —quiso saber Rachel.

—Espero que no te moleste que haya dado tu número al reportero que te hará la entrevista —siguió Cece.

Sintió que la cabeza le iba a estallar con tantas preguntas y reproches. Y cuando le dieron la oportunidad de hablar, ella dijo:

—Lamento no haberlas llamado. Pero no quería que dejaran de verme como la mujer perfecta. ¡Joder! ¡No soy una mujer perfecta! —Exclamó, arrojando al piso el jarrón que estaba sobre la mesa baja—. Debo salir a escondida para que la prensa no me siga, ni una vida entera va a alcanzarme para pagar todas mis deudas. ¡Y no quiero una maldita entrevista con tu jodido contacto! —Continuó con la respiración agitada—. Si no ven a mis empleados es porque tuve que despedirlos a todos —observó a Alegra y agregó—: Y si sientes frío, no te quites el abrigo porque mantener la calefacción de una casa como esta es demasiado costosa. ¡No me miren como si estuviese loca! —Gritó, tirando la licorera contra la pared—. ¿Acaso no era eso lo que querían oír?

Rachel se llevó una mano al pecho, afligida.

—Oh, cariño, debes estar agotada.

—No vinimos a juzgarte, Sofía —dijo Alegra—. Buen Dios, somos tus amigas y si vinimos, es porque nos necesitas y queremos ayudarte.

Decir todo lo que pensaba la hizo sentir más vulnerable. Se le hizo un nudo en la garganta al saber que no estaba sola para enfrentar toda la mierda que se le venía encima. Ella no pudo contener las lágrimas y empezó a llorar desconsoladamente. Todo ese tiempo había intentado mostrarse fuerte para Tom, y había reprimido su frustración. Agradeció haber explotado con sus amigas.

Cece la rodeó con los brazos y la abrazó con fuerzas.

—Tranquila, cariño, ya verás cómo pronto todo se arreglará.

Se sorbió la nariz con el dorso de la mano.

—No quise que nadie perdiera su dinero.

—Tú no eres responsable de lo que sucedió —murmuró Rachel, molesta—. Solo hacías lo que el socio de Steve te decía que hicieras. Y él se fugó dejándote a ti sola a que enfrentes sus fraudulentos manejos. Además, los clientes no fueron los únicos que perdieron dinero. De no ser que tu difunto marido era multimillonario, ahora mismo estarían en la calle.

Ella se cubrió el rostro con las manos.

—Lo he perdido todo. No tengo nada.

Cece hizo que rodeara el sofá y se sentara.

—¿Cuándo dices nada te refieres a...?

—¡A nada! —Chilló—. El gobierno confiscó todas mis cuentas y el

dinero que tenía, lo utilicé para pagar a mis empleados antes de echarlos. Pensé que la situación se mejoraría. Tendré que vender la casa.

—¿Y los hermanos de Tom? ¿Ellos no pueden ayudarte? —preguntó Rachel.

Soltó una risotada.

—Ellos me odian y no les interesa que su hermano de nueve años no tenga que comer. La mansión es la única propiedad que está a mi nombre, las otras propiedades le pertenecen a la primera esposa de Steve.

—Apuesto a que los Truswell han tenido algo que ver con lo que te ha pasado —dijo Cece a través de los dientes—. ¿O a ellos también le han confiscado su dinero?

Negó que eso hubiera sucedido. Los hijos de Steve habían vendido sus acciones a Michel antes de la caída de Sky Green.

—¿Y qué me dices de la herencia que recibió Tom de su padre? —quiso saber Alegra.

—Él no la puede tocar hasta que sea mayor de edad —respondió—. Y ese dinero va destinado a su universidad. No tocaría su herencia ni aunque pudiera.

—Apuesto a que Tom podrá pagar mucho más que su universidad con la herencia que le dejó su padre —replicó Rachel.

Cerró los ojos y se hundió en el sofá.

—Necesito conseguir un empleo —murmuró, desesperada.

—Probablemente no sea el momento adecuado para decir esto, pero ver que no eres perfecta, me hace sentir mucho mejor —comentó Alegra.

Rachel dobló los brazos y sacudió la cabeza.

—Vinimos a ayudar a Sofía, no a subir tu autoestima.

—Lo que intento decir es que ella hasta parece más humana y se ve horrible cuando llora —profundizó.

A ella se le escapó una carcajada de los labios.

—Cierra la boca Alegra y ve a preparar café —le ordenó Rachel.

—Ya no me queda café —les avisó.

—Entonces es la excusa perfecta para que ella vaya al supermercado —murmuró Rachel, a través de los dientes.

Alegra revoleó lo ojos.

—Vale, entiendo cuando me están echando.

Rachel hizo una mueca.

—También sería bueno que entendieras cuando debes callarte —replicó—. Lennon se ha ganado el cielo contigo.

Lennon era el esposo de Alegra. Al principio su matrimonio había sido por conveniencia, pero luego se dieron cuenta que estaban hecho el uno para el otro y eran los padres de un precioso bebé.

Alegra frunció el ceño.

—Si no supiese cuando debo callarme, ahora mismo te diría muchas cosas Rachel.

—Te he conseguido una entrevista de trabajo —interrumpió Cece, mirando la pantalla de su móvil.

Ella parpadeó.

—¿Cómo dices?

—Jerry está empezando su propia revista de deporte y necesita un asistente —le contó—. Acabo de escribirle y todavía no ha encontrado a nadie para el puesto. Él te espera mañana en su oficina —carraspeó—. Claro, si el empleo te interesa.

—¿Bromeas? ¡Claro que me interesa!

Jerry manejaba un importante blog en el que se lo conocía como *el camarada del deporte* y acababa de dar un gran salto al abrir su propia revista.

—¡Estupendo! —Exclamó Cece, emocionada—. Si eres su asistente podrás ayudarme a averiguar porque demonios Jerry todavía no me ha entregado el anillo de compromiso que esconde en su escritorio.

—Tal vez sea porque él busca el momento perfecto —repuso con una sonrisa en los labios.

—Entonces tendrás que ayudarlo a que encuentre rápido ese momento.

Se sintió agradecida por tener amigas como ellas. Habían logrado robarle una sonrisa y que se olvidara de sus problemas.

—Vale, haré lo que pueda —asintió—. Si Jerry decide contratarme.

3. HERMANOS DE SANGRE

SE HABÍA quedado dentro del coche varios minutos mientras pensaba que iba a decirle a su hermano antes de ingresar a su oficina. Él quería hacer las paces con su familia y demostrarles que no era el monstruo que ellos creían que era. Jerry Smith era su hermano pequeño y a pesar de que su relación era tirante y se veían muy poco, él siempre se las ingeniaba para seguir sus pasos en las sombras y abrirles puertas sin que Jerry se enterara. Tenía sus ventajas dirigir unos de los clubes más selectos del Reino Unido, como adquirir favores de personas importantes. El club Ball White había pertenecido a su familia por generación tras generación, pero él era el único que seguía involucrado en el rubro familiar.

Cuando se enteró que su hermano quería abrir su propia revista con temas relacionados al deporte, se encargó de que le llovieran sponsors de firmas importantes. Sabía que Jerry haría un buen trabajo igual como lo había hecho con su blog *el camarada del deporte*. Se metió las manos en los bolsillos cuando ingresó a la redacción. El sitio había sido una antigua imprenta y todavía la estaban remodelando.

Jerry frunció el ceño cuando lo vio.

—¿Andrew?

Él echó una ojeada a su alrededor.

—No está nada mal para recién comenzar —comentó—. ¿Cuándo lanzarán la primera publicación? —quiso saber.

—En dos semanas —respondió—. ¿A qué has venido, Andrew?

Se aclaró la garganta.

—Vine a visitar a mí hermano.

—¿Acaso estás enfermo y vas a morirte pronto?

Achicó los ojos.

—Que gracioso —farfulló—. Creo que nos debemos una charla.

Jerry le hizo un gesto con el mentón para que lo siguiera hasta su oficina.

—Me has tomado por sorpresa, Andrew —dijo él, quitando las cajas que estaban encima del escritorio—. La última vez que te apareciste así, era para entregarme la invitación de tu casamiento con la bailarina nudista. ¿Vas a casarte otra vez?

Él se había casado solo para joder a su abuelo y demostrarle que no podía manejarle la vida. Grave error. El problema era que él había elegido como esposa a una stripper que lo único que buscaba de él era su dinero. Pero hacía un año que su amante desquiciada la había asesinado. Y no estaba en sus planes casarse otra vez. Había logrado sacar ventaja a su temprana viudez. El papel del esposo sufrido ablandaba el corazón de las mujeres y era más fácil conseguir ligues de una noche.

—No soy de los que tropiezan con la misma piedra dos veces, hermanito —repuso—. Que me haya enterado que ibas a abrir tu propia revista por un tercero, no es un buen síntoma de nuestra relación. Somos hermanos y deberíamos ser... ¿Cómo se dice? ¿Más unidos?

Jerry se reclinó en el asiento y soltó una carcajada.

—Vale, debo creer que esto es solo una visita social —hizo una pausa—. ¿Por qué estás aquí, Andrew? —repitió con más insistencia.

—Ya te lo he dicho, porque quiero pasar más tiempo con mi hermano —y

esa era la pura verdad.

Jerry apoyó los codos sobre el escritorio y entornó los párpados.

—¿Y qué ventaja sacarás de este repentino acercamiento?

Él resopló.

—¡Joder! ¿Es tan difícil creer que quiero acercarme a mi familia?

—Tal vez sea porque en los últimos diez años si nos hemos visto cinco veces es mucho —le recordó.

Pero eso no significaba que él no tuviera al tanto de lo que su hermano hacía. ¿Acaso como creía que había conseguido los sponsors de su blog? Siempre había considerado que Jerry había sido valiente al salirse del negocio familiar. Él nunca había tenido las agallas suficientes para enfrentarse a su abuelo.

—No soy el monstruo que todos los Smith creen que soy.

Su hermano lo estudió con la mirada en silencio.

—¿Por qué me observas de ese modo?

—Intento descubrir que hay detrás de tu aparición.

Unió sus cejas castañas.

—¡Maldita sea, Jerry! —Gruñó—. He doblegado mi orgullo para venir hasta aquí e intentar ponerme al día con mi hermano.

—Lo siento, pero me cuesta creer que se te haya despertado de golpe tu amor por la familia —dijo—. Siempre has sido un cretino sin corazón que piensa en sí mismo y si te acercas a alguien, es para sacar algún tipo de ventaja.

¿De verdad él era esa clase de persona? Tragó saliva.

—Bien, te equivocas y voy a demostrarlo.

Jerry enarcó una ceja.

—¿Ah, sí?

—Una tal señora Truswell quiere verte, Jerry —interrumpió uno de los empleados de la revista.

Su hermano se llevó las manos detrás de la cabeza y resopló.

—Había olvidado mi entrevista con Sofía —murmuró—. Hazla pasar en cinco minutos —le pidió, mientras ordenaba las cosas que había encima del escritorio.

—¿Quieres que me vaya? —le preguntó.

—¡Oh, no! —Gimió—. No me dejes solo con Sofía. Ella tiene el don de hacerme sentir un idiota con cada cosa que digo.

—¿Y por qué ella está aquí?

—Porque Cece me ha obligado a que le dé el puesto de asistente —respondió—. ¿Tú conoces a Sofía, verdad?

Él se cruzó de piernas y se miró las uñas de la mano.

—No lo creo.

—Ella estuvo en Edimburgo cuando nos quedamos atrapados en White House por la nevada, y el día en que...

—Oh, sí, ya recuerdo —dijo, mordaz—. Ella fue quien me acusó de haber asesinado a mi esposa.

Jerry se rascó la nuca.

—Ese día todos estábamos un poco alterados —se excusó.

Por supuesto que la recordaba, era una mujer exasperante y su hermano tenía razón al decir que era un poco intimidante la señora perfección. Ella todavía le debía unas disculpas por haberlo acusado falsamente de un crimen que no había cometido. Esbozó una media sonrisa. Aún no era tarde para recibir esas disculpas.

—¡Sofía! —exclamó Jerry cuando ella ingresó al despacho.

Él la observó por encima del hombro. Ella se veía más delgada y demacrada que la última vez que la había visto, a pesar que intentaba ocultarlo con el maquillaje. Pero seguía vistiéndose con ropa que no iba acorde a su edad, era como si se esforzara en parecer mayor, muy diferente a lo que la mayoría de las mujeres buscaban. Sin embargo, admitía que algunos de sus rasgos podían ser atractivos si se los pulían un poco. Ella frunció el ceño cuando lo reconoció. La señora perfecta había vuelto a juzgarlo con la mirada.

—Lo siento Jerry, pensé que estabas solo —dijo ella.

Jerry agitó una mano en el aire restando importancia al comentario.

—No te preocupes, él es mi hermano —repuso—. ¿Te acuerdas de Andrew?

Ella le echó una ojeada rápida y luego regresó la vista a Jerry.

—No mucho —murmuró la señora presuntuosa—. Cece me dijo que buscabas una asistente.

Él apoyó las manos en las rodillas y estiró los labios en una especie de sonrisa.

—Yo si me acuerdo de ti —comentó. Ella enarcó una ceja y él continuó

—: Te reconocí por tus bigotes.

Intuitivamente, Sofía se llevó una mano al bozo para asegurarse de que no tuviera bigotes. Amaba sacar a las personas de su zona de confort. Ella dobló los brazos alrededor de su cintura, defensivamente y contraatacó:

—Ahora que te veo bien, ya sé quién eres. Tú eres Andrew Smith, el que ni siquiera su familia lo tiene en cuenta para invitarlo a los eventos especiales. ¿Tú no estuviste en el bautismo de Sean, verdad? —Sean era el hijo que había tenido su primo Lennon con su esposa Alegra—. ¡Oh, no! Definitivamente tú no estuviste en el bautismo —afirmó—. De lo contrario, nadie se hubiera burlado del snob, aburrido e insufrible Andrew Smith.

Él dirigió la vista hacia su hermano. Jerry se había puesto tan rojo como un tomate. ¡Joder! Ella decía la verdad. Ni siquiera sabía que habían bautizado a su sobrino. Algo dentro de él le dolió y le molestó que siempre lo dejaran afuera de todo. La señora presuntuosa le había dado donde más le dolía.

—Lennon no te invitó porque no quiso que te sintieras en el compromiso de ir —se excusó Jerry—. Ya sabes... no es tu estilo asistir a este tipo de fiestas.

—¿Y a quién más de la familia no invitaron? —quiso saber.

Jerry carraspeó.

—Solo a ti.

¡Por un demonio! Él si hubiera ido al bautismo de su sobrino.

—Por suerte no recibí la invitación —fingió sentir un alivio.

Su hermano parecía incómodo con la situación y le pidió a Sofía que tomara asiento mientras él leí su experiencia laboral.

—¿Has trabajado en este puesto alguna vez? —le preguntó Jerry.

Ella apoyó las manos en el regazo e irguió los hombros.

—No literalmente, pero ayudaba a mi esposo con el papeleo cuando me lo pedía.

Jerry asintió con la cabeza.

—Steve fue un gran hombre —comentó.

Él abrió grande los ojos.

—¡Joder! ¿Tú eres la viuda de Steve Truswell? ¡Sabía que te había visto en otro sitio! —Exclamó—. Pero si eres la comidilla de todas las noticias, nena. En Ball White no hacen otra cosa que comentar como Sky Green les ha jodido la vida a muchas personas.

Jerry lo pateó por debajo del escritorio.

—No creas todo lo que dicen—dijo su hermano, apretando la mandíbula.

Él resopló y apoyó el codo sobre el respaldo de la silla.

—¿Entonces era mentira que todas esas personas han perdido su dinero?

—Nunca quise que nada de eso sucediera —replicó ella—. La justicia determinó mi inocencia en la malversación de los fondos. Steve me dejó Sky Green, pero quien manejaba las acciones era su socio.

—No nos debes ningún tipo de explicación, Sofía —interrumpió Jerry—. Cece no mencionó que habías sido modelo —siguió él, mientras leía su experiencia laboral.

—Hice una carrera corta, pero la dejé cuando me casé con Steve.

Echó el rostro hacia atrás y la estudió con la mirada. Le costaba imaginar a la señora presuntuosa arriba de una pasarela y con poca ropa.

—¿Tú eras modelo? —Repitió—. ¿Qué modelabas, cielo? ¿Los pies?

Ella sonrió mordaz.

—Modelé con las mejores marcas, y dejé todo cuando casi estaba alcanzando el estrellato —le contó.

Él esbozó una pícaro sonrisa.

—¿Con que nombre puedo buscarte en google, nena?

—Deja de ser tan borde Andrew —gruñó Jerry—. Ella no tiene por qué decirnos su nombre artístico... ¿verdad?

—El modelaje fue una faceta del pasado que prefiero dejarla como está.

—¿Estás segura que quieres un empleo como este? —Preguntó su hermano—. La paga no es mucha.

¿Acaso Steve Truswell no había asegurado el futuro de su esposa? ¿Ya se había gastado todo el dinero que se había quedado con el desfalco financiero?

—Sé que no tengo experiencia como asistente, pero puedo aprender rápido.

—No dudo de tus capacidades, Sofía —farfulló Jerry—. Pero siento que puedes aspirar a más. Seguramente puedes pedirle ayuda a algunos de los contactos de Steve.

Él tampoco la hacía el tipo de mujer que preparaba café y ordenaba papeles.

—Desde que estalló la quiebra de Sky Green los contactos de Steve me han dado la espalda —refutó ella—. ¿Tú también serás uno de ellos?

La señora presuntuosa sufría las consecuencias de la pérdida del poder. Jerry le pidió que esperara un segundo mientras atendía una llamada. Su

hermano golpeó el escritorio con la mano y parecía muy molesto. Después de un momento, él colgó el teléfono.

—¿Está todo bien? —quiso saber.

—Se me acaba de caer la noticia más importante que tenía para el lanzamiento de la revista —respondió, pasándose una mano por el pelo—. Mi informante ha dado marcha atrás en delatar a Evans Chillton. ¡El capullo lo ha comprado!

—¿Evans Chillton? ¿El manager de los deportistas?

—El gilipollas usa a sus representados como tapaderas para vender sus mercancías —le dijo—. Mi informante no asistirá al evento que Evans realizará este viernes, y esa era una buena oportunidad para obtener más pruebas.

—¿Hablas de la fiesta que él dará en el club Diamond? —le consultó.

—Sí, solo ha invitado a capullos como él —contestó.

—He recibido una de esas invitaciones —replicó.

—*No me extraña para nada que te hayan invitado* —murmuró la señora presuntuosa por lo bajo.

Jerry abrió los ojos en par en par.

—¿Tú lo conoces?

—Evans también representa a varios golfistas, y va seguido a Ball White. Hemos jugado algunos torneos —explayó—. Y tú lo conocerías si te importara más el negocio de la familia.

—Deberías tener más cuidado a quien dejas ingresar al club —replicó Jerry.

—Evans puede ser un capullo, pero es el manager del momento y ni de coña le impediría el acceso. Los negocios son los negocios, hermanito —le aclaró—. Pero puedo ofrecerte mi invitación para ir al club Diamond si la quieres.

—Chillton ya presume que lo estoy investigando, y ha pedido que nieguen mi acceso a todos los sitios que él frecuenta.

—Yo puedo ir por ti —se ofreció Sofía.

Tanto él como su hermano intercambiaron miradas y sonrieron.

—Tú no eres el tipo de mujer que frecuentaría el Club Diamond —le explicó Jerry—. Además, no sabrías que hacer.

—No subestimes el poder de una mujer —dijo la señora presuntuosa—. Si piensas que el puesto de asistente es poca cosa para mí, entonces seré tu informante. Puedo hacerlo Jerry. Y si logro conseguir la información que necesitas de Evans Chillton, me darás el empleo y me pagarás más que a una asistente.

—¿Y si no lo consigues?

—Buscaré empleo en otro sitio.

—Vale, de igual modo, ya doy la nota por perdida.

Buen Dios, su hermano había enloquecido. Estaba metiendo una oveja en la boca de los leones.

—Andrew puede llevarte al evento.

Parpadeó.

—¿Bromeas? No iré a ningún sitio con ella. No quiero que mi imagen se vea perjudicada al verme acompañado por la mujer más odiada del momento.

—Tú eres el que ha recibido la invitación —murmuró él—. ¿De qué otro modo Sofía podría ingresar?

—Ese no es mi problema —dijo a través de los dientes.

Sofía lo miró boquiabierta.

—Solo tendríamos que llegar juntos al evento, gilipollas.

Jerry tamborileó los dedos sobre el escritorio y levantó una ceja.

—Cuando llegaste me pareció que mencionaste que querías que nuestra relación fuera más estrecha, y dijiste que ibas a demostrarme que no eras el jodido egoísta que todos pensamos que eras.

¿Su hermanito intentaba chantajearlo emocionalmente?

—Y este es tu momento para demostrarme que no eres un ventajista. Acompañarás a Sofía y le darás toda la información que tengas sobre Evans Chillton. Y cuidarás que nada malo le suceda a ella o Cece me cortará las pelotas.

Lo observó a través de los ojos entornados.

—Pero el evento es mañana a la noche.

—Entonces tendrás que aprovechar cada segundo que te queda.

Sofía miró su reloj y se levantó del asiento, luego le entregó una tarjeta con su número.

—Llámame para acordar el horario que pasarás por mí mañana —le dijo—. Prometo no defraudarte, Jerry.

—¿A dónde demonios crees que vas? —Inquirió él, molesto—. Si debo ser tu maldito niño, hay cosas que debes saber primero.

—No puedo quedarme, tengo otros asuntos que tratar —respondió ella

como si nada.

—Oh, claro, porque aquí tú eres la única persona con obligaciones.

—Andrew... —musitó su hermano en un tono de advertencia—. ¿Por qué no llevas a Sofía al sitio a dónde debe ir?

¡Genial! Ahora también le pedía que fuese su chofer. Respiró hondo. Solo lo haría para demostrarle a Jerry que su interés por arreglar sus diferencias era verdadero.

—Vale, seré tu jodido taxi y mientras tanto, aprovecharé y te hablaré de Evans Chillton. Te advierto que si crees que yo soy un gilipollas, espera ver lo que hallaras en el club Diamond.

—Sé cuidarme sola, pero escucharé encantada lo que tengas que decirme —dijo con un fingido interés—. Tengo que recoger a Tom de la escuela, así que será mejor que te apresures.

Él miró el techo y resopló.

—¡Madre de Dios! —Gimió—. Había olvidado que tenías un niño.

4. EL DESALOJO

LE HABÍA pedido a Andrew que se marchara cuando la dejó con su coche en la puerta de su mansión en Hampstead, uno de los barrios más adinerados de Londres. No quiso parecer una grosera, aunque él le resultara un hombre despreciable y completamente engreído, pero había visto unos oficiales paseándose por el jardín de su casa. Tuvo un mal presentimiento y ni chiflada dejaría que él la viera en problemas. Las piernas se le aflojaron cuando observó que sacaban los muebles de su propiedad. ¡Ellos habían irrumpido en su casa! Hizo que Tom esperara en las hamacas que tenían en el parque mientras ella ingresaba a la residencia. Buscó al hombre que estaba a cargo y se le fue al humo.

—¿Qué diablos creen que hacen? —Gruñó—. ¡Nadie los ha dejado entrar!

—Lo siento señora Truswell, pero es una orden del juez —dijo, enseñándole un documento que lo certificaba—. Sus propiedades, muebles y vehículos, ahora le pertenecen al estado.

Sentía como si estuviese viviendo la vida de otra persona. Su abogado no le había avisado que esto podía sucederle. Soltó un bufido cuando no se pudo comunicar con él. La mente se le puso en blanco y se paralizó, mientras veía como embargaban sus cosas. Su hogar era lo último que le quedaba y al quitárselo, era como córtale las manos.

—¡No pueden hacerme esto! —Gritó desesperada—. ¡Quiero que ahora mismo se larguen de mi casa!

—Solo cumplimos con la ley, señora Truswell.

El pecho se le comprimió cuando empezaron a cargar los muebles de la alcoba de su hijo. Ella golpeó a los hombres enceguecida para que dejaran sus cosas en donde estaban. Ya no aguantaba más. No tenía más fuerzas para luchar. Ni siquiera se había dado cuenta que las manos le sangraban por clavarse las uñas. Se quebró en llanto mientras los oficiales la hacían a un lado para seguir haciendo su trabajo.

—¿Qué ocurre, mamá? —preguntó Tom al ingresar a la casa.

Su mundo se derrumbó cuando observó la expresión del rostro de su hijo. Había pánico en sus ojos. Y ella no podía tranquilizarlo y decirle que todo saldría bien. Habían quedado literalmente en la calle. Se suponía que debía cuidarlo y evitar que pasara por situaciones como esas. Se limpió las lágrimas con las yemas de los dedos. No quería que Tom se asustara aún más de lo que estaba al ver a su madre tan aterrada como él. Se esforzó por sonreír y transmitirle que todo lo que sucedía a su alrededor no era grave.

—Estos señores han venido a limpiar nuestra casa, cariño —dijo en un tono divertido.

—¿Y por qué se están llevando mis cosas?

—Porque compraremos cosas nuevas.

—Pero a mí me gustan las que tengo.

—Quítese del medio, señora Truswell —dijo el oficial—. Nos hace perder el tiempo.

Apretó la mandíbula.

—¿Podrían tener un poco de consideración por el niño? —Inquirió—. Dejen que él se lleve sus juguetes.

El oficial entornó sus ojos pequeños y crueles.

—A mí también me hubiese gustado que su empresa hubiese tenido consideración con el dinero de mi madre —contestó con marcado rencor—. Y apuesto a que cada uno de estos juguetes vale lo que cada uno de nosotros cobra en un mes.

Él disfrutaba tenerla de los cojones. Más de una persona estaría feliz de ver la caída de la mujer más odiada de Londres. Quería gritarles que a ella le hicieran todo lo que quisieran, pero que su hijo era solo un niño inocente. Una víctima de toda la mierda que le estaba sucediendo.

—¡Pocky! —Gritó Tom—. ¡No se lleven a mi Pocky! —exclamó, siguiendo al hombre que cargaba su robot, el último regalo que Steve le había hecho.

Intercambió mirada con el oficial y le imploró que se lo entregara.

Tom corrió hacia ella y le rodeó las caderas con sus brazos.

—Prometo portarme bien, mamá, pero no te lleves a mi Pocky —le pidió entre sollozos—. Vende todos mis juguetes y no me compres ninguno nuevo, pero solo déjame a Pocky —le imploró.

El corazón se le rompió en mil pedazos. Ni en su peor pesadilla se imaginó hallarse en esa situación. Si debía arrodillarse para que su hijo recuperara a Pocky, juraba por Dios que lo haría. Haría cualquier cosa para evitar el sufrimiento de su hijo.

—Por favor... se los ruego... —le imploró—. Denle el juguete a mi hijo. Pueden llevarse todo lo demás.

El oficial hizo un gesto con la boca. Haciendo de su agonía más lenta, saboreando su humillación.

—Lo siento, pero la orden del juez es que debemos llevarnos todo lo que

está dentro de la casa —repuso—. Y eso incluye los juguetes del niño.

Apartó a Tom y se dirigió hacia él para recuperar el robot, aunque eso significara hacerlo por la fuerza.

—¡Malditos mal nacidos! —Estalló furiosa, tironeando a Pocky de sus manos—. ¡Mi hijo es solo un niño! —siguió, golpeando al oficial con los puños.

—Apártese, señora Truswell, o la tendremos que detener por obstrucción a la justicia.

De repente, la rodearon con los brazos y la inmovilizaron.

—¡Suéltense! —Chilló, pataleando para zafarse de quien la había sujetado—. ¡No pueden hacerme esto!

—¿Qué demonios crees que haces? —gruñeron, en sus oídos.

Si pensaba que su situación no podía empeorar, se había equivocado. Tenía al capullo más grande observando como la desalojaban de su casa.

—¡Suelta a mi mami! —gritó Tom, dándole un puntapié a Andrew.

—¡Deja de golpearme, niño! —Gruñó él—. Intento ayudar a tu madre.

Ella se soltó de sus brazos y se sorbió la nariz con el dorso de la mano.

—¿Qué haces aquí?

—Olvidaste tu bolso en mi coche —respondió él—. ¿Te están desalojando?

—¡Oh, no, solo estoy remodelando mi casa!

Él la sujetó del brazo y la hizo a un costado para que nadie escuchara.

—¿Te has vuelto loca? Tu hijo te está observando. ¿Acaso quieres que él

te vea como te esposan por agredir a un oficial?

Odio verse tan vulnerable delante de Andrew Smith. Puso todo su empeño para mantenerse entera, pero el agotamiento de varios días acumulados la desbordó y lloró contra el pecho del hombre que despreciaba. Y para su sorpresa, él se limitó a mantenerse en silencio y la contuvo entre sus brazos.

—¿Tienes un sitio para pasar la noche? —le preguntó.

Ella negó con la cabeza.

—¿Un familiar cercano?

—Toda mi familia está en América.

—¿Quieres que llame a tus amigas?

¿Llamar a sus amigas? ¿Y qué sintieran más lástima por ella?

—No quiero que nadie se entere...

—¿Qué te has quedado en la calle y perdido el reino de la señora Truswell? —terminó él.

Frunció el ceño.

—No me he quedado en la calle —replicó, alzando la barbilla—. Llevaré a Tom a un hotel y nos quedaremos allí hasta que mis abogados solucionen este mal entendido.

—Deberías replantearte un cambio de abogados —le aconsejó, a la vez que sacaba su billetera del bolsillo del pantalón, y cogió algunos billetes para dárselo—. Los vas a necesitar más que yo —dijo, poniéndoselos en la mano.

Ella se los tiró en la cara.

—No necesito tu dinero —mintió. Ni siquiera sabía dónde pasarían la

noche—. Puedo hospedarme en un hotel de cinco estrellas todo el tiempo que quiera.

Él curvó los labios hacia un costado, dedicándole su sonrisa engreída.

—Oh, cariño, si tuvieras dinero, no hubieras mendigado el puesto de asistente a mi hermano.

Él no le dio tiempo a responder. Giró los talones y sujetó a Tom de la chaqueta, y lo llevó hacia donde estaba el oficial que tenía a Pocky en su poder.

—Párate a un lado del oficial, niño —le ordenó él, sacando su móvil.

Puso los brazos en jarra y parpadeó.

—¿Qué crees que haces? —le cuestionó ella.

—¿Cuál es su nombre oficial? —Andrew leyó en voz alta la placa que él tenía en el uniforme—: Billy Tellerman —siguió—. En pocos minutos darás la vuelta al mundo, Billy, pero no precisamente por hacer bien tú trabajo, si no por quitarle el juguete a un niño.

El oficial que estaba a cargo del desalojo les ordenó a sus hombres que siguieran sacando sus muebles a la calle, y luego se acercó a Andrew.

—Amenazar a la autoridad es un delito.

Andrew miró a Tom y dijo:

—Si quieres recuperar tu juguete, será mejor que empieces a llorar.

Unió sus cejas castañas. ¿Qué demonios estaba haciendo?

Tom empezó a llorar y Andrew le tomó una fotografía al lado del oficial que sostenía a Pocky.

—Puedo hacer que todos ustedes pierdan su carrera con solo apretar un

botón —les advirtió.

—Estás cruzando la línea, ahora mismo puedo hacer que te arresten.

Andrew sonrió como el arrogante que era, y en ese instante le gustó que lo fuera.

—En su lugar, mediría sus palabras —chequeó el nombre de su placa—. Oficial Hadson. Con solo un llamado puedo hacer que lo despidan, pero que lo despidieran no sería suficiente y creo que la señora Truswell piensa lo mismo. Le juro que puedo convertir su vida en un verdadero infierno con solo apretar un botón, y se ganará el repudio de toda una sociedad por quitarle el cochino juguete a un niño de ocho años.

—Tengo nueve —lo corrigió Tom.

El oficial Hadson dejó sus narices muy cerca a la de Andrew. Y ella creyó que todos terminarían tras las rejas.

—¿Quién demonios se cree que es?

—Andrew Smith, probablemente no me conozca y en este momento, esa es su gran desventaja —murmuró en un tono tranquilo—. Pero si coopera, puedo hablar bien de usted con Boris Lasting, el jefe de la policía, cuando juguemos al golf este domingo. Estoy seguro que al señor Lasting no le gustará oír esta historia.

El oficial Hadson hizo una seña a su hombre para que le entregara el robot a Tom. El capullo lo había logrado. Andrew no solo intimidaba con su metro noventa, él irradiaba poder en cada centímetro de su cuerpo. Su presencia no era inadvertida para nadie. Tom corrió hacia ella con miedo de que le volvieran a quitar a Pocky. La abrazó y presionó la mejilla contra su cadera y ella le dio una palmadita de consuelo.

—Recoge la ropa que puedas que los sacaré de aquí —murmuró Andrew, como si lo que acababa de suceder le diera el derecho de decidir lo que debía hacer. Pero no tenía fuerzas para contradecirlo, así que asintió.

—¿A dónde piensas llevarnos? —quiso saber.

Después de un momento de silencio, él respondió:

—A mi casa.

5. NORMAS DE CONVIVENCIA

SU SITUACIÓN era pasajera, pronto todo volvería a la normalidad. O eso era lo que ella quería creer. Andrew los llevó a su departamento que lo tenía en pleno corazón de Londres. Tom le sujetó la mano cuando las puertas del ascensor se abrieron en la última planta del edificio que ocupaba todo el piso de Andrew. Él le pidió a su casa inteligente que encendiera las luces. El sitio era como su dueño: carecía de la calidez de un hogar. Todo estaba minuciosamente ordenado. El ambiente era amplio con colores monocromáticos en blanco y plateado. Unos ventanales de vidrios daban a la terraza y se podía ver el río Támesis. La vista era preciosa.

—Lindo piso —murmuró.

—¿Verdad que sí?

«Egocéntrico».

Bajó la vista cuando Tom le jaló la mano.

—No quiero estar aquí —susurró

Ella tampoco.

—Nos iremos pronto, cariño.

Andrew los miró y sonrió.

—Siéntanse como si estuvieran en mi casa —les dijo, quitándole de la mano la única maleta que había podido sacar de la mansión—. Les enseñaré su alcoba para que se instalen.

—Que amable —repuso, mientras lo seguían—. Pero no nos quedaremos

por mucho tiempo.

Él chasqueó la lengua.

—Eso espero...

«Gilipollas».

—Cuando quieran algo y no sepan dónde está, solo deben preguntarle a Lucy.

—¿En dónde encontraremos a Lucy? —quiso saber Tom.

Andrew se volteó y se inclinó para ponerse a la altura de Tom.

—Lucy está en todos lados —respondió—. Saluda a nuestros huéspedes, Lucy.

—Bienvenidos a la residencia Smith —dijo una voz femenina que no supo de donde salió.

Tom abrió grande los ojos, sorprendido.

—Uauu... —gimió—. Es una casa del futuro.

—Haz encontrado una nueva amiga para Pocky —comento ella.

Andrew hizo una mueca.

—Lucy no es un juguete —murmuró, molesto—. Es el alma de esta casa. Mi compañera.

Solo una máquina podría compartir tiempo con un capullo como él.

—Lamento haber ofendido a tu compañera —dijo con evidente sarcasmo. Echó una ojeada a su alrededor—. Es un placer Lucy, donde quieras que estés.

Él entornó los párpados.

—Los llevaré a su habitación.

Andrew les fue enseñando su lujoso piso y les dejó en claro que por ningún motivo debían ingresar a su despacho. Y ese era un gran motivo por el que ella ahora quería conocer su oficina. La alcoba tenía un estilo sobrio igual que el resto de la residencia, en tonos blancos y metálicos. Él dejó la maleta en el suelo.

—Imagino que querrás dormir con tu hijo.

—Imaginas bien.

Hubo un silencio incómodo.

—Vale, entonces los dejaré para que puedan instalarse —murmuró. Él se volvió de la puerta y agregó—: Antes que me olvide, el personal trabaja de seis a nueve, si quieren algo después de esa hora tendrán que preparárselo ustedes. No me gusta que me hablen a la mañana y muchos menos oír ruidos, espero seguir conservando esa rutina.

No hacer ruido con un niño de nueve años iba a ser una misión imposible. Ella se cruzó de brazos.

—¿Hay algo más que debemos saber?

—Es solo eso por el momento.

Ella cerró la puerta cuando él se retiró de la habitación. Cerró los ojos y resopló.

—Quiero volver a casa, mamá.

—No podemos, cariño.

Tom apretó a Pocky contra su pecho.

—Él no me gusta, tiene cara de malo.

A ella tampoco le gustaba. Pero él era su única alternativa hasta que pudiera pensar con normalidad. Se acercó a su hijo y le sujetó el rostro entre sus manos.

—Te prometo que esto será solo temporal, cariño —explayó—. Pronto nos iremos, mientras tanto tendremos que hacer lo que Andrew nos pide.

El labio inferior de él empezó a temblar.

—Pero no quiero estar aquí.

La garganta se le hizo un nudo.

—Lo sé, cielo —le apartó un mechón de pelo de la frente y lo besó—. Pero tendrás que hacer un esfuerzo hasta que pueda conseguir otro sitio. ¿Harás eso por mami?

Él asintió como el muchacho bueno que era.

—¿Tienes hambre?

—Mucha.

—Iré a ver que tiene este señor pomposo en la nevera, luego te darás un baño y te meterás en la cama —le avisó—. Ni creas que faltarás a la escuela mañana.

Tom resopló.

—¿Cuándo te olvidarás de la escuela?

—Cuando obtengas tu título en la universidad —respondió—. ¿O prefieres quedarte aquí haciéndole compañía a Andrew?

Tom apretó los labios.

—Prefiero ir a la escuela.

—Ese es mi chico —replicó, cerrándole un ojo.

En menudo lío se había metido. ¿Qué diablos se le había pasado por la cabeza al llevar a esa mujer y al niño a su casa? No era su problema que los hubieran desalojado. Si su hermano no lo hubiera desafiado a que él no podía hacer nada por los demás, probablemente no lo hubiera hecho. Quería demostrarle que estaba equivocado. Jerry tendría que tragarse sus palabras. Él le había pedido que ayudara a su asistente a entrar al evento que daría Evans Chillton, y no dejaría que un desalojo impidiera cumplir con su parte del trato para tener una cercanía con su hermano menor. Luego del evento les pediría que se fueran de la casa. Un día no era mucho tiempo. Podría soportarlo.

Golpeó la bola blanca con el palo de golf y la embocó en el hoyo que tenía en la oficina para jugar cuando atravesaba situaciones de mucho estrés. Él disfrutaba tener a la arrogante señora Truswell en sus manos. Ella seguía teniendo esa mirada altiva a pesar de haberlo perdido todo. En cierto modo, ellos se perecían, solo alguien con una cerviz dura podía soportar tener toda una sociedad en su contra. Otra persona en su lugar, se hubiera desmoronado. Levantaba la galera por ella. Acomodó la bola blanca cerca de los pies y estudió su próximo lanzamiento. Erró el tiro cuando abrieron la puerta de su despacho de golpe.

—Tenemos que hablar —dijo la señora presuntuosa.

Unió sus oscuras cejas.

—Creí haber sido claro cuando mencioné que mi oficina era sagrada —gruñó.

Ella cerró la puerta a sus espaldas e hizo de cuenta como si él hubiese hablado con la pared.

—¿Cuánto me costará lo que has hecho hoy por nosotros? —le cuestionó.

Apoyó las dos manos en el palo de golf y esbozó una media sonrisa.

—Tómalo como una beneficencia de caridad.

Soltó un bufido.

—Tú no eres esa clase de persona, y no me quedaré tranquila hasta que no me digas que pedirás a cambio —murmuró, alzando la barbilla.

Él achicó los ojos.

—¿Y qué clase de persona soy?

Ella se cruzó de brazos.

—¿De veras quieres jugar a este juego?

—Por favor... —insistió.

—No eres más que un maldito egoísta que no le haría un favor ni a su propia madre.

—La muy zorra nos dejó cuando apenas éramos unos niños —replicó.

Ella apoyó las manos sobre el respaldo de una silla y adoptó una pose soberbia.

—¡Oh, por Dios! —Gimió—. Ese es tu jodido problema. Sigues siendo ese niño que su madre abandonó, y actúas como un patán para que todos crean que tú eres el que abandona y que nadie puede lastimar esa corteza dura —continuó—. Apuesto a que en tus noches solitarias te preguntas que fue lo que hiciste mal para que ella te dejara. Tal vez tú sí seas del problema, porque tu hermano tampoco te quiere cerca.

Oh, ella estaba jugando con fuego. Todavía no había caído en la posición en la que se encontraba. La respetada señora Truswell había dejado de existir

en el mismo momento en el que perdió todos sus millones y él se iba a encargar a que lo recordara. Quebraría su orgullo en mil pedazos. Acortó la distancia que había entre ambos. Le abrió la chaqueta con el palo de golf y clavó sus ojos en sus pequeños pechos.

—Puede que no estés tan equivocada y al final decida obtener un beneficio a cambió —murmuró, sugerente.

La señora arrogante levantó su mentón con altivez.

—Finalmente nos estamos entendiendo.

Ella no parecía estar dispuesta a ceder. ¿Qué tan lejos podía llegar su orgullo?

—Quiero que te quites la camisa —le ordenó.

La señora presuntuosa irguió los hombros y empezó a desabrocharse los primeros botones de la camisa, a la vez que mantenía su mirada en sus ojos, desafiándolo a que nada podía destrozarla. Admiraba su valentía. Pero eso no significaba que no iba a enseñarle quien era el que tenía el poder en esa habitación. La tironeó hacía él y se apoderó de su boca. Sintió su resistencia al principio y esperaba a que lo detuviera, pero ella seguía desafiándolo abriendo más su boca. La besó con dureza, furiosamente.

—Voy a follarte aquí mismo y lo haré hasta que me canse —le advirtió para que se rindiera de una maldita vez.

Ella se quitó la camisa y la arrojó al suelo, y lejos de ponerse a temblar, ella sonrió.

—Entonces que estás esperando.

Él enrojeció violentamente por su testarudez, y odio que una parte de él estuviera reaccionando y traicionándolo al sentirse atraído por esa mujer

desagradable que no lograba intimidar. Culpó al sexy brasier melocotón que hacía que sus pequeños pechos se vieran apetecibles. Quería acabar con ese juego estúpido. Ella solo debía rendirse. Y entonces la levantó y la arrastró hacia el escritorio, le cubrió los senos con las manos y se los masajeó. Levemente le pareció oír que un jadeo había escapado de los labios de ella. Era una sensación exquisita, una guerra de poder que ninguno de los dos quería rendirse primero. Pero él nunca había forzado a una mujer a tener sexo y tampoco lo haría. Apartó la boca de sus labios y la miró a los ojos.

—Lo único que en este momento puedes ofrecerme, no me interesa — repuso entre jadeó—. Eres muy sosa para mí, nena.

Implícitamente, ella había ganado y la señora Truswell lo sabía. Tomó la camisa del suelo y se la dio para que se cubriera.

—Ahora vete de mi despacho y no vuelvas a entrar si no te lo pido.

Ella se abotonó la camisa con las manos temblorosas a pesar que intentaba no mostrarse afectada. Y que ella no hubiera aguantado su endereza hasta el final, le dio un cierto placer.

—No te preocupes por eso, nos iremos mañana.

—Te irás después de que asistas al evento de Evans Chillton.

Ella chasqueó la lengua.

—Había olvidado que ese era tu pase para recibir las migajas de afecto de tu hermano —musitó sin querer dar su brazo a torcer y no pudo evitar sonreír por eso—. Toma ese favor como mi pago.

Él no lo consideraba precisamente como un favor, debido a que ella también se beneficiaría al asistir al evento de Evans. Pero lo dejó pasar por alto. Sus agallas habían hecho que ganara su respeto.

—Y antes que me olvide, señora Truswell, quería recordarle que Lucy lo ve todo, por si te tientes en llevarte algo que no te corresponde.

La expresión de su rostro se ensombreció. Finalmente había logrado herirla.

—¿Acaso piensas que me quedaría con algo que no me pertenece?

Él acomodó la bola blanca en el césped artificial y midió su próximo tiro con el palo de golf antes de decir:

—¿Cómo crees que responderían los clientes de Sky Green a esa pregunta?

—¡Vete al demonio! —chilló.

Sus labios se curvaron en una sonrisa perversa.

—¡Oh, sí, nena, era eso lo que quería oír!

6. EL MANAGER DE LAS ESTRELLAS

LE HABÍA pedido a Rachel que cuidara de Tom por esa noche, mientras ella se aseguraba de conseguir el puesto de asistente o lo que fuese en la revista de Jerry. Necesitaba el empleo para mantener a su hijo y ofrecerle un techo propio. Le había pedido a Tom que no le dijera nada a Rachel del desalojo y mucho menos, que ellos estaban viviendo de prestado en la casa de Andrew Smith. Había tratado de evitarlo después de lo que había sucedido el día anterior. Él quiso doblegarla ejerciendo su poder, pero él no se había dado cuenta que ella lo había perdido todo, que ya nada le importaba más que mantener a su hijo seguro. Una parte de ella había estado segura que él intentaba asustarla, demostrarle que la tenía en sus manos, y que no iba a llegar tan lejos como Andrew había querido que creyera. Pero no contó con que iba a disfrutar de ese juego de seducción y eso la aterrorizó. Habían pasado más de cuatro años de la última vez que un hombre la había besado y le echó la culpa a la carencia de caricias a la reacción de su cuerpo.

Se puso en las orejas los únicos pendientes que se habían salvado de ser empeñados. Cobró fuerzas antes de salir de su alcoba y se dirigió a la sala donde la esperaba Andrew para ir juntos al Club Diamond. Se detuvo de golpe cuando lo vio parado delante de la chimenea. Él era alto, estilizado, de mirada acerada y fuerte, era un diablo muy guapo y como siempre, vestía como si la ropa la hicieran a su medida. No se extrañaba que eso no fuera así. A su difunto marido le parecía una pérdida de tiempo esos detalles de coquetería.

—¿Por qué demonios todavía no te has cambiado? —gruñó él, mirando su reloj.

Ella si lo había hecho. Se había puesto un elegante vestido negro de mangas largas y recogido el pelo con un moño plateado. A Steve siempre le había gustado su estilo sobrio.

—Porque no lleve un vestido que se me vea el trasero no significa que no esté apta para la ocasión.

Él apretó la mandíbula.

—Pero resulta que vamos a un jodido club y no a ver al Papa.

Ella se cruzó de brazos.

—Me gusta mi atuendo.

—¿No tienes un vestido más atrevido en tu guardarropa? —quiso saber.

—Este es mi vestido más atrevido.

—¡Madre mía! —Gimió—. Pero si parece que tuvieses ochenta años y estoy seguro que todavía no tienes ni treinta.

Tenía veintinueve años. Ella se había acostumbrado a vestirse como una mujer mayor para que la diferencia de edad que tenía con Steve no se notara tanto cuando los veían juntos. Andrew la señaló con el dedo índice y le pidió que no se moviera. Después de un momento, él regresó con un vestido de lentejuelas doradas y se lo arrojó.

—Ponte ese vestido para que podamos irnos —le ordenó.

Frunció el ceño.

—¿De dónde lo has sacado?

—¿De veras quieres saberlo, nena?

Puso los ojos en blanco.

—Prefiero seguir en ignorancia.

Ella se dirigió al tocador y se quitó el vestido y antes de hacer el cambio de vestuario, Andrew le abrió la puerta de golpe. Se cubrió rápido sus partes íntimas como pudo.

—Todavía no estoy lista —se quejó.

Él apoyó la espalda contra la pared y sonrió, con sus ojos clavados en su cuerpo.

—Quiero ver cómo te queda.

Y ahí estaba él otra vez, jugando a su juego de poder, intentando humillarla. No se había conformado con lo que había pasado el día anterior. No se había conformado con su derrota; de no obtener lo que buscaba: su rendición. Pero ella no le daría el gusto de obtener la última llama que le quedaba sin apagar, aunque los dos supieran que si él quería con un chasquido la terminaba de aplastar. Todavía poseía algo de la respetable señora Truswell, su orgullo.

Alzó el mentón mientras se cambiaba delante de él sin enseñar una gota de pudor, a pesar que por dentro se moría de vergüenza que él observara su desgarrado cuerpo. Esperó a que Andrew se le fuera encima como lo había hecho el día anterior, pero él solo se limitó a observar. Y se sintió un poco decepcionada que no lo hiciera. ¡Joder! ¿Qué estaba pensando? Debía ser una especie del síndrome de Estocolmo.

El vestido le quedaba un poco suelto en la cintura y que sus pechos fuesen pequeños, ayudaba a que no se preocupara a que se le escaparan por el escote que tenía adelante.

—A la dueña del vestido le quedaba mejor —comentó el capullo.

La comparación le molestó. Lo imaginó rodeado de mujeres guapas tratando de cazar al diablo millonario.

—Puedo regresar a mi primera elección.

—Por nada del mundo —repuso—. Que a la dueña del vestido le quede mejor, no significa que a ti no se te vea bien. Te has quitado unos años de encima, y será difícil que te reconozcan —¿se suponía que eso era un cumplido?—. Se nos hace tarde, debemos irnos. Pero primero debo hacer una cosa...

Él se le acercó y extendió un brazo y le quitó el moño del pelo.

—Luces mejor con el cabello suelto —comentó, mirando fijamente sus labios.

El corazón empezó a latirle más fuerte, cerró los ojos y esperó a que él la besara como la última vez.

—Deberías utilizar un pintalabios de un color más vivo —murmuró él en cambio.

Ella lo miró confundida mientras lo veía alejarse. No era que estuviese decepcionada porque no la hubiera besado. Él solo quería jugar con su mente. Se acomodó el pelo y salió con la frente en alto.

El club Diamond era el club nocturno del momento. Se notaba que Andrew era habitué del lugar, porque el guardia de la puerta los hizo pasar apenas los vio llegar, evitando que hicieran la larga cola de la entrada. Tuvo que acostumbrar los ojos a las luces de colores y los oídos a la música tan alta, hacía diez años que no iba a sitios como esos. Estaba completamente fuera de training. Intentó mover los hombros para no quedar tan fuera de onda, pero se dio cuenta que estaban herrumbrados. Se dirigieron hacia la

zona VIP del club, y pudo reconocer a varios deportistas famosos. Abrió grande los ojos.

—¡Madre mía! —Chilló—. ¿Ese es David Beck...?

—Ni se te ocurra hacer un alboroto o te sacarán de aquí de una patada — le advirtió, a través de los dientes.

Puso los brazos en jarra.

—¿Por quién me has tomado? —Soltó un bufido—. Ni siquiera me parece apuesto —mintió con mucho descaro.

Andrew le apoyó una mano en la espalda y le susurró al oído:

—¿Quieres beber algo antes de conocer a Evans?

Ella asintió con la cabeza.

—Un Cosmopolitan.

—¿Todavía se sigue bebiendo esa cosa rosa?

—En mi época era un trago de vanguardia.

Él esbozó una media sonrisa.

—Sí, en los noventas —replicó—. No sé en qué pensó mi hermano al dejar que alguien como tú sea su informante.

Ella tampoco lo sabía. No tenía ni la pálida idea como haría para que un contrabandista confesara su delito para que Jerry pudiera publicarlo en su revista. Pero necesitaba el empleo y de algún modo lo conseguiría. Se acomodó el vestido y sonrió.

—Jerry sabe que soy una persona competente y que no me rindo tan fácil.

—Debes tener mucho cuidado con Evans, él no juega limpio.

—¿Y tú sí?

—¡Diablos! —Gruñó Andrew—. Ahí viene Evans.

De repente, no pudo respirar.

—Tienes razón, no puedo hacer esto.

Él la sujetó del brazo y la miró a los ojos.

—Si estás aquí es porque sabes que puedes hacerlo, Sofía —murmuró—. Evans no es muy diferente a mí.

—¿Y eso que significa?

—Que podrás con él.

Tragó saliva. ¿Él acababa de admitir que una ama de casa lo tenía agarrado de las pelotas? Por un segundo, el aire se volvió más caluroso y sintió que solo estaban ellos dos. Sacudió la cabeza para apartar las ideas raras que le venían a la mente.

—Soy la señora Truswell, claro que podré con él.

Andrew se acomodó los puños de la camisa y dijo por lo bajo:

—Solo un informante estúpido usaría su nombre real.

Arrugó el ceño.

—No planeaba usar mi nombre real —ni siquiera se había planteado esa opción.

Él le tomó la mano izquierda y disimuladamente, le quitó su alianza del dedo anular.

—Por esta noche serás una mujer soltera y sin hijos.

—¡Genial! ¿Ahora me dirás lo que debo hacer?

—¡Andrew! —gimió Evans.

—Vale, haré lo que tú me digas —respondió ella por él. Confió en que su interés por ayudarla era sincero.

Y el diablo le sonrió con picardía.

—Buena elección, nena —repuso antes de dirigirse al anfitrión—: ¡Evans! —lo saludó, con una palmada en el hombro.

El señor Chillton, su objetivo, vestía un traje caro y llevaba un bronceado como si recién hubiera llegado de las Maldivas.

—Pensé que no vendrías después de haberte ganado en el último partido.

—Soy un hombre sin rencor.

¡Ja! Sí, claro.

—También he invitado al CEO de los tenis que tú buscabas como sponsor —le avisó—. Le he hablado muy bien de ti —añadió, cerrándole un ojo.

—¡Estupendo! —Exclamó—. Hablaré con él, pero primero quiero presentarte a mi acompañante —murmuró, jalándola hacia delante.

Evans la desnudó con la mirada y sintió una arcada por su descaro. Estaba segura que si perdía su fama y su dinero, sería un don nadie. Y lo decía por experiencia.

—No está mal, pero no se parece a las mujeres que suelen acompañarte —murmuró como si ella fuese una mercancía.

Si por ella fuese, lo hubiera mandado al demonio.

—Porque las mujeres de mi tipo bajan de nivel cuando no les quedan otra elección —se defendió.

Andrew soltó una carcajada nerviosa y le rodeó los hombros con un

abrazo.

—Es nueva en el ambiente, no sabe lo que dice —la besó en la sien y susurró—: Recuerda que por esta noche no eres la señora Truswell. Limitate a sonreír a todas las gilipolladas que el capullo diga.

—Prefiero a las muditas de senos grandes —se mofó el anfitrión.

Y ella haría su mejor esfuerzo en hallarlo en alguna situación comprometida para que Jerry lo publicara en su revista.

—No la juzgues, Evans —dijo Andrew. Que la tierra la tragara si él la estaba defendiendo—. Sus pechos no serán grandes, pero lo que esta lindura hace con su boca lo recompensa.

¿Así planeaba él ayudarla con el gilipollas? ¿Haciéndola pasar por una mujer de la noche? Vale, la idea no era tan desacertada.

—¿Cómo te llamas preciosa?

—Sofía... —«idiota, no des tu nombre»—. Sofía Queen —ese era su nombre de soltera y el que usaba cuando era modelo.

Evans le sujetó una mano e hizo que girara para él.

—¡La reina! —Exclamó—. Te veo cara conocida, dulzura.

«Tal vez me hayas visto en las noticias, periódico o en todo internet».

—Soy modelo —se apresuró en responder, seguido de una risita tonta.

—Entonces debe ser por eso...

—Iré a la barra por unos tragos —interrumpió Andrew—. Solo por ser tú, te prestaré mi joya hasta que regrese.

Andrew le rodeó la cintura con un brazo y la besó en la boca sin que ella se lo viniera venir, luego se retiró dejándola completamente desencajada. Si

no lo conociera, hubiera creído que él intentaba marcar territorio. Evans aprovechó a que habían quedado solos para deslizar su dedo por su escote.

—¿Qué tan cierta es la fama que te ha hecho Andrew? —preguntó, poniéndola a prueba.

Debía pensar en frío y rápido. Evans Chillton solo debía tener ojos para ella. Cogió el dedo que tenía en su escote y se lo llevó a la boca y lo saboreó, al mismo tiempo que le lanzaba una mirada seductora. Esperaba que todo quedara en el olvido una vez que cruzara la puerta de salida.

—¿Cómo ha hecho Andrew para atraparte?

Enarcó una ceja.

—¿Y por qué piensas que él me ha atrapado?

—¿Todavía tengo una oportunidad?

—Depende que tengas para ofrecerme.

—Deportistas, dinero y un viaje al paraíso si así lo quieres.

Con que él le diera un poco de su mercancía le alcanzaba y sobraba para tenerlo.

—Por el momento me conformo contigo.

—Eres atrevida, ¿lo sabes verdad?

Soltó una maldición cuando uno de los deportistas que él representaba lo llamó.

—El deber me llama —dijo—. Estaré en el VIP rojo, por si te interesa continuar con la charla.

—Allí estaré.

Y era un hecho.

7. SEGUNDA OPORTUNIDAD

SINTIÓ una puntada fuerte en la sien y se quitó el antifaz que protegía sus ojos de la luz mientras dormía. Él no había estado soñando, oía música de fondo. ¡Y a la mañana! Amaba el silencio cuando despertaba y tener que levantarse cuando él no lo había decidido, lo irritaba inmensamente. Sacó las piernas de la cama y se puso una camiseta blanca mientras salía de la alcoba para echar a todos sus empleados. Ellos conocían sus reglas y sabían las consecuencias cuando se rompían.

Soltó una maldición al tropezar con un camión de juguete que estaba en medio del corredor. Contó hasta tres para no estallar. La señora Truswell tenía sus minutos contados en su casa. Él dio marcha atrás cuando halló la puerta de su despacho abierta. ¿Quién había tenido las agallas de entrar? Entornó los párpados al escuchar las risitas de un niño. Se agachó para observar debajo del escritorio. El intruso era digno hijo de su madre. Sus palabras no ingresaban en sus oídos. Tom abrió grande los ojos, aterrado. Y hacía bien en tener miedo.

—Dije explícitamente que nadie debía ingresar a mi oficina —gruñó.

Extendió el brazo, lo cogió de su blusa y lo sacó de su escondite.

—Jugaba a las escondidas con Lucy —se excusó el niño.

—¿En mi oficina?

—Era el único sitio en donde Lucy no me encontraba.

—Porque Lucy también tiene prohibido ingresar a mí despacho —replicó, cargando con él en un brazo.

—¿Tú has estado con todos esos famosos de las fotos? —cambió Tom repentinamente el tema.

Él tenía varios portarretratos con personas conocidas en su despacho.

—Sí.

—¿Puedes presentarme algunos?

—¡Señora Truswell! —rugió.

Encontró a la madre del intruso invadiendo su cocina. Soltó al niño cuando observó el enchastre que estaba haciendo. ¡Esa mujer iba a matarlo del disgusto! Apagó la música que ella estaba escuchando desde su iPhone.

—¿Dónde están mis empleados? —quiso saber.

Ella sacudió los hombros y se llevó una mano al pecho.

—Me has dado un buen susto, Andrew —explayó—. Le he dado el día libre al personal.

Frunció el ceño.

—¿Por qué has hecho eso?

—Porque hace un bonito día y nosotros podemos arreglarnos.

—Resulta que les pago un sueldo para que trabajen —replicó. Señaló al niño y añadió—: Lo hallé en mi despacho y creo haberles dejado en claro que no podían entrar, igual que estaba prohibido hacer ruido a la mañana.

—Ya es medio día...

—¡Me importa un demonio que hora es! —Estalló—. ¡Mi casa, mis reglas!

—Mide tus palabras delante de mi hijo.

—Entonces dile que se vaya porque tú y yo tenemos que hablar.

Ella le pidió a su hijo que se dirigiera a la alcoba a ver dibujitos animados y luego volcó toda su atención sobre él cuando quedaron a solas.

—Porque siempre tienes que ser tan... —soltó un gruñido—. ¡Me desesperas!

Echó el rostro hacia atrás y parpadeó.

—¿Yo te desespero? —Repitió—. Solo me has traído dolor de cabeza desde que te traje a mi casa para que no quedaran en la calle.

—¡Nunca pedí tu ayuda! —chilló ella.

—¿Por qué diablos te fuiste anoche del club sin avisarme? Hasta casi logras que me preocupe por ti —lo escupió de una vez.

Ella había desaparecido del club al poco tiempo que habían llegado. Y no se había ido con Evans porque no le había quitado los ojos en toda la noche.

—Por suerte no lo hiciste —dijo, mordaz—. Me fui cuando encontré lo que buscaba y no quise arruinarte la noche al pedirte que me trajeras de regreso.

Alzó una ceja.

—¿Tienes pruebas contra Evans?

—No precisamente.

A él se le escapó un bufido.

—Solo has hecho que perdiera de mi tiempo.

Ella se cruzó de brazos.

—¡Ja! ¿Y por eso fue que regresaste a las cinco de la madrugada? Creo

que anoche la pasaste muy bien.

Él se había quedado en el club hasta asegurarse que Evans se había ido solo. Pero ni de coña le diría a la señora Truswell que él sí se había preocupado por ella.

—No hay nada mejor que unos pechos enormes para pasar una buena noche.

Ella arrugó la nariz.

—Evita los detalles.

Se inclinó hacia ella y le quitó el resto de harina que tenía en la mejilla con las yemas de los dedos. Se apartó con torpeza cuando se sintió tentado de besarla. ¿Qué diablos le estaba pasando? Odiaba a esa mujer testaruda, engreída, y que le importaba un esparrago lo que él decía.

—Ya no es obligatorio que sigas aquí —la quería fuera de su vida o él enloquecería—. Cumplí con mi parte del trato y Jerry reconocerá que se equivocó al llamarme egoísta ventajoso.

—En tu lugar no estaría tan seguro.

—¿Qué significa eso?

—Lo sabrás cuando estemos en la editorial de tu hermano.

—¿Estemos? —inquirió, levantando una ceja.

—Hablé hace un momento con Jerry, y él quiere vernos a los dos — apoyó los codos en la isla de la cocina y siguió—: Puede que hable bien de ti con tu hermano y te ayude con la imagen del hombre ejemplar que quieres dar a tu familia.

—¿Cuánto me costará eso?

—¿Por qué piensas que mi gentileza tiene un precio?

—Porque aunque te cueste creer, tu y yo nos parecemos.

Ella abrió el horno y sacó unos muffins de espinaca.

—Vale, necesito que me hospedes por unos días más, hasta que consiga un alquiler que esté dentro de mi presupuesto.

—Si ese es el caso, te quedarás una larga temporada.

—Entonces convence a tu hermano para que me dé el empleo.

—Vaya, finalmente admites que estás en banca rota.

—A eso lo sabes con solo mirar las noticias —repuso—. No me obligues a rogarte. Tu casa es demasiado grande para ti solo y haré mi mayor esfuerzo para que ni siquiera notes nuestra presencia.

Por un demonio, su mente la quería bien lejos, pero su cuerpo la deseaba tanto que dolía. Quería encontrar una excusa para sacarla rápido de su vida, o ella terminaría doblegándolo a su antojo.

—Me resulta difícil de creer, sobre todo por el desastre que has hecho en mi cocina —murmuró, molesto—. ¿Sabes cuantas veces la he usado?

Ella se encogió de hombro.

—No lo sé.

—¡Nunca! —Gritó—. No me gustan los olores y esa es la razón por la que siempre como afuera.

—Ahora entiendo porque las alacenas estaban vacías —dijo, sacando tomates de una bolsa—. Tuve que ir al mercado, y espero que no te moleste que haya usado tu tarjeta. Hallé tu billetera cuando buscaba el anillo que anoche me sacaste de mi mano.

Él la miró boquiabierto.

—¿Alguna vez le han dicho que es bastante atrevida, señora Truswell?

El corazón le dio un vuelco cuando ella le dedicó una sonrisa que le iluminó todo el rostro.

—Hacía tiempo que nadie me llamaba así —comentó—. ¿Sabes? Cuando era modelo sino era atrevida, no me contrataba ninguna agencia, y luego me casé con Steve y mi vida cambió por completo. Me esforcé para ser la perfecta señora Truswell.

En realidad, ella se había esforzado para envejecer prematuramente. Odio a Steve Truswell por haberle apagado toda su chispa. Él dejó caer el cuerpo en la banqueta.

—Café, Lucy.

La cafetera se encendió. Paradójicamente, la única mujer que lo obedecía, era una máquina.

—¿Cómo has hecho eso?

—Diciendo: Café, Lucy.

Ella revoleó los ojos.

—También se lo he pedido a tu mujer cibernética, pero ella me ha estado ignorando desde que llegué.

—Tal vez mi chica no te quiere aquí —dijo, sonriente.

—¿Serías tan amable en pedirle que encienda la hornalla de la estufa?

—Enciende la hornalla, Lucy.

Sofía dio un paso hacia atrás cuando una llamarada fuerte salió de la estufa.

—¡Ahora ella ha querido incendiarme!

Sacudió la cabeza.

—¿O tú has estado muy cerca de la estufa? No difames a la única persona cuerda de esta casa.

—¡Lucy es una máquina!

Cogió un muffins de la bandeja y le dio un mordisco y a su pesar, tuvo que reconocer que estaba delicioso.

—¿Lastima, verdad? O hace tiempo me hubiera casado con ella.

Esperó a que Jerry le diera una respuesta después de haberle contado del encuentro que había tenido con Evans Chillton.

—A ver si entendí bien —dijo él despacio—. ¿Dices que escuchaste a Evans pactando con un cliente para hacer una entrega?

Ella asintió con la cabeza.

—¿Y robaste su móvil para tener otro encuentro con él? —Murmuró Andrew, en un tono que parecía bastante enfadado—. ¿Acaso no pensaste en el peligro que corrías? ¡Por un demonio, Sofía, debiste decirme! ¿Qué hubiera sido de tu hijo si a ti te sucedía algo malo?

Estaba tan entusiasmada por lo que había logrado, que no había pensado en ese riesgo.

—Primero, no le he robado el móvil, se lo tomé prestado y él en gratitud por devolverle su teléfono, me ha invitado a pasar el día con él mañana. Además, tú fuiste quien me dijo que podía con Evans Chillton.

Él echó peste por lo bajo.

—Porque yo estaba cerca, mujer testaruda.

—Pero a ella no le ha sucedido nada y consiguió que Evans le hiciera otra invitación —puso paños fríos Jerry—. ¿A dónde irán mañana?

—Evans tiene un partido de golf y quiere que lo acompañe porque piensa que soy su amuleto de la suerte.

Andrew escupió el café que acababa de beber.

—¿Él te llevará a Ball White?

—Sí, ahí fue donde dijo que me llevaría —afirmó—. ¿Ustedes ya han ido?

—Me temo que sí —repuso Jerry.

—¡Los Smith somos los dueños del club Ball White! —Chilló Andrew—. Y tú no entrarás a mi club mañana. Se jugará un torneo importante y nadie va a arruinarlo.

—Evans hará una entrega mañana en tu club, ¿y eso no te importa? —le cuestionó Jerry.

Él dejó la taza de café sobre el escritorio y se levantó abruptamente de la silla.

—Me importa más la mala prensa que recibirá Ball White si todo eso estalla en mi club —explayó—. Le he dedicado mi vida al negocio familiar y ustedes dos no lo van a arruinar por tener la primicia de una jodida noticia.

Jerry parpadeó.

—¿De verdad crees que arruinaría el negocio familiar por una historia? ¡Ni siquiera mencionaré a Ball White!

Se sintió un poco responsable que los hermanos Smith estuvieran

discutiendo en ese momento. Levantó la mano para pedir la palabra.

—¿Quieren escuchar mi opinión?

—No —respondieron los hermanos Smith a la vez.

Apretó los labios.

—Acompañaré a Evans a su maldito partido de golf le pese a quien le pese —dijo ella, decidida.

Jerry resopló.

—No tienes por qué hacer esto, Sofía —musitó—. Andrew tiene razón, algo puede salir mal y correrías el riesgo de salir lastimada.

—¡Exacto! —rugió Andrew.

—Necesito el empleo.

—Te has ganado el empleo, me has demostrado que eres buena en lo que haces.

Parpadeó.

—¿En serio?

—El lunes ocuparás tu escritorio de asistente.

Unió sus cejas castañas. Ser asistente ya no le parecía tan divertido.

—Pero quiero el puesto de informante.

—Y yo quiero pisar la luna —murmuró el mayor de los Smith.

¿Pero qué diablos ocurría con él? Que el capullo la subestimara de ese modo la enfureció.

—Te demostraré que puedo serte útil como informante, y si mañana no consigo atrapar a Evans haciendo su negocio oculto, el lunes te traeré el café

al escritorio.

—¿Si te digo que no lo hagas de igual modo lo harás, verdad?

—¡Sí!

—Buscar la noticia no es fácil, pero te daré otra oportunidad —asintió Jerry—. Y antes que me olvide, el café me gusta con dos de azúcar.

Su nuevo jefe también creía que ella no podía conseguirlo. El desafío había hecho que la antigua Sofía Queen cobrara vida.

—¿Te has vuelto loco? —Gruñó Andrew—. No seré cómplice de nada de esto. Ella no entrará mañana a Ball White —sentenció—. Y no volveré a ser su niñera.

—Ball White también me pertenece y Sofía acompañará mañana a Evans a su partido de golf, y así ella comprobará que el puesto de asistente es su mejor opción.

Se levantó de su asiento de un tirón.

—Los dos son unos capullos —observó furiosa a los hermanos Smith y añadió—: Entraré a tu maldito Club y seré tú jodida informante.

8. BALL WHITE

ERA UN día especial en Ball White que ningún miembro del club quería perderse. Asistían personas de la política, finanzas, empresarios, deportistas, eran esos tipos de eventos ideales para hacer lobby y compartir contactos disfrazados en un sano espectáculo. Se aseguró por tercera vez que su caddie llevara en su bolsa todos los palos de golf que necesitaba.

—Deberías tranquilizarte, primito, es solo un torneo —murmuró Lennon, mientras practicaba su driver antes que comenzara el partido.

—Sabes que es mucho más que un partido —dijo él, apretando la mandíbula—. La reputación del club está en juego.

—He traído a mi mejor equipo para vigilar a tu cliente estrella.

Lennon Smith, su primo, trabajaba para la inteligencia británica y estaba especializado en asuntos de narcotráficos.

—¿Y se supone que ahora debo estar más tranquilo?

—Tal vez Jerry se inventó toda esta historia para hacerte enfadar —explayó Lennon volcando su atención en su tiro—. Sofía aún no ha llegado y esa es una buena señal.

—Evans tampoco ha llegado.

Su primo sonrió cuando embocó la bola en el hoyo.

—Oh, sí, sigo siendo tan bueno como siempre —comentó él, sobándose su ego.

El primer regalo que recibía un Smith, era un palo de golf y estaba en la

sangre de la familia ser un buen jugador. Lennon no era solo un excelente golfista, también era bastante competitivo, por eso lo había llamado a él para que formara parte de su equipo en el torneo y no a su hermano menor.

—Supe que bautizaste a tu hijo —comentó como algo al pasar.

Lennon limpió su putter y le puso la funda, luego se la dio a su caddie para que lo guardara en la bolsa.

—Ya sabes... tengo una esposa a la que no se le pasa ningún detalle —repuso—. Quiere que el pequeño Sean sea un santo y que no se parezca tanto a su padre.

Por más que Lennon, quien en su momento había sido uno de los hombres más codiciado en las noches de Londres, quisiera aparentar ser ese mismo sinvergüenza, estaba perdidamente enamorado de Alegria, su esposa, y ella lo tenía comiendo de la palma de su mano. Él se puso la visera cuando el sol empezó a picar.

—Imagino que Alegria se habrá esforzado por hacer una recepción perfecta para su hijo. ¿Tuvo toda la familia invitada?

Lennon entendió la indirecta.

—Alegria quiso enviarte la invitación, pero le dije que a ti no te gustaba ese tipo de cosas. Quise evitar que te vieras en la obligación de asistir.

¿Por qué diablos suponían eso? ¡Sí nunca lo invitaban a los eventos familiares!

—Pude hacer una excepción.

Lennon parecía sorprendido.

—¿En serio? Lo tendré en cuenta cuando bautice a mi próximo hijo.

—¿Planeas agrandar la familia?

—No me parece una mala idea traer más Smith al mundo —se mofó—. Jerry me dijo que intentas recuperar los lazos de hermanos.

—¿Tú tampoco me crees, verdad?

Su primo le dio una palmada en la espalda.

—¿Por qué no debería de creerte?

Se voltearon cuando un murmullo se había levantado. Era evidente que Evans Chillton había llegado. Apretó los puños cuando lo vio del brazo con la señora presuntuosa. Ella se había salido con la suya.

—¿En qué demonios estaba pensando Jerry al pedirle que ella sea su informante? —gruñó.

Lennon se paró a su lado y murmuró:

—No lo culpes a Jerry, ni siquiera yo podría con Sofía Truswell, ella te mira de un modo...

—¿Qué te hace sentir un idiota?

—Sí —asintió—. Iré a avisar a mi equipo que no le saquen los ojos de encima a Evans Chillton.

—Por el amor de Dios, que ellos sean discreto —le pidió—. No quiero que vean a Ball White como un sitio de tránsito de drogas y mañana salga en las portadas de todos los periódicos.

Ball White era más grande de lo que había imaginado. Nunca antes había asistido a un evento de golf y no sabía que a ese tipo de torneos amateur asistieran tantas personas. Hasta tuvo miedo de cruzarse con algún conocido

de su antigua vida como señora Truswell. Se quitó sus gafas oscuras y sonrió a Evans Chillton que estaba recibiendo toda la atención de su público. Él disfrutaba ser idolatrado. Si el juego había empezado, entonces que repartieran las cartas porque ella no se iría hasta que el rostro de Evans apareciera en primera plana de la revista de Jerry.

Frunció el ceño cuando no vio a un Smith, si no a dos. Vestían una bermuda caqui y remera de polo con el logo de Ball White, simples pero imponentes, como todo un Smith. Ella había salido de su casa esa mañana antes que él despertara, porque sabía que trataría de convencerla para que no asistiera ese día al club. Andrew había sido listo al pedirle a Lennon que estuviera presente en el torneo. Él trabajaba para la inteligencia británica y le sería útil para mejorar la imagen de Ball White si Evans hacía sus negocios turbios en el club. Agradeció que Andrew no les pidiera a los guardias de la entrada que le prohibieran el ingreso. Y que él no lo hiciera suponía una cosa: la había subestimado al creer que no aparecería.

Andrew inclinó la cabeza cuando intercambiaron miradas y caminó despacio hacia donde ella estaba. El fuego de sus ojos le envió un claro mensaje: *Te saldrá caro haberme desafiado*. Tragó saliva. Su estadía en su casa corría peligro. Evans apoyó su mano en su espalda baja y sonrió a su rival en el torneo.

—Espero que no te enfades que te haya robado a tu acompañante —murmuró como si ella fuese su pequeño triunfo.

Andrew guardó sus manos en los bolsillos del pantalón y esbozó su sonrisa diplomática.

—Me gusta complacer a mis miembros más selectos —replicó—. Tu caddie tiene tu bolsa preparada y te está esperando con el resto de tu equipo. Que llegó hace tiempo —profundizó.

Evans la codeó para llamar su atención.

—Matis Vinces formará parte de mi equipo, ¿crees que tengo posibilidades de ganar?

Abrió grande los ojos. Matis Vinces era el jugador estrella del baloncesto, pero estaba fuera de la cancha por una lesión en el tobillo esa temporada, y se sabía que él tenía como hobby el golf. Se llevó el cabello hacia atrás de los hombros y pestañó. Coqueteó como una caza fortuna. Y ella había conocido a muchas de esas antes y después de casarse con Steve.

—No necesitas a Matis para ganar el partido —acarició su gran ego—. ¿Ya has ganado antes sin él, verdad?

—Pregúntaselo a Andrew, él siempre pierde por un hoyo —se mofó, pero antes se aseguró que todos los que estaban a su alrededor lo escuchara.

Su comportamiento reflejaba tanto su profundo ego como su necesidad de llamar la atención a todo el mundo. Andrew se balanceó hacia atrás y adelante con su estudiada sonrisa diplomática, pero en los últimos días lo había conocido demasiado para saber que por dentro era una caldera encendida.

—Tengo la sospecha que no necesitas de un amuleto de la suerte —replicó ella en un tono divertido o eso fue lo que intentó.

Sacudió los hombros cuando Evans le dio una palmada en el trasero.

—Claro que no nena, pero me gusta rodearme de cosas lindas.

Relajó el ceño cuando recordó a que había ido y soltó una risita boba. Se preguntó como hacían las mujeres para aguantar a un gilipollas como Evans Chillton. Él se retiró para reunirse con su equipo. Pero quedarse a solas con Andrew Smith era peor. No era una idiota, conocía el peligro.

—Tú... aquí... ahora —dijo una voz filosa cuando ella intentó seguir los pasos de Evans.

Era demasiado tarde para huir. Sacó la polvera de su bolso y se dio unos retoques mientras se miraba en el espejo.

—Se breve porque estoy apurada —no se atrevió a mirarlo a los ojos porque sabía lo tan enfadado que estaba.

—Creo que fui claro al pedirte que no vinieras —gruñó.

Cerró la polvera y la guardó en el bolso.

—Trabajo para Jerry —le recordó—. Él también es dueño de Ball White y tuve su autorización para venir.

—Pero resulta que mi hermano pequeño hace varios años que no pisa un campo de golf.

Ella suspiró.

—Las internas familiares no me interesan.

—Dile a Evans que tienes tu asunto femenino y te largas.

—No haré eso —repuso—. Jerry necesita de esta noticia para su revista, yo necesito el empleo y tú necesitas ganarte a tu familia. Si lo piensas bien, todos salimos favorecidos. ¿Acaso no fue por eso que le pediste a Lennon que viniera?

Él esbozó una mueca.

—Solo intento proteger mi club —murmuró, estirando cada palabra—. ¿Por qué estás sonriendo?

—Porque a mí no me engañas Andrew Smith, quieres atrapar a Evans tu solo y llevarte todo el mérito con Jerry.

—Vale, has adivinado, ahora largo de mi club.

—Tendrás que sacarme a la fuerza —lo desafió, mirándolo directamente a los ojos.

Un músculo hacía tic en la esquina de su mandíbula. Él era el diablo en persona.

—Y ni creas que me sacaras de aquí sin que arme un buen escándalo —le advirtió.

Rogó que eso sirviera para que él cambiara de idea. Andrew apretó su boca en una sonrisa cuando se dio cuenta que lo estaban observando.

—Te aseguro que esto te saldrá muy caro, cielo —susurró.

Ella se cruzó de brazos y enarcó una ceja.

—Mucha suerte en el partido, la necesitarás, ya que pierdes seguido. Parece que te cuesta embocar la bola en los hoyos.

Él achicó los ojos. Acababa de lastimar su ego y no sintió pena por eso. No podría enfocarse en Evans si tenía a Andrew encima de ella. Debía buscar una distracción. Piensa Sofía, piensa.

—Soy un Smith, y si pierdo es porque quiero.

Chasqueó la lengua.

—Sí, claro.

—Evans es uno de mis miembros estrellas, y los miembros estrellas de mi club siempre ganan.

—Entiendo...

—¿No me crees? —replicó.

—¿Qué cosa? ¿Que una de las personas más ególatras que conozco pierda porque quiere? Por supuesto que te creo —suspiró—. Y por sí no lo notaste, acabo de ser sarcástica.

—Le romperé el trasero de tal modo, que él pensará que tú eres su amuleto de mala suerte —dijo él como si escupiese fuego.

Perfecto, Andrew ahora se centrará en su juego y no en ella.

—Me gustaría ver eso —lo provocó aún más.

—Y lo verás, nena.

Se quitó la visera para ajustarse la coleta, y luego le hizo un nudo a la remera a la altura del ombligo para enseñar su abdomen.

—Deberías cubrirte un poco más —la regañó él.

—¿No fuiste tú el que me pidió que dejara de usar ropa de señora mayor?

—Y te fuiste al otro extremo, ahora usas ropa de adolescente.

—Admite que te pongo cachondo, cariño.

Él se humedeció el labio inferior con la lengua.

—Me pareces tan insulsa y aburrida, que me da pereza hasta imaginarme como sería estar dentro de ti, nena.

—Tus palabras son un poema para mis oídos.

Aunque su pulla sí le había dolido. Ella se había vestido lo más atrevida que había podido, muy diferente al atuendo que utilizaría la señora Truswell. Y esperaba que eso la ayudara a que nadie la reconociera ese día. Alegre le había dado una pollera blanca a tablas que después del embarazo ya no le entraba, y al ser más alta que ella, apenas le cubría los muslos. Andrew se inclinó hacia ella para ver más de cerca el logo que tenía la blusa, deslizó el

dedo por las iniciales AS bordadas con hilo azul.

—¿De dónde has sacado la blusa? —quiso saber, aunque él ya conocía la respuesta.

—De tu closet.

—¿Has entrado a mi alcoba?

—¿Qué? ¿No podía? —Preguntó con una falsa inocencia—. Solo mencionaste tu despacho, pero nada de tu alcoba.

Él se rascó la frente.

—¿Sabes? Me está importando una mierda arreglar los asuntos con mi hermano.

—Claro que te importa, como también te importa que se conozca quien es en realidad Evans Chilton, y voy a encargarme de eso.

—Y luego te irás de mi casa.

—Solo si me ayudas...

Andrew sacudió la cabeza.

—No es necesario que te quedes, Sofía —sonaba bonito su nombre saliendo de sus labios—. Hay hombres vigilando a Evans de cerca, y si ellos consiguen las pruebas, prometo que te las daré para que la publiquen en la revista.

Ella le hincó el dedo índice en el hombro.

—Pero resulta que quiero ser ver cuando él caiga —dijo—. El capullo tocó mi trasero.

9. UNICORNIO

ÉL ALINEÓ su drive, ajustó su posición y lanzó su swing. Que diría ahora la señora Queen después de dejar a varios competidores en el camino. Él estaba a dos hoyos adelante. El sabor a la victoria en su boca era una delicia.

—Buen tiro —murmuró Lennon, luego de colgar con su esposa.

—Pudo ser mejor —gruñó.

Lennon se apoyó en su palo y esbozó una media sonrisa.

—Qué pasó con la parte en la que debíamos dejar ganar a los miembros estrellas del club, pues mírate ahora, enseñando todo el talento Smith. Ellos sabrán que los has estado engañando durante todo este tiempo con tu mala racha.

—Hubo un cambio de planes a último momento.

—¿Y la señora Truswell tuvo algo que ver en ese cambio?

—Señora Queen —lo corrigió—. Truswell era el apellido de su difunto marido.

La mirada que le lanzó su primo no le gustó nada.

—Lo siento, no sabía que te molestaba...

—¿Cómo está Sean? —lo interrumpió.

Alegra lo había llamado para avisarle que había tenido que llevar a su hijo al hospital porque no dejaba de llorar.

—Él está bien, el pediatra ha dicho que no era nada grave, solo cólicos — le contó—. Sustos de padres primerizos. Lo entenderás cuando tengas hijos.

—Dejé partir ese tren.

—Pensarás así hasta que aparezca el tren de refuerzo.

Se volteó hacia sus espaldas cuando oyó otra vez la risita de la señora Queen. Ella parecía estar divirtiéndose con el capullo de Chillton y su nuevo representante, Matis Vince. Consideró que estaba llevando muy lejos su actuación de caza fortunas. No era necesario que acariciara el brazo de Matis, vale, podía ser el deportista del momento, pero tampoco entendía que era lo que le veían. Matis estaba sobrevaluado. Por un demonio, él le estaba rompiendo el trasero y no ganaba sus millones encestando una pelota en un aro. Él tenía un trabajo de verdad.

—Parece que la señora W... Queen no la está pasando nada mal con Matis Vince —comentó Lennon.

Él hizo un gesto con la boca, mientras se dirigía a buscar la bola.

—Creo que ella elegirá alguien más joven esta vez, no como su primer marido —dijo Lennon—. Aunque si ella es como la llaman en todos lados...

Su caddie sacó la funda de uno de sus palos y le entregó el hierro.

—¿Y cómo le dicen? —preguntó curioso.

—La viuda negra, pero esto fue antes de la quiebra de Sky Green.

Conocía a Sofía, y ella no era esa clase de mujeres. Solamente alguien que no había pasado ni cinco minutos con ella podía decir semejante basura.

—La señora Queen tiene muchos defectos, demasiados para mis gustos, pero no es una viuda negra.

—Conozco a los hijos del primer matrimonio de Steve, y ellos opinan lo contrario —insistió su primo.

—¿Hablas de los mismos chicos Truswell que nunca han trabajado y que se rumorea que se han lapidado la herencia de su padre a cuatro años de su muerte?

Lennon quebró las muñecas y le enseñó las palmas de las manos.

—Solo repito lo que dicen.

—En boca cerrada no entran moscas, querido primo.

Si la bola entraba en su próximo tiro, se iría al descanso con una gran ventaja a su favor. Cinco hoyos para él, tres para Evans y dos hoyos del otro equipo liderado por el jefe de la policía.

—¡Vaya, Alegra nunca me habló de esa versión de Sofía!

—¿De qué versión hablas?

—Date vuelta y lo sabrás.

Él giró los talones y el rostro se le transfiguró. La señora perfecta no era tan perfecta como quería hacerle creer. Ella se había levantado la blusa y le estaba enseñando sus pequeños pechos a ancianos de ochentas años, que formaban parte del otro equipo. Apretó la mandíbula. ¿Acaso pretendía dejarlo sin miembros en el club? Lennon lo detuvo cuando quiso ir tras ella.

—A ellos no parece disgustarle.

—Pero resulta que no quiero sacarlos en una ambulancia cuando les dé un ataque al corazón.

Lennon observó a la exhibicionista y frunció el ceño.

—Ella no suele actuar de ese modo.

—Parece que sabemos muy poco de la señora Queen.

Golpeó la pelota con un swing enorme y lleno de furia que hizo volar un trozo de césped. El tiro saltó por delante del green, rodó por la ladera hasta al banderín, y la bola se detuvo a pocos centímetros del agujero. Estaba en la posición perfecta para conseguir un birdie fácilmente.

Evans se le acercó cuando avanzó al hoyo nueve.

—¡Excelente tiro! —Exclamó cuando él metió la bola en el hoyo—. Es tu día de suerte.

Se sintió estupendamente hallarse a dos hoyos por encima del capullo.

—Diría que es más que suerte —replicó.

Evans arrebató bruscamente su drive de las manos de su caddie.

—Probablemente si Matis no se hubiera estado divirtiendo con mi chica de la suerte, estaríamos ganando —se excusó.

—¿Pero no fuiste tú el que perdió la bola entre la hierba? —añadió Lennon.

—El viento no ayudó.

—Seguramente...

La bilis se le subió a la garganta cuando la señora Queen se acercó del brazo de Matis. Parecía que se llevaban muy bien y que todos adoraban a Matis Vince. Hasta su primo le había pedido tomarse una foto con él. Resopló.

—En Ball White está prohibido el exhibicionismo, señorita Queen.

Ella y Matis intercambiaron miradas y se rieron.

—Ha sido mi culpa, yo le he pedido que eliminara a la competencia —la

defendió Matis.

—No me importan los motivos, no se puede y punto.

—¿Te encuentras bien, Sofía? —preguntó Lennon, en un tono preocupado.

—Oh, sí, muy bien —risitas, risitas—. ¡Tú puedes Evans! —lo alentó, seguido de esas risitas tontas que ya le estaban exasperando.

Evans había mandado su drive lejos, a la zona desnivelada de la izquierda y su bola terminó metida en la laguna artificial. No pudo evitar sonreír ampliamente por su mal tiro.

—Algo no anda bien con Sofía —dijo Lennon, mientras se tomaban un descanso en la sede del club.

Era un día cálido de primavera y ni siquiera habían tenido que encender la calefacción del lugar. Era habitual estirar los músculos y beberse unos refrescos antes de continuar con los ocho hoyos que faltaban para terminar el torneo.

—¿Tú crees? Ella se extralimitó cuando enseñó los pechos —murmuró furioso—. Le dejé en claro que no quería escándalos —miró a su alrededor—. Le pediré ahora mismo que se largue, nosotros nos ocuparemos del resto. ¿Dónde diablos se ha metido?

Lennon se quitó las gafas de sol y miró en dirección a los hoyos nueve y diez.

—¡Joder! —Gimió—. Esto no te va a gustar nada.

—¿Qué cosa?

—Creo que sé dónde está la señora Queen.

—¿Dónde?

—En la laguna.

Giró la cabeza hacia un costado y parpadeó para aclarar su visión.

—Tal vez no sea ella —añadió Lennon.

¿Tal vez no fuese ella? Solo le faltaba un cartel iluminado que dijera Sofía Queen. Se levantó abruptamente del asiento, salió a la terraza y bajó corriendo las escalinatas de piedras.

—¡Espera Andrew! —gritó Lennon a sus espaldas.

Hizo bajar a uno de sus empleados del carrito de golf y se subió, su primo se sentó a su lado antes de que arrancara.

—¿Qué vas hacer?

—Sacar a esa loca de mi club y de mi vida —gruñó—. Le dije que era un día importante y no ha hecho otra cosa que avergonzarme.

Le importó una mierda atravesar el campo y mojarse con los rociadores. Debió imaginarse que no estaría sola y que su nuevo amigo deportista la acompañaba. Frenó el carro de golpe y se bajó de un salto.

—¿Qué demonio ocurre contigo? —rugió.

—¡Andrew! —Exclamó ella, mientras se pasaba lodo por el cuello—. ¿Vienes a bañarte con nosotros?

Puso los brazos en jarra y la miró ceñudo.

—Sal de ese estanque ahora mismo —le ordenó.

—Lo haré cuando Matis saque al tiburón.

—Lo he perdido de vista, nena —agregó el gilipollas, que también estaba

en la laguna y el agua estancada le llegaba a la cintura.

Unió sus cejas castañas.

—¿Qué coño se han fumado?

Lennon se paró a su lado y sacudió la cabeza.

—Creo que ellos han probado de la mercancía de Evans —le dio una palmada en el pecho y agregó—: Yo me encargo del deportista y tú de la dama.

Soltó peste por lo bajo y se quitó los zapatos para meterse al estanque y hacer que ella entrara en razón.

—Lo único que vas a coger de ahí son vinchucas —extendió el brazo hacia ella—. Se buena y ven con papi.

Hubo algo de lo que dijo que a ella le pareció divertido, y en vez de tomar su mano, se adentró más a la laguna.

—¡Atrápame! —gritó ella a carcajadas.

Echó la cabeza hacia atrás y miró el cielo radiante. ¿Por qué? ¿Por qué me haces esto? Él no pudo seguirla cuando sus pies empezaron a hundirse en el lodo.

—¡El tiburón! ¡He visto el tiburón! —fue lo más absurdo que se le ocurrió decir.

Y había funcionado. Había logrado que ella dejara de nadar en las aguas turbias.

—¿Dónde? —preguntó.

—Detrás de ti, cielo —respondió—. Nada hacia la orilla antes que te atrape.

—¡También lo veo! —Exclamó el deportista estrella desde el bote que su primo había hecho que subiera—. ¡Voy a salvarte! —musitó, arrojándose otra vez al lago.

—Muchas gracias —repuso Lennon, mordaz.

Se apresuró en cogerla de la cintura y sacarla del estanque cuando ella se acercó a la orilla. ¡Estupendo! Él ahora estaba empapado y lleno de lodo que olía a podrido.

—Creo que el tiburón me ha mordido la pierna —gimió ella.

—Te aseguro que no lo ha hecho —dijo, tendiéndola sobre el césped—. Agradece que no estés en un campo de golf de Miami.

—¿Por qué?

—Porque los cocodrilos te hubieran despedazado.

Le sujetó el rostro entre sus manos y la obligó a que lo mirara. Ella tenía las pupilas dilatadas y vagaba en su universo de colores.

—¿Qué has tomado, Sofía?

Ella le sonrió y murmuró:

—Tienes bonitas pestañas.

Respiró hondo y volvió a preguntar:

—¿Evans te ha dado drogas?

—NOoo —respondió. Ella apoyó su dedo índice en sus labios—. También me gusta tu boca.

Él le apartó la mano.

—Haz un esfuerzo e intenta recordar que fue lo último que tomaste.

Sofía clavó la vista en el césped, pensativamente.

—Orina de tiburón.

Él chasqueó la lengua.

—¿Puedes apartar de tu mente la palabra tiburón por un segundo?

—Tenía calor y Matis me convidó de su agua.

Iba a matar a ese gilipollas.

—¿Y eso fue lo único que bebiste? —preguntó despacio.

—¿Dónde está Matis? —Abrió grande los ojos—. ¡El tiburón!

Y ella había vuelto a divagar. Contó hasta tres.

—Él está bien... *por ahora* —dijo, quitándole algas del pelo—. Lo que tú necesitas es un buen baño.

Él la cargó a los hombros y la subió al carro de golf, y la llevó al vestuario del club. Agradeció que no hubiera nadie cerca para no tener que dar explicaciones. Todavía seguían disfrutando de los últimos minutos del descanso antes de retomar el partido. Ella había pasado de la excitación a un estado off. Y la prefería así, tranquila y manejable. De repente, quiso asesinar a Matis Vines. ¿Por qué otra razón él la había drogado sino para aprovecharse de ella? Movería sus contactos y destruiría su carrera de deportista estrella. Abrió el grifo de agua caliente y la mezcló con la fría e hizo que ella ingresara a la ducha.

La señora Queen volvió a reaccionar.

—Andrew... ¿eres tú? —Preguntó, mientras intentaba reconocer su rostro a través del tacto—. Te amo.

Tragó saliva.

—¿Cómo dices?

—No me siento bien —respondió, vomitando sobre sus pies.

Sí, señor, ese era el mejor día de su vida. Si pensó que eso podía ser lo peor, se había equivocado. Ella había pasado al estado melancólico y empezó a llorar. Todavía no entendía como había hecho para llegar a esa situación. Había perdido el control de su propio club. Por un demonio, él era Andrew Smith. Desde cuándo se había convertido en el niño de una mujer irritante y...

—No llores, cariño —ingresó a la ducha con ella y le apartó el pelo de la cara—. En unas horas estarás mejor.

Ella se calmó y se dejó quitar el lodo del cuerpo. Deslizó el jabón por sus brazos y luego por sus piernas, la ayudó a quitarse la blusa pero sin desabrocharle el sostén. Ella se veía tan frágil e indefensa, muy opuesto a lo que era la señora Queen en su estado lúcido. Cerró el grifo de la ducha cuando el agua había empezado a arrugar sus dedos. Cogió sus manos y se las llevó a los labios y las besó.

—¿Te sientes mejor?

Ella asintió con la cabeza.

—Eres muy tierno...

Él esbozó una media sonrisa.

—Definitivamente sigues drogada.

La señora Queen abrió grande los ojos como si de repente hubiese recordado algo importante.

—Debo ir con Evans.

—¿Por qué el apuro?

—Porque él me tiene que entregar un paquete MUY especial y debo cuidarlo.

—¿Sabes cómo es el paquete?

—¡Tiene unicornios!

—¡Andrew! —gritó Lennon cuando entró al vestuario.

—Estamos en la ducha —le avisó.

Tomó una toalla y se la entregó a Sofía para que se secara.

—Mis hombres llevaron a Matis Vines al hospital para que le hicieran un examen toxicológico —le contó su primo cuando apareció.

—La droga está en el agua embotellada.

—Lo sé, Matis me lo dijo —respondió—. Pero el agua se la entregó Evans.

—¡Capullo! —Rugió—. Juro que él me las pagará por usar mi club para hacer sus negocios sucios.

—Me ocuparé de Chellton —Lennon apartó la vista hacia la pared cuando se dio cuenta que Sofía solo llevaba ropa interior—. Deberías voltearte para que Sofía pueda cambiarse.

—Andrew ya me ha visto desnuda —comentó ella.

Su memoria parecía estar empezando a funcionarle. Y él no la había visto completamente desnuda. Aunque una parte de él así lo hubiera querido. Lennon lo miró enarcando una ceja.

—¿Ah, sí?

—Fue su condición para que me quedara en su casa después del desalojo —siguió hablando ella.

Y hubiera preferido que ella cerrara la boca.

—¿Desalojo? —Preguntó su primo, desentendido—. ¿Sofía vive en tu casa?

Él se rascó la nuca. Lo que se le venía encima no parecía nada bueno.

—Desde hace unos días —afirmó—. Ella no quería que nadie se enterara del desalojo.

La expresión del rostro de Lennon se tornó un poco agresiva.

—¿Y tú le pediste que se desnudara a cambio del favor? —replicó.

No sonaba muy bien cuando se decía en voz alta.

—Sí, pero no de la forma que te imaginas —intentó explicarle.

—Oh, claro, porque existen muchas formas —farfulló—. Y yo que pensaba que habías cambiado de verdad, pero sigues siendo el mismo gilipollas de siempre.

Lennon sacó una bata blanca de los cambiadores y luego cubrió los hombros de Sofía con ella.

—Debiste ir con nosotros por ayuda —le reprochó—. A tus amigos de verdad. Desde esta noche te quedarás con Tom en nuestra casa. Alegra estará feliz de recibirlos.

Le enfureció que su primo lo señalara como un monstruo cuando lo único que había hecho hasta el momento era intentar ayudarla. Las palabras se clavaron en su garganta como un hueso. Él siempre sería la oveja negra de la familia. Hiciera lo que hiciera, nunca sería bien visto. Vale, no era un santo,

pero nunca se aprovecharía de una mujer.

—Me quedaré con Andrew —dijo ella—. Él no es tan malo como parece.

Lo defendió la persona que menos esperaba que lo hiciera.

—Dices eso por los efectos del alucinógeno.

—Ya la has oído, la señora Queen y su hijo se quedarán conmigo.

10. PORTADAS DE REVISTAS

ERA CONCIENTE que sus amigas ya habían leído las últimas noticias del momento, en la que ella aparecía otra vez en el foco de atención, a pesar que intentaban disimular como si nada ocurriera y actuaran con normalidad. Apoyó la taza de té sobre la mesa y las miró.

—Sí, levanté mi blusa y les enseñé mis pechos a ancianos de ochenta años —empezó diciendo—. Y agradezco que la prensa se tomaran el trabajo de pixelar mis senos, porque así parecían más grandes de lo que son en realidad.

Rachel rompió el silencio:

—Salías favorecedora en las fotos.

Hizo de cuenta que le creía.

—¿Qué tan drogada estabas? —preguntó Alegra.

—Tanto para nadar en una laguna con agua podrida.

—Todo ha sido mi culpa —dijo Cece—. Si no le hubiera pedido a Jerry que te diera el empleo, nada de esto te hubiera sucedido.

—No es culpa tuya ni de Jerry —le aclaró—. Además, me gusta mi nuevo empleo.

Jerry le había dado el puesto de informante en la revista del *camarada del deporte*, a pesar que no tuvieron la primicia de Evans Chillton, todos los medios de comunicación se habían hecho eco de que el manager del momento usaba su fama para sus negocios sucios y drogaba a sus estrellas

para luego chantajearlos cuando intentaban dejarlo. Y ese había sido el caso de Matis Vines. Evans había intentado manchar su imagen y ella había sido un daño colateral. Un miembro del club de Ball White la había reconocido y la había fotografiado en el momento cumbre de su exhibicionismo y las imágenes no tardaron en circular por todo internet.

—Oficialmente soy la mujer más odiada de toda Inglaterra.

—No por todos, nosotras te amamos —intentó animarla Rachel—. Pronto todos se olvidarán de este enrollito.

—Nosotras te conocemos mejor que nadie Sofía y sabemos la clase de mujer que eres, nadie podrá engañarnos con mentiras —agregó Alegra—. Pero lo que no entendemos, es porque estás viviendo con Andrew Smith. Debiste acudir a tus amigas cuando te desalojaron de tu casa.

Sabía que Lennon no tardaría en contarle a su esposa las últimas novedades, y Alegra de repetirlo al resto de sus amigas. Ellas parecían ofendidas.

—No estaba en mis planes acudir a Andrew, pero él estuvo en el momento en el que me quitaban la residencia Truswell y se ofreció a llevarme a su casa —les explicó—. No quise ser una carga para ustedes, demasiado es que tengan que oír mis problemas y tener que ser amigas de alguien como yo.

—¿Qué clase de amigas seríamos si no estamos contigo en los momentos difíciles? —inquirió Cece.

—Vale, lo siento, pero no quise que modificaran su vida por mí —repuso—. A ti te acaban de hacer socia de la revista *Mujeres arriba* y apuesto a que estás hasta el cuello de trabajo —dirigió la vista a Rachel y Alegra, y siguió—: Y ustedes apenas hace unos meses que se convirtieron en madre, y no

podría estropearles este momento único.

Alegra frunció el ceño.

—No eres una carga —replicó—. Además, me serías de mucha ayuda ya que tienes experiencia con Tom.

—Debes mudarte de inmediato de esa casa —explayó Rachel—. Andrew es un mal hombre. Si él te ha hecho daño, tienes que decirnos, cariño.

Arrugó el rostro. Puede que al principio creyera que Andrew era el demonio en persona, pero después que la aceptara en su casa con su hijo y conocerlo un poco más, solo pensaba que era un capullo, pero no un mal hombre.

—Andrew no me ha hecho daño ¿de dónde han sacado eso?

—No tienes por qué cubrirlo, Lennon nos ha contado lo que te ha pedido a cambio para que te hospedaras en su casa —murmuró Alegra.

Oh, diablos, ella recordó la conversación que habían tenido en el vestuario de Ball White. Andrew había quedado como un asqueroso perverso. Lo que había sucedido ese día en el despacho de él, había sido consentido por los dos. Un juego de poder que había llegado un poco lejos.

—Les aseguro que Andrew no me ha hecho daño y no hice nada que no he querido hacer, ¿vale? —les aclaró—. ¿De verdad creen que dejaría que mi hijo viviera bajo el mismo techo que un desgraciado que podría lastimarlo?

—De cualquier modo, te vendrás a vivir con nosotros —insistió Alegra—. Nos haría feliz tenerte aquí con Tom.

Lo único positivo de todas las adversidades que estaba pasando, era que había vuelto a tener confianza en sí misma. Ella podía solucionar sus propios problemas, antes era su esposo el que tomaba todas las decisiones de su vida

y ella se había acostumbrado a eso, y había omitido todo lo que le gustaba hacer solo por complacerlo. Había amado a Steve con toda su alma, pero se había olvidado de amarse a sí misma. Y no lo volvería a permitir. Tomaría sus propias decisiones, buenas o malas.

—Seguiré viviendo con Andrew hasta que consiga un sitio que se amolde a mi presupuesto.

—Pero...

Sus amigas seguirían insistiendo hasta que no fuera contundente en apartarle la idea de que Andrew Smith no le había hecho daño.

—Me gusta Andrew —fue lo que se le ocurrió decir—. Y si me desnudé delante de él, fue porque quise hacerlo —eso era cierto—. Él fue demasiado caballero a no querer exponerlo delante de Lennon —y eso era una jodida mentira. Andrew tenía de caballero lo que ella tenía de buena reputación.

Ellas quedaron en silencio por un momento.

—Andrew y tú... ¿En serio? —murmuró Cece, sorprendida.

—Él todavía no sabe lo que siento por él —esperó que esa respuesta fuera suficiente.

—¿Hablas del mismo Andrew que todas conocemos? —agregó Rachel.

—Supongo que él tiene el encanto de los Smith —respondió con una sonrisa en los labios.

Alegra bebió un sorbo de café y la miró por encima de la taza.

—Vaya, así parece —masculló—. Te aseguro que no lo vi venir. Hablaré con Lennon para que se disculpe con su primo.

Ahora estaría a mano con Andrew por el favor que le estaba haciendo.

—Sería lo correcto —dijo—. Él no se merece que lo dejen excluido de la familia, puede que sea diferente, vale, pero no es una mala persona. Y espero que su hermano lo invite a su compromiso.

—¿Compromiso? —repitió Cece.

Abrió grande los ojos. Había soltado la lengua de más. Su nuevo jefe iba a despedirla.

—Olvida lo que dije.

—¿Jerry va a pedirme casamiento?

—Tal vez...

—¡Oh, por Dios! —Exclamó Cece, exaltada—. ¡Jerry va a pedirme casamiento! ¡Finalmente va a darme la maldita joya que escondía en su escritorio!

—Y si se entera que te lo he dicho, él va a despedirme.

—¿Le dijiste a mi familia que entre nosotros pasa algo? —la encaró Andrew en la cocina.

Terminó de enjuagar el plato en el lavado y lo dejó sobre la encimera, y se volteó hacia él.

—No dije precisamente eso...

Él se cruzó de brazos.

—¿Ah, no? Pero eso es lo que ellos creen.

—Solo intentaba ayudarte a recomponer tu relación con tu familia.

—¿Diciendo que somos amantes?

Por lo visto, Alegra había agregado algunas palabras de más. Guardó las sobras de la cena en la nevera y se quitó el delantal.

—¿Acaso preferías que ellos pensaran que me hospedas en tu casa por favores sexuales?

—Me importa un demonio lo que ellos piensen de mí.

Puso los ojos en blanco.

—Claro que te importa. Te importa y mucho —explayó—. Deberías agradecermelo antes de llorisquear como un niño.

Él acertó la distancia que había entre ambos y se pasó una mano por la boca.

—¿Sabes? Ya estoy harto de ti, que invadas mi casa, que uses mi cocina y que creas saber que es lo mejor para mí.

Ella enarcó una ceja y alzó el mentón.

—Por si no lo recuerdas, tú me trajiste aquí.

—Y ahora quiero que te largues.

—¡Maldito desagradecido! ¡Tuve que mentir por ti! —rugió, clavándole el dedo en el pecho.

—¡Yo no te lo pedí!

Soltó un bufido exasperado y giró los talones.

—¡Bien! —chilló.

—¿A dónde crees que vas?

—A descansar.

—Pero todavía no he terminado.

—Pero yo sí.

—Cierra la puerta Lucy.

Lucy cerró la puerta. ¡Cabrona! Ella se volvió hacia él.

—Dile a tu mujer cibernética que abra la puerta.

—Eres más bonita y cariñosa cuando estás drogada.

—Porque solo drogada puedo ser cariñosa contigo.

Él se rió.

Y ella también.

—Me dijiste que me amabas.

—Estaba muy drogada.

La mirada de Andrew se tornó seria mientras la clavaba en ella. La miraba tan fijamente, de hecho, que se preguntó si tenía resto de la cena en la cara, y estaba considerando seriamente esa posibilidad cuando Andrew la sorprendió con un beso. El impacto fue tan intenso como si acabara de recibir un golpe. No lo había esperado, no había sido como la vez que se besaron en el despacho. Un beso controlado, una prueba hasta qué punto podía llegar cada uno. Pero ese beso era diferente, no sabía que significa. Ella retrocedió parpadeando y sin respiración.

—Lo siento... yo... lo siento —dijo Andrew tan sorprendido como ella—. No sé porque... ni siquiera me gustó.

—¿Sabes? Hubiera preferido que no dijeras nada.

Él resopló.

—Supongo que es la falta de costumbre de dormir bajo el mismo techo con una mujer y que no pase nada —se excusó—. No sé cómo actuar ante

esta situación.

—Como personas normales que cuando llegan a su casa se saludan y se preguntan qué tal tu día en el trabajo —murmuró ella, remedando la situación —. Y no a lo gritos reprochando la ayuda de alguien a quien le importas.

Andrew levantó una ceja.

—¿Te importo?

—No —respondió ceñuda.

—Eso no fue lo que acabas de decir.

—Olvida lo que dije.

—Olvida el beso.

—Ya lo olvidé.

El aire de la habitación se estaba volviendo tan caliente que la frente le había empezado a sudar.

—¿Por qué entre nosotros no pasa nada, verdad?

Arrugó el rostro.

—Claro que no.

—Podríamos besarnos de nuevo y no sentir nada.

Había sido un beso que la había hecho suspirar de placer y en lo más profundo de su ser, quería más. Quería que la volviera a sorprender.

—Sería como besar a mi hermano —replicó ella.

—El ejemplo fue un poco asqueroso.

—Pero es eso lo que me provocas.

Andrew le sujetó el rostro entre sus manos y la besó haciendo fuerza para abrir sus labios e introducir su lengua y jugar con la suya de una manera exquisita y salvaje. Se apartó ligeramente de ella y la miró con sus ojos oscuros y ardientes.

—¿Te sigue pareciendo asqueroso? —le preguntó con la voz agitada.

—Demasiado —respondió.

Hundió la mano en su pelo, no para apartarlo, sino para estrecharlo contra ella y apoderarse de sus labios. Él no retrocedió. Estaban tan excitados que sabían cómo iba a acabar todo aquello. Andrew le bajó la cremallera del vestido y se lo sacó por la cabeza.

—¿Dónde está Tom?

—En su alcoba —dijo, desabotonando su camisa—. Durmiendo.

—Bendito sea —murmuró con una sonrisa en los labios, deshaciéndose de sus bragas de una manera veloz.

Andrew posó sus fuertes manos sobre sus caderas desnudas y la alzó sin dejarla de besar, y la dejó sobre el taburete alto que estaba delante del desayuno. Le quitó el sujetador ágilmente, del mismo modo de como se había deshecho de sus bragas. En cuanto liberó sus senos, los sostuvo delicadamente entre sus manos y rozó los pezones ya endurecidos con los pulgares y luego los saboreó. Ella jadeó. No había vuelto a estar con un hombre desde que su marido había fallecido y se había olvidado de lo que era entregarse a cada sensación. Echó la cabeza hacia atrás y gimió mientras él la acariciaba.

Le gustara o no, Andrew Smith era el único que había despertado sus ganas de volver a sentirse amada. Él hizo que se sostuviera del respaldo de la silla con las manos, a la vez que la besaba lentamente, con una intimidad

embriagadora. Comenzó a descender por su cuerpo, le mordisqueó el cuello, la parte superior de los senos y finalmente, succionó un pezón. A ella se le escapó un gemido de los labios y Andrew se rió. Y le bastó oír su risa para que algo en su interior se derritiera.

—Sostente fuerte —le ordenó.

—¿Por qué?

El diablo le sonrió seductoramente.

—Ya sabrás porque...

Él siguió descendiendo y le abrió las piernas lo suficiente para...

Tragó saliva. Él iba a...

Hizo que colocara las rodillas sobre sus hombros y buscó su clítoris con su boca, la devoró alternando una pasión salvaje con una lentitud torturadora. Se sujetó fuerte del respaldo de la silla, hasta que los nudillos se volvieron blancos, para no desarmarse. Su cuerpo suplicaba por él. Lo quería dentro de ella. Estaba al borde del clímax, a punto de explotar, pero Andrew la seguía torturando. Cada vez que estaba a punto de llegar al límite, él volvía a retirarse para besar su muslo interno.

—Oh, Andrew...

—¿Qué? —musitó él.

—Hazlo. Por favor, ¡hazlo ya!

—¿Qué quieres que haga?

—Déjame acabar...

—Ummm —dijo, casi pensativo.

Se apoderó de su centro femenino con los labios y se recreó en ella. El

orgasmo fue como una enorme explosión. Apenas podía respirar. Se ahogó con una exclamación cuando logró liberarse. Él bajó sus piernas de sus hombros para sacar un preservativo de su billetera. Ella lo ayudó a desabrocharse el cinturón y luego los pantalones. Se llevó una sorpresa al encontrarse con un enorme y duro miembro. Y él disfrutó de su expresión. Rompió el envoltorio metalizado y usó la protección antes de hundirse en su interior con firmeza. Ella lo recibió con placer. Cerró las piernas alrededor de su cintura y Andrew apoyó sus manos en el respaldo para hacer más feroces sus embestidas. Los dos soltaron un grito cuando alcanzaron el orgasmo.

Cuando todo acabó, él apoyó la frente contra su hombro y pasó un tiempo antes que alguno de ellos hablara.

—Eso no estuvo nada mal... —susurró él, dándole un beso tierno en el hombro.

Había estado sensacional. Sus cuerpos se habían entendido a la perfección. Intentó convencerse que lo que acababa de suceder entre ellos solo había sido atracción. Ella cayó en la cuenta de lo que significaba haber hecho el amor con Andrew Smith. Él había conseguido lo que quería y fácilmente podía pedirle que se marchara de su casa. Todavía no podía permitírselo.

—Si tú lo dices.

Andrew echó la cabeza hacia atrás para mirarla a la cara.

—¿A ti no te ha gustado?

—Sigo prefiriendo mi consolador, pero se lo llevaron en el desalojo —le dio una palmadita en la mejilla—. Pero me serás útil hasta que consiga uno nuevo.

Él disimuló su enfado con una sonrisa tensa.

—Después de esto, te has ganado dos semanas de estadía ¿o prefieres el dinero, nena?

Él actuaba como si estuviese herido. Pero para estar herido primero ella debía importarle. Y Andrew Smith solo amaba el reflejo de su espejo. Ella se levantó de la butaca y recogió la ropa del suelo.

—Dos semanas de estadía y pagas la escuela de Tom —negoció.

Él meditó su respuesta por un segundo.

—Vale, te lo has ganado —asintió—. Abre la puerta Lucy —le pidió a su mujer cibernética.

11. CÓMPLICES LOS DOS

SE CHUPÓ el dedo cuando se quemó con el sartén mientras hacía los panques para el desayuno. Hacía tiempo que no se despertaba tan animada y relajada. Pero a su vez estaba algo nerviosa porque no sabía cómo iba a enfrentarse a Andrew después de los que había sucedido entre los dos la noche anterior. Debía alinear sus pensamientos en el trabajo y en la reunión que tendría ese día con sus abogados y los hijos del primer matrimonio de Steve. Resopló. No sería su mejor día. Agradeció que Tom tuviera que asistir a una fiesta de uno de sus compañeros de escuela. No quería seguir siendo una carga para sus amigas.

Sacudió los hombros cuando Andrew se apareció por la cocina y el corazón empezó a latirle más deprisa. Vestía unos pantalones sueltos y una camiseta blanca, y a su percepción, él se veía más apuesto cuando lucía relajado los días sábados. Andrew cogió una manzana de la fuente y pasó por su lado, rozándola intencionalmente.

—Café, Lucy —dijo, dándole un mordisco a la manzana.

Observó su boca de reojo, la misma boca que la noche anterior le había hecho cosas deliciosas. Bebió a un vaso con agua cuando empezó a sofocarse. Tomó un trapo y limpió la encimera.

—Antes que digas algo por usar tu cocina, desde ya te aclaro que no pienso disculparme por transformar tu casa en un hogar —murmuró ella, para desviar su incomodidad hacia un tema que podía manejar.

Él quebró las muñecas.

—No he dicho nada.

—¡Tom! —Gritó—. ¡El desayuno!

Pero él no iba a desaprovechar su oportunidad de tenerla acorralada y en sus manos. Apoyó el mentón en su hombro y le susurró al oído:

—De hecho, puedes usar mi cocina todo lo que desees, sobre todo, si yo estoy en ella.

El gilipolla la miró seductoramente, a la vez que mordía lentamente la manzana y soltó un gemido mientras masticaba.

Entornó los párpados.

—Lo que sucedió entre nosotros anoche no me afecta en nada.

—¿Ah, no?

Se mordisqueó el labio inferior.

—En lo absoluto.

Él le acarició una mejilla con los nudillos.

—Entonces podremos repetirlo.

La respiración se le estancó en la garganta.

—Cuando quieras.

Los ojos de él brillaron y sonrió con picardía. ¿Acaso había sido eso lo que él buscaba? Andrew retrocedió cuando Lucy le avisó que su café estaba listo.

—Supongo que eso tendrá un precio —musitó—. Pide lo que quieras.

—¿Lo que quiera?

Él se sirvió café en una taza.

—Uno de los tantos encantos que tiene un Smith, es que se puede dar ese lujo.

Capullo engreído. Tendría que tragarse sus palabras.

—Estupendo, porque necesito que lleves a Tom a la casa de unos de sus amiguitos.

Él se atragantó con el café.

—¿Cómo dices?

—Jerry me pidió que hiciera horas extra para llegar a tiempo con el próximo número de la revista y no podré llevar a Tom —le contó—. Y pagar una niñera todavía no entra en mi presupuesto.

Andrew esbozó un gesto.

—Pero yo sí puedo permitírmelo.

—Pero ya es tarde para conseguir una —replicó, cerrando un ojo—. Por suerte eres un Smith y podrás con un niño de nueve años.

Detuvo el coche cuando el semáforo cambió a rojo. No recordaba la última vez que había pasado tanto tiempo con un niño. Ni siquiera sabía que decirle. Él le dirigió una mirada rápida y le sonrió. Pero el pequeño pareció asustarse aún más. Admitía que no había sido muy amable con el muchacho, pero en el mundo real iba a encontrarse a muchos tipos como él y debía aprender a defenderse, no siempre iba a poder ocultarse bajo las polleras de su madre. Tamborileó los dedos sobre el volante.

—Y dime... tienes novia —murmuró para romper el silencio.

Tom arrugó la nariz.

—Tengo nueve años.

El semáforo cambió a verde y él lo agradeció. Mientras más rápido se deshiciera del niño, él sería más feliz. Apretó el acelerador con el pie.

—¿Qué más te gusta hacer además de dibujar sobre mis caros muebles?

—Mi mamá me prometió que pronto nos iremos de tu casa.

Frunció el ceño. ¿Ella quería irse? Sintió una molestia en el pecho.

—No me molesta hospedarlos —respondió—. ¿A ti no te gusta que vivamos todos juntos?

—No.

Franco y directo, el tipo de personas que a él le agradaban.

—Tu madre necesita de mi ayuda y si la quieres de verdad, deberías apoyar sus decisiones.

Tom apretó los labios y se cruzó de brazos.

—Tú eres malo y te odio.

—Pero soy el que paga tus cuentas y te da de comer —gruñó.

Volvieron a quedarse en silencio. Se sintió fatal por levantarle la voz, y confirmó su teoría de que él era pésimo como niño.

—Puedes bajarme aquí.

—Tu madre fue muy clara cuando me pidió que te dejara en la puerta de la casa de tu amiguito —le recordó—. Y todavía faltan unos metros para llegar.

—No quiero que me vean contigo.

¿Y él decía tener nueve años?

—Y que piensen que soy un bebé.

Se sintió más aliviado al saber que el niño se refería a la vergüenza de caer a una fiesta con sus padres. Pero él no era su padre. Consideró que podía consentir al muchacho en lo que le pedía y no era porque él también se beneficiaría al desligarse rápido del niño.

—¿Y le dirás a tu madre que te he dejado en la puerta?

Tom se escupió la palma de la mano y extendió el brazo.

—Lo prometo...

—Ni de coña te daré la mano pequeño —explayó. Detuvo el coche a pocos metros de la residencia—. Puedes bajarte.

El niño se desabrochó el cinturón de seguridad y se bajó del vehículo. Él arrancó el coche y le hizo creer que lo dejaba al mando de su corta vida, estacionó el Mercedes más adelante, lejos para no ser observado, pero lo suficientemente cerca para no perderlo de vista y asegurarse que entraba a la fiesta. No deseaba que la señora Queen se enfadara con él si algo malo le sucedía a su hijo. Quería seguir disfrutando de lo que había comenzado entre ellos. Atendió el móvil cuando empezó a sonar.

—Alegra...

—¡Andrew! Es bueno escucharte, hace tiempo que no tenemos noticias tuya. Sería estupendo que en vez de cuando nos hicieras una visita. Sean está creciendo tan rápido.

—¿Motivo del llamado? —la interrumpió.

—Tú siempre tan simpático —expresó, sarcástica—. Sofía me avisó que me traerías a Tom para que lo cuidara después de la fiesta. ¿A qué hora planeas pasar por él?

—El trato era llevarlo, no incluía también buscarlo —se quejó—. Pasa tú por el niño.

—Lo haría con gusto, pero tengo un marido que acaba de contraer una gripe y cuando él se enferma, se comporta peor que mi hijo de cinco meses.

Se quitó las gafas de sol y las arrojó al salpicadero.

—Pequeño tramposo...

—¿Cómo dices?

—Te hablaré luego —dijo antes de colgar.

Tom había intentado engañarlo con que entraba a la fiesta, pero a los pocos minutos, él estaba saliendo de la casa. ¿A dónde diablos creía que iba? Él no iba a arruinarle el buen sexo que estaba teniendo con su madre. Se bajó del coche furioso. Caminó hacia él y se detuvo cuando otros niños salieron de la casa y fueron tras Tom.

—¡Y no regreses nunca más! —Le gritó el que parecía ser el cabecilla del grupo—. ¡Odiarnos a los huérfanos pobres!

—¡Perdedor! —le gritaron los otros.

Esperó a que Tom les respondiera, pero él había agachado la cabeza y hacía más rápidos sus pasos para alejarse de ellos. Recordó lo que era estar en esa posición vulnerable. Él también había perdido a su madre a la misma edad de Tom, y hubiera deseado tener a alguien que lo defendiera de mocosos malcriados como esos niños. Se acercó a ellos de una zancada.

—Y el mundo odia a chiquillos groseros como tú —murmuró, metiéndose las manos en los bolsillos del pantalón.

El bufón, que vestía un pequeño traje de diseño, se volteó hacia él.

—¿Y tú quién eres?

—El que te pateará el trasero si vuelves a dirigirte a otra persona de esa forma.

—Andrew —dijo Tom, sorprendido de verlo.

Él se le aproximó y le pasó la mano por el pelo y lo despeinó.

—Vine a buscarte para llevarte a una fiesta de verdad, que no son como esta basura de niños llorones.

El pequeño lo miró por encima del hombro.

—Todos quieren venir a mis fiestas, incluso Tom.

—Lo hace porque su madre lo obliga a hacer actos de beneficencia.

—¿Conoces a este señor, Tom? —Indagó otro de los niños—. Y no digas que es tu padre, porque tu padre está muerto —masculló hiriente.

¡Santo cielos! ¿Quién había parido a estos niños? ¿Arañas ponzoñosas? Rodeó los hombros de Tom con un brazo y lo apretó contra él.

—No seré su padre, pero soy la persona que está a cargo de él.

El líder de los bufones se cruzó de brazo.

—Mi padre puede patearte el trasero si quiere.

—¿Quién es tu padre?

—Timothy Mcwelle —respondió orgulloso.

Madre mía, pero si el mocoso era una calcomanía del imbécil de su padre. Un abogado mediocre que quería escalar en la alta sociedad. Por suerte le había rechazado la membrecía para ser parte de Ball White.

—Conozco a tu padre, lo he visto pasearse con su golfa, y no me

extrañaría que deje a la amargada de tu madre por ella —farfulló—. Probablemente tengan otros hijos, se mude de tu casa, y pasarás a ser prácticamente un huérfano y tus otros hermanitos se quedarán con tu dinero, lo que significa que terminarás siendo pobre.

—¿Qué es golfa? —quiso saber el muchacho.

Puede que él se hubiera extralimitado y no debió decirle todo eso a un niño.

—Pregúntaselo a tu madre.

—Sí, tu padre se irá con su golfa —repitió Tom.

Él carraspeó.

—No, Tom, tu no digas eso.

—Vale, no lo haré.

—¡George! —gritó una mujer con uniforme que salía de la casa.

—¿Quién es ella? —preguntó.

—La niñera —respondió Tom.

—Es momento de irnos, compañero.

Se dirigieron al coche pero sin antes de haberles dejado una buena advertencia a los mocosos malcriados.

—Uauuu —gimió Tom, una vez adentro del coche—. Eso estuvo increíble.

—¿Si, verdad? —Asintió—. Lo que eso significa que tu madre no puede saber nada de esto.

—¿Y qué le diremos cuando se entere que me fui de la fiesta de George?

—¿Tú se lo dirás?

Tom sonrió.

—No.

Él se encogió de hombros.

—Pues ya somos dos —repuso, cerrando un ojo—. ¿Sabes? Me queda algo de tiempo ¿quieres ir por un helado?

—No puedo, ya comí la cantidad de dulces que mi mamá quiere que coma por día.

—¿Tú ves a tu mamá por aquí? —le preguntó, echando una ojeada a su alrededor.

El rostro de Tom se iluminó aún más.

—No.

—Ahora yo estoy a cargo —se escupió la mano y extendió el brazo—. ¿Empezamos de nuevo?

El muchacho asintió con la cabeza y estrechó su mano.

—Me gustan los videojuegos —dijo—. Además de dibujar, me gustan los juegos de zombis.

—¿Y tu madre te deja jugar con ese tipo de juego?

Él lo miró con picardía.

—Sí.

Estaba seguro que el niño lo estaba timando. Pero no quiso perder el vínculo que acababan de crear.

—Vale, entonces iremos por uno después del helado.

—¡Sí! —gritó feliz y emocionado.

Y él no pudo evitar sonreír. Era la primera vez que veía al niño tan alegre.

—Eres un monstruo bueno, ya no te tengo miedo.

—No te pases niño —musitó, arrancando el coche.

Frunció el ceño cuando llegó a la casa y halló a Tom y a Andrew jugando a los videojuegos en el enorme televisor que había en la sala. Estaba tan agotada que no quiso discutir porque su hijo de nueve años jugaba a un juego para niños de más edad. Pero lo que de verdad le sorprendió era ver lo bien que se estaban llevando. Tom parecía haberle perdido el miedo, y Andrew, bueno, él parecía tener un corazón después de todo. Los dos hombres de la casa dejaron de sonreír cuando la vieron.

—Señora Queen...

—Mamá...

Ella se cruzó de brazos.

—¿Se divierten?

Andrew apagó el televisor. Pero ya era demasiado tarde, ella ya había visto lo que hacían.

—Te estábamos esperando... —mintió claramente Andrew—. ¿Qué tal tu día en el trabajo?

Parpadeó. ¿Él acababa de interesarse por su día? ¿Acaso ella había caído en una especie de dimensión desconocida?

—Complicado —respondió—. ¿Tienes hambre, cariño?

—Ya hemos cenado —contestó nuevamente Andrew—. Quisimos

esperarte... pero las tripas... —él carraspeó—. Te dejamos algunas porciones de piza en la cocina.

—¿Piza? ¿Cenaron piza?

—Andrew no quería, pero yo le insistí.

Que alguien le pellizcara. ¿Su hijo lo estaba defendiendo?

—Es tarde, vete a la cama, pero antes lávate los diente.

Giró los talones y se dirigió a la alcoba. Solo quería recostarse y pensar como enfrentaría a los hijos de Steve luego de amenazarla con querer quitarle la tenencia de su hijo. Apenas logró sacarse los zapatos cuando se arrojó bocabajo sobre la cama.

—Espero que Jerry te pague bien las horas extras —oyó a Andrew murmurar.

Ella se volteó. Las manos de él se agarraban al marco de la puerta por encima de la cabeza y el reloj plateado se le había girado de tal manera que la esfera descansaba contra su pulso. Y durante un momento clavó los ojos en él.

—Desearía que el problema fuese solo eso —respondió.

Andrew unió sus cejas oscuras y se adentró a la habitación sin que ella lo invitara. Aunque él estaba en su jodida casa.

—¿Va todo bien?

—Tom aparecerá en cualquier momento.

—Venía avisarte que Tom quería dormir en la sala mientras veía una película de unos perros que hablan... o algo por el estilo.

—Buena idea, porque no quiero que él me vea así.

Andrew seguía avanzando hacia ella.

—Tom es un buen chico.

—Lo sé...

Su hijo era quien le daba las fuerzas para aguantar todo lo que le estaba sucediendo.

—¿Está todo bien, señora Queen?

Esa pregunta fue suficiente para que ella se quebrara. Se cubrió el rostro con la almohada.

—Puedes irte, no debes fingir que te preocupo —murmuró entre sollozos.

De repente, lo sintió recostarse a su lado y la rodeó con los brazos.

—Consolar a una viuda parece que será lo más divertido que haré un sábado por la noche.

Ella se apartó el almohadón y lo miró por encima del hombro.

—Si buscas que follemos, no estoy de humor para hacerlo.

Él curvó hacia arriba una esquina de sus labios.

—Pero me quedaré aquí hasta que cambies de parecer —replicó—. ¿Qué ocurre, cariño?

Se enjuagó las lágrimas con las yemas de los dedos y apoyó la cabeza contra su pecho. Se sentía bien estar entre sus brazos.

—Quieren quitarme a mi hijo —le contó.

Él se quedó en silencio por unos segundos hasta que dijo:

—¿Quién quiere hacer eso?

—Los hermanos de Tom —contestó—. Los hijos de Steve. Ellos vieron

mis fotos del caso de Evans en los periódicos y creen que no soy un buen ejemplo para mi hijo. Dicen que soy una mala madre y que obtendrán la tenencia fácilmente. Pero a ellos no le interesa su hermano, solo quieren su fideicomiso.

Pudo sentir como el cuerpo de Andrew se tensó.

—Nadie podrá quitarnos a Tom —dijo con tanta determinación que por un segundo le creyó.

Alzó la vista hacia él.

—Ellos son Truswell, siempre obtienen lo que quieren —le hizo saber.

Él le apartó un mechón de pelo del rostro y le acarició la mejilla con los nudillos.

—Y yo soy un Smith, y si te digo que unos pedazos de mierda no podrán quitarte a tu hijo, así será —se inclinó y rozó sus labios con los suyos—. Ahora descansa, cariño.

Por algún motivo, ella le creyó y se sintió liberada. No existía nada que Andrew Smith no pudiese controlar. Ella había empezado a excitarse y por la erección de él, notó que también le sucedía lo mismo.

—Puede que ahora tengas ganas de repetir los que sucedió anoche entre nosotros.

—Y puede que pasar tanto tiempo juntos me hayas hecho un jodido moralista que se sentiría fatal si se folla a una viuda que no está pasando por un buen momento.

Frunció el ceño.

—¿Qué diablos significa eso?

—Que nos limitaremos a dormir en la misma cama —gruñó.

12. CUANDO EL AMOR GOLPEA A LA PUERTA

CAMINAR sobre nubes, así era como se había sentido en los últimos días. Había descubierto a un nuevo Andrew, amable, cariñoso, hasta podía jurar que se había ganado el corazón de Tom y no tenía la menor idea de cómo lo había conseguido. Tal vez esa parte de él siempre había estado, nada más que nadie le había dado la oportunidad de dejarlo ser. Sabía que lo que había entre los dos era solo sexo, la atracción entre ambos era inevitable. Se había hecho habitual despertar temprano por las mañanas y pasarse a su alcoba mientras Tom todavía dormía para que no notara nada extraño. Le ardía el estómago con solo pensar que todo podía acabar pronto. Se sentía aterrada de estar enamorándose de él.

Andrew le abrió la puerta de la tienda de disfraces cuando salieron. A Tom le había tocado interpretar el papel de soldado en la obra del cascanueces que se daría en la escuela, y ella no había notado las intenciones de Andrew por querer acompañarla hasta que agregó a su lista de compras un traje de conejita bastante sexy.

—Es injusto que solo yo me tenga que disfrazar —se quejó.

—También pudiste elegir algo para mí.

—Pero no puedo darme el lujo de gastar mi dinero en este tipo de cosas.

Él se puso sus gafas de sol y chasqueó la lengua.

—Es una verdadera pena.

Ella le lanzó una mirada fulminante.

—Prometo ser un crítico compasivo, cariño —le rodeó la cintura con un

brazo y la apretó contra él—. Aunque estoy seguro que tu actuación será excelente. Sobre todo si haces esas poses tan sexy que hacías cuando eras modelos.

—¿Me buscaste en google?

—¿Tú que crees? Hasta tengo tus fotos como protector de pantalla en mi móvil.

Parpadeó.

—¿Sabes? Lo peor de todo es que te creo.

Andrew inclinó la cabeza y la besó en los labios. Le sorprendió que lo hiciera en la calle, cuando cualquier persona los podía reconocer. Él debió leer sus pensamientos porque se apartó y parecía un poco incómodo. Se aclaró la garganta y dijo:

—Iré por café, ¿quieres que te traiga uno?

Ella asintió con la cabeza.

—Con crema batida.

—¿Y cuatro de azúcar?

—Ya conoces mis gustos —replicó.

Él le sonrió y le lanzó las llaves del coche para que lo esperara en el vehículo. Lo observó hasta que ingresó a la cafetería y se dio cuenta que ella también estaba sonriendo. Jerry le había hecho un adelanto de su primer sueldo y con el poco dinero que tenía ahorrado, fácilmente podía costear un alquiler de una casa pequeña, pero se había puesto miles de excusas para alargar su estadía. De repente, en ese mismo momento, supo que lo amaba. Amaba a Andrew Smith. Lo amaba tanto que se sintió como si se quemara. ¡Joder! Ella se estaba quemando.

—¡Sabía que eras tú! —Le gritó una mujer que le acababa de tirar el café encima—. ¡Zorra asquerosa!

Ella se quedó petrificada sin entender nada.

—¡Deberías estar en prisión por ladrona! —Exclamó, furiosa—. ¡Tu empresa se llevó todo mi dinero!

La mujer, que debía tener unos cincuenta años, era una de las tantas víctimas que había tenido Sky Green. Ella había recibido muchas amenazas, pero nunca se había cruzado con una de frente. Sabía que ese día iba a llegar alguna vez. Se sintió aturdida, impotente y a la vez aterrada. Entendía su enojo, porque ella también lo había perdido todo. Cerró los ojos cuando la mujer la escupió en la cara.

—¡Espero que te mueras pronto!

—¡Hey! —Gritó Andrew cuando salió de la tienda, y arrojó al suelo los cafés que llevaba en las manos—. ¿Qué demonios crees que haces?

Él se puso delante de ella, cubriéndola con la espalda.

—¡Esa zorra arruinó a mi familia! —Chilló—. ¡Debería sentir vergüenza en salir a la calle!

—La única persona que está infringiendo la ley aquí eres tú —rugió él—. Y si no te largas ahora mismo, no dudaré en hacerte encerrar —le advirtió con dureza.

La mujer se alejó, pero sin antes recordarle que era una malnacida y que debía estar muerta por todo el daño que había causado. Y en ese instante ella quiso estarlo. Creyó que situaciones como esas nunca iban a acabar. Agradeció que Tom no estuviera con ella. Se dio cuenta que las manos le temblaban y estaba llorando.

Andrew se volteó hacia ella y le limpió el escupitajo con la manga de la camisa.

—Te dejo sola por un segundo y mira lo que sucede —dijo él, intentado que su voz sonara despreocupada.

Ella lo abrazó y apoyó la mejilla contra su pecho.

—Esto nunca va a acabar, Andrew. Ellos siempre van a odiarme. Debería... debería irme de Londres... debería regresar a América con mi familia.

Él le alzó la barbilla e hizo que lo mirara a los ojos.

—No te irás a ningún sitio, este es tu hogar, cariño —susurró—. Deja que el tiempo se encargue de todo.

—Quiero que me saques de aquí —le pidió entre sollozos.

—¿Por qué dejaste que ella te gritara? —le cuestionó él.

—Porque sé que después de esto, esa mujer se sentirá un poco mejor.

Hizo un espacio en el sofá para que Andrew se sentara a su lado cuando trajo la bandeja con los cafés.

—Lo prometido es deuda —dijo él—. Café para mí y azúcar con café para ti.

Ella recibió la taza y bebió un sorbo, luego le agregó dos cucharadas más de azúcar.

—No está mal por ser tú quien lo preparó.

—Admito que recibí un poco de ayuda de Lucy.

Lucy, Lucy y Lucy. Su mujer perfecta empezaba a molestarla.

—Por lo menos Lucy da señal de vida contigo —murmuró mordaz.

Andrew la estudió con la mirada.

—Tengo la impresión de que Lucy no te cae bien.

Tal vez era porque su mujer cibernética había intentado incinerarla, hacía que los electrodomésticos estuvieran en su contra, y se llevaba toda la atención del hombre que le importaba. ¿Qué ocurría con ella? Lucy era solo una máquina.

—Es solo tu impresión —respondió, bebiendo otro sorbo del líquido oscuro.

Andrew atendió su móvil y se dirigió a la terraza para tener intimidad, y regresó después de un momento, parecía que su llamada había sido un éxito porque se lo veía más animado.

—¿Va todo bien? —preguntó, intrigada.

—Jerry tendrá nuevos sponsors para la revista —le contó—. Parece que el trabajo de mi hermanito no es tan malo —agregó al pasar.

Entornó los párpados. En la última semana Jerry había recibido propuestas de varias marcas importantes, y ahora entendía de dónde venían. Ella le arrojó un cojín del sofá.

—¡Tú eres el que está detrás de los sponsors! —exclamó.

Él se hizo el desentendido.

—No sé de qué hablas.

—Creo que es algo tierno lo que haces por tu hermano.

—¿En serio?

—¿Por qué no se lo dices? Jerry ni siquiera sospecha que seas tú el que lo

está ayudando con las marcas.

Él dejó caer el cuerpo en el sillón y suspiró.

—Porque él no querría recibir ayuda de alguien como yo.

—¿Alguien como tú? —replicó.

Él la miró por encima del hombro y esbozó una media sonrisa.

—Mi familia cree que soy un monstruo, y que cualquier cosa que provenga de mí no puede ser nada bueno —repuso—. Hasta me culparon de haber matado a mi esposa, y si el asesino no hubiera aparecido, lo seguirían pensando. Por eso prefiero seguir ayudando en las sombras y de ese modo todos seremos más felices.

Ella había sido una de las tantas personas que lo había juzgado. Él actuaba como un cachorro lastimado que gruñía a todos los que se le acercaban por miedo a que lo siguieran hiriendo. Sintió deseos de cuidarlo y sanarle las heridas. Ella se sentó a horcajadas sobre su regazo y le rodeó el cuello con los brazos.

—Lamento haberte acusado de haber matado a tu esposa.

—¡Santo cielos! ¿Acaso estoy oyendo unas disculpas, señora Queen?

Achicó los ojos.

—No te pases, Andrew Smith.

Él le llevó un mechón de pelo detrás de la oreja y dejó de sonreír.

—Jerry no debe saber que lo estoy ayudando.

—No se lo diré, pero creo que él debería saberlo.

—Conozco a mi hermano y él no lo verá como tú lo ves, cariño —explayó—. Además, su trabajo es bueno y habla por sí solo. Los que están

detrás de las marcas no son idiotas.

—Tu familia se equivoca contigo —farfulló—. No eres un monstruo y sé cómo debes sentirte a que todos te juzguen por algo que no eres —dijo—. ¿Sabes? Cuando me casé con Steve todos pensaron que era una caza fortunas, que una mujer de mi edad no podía enamorarse de un hombre que le duplicaba en años, pero amé a mi esposo. Luego nació Tom y se convirtió en el hijo de la oportunidad, mi futuro asegurado. Todo eso quedó atrás cuando Sky Green se fue a la quiebra, y ahora soy la mujer más odiada porque me hacen responsable del desfalco más grande. ¿Ves? Siempre saldrá algo nuevo que opaque lo anterior.

Él le rozó los labios con los suyos.

—Deberíamos mandar a todo el mundo al diablo —le propuso, mordisqueándole la barbilla—. Y que solo importe lo que nosotros pensamos.

—Te amo.

Abrió grande los ojos. ¿Ella había dicho eso en voz alta? Sintió como él se tensó debajo de ella cuando escuchó salir esas palabras de su boca. Existían momentos incómodos y ese era uno de ellos. Sobre todo cuando una de las partes no sentía lo mismo.

—No sé porque dije eso.

—No te preocupes.

—Porque no te amo.

—Te creo.

—Lo que hay entre nosotros es solo sexo.

—Lo sé.

—Y quisiera que falláramos ahora.

—También yo.

Andrew presionó su trasero y la apretó contra él, apoderándose de su boca explosivamente. Consideró que el frío que estaba sintiendo era inapropiado con el fuego que había en su interior.

—¡Joder! —Gruñó él, dejándola de besar para tomar su móvil—. ¿Tú también te estás congelando?

—Pensé que la del problema era yo.

—Se ha desprogramado la calefacción —dijo él, mientras miraba el sistema de su casa inteligente por el teléfono—. La temperatura bajó a dos grados.

Ella se cruzó de brazos.

—¿Y quién controla la calefacción?

—Lucy —respondió—. Pero esto nunca antes me había pasado.

—¡Te dije que ella me odia! —Chilló—. ¡Lo ha hecho a propósito!

Él unió sus cejas oscuras.

—Lucy no haría algo así —replicó—. Ella es una máquina, ¿recuerdas?

Ella se levantó de su regazo.

—Tendrás que elegir entre ella o yo.

—No puedes hablar en serio —dijo—. Lucy es esencial para esta casa.

—¿Entonces la eliges a ella?

Andrew soltó un gruñido.

—¿Por qué contigo todo tiene que ser tan difícil? —se quejó.

Apretó los labios y giró los talones.

—¡Maldita sea, Sofía! ¿A dónde vas? ¡No puedes dejarme así! —gritó, señalando su erección con las manos.

—¡Dile a Lucy que te complazca! —Exclamó—. ¡Oh, cielos! Pero resulta que esa son cosas que yo puedo hacer y ella no.

—¡Joder! —Rugió—. ¡Tú ganas!

—¿Vas a desconectarla?

—Sí —asintió—. ¡Lo siento Lucy!

—Vale, te espero en la alcoba.

—¿Por qué no aquí?

—Porque te has ganado que estrene tu traje de conejita.

La sonrisa de él se volvió perversamente traviesa.

—Me parece justo.

—¿Y qué esperas para levantar ese trasero del sofá? Nos queda menos de una hora hasta que Rachel traiga a Tom a casa.

—¡Oh, Dios! Me encanta cuando te vuelves tan mandona.

13. EL CASCANUECES

ERA LA PRIMERA vez desde que a Tom lo habían aceptado en la escuela que ella no estaba a cargo de la obra escolar que se hacía una vez al año para recaudar fondos para instituciones benéficas. El club parecía haber hecho un buen trabajo sin ella a la cabeza. Después de la agresión que había sufrido en la calle, había tenido un poco de miedo de cómo iban a recibirla en su primer evento en público. Ella había recibido algunas miradas cuando la reconocieron, pero no eran precisamente miradas juzgadoras, no sabía cómo definir las. ¿Curiosas tal vez?

Ella se chocó de frente con la directora Fleming. Desde la última charla en su oficina, no se habían vuelto a ver y su economía seguía igual que en aquel entonces. Esperaba que las aguas entre ellas se hubieran calmado porque tendría que pedirle una prórroga más para pagar sus deudas con la escuela.

—Directora Fleming... menos mal que la encuentro porque quisiera hablar...

—Señora Trusw... Queen no se preocupe, el señor Smith ya me explicó todo.

¿Desde cuándo la directora la llamaba por su apellido de soltera? Pero le gustó como sonaba. Había dejado de usar su alianza de casada y ese era un buen momento para mirar hacia delante. Arrugó el ceño.

—¿Dijo el señor Smith?

—Los miembros de la familia Smith ha pasado por este instituto y tienen

como tradición becar a algunos de nuestros alumnos y hacerlos su mentor, y este año han elegido a Tom —le contó—. Ha sido muy afortunada señora Queen.

—Así parece... —murmuró a través de los dientes.

Ella le había pedido a Andrew que pagara la educación de Tom, pero nunca creyó que lo tomara en serio, sobre todo por el contexto en el que se lo había pedido. No sabía si quería abrazarlo o matarlo por haber arreglado sus asuntos a sus espaldas.

—Si me disculpa, debo controlar que la obra salga a la perfección.

Se hizo a un costado para darle el paso. Sería un día en el que se encontraría con viejas caras. Resopló. Se esforzó por sonreír cuando las madres que la habían expulsado del club se le acercaron. Y era tarde para huir, ella había quedado atrapada en el pasillo que separaba las dos hileras de butacas.

—¡Sofía! —Exclamó Kim, la madre menos hipócrita del club—. No imaginas cuanto hemos notado tu ausencia.

Echó un vistazo al auditorio, que empezaba a llenarse de personas.

—Pero se las han ingeniado bastante bien sin mí —comentó.

Kim le sujetó un brazo y susurró:

—Hablo en serio, Sofía. Todas te queremos de regreso. Jennifer ha ocupado tu lugar y ha hecho de nuestra vida un infierno.

—¿Y qué paso con la parte de que no era una buena imagen para el club?

—Ya casi nadie habla de eso —repuso, agitando una mano en el aire—. Ahora la comidilla de los corredores son lo Lewis.

Los Lewis eran una familia aristocrática.

—¿Qué pudieron hacer ellos que sea más grave que mi caso? —quiso saber.

—No sé si sea más grave, pero sí es una historia más entretenida —replicó—. El lord engañó a lady Lewis con la niñera, y la dejó para irse con ella. Todos dicen que la niñera está embarazada.

—Pero todos saben que lady Lewis sale con su profesor de tenis —agregó ella como en las viejas épocas.

Las dos intercambiaron miradas cómplices y sonrieron.

—Señora Truswell... —dijo Jennifer, con el séquito de madres a sus espaldas.

—Desde ahora seré la señora Queen —la corrigió—. He decidido regresar a mi apellido de soltera. Para que nadie piense que intento ostentar con el apellido de mi difunto marido.

—¿Es cierto que trabajas para la revista el *Camarada del deporte*? —preguntó una de las madres que se escondía detrás de las espaldas de Jennifer.

¿Cómo lo sabían?

—Sí —afirmó—. La vida de ama de casa me estaba aburriendo.

Ni de coña les confirmaría que estaba en la ruina total.

—¿Entonces eres amiga de Matis Vines?

No, pero si afirmar que lo era vería como el rostro de Jennifer se volvía verde, lo haría.

—Lo conocí por el caso de Evans Chillton —respondió.

Y estaba segura que todas ellas habían visto sus fotos circular por internet.

—Él acaba de decir en una entrevista que tú eres su héroe.

Parpadeó.

—¿Cómo dices?

—¿Todavía no la has visto?

Ella había estado tan ocupada arreglando el traje que Tom usaría para la obra de teatro que ni siquiera había revisado su facebook.

—¿Por qué razón Matis Vinces dice que soy su héroe?

—Porque gracias a ti desenmascararon a Evans Chillton y él dejó de ser extorsionado por su antiguo manager.

¿Por qué Matis había dicho eso? Pero por la razón que lo hubiera hecho, se lo agradecía. Matis Vinces era el ídolo del momento y lo que él dijera, era palabra santa. Ayudaba a que la mujer más odiada, fuese un poco menos odiada.

—Matis es un exagerado, digamos que fue un trabajo en equipo —dijo, intentando restarle importancia—. ¿Dónde puedo ver la entrevista?

—Acabo de etiquetarte en facebook con el video —respondió, deslizando el dedo por la pantalla de su móvil.

Revisó la red social y reprodujo el video. Ella se quedó sin palabras y no era precisamente por lo que Matis estaba diciendo, si no por ver al nuevo manager que él tenía: Andrew Smith. Y él la volvía a sorprender. El capullo no le había dicho nada. Se llevó una mano a la boca y sonrió. Él estaba detrás de todo y lo amó. Desde que había aparecido en su vida no había hecho otra

cosa que cuidarla. Cuidarla desde la sombras.

—Deberías regresar al club Sofía —propuso Kim.

—No creo que la señora Queen tenga tiempo para el club con su nuevo empleo —masculló Jennifer.

—Que dulce eres por preocuparte por mí, Jennifer —dijo, irónica—. Pero siempre tengo tiempo para el club de padres.

—Oh, cielo, pero no te ilusiones, porque primero debemos votar todas si te readmitimos.

—Creo que todas estamos de acuerdo que Sofía regrese al club —añadió Kim.

Las demás madres opinaron igual que Kim, a pesar de la mirada recriminadora que hacía la líder del club.

—Estupendo... puede que le pida a Matis Vince que le dé una charla motivadora a los niños.

Se sentía bien estar de regreso.

Sus amigas llegaron justo a tiempo para no perderse la obra de Tom.

—Gracias por venir.

—¿Sabes hace cuanto tiempo que no tengo que salir con una bolsa llena de pañales? —Alegra siguió cuando negó con la cabeza—. Cinco meses, sí, desde que Sean nació. Era hora que su padre se quedara una noche en su casa y cuidara de su hijo.

Alegra se quejaba, pero sabía que no aguantaría ni dos horas estar alejada de su hijo.

—Si planeas tener más hijo, es mejor que vayas acostumbrando a Lennon —le aconsejó Rachel—. Lo aprendí después de mi tercer hijo. Mi marido ahora es un experto cambiando pañales.

—Deberíamos sentarnos —murmuró Cece, al empezar a abrirse el telón.

—Ese asiento está ocupado, es para Andrew —le avisó a Rachel.

Rachel enarcó una ceja.

—¿Él vendrá? —preguntó sorprendida.

—Se lo prometió a Tom.

Cece, que estaba a tres asientos de ella, se inclinó hacia adelante y la miró.

—¿Qué hay entre tú y Andrew? —quiso saber.

—Nada... solo somos amigos —susurró.

—¿Todavía viven juntos? —preguntó Alegra.

—Sí.

—Jerry me dijo que te hizo un adelanto del sueldo para que pudieras mudarte.

—Todavía no he encontrado la casa correcta.

—¿No la hallaste o no quieres encontrarla? —le cuestionó Rachel.

No podía seguir ocultando lo que sentía o el pecho le estallaría.

—Vale, ni siquiera busqué una casa —expresó—. Y no me hagan esa cara de sorpresa, porque si de verdad me conocen, sabrían que Andrew me gusta. Y creo que la he cagado con él.

—Por supuesto que ya sabíamos que él te gusta, porque no haces otra

cosa que hablar de Andrew —musitó Alegra.

—¿Por qué dices que la has cagado con él? —preguntó Cece.

—Le dije que lo amaba antes de... ya saben.

—¿Qué respondió Andrew? —replicó Rachel.

—Hicimos de cuenta que nada pasó.

—El papel de idiota siempre funciona —dijo Cece—. ¿Crees que él también...?

—¿Me ama? —Agregó ella—. No, claro que no, lo nuestro es solo sexo.

—Mi don de consejera sentimental, me dice lo contrario —farfulló Cece—. Andrew Smith es tu pareja ideal. La química que hay entre ustedes es... explosiva.

Ella arrugó el rostro.

—Tu don se equivoca conmigo.

—Shh... —gimieron a sus espaldas—. ¿Podrían seguir hablando después de que acabe la obra? —le pidieron de mala ganas.

—Vale, lo sentimos —se disculpó.

Las luces del auditorio se apagaron y los focos del escenario se encendieron. Ella miró hacia atrás por encima del hombro para ver si Andrew aparecía. Empezó a dudar de que él llegaría. Había sido una idiota al pensar que lo haría. Él no tenía ninguna obligación con ella o con su hijo. Dirigió la vista al escenario y aplaudió cuando se asomó el primer personaje. El corazón se le llenó de orgullo al ver a Tom metido en su personaje. Creyó que era el soldadito más hermoso del mundo. Se enjuagó una lágrima con la yema de los dedos y aceptó el pañuelo que le ofrecieron.

—Dijiste que no ibas a llorar —susurraron.

Ella miró hacia su costado derecho y sonrió. Andrew Smith había cumplido con su palabra. Se quedaron un segundo en silencio observándose.

—No todos los días uno ve a su hijo actuando en una obra.

Él esbozó una mueca.

—Solo por eso estás perdonada.

Andrew miró hacia delante y apoyó la mano sobre la de ella y entrelazó los dedos con los suyos. Había sido un gesto simple, pero a la vez tan íntimo que quiso que esa noche no acabara nunca. Ella descansó la cabeza sobre su hombro y sonrió.

14. CORAZÓN FURTIVO

ANDREW había estado silencioso desde que habían llegado a la fiesta de compromiso de Cece y Jerry. Formar parte de la familia era lo que él había estado buscando, pero actuaba como si fuese un sapo de otro poso. Era la primera vez que lo veía tan aterrorizado. Y cuando un miembro de los Smith reconocía a Andrew en la fiesta, parecía que había visto al mismo diablo. Él se desprendió el segundo botón de la camisa y respiró hondo.

—No debí venir —murmuró, nervioso—. Ellos tenían razón, este tipo de cosas no son para mí.

Ella le acarició la mandíbula.

—Solo estás fuera de training, cariño —dijo—. Relájate e intenta sociabilizar, para que vean que no eres un ogro.

—¿Sociabilizar? —Repitió—. Ellos me miran como si tuviese la misma peste.

Él parecía un niño asustado y ella quiso llenarlo de besos. Se moría de ganas de mandar a todos los Smith al mismo demonio porque no querían ver quien era en realidad Andrew. Un hombre de superficie acida como el limón y un interior delicioso como el chocolate. Limón y chocolate, la combinación perfecta. Una mente como la de él no soportaba que lo compadecieran y rechazaba todo tipo de ayuda. Pero podía ayudarlo sin que él supiera que lo estaba ayudando.

—¿Quién eres? —le preguntó.

Él frunció el ceño.

—¿Cómo dices?

—¿Quién demonios eres?

—¿Hablas en serio?

—Responde mi pregunta.

—Andrew Smith —dijo—. Y deberías dejar de tomar alcohol, cielo.

—¿A qué le temes Andrew Smith?

Él resopló.

—A nada.

—Entonces ya deja de llorisquear. *Oh, nadie me quiere; oh, ellos me miran como la peste* —lo remedó—. Ocúpate del asunto y demuéstrole quien es Andrew Smith —le ordenó, dándole una palmada en el trasero.

—¿Desde cuando eres tan mala?

—Desde que comparto la cama contigo.

Él deslizó despacio un dedo por su brazo, cargado de sensualidad.

—Qué te parece si dejamos que todos se jodan y nos largamos de aquí, y dejo que me des los correctivos que merezco... pero en la cama —le propuso.

Ella le apartó la mano.

—Pienso que por más tentativa que parezca tu oferta, no voy a dejar que huyas de tu familia.

Andrew entornó los párpados.

—¿Mencioné lo guapa y sexy que te ves con ese vestido?

—Sí, ya lo dijiste, y que lo repitas no me hará cambiar de parecer. Enfrenta tus fantasmas, Andrew Smith.

—Es muy sencillo decirlo —replicó.

—Sé tú mismo, cariño —le aconsejó—. Eres una buena persona, Andrew —y para que lo creyera, añadió—: Mis abogados me dijeron que los hermanos de Tom ya no quieren la custodia. Sé que tú estás detrás de todo. Gracias. ¿Qué fue lo que hiciste?

—Les di lo que ellos tanto querían.

—¿Tú bonito trasero?

Él se relajó y se rió.

—Mi trasero es tuyo por el momento —repuso divertido—. Les regresé la membresía de Ball White.

Ellos se callaron cuando Tom se acercó.

—¿Puedo comer un poco del pastel? —preguntó.

—No —respondió ella.

—Sí —dijo él.

Tom los miró a los dos.

—¿Sí o no?

—Estamos en una jodida fiesta, claro que puedes comer pastel.

Ella parpadeó.

—Primero, no blasfeme delante de mi hijo; segundo, es demasiada azúcar para él, soy su madre y sé que es lo mejor para Tom.

—Lamento haber dicho jodido, no digas jodido Tom —gruñó él. Evidentemente, estaba molesto porque no le había dado escapatoria para huir de sus temores—. ¿Dices demasiada azúcar? La persona que toma azúcar con

café.

—¡Exacto! —Chilló—. Soy la prueba viviente de porque él no debe hacerlo.

Tom soltó un bufido.

—¿Entonces qué hago?

—Solo comerás una porción pequeña —le permitió.

Él y Tom chocaron las manos por su victoria. Y sintió celos por la proximidad que había nacido entre los dos. A ella no le gustaba quedar como la mala. Le lanzó a Andrew una mirada ceñuda.

—¿Planeas quedarte toda lo noche bajo mis pollera o vas a ir a sociabilizar? —le cuestionó.

Él recibió la copa de champaña que el camarero le ofreció y se la bebió de un solo trago.

—Puedes ser muy mala cuando te lo propones, nena.

Por ser él quien se lo dijera, lo tomó como un cumplido.

—¿Ya tienen fecha para la boda? —preguntó Rachel.

—En tres meses —respondió Cece—. Finalmente tengo este bonito anillo en mi dedo —murmuró, observando el diamante que tenía en la mano.

Ella sonrió.

—Es hermoso.

—Me he dado cuenta que pronto seremos familia —masculló Alegra—. No podrás escaparte del apellido Smith.

—Y puede que no sea la única —agregó Cece.

Sus tres amigas dirigieron la vista hacia ella.

—¿Por qué me miran así? —preguntó, incómoda.

—Oh, vamos, es obvio que entre ustedes existe algo más que un buen sexo —susurró Alegra, para que solo ellas pudieran escuchar.

—Nadie esperaba que Andrew asistiera al compromiso, ni siquiera su hermano —comentó Cece.

—Está claro que él ha venido por ella —siguió Rachel.

Le molestó inmensamente que hasta sus amigas juzgaran de insensible a Andrew. ¿Acaso no se daban cuenta que él se moría por recibir la aceptación de su familia? ¿De cómo le dolía cuando hacían un evento y a él no lo invitaban? Se cruzó de brazos y alzó una ceja.

—¿Ustedes intentan decir que él ha venido al compromiso de su ÚNICO HERMANO solo por mí? —Le cuestionó estirando cada palabra—. Entonces están jodidamente equivocadas. ¿Saben? Él tiene corazón y no puedo creer que su familia no lo pueda ver.

—Y tú estás jodidamente enamorada, cariño —replicó Alegra, divertida.

—¿Ves? Tú también pronto serás una Smith —profundizó Cece su teoría.

Rachel levantó su copa.

—Que nuestra amistad siga intacta por siempre —brindó.

Ellas chocaron las copas. Bebió un sorbo de champaña y buscó a Andrew con la vista. Él estaba haciendo un buen trabajo en sociabilizar, hasta acababa de hacer reír a los padres de Lennon. Andrew la atrapó observándolo y le sonrió, luego avanzó hacia ella.

—Puede que me haya equivocado al pensar que no había sido una buena idea haber venido —comentó al pasar.

Ella exhaló una bocanada de aire.

—Me obligas a decir *te lo dije*.

Él curvó los labios en una especie de sonrisa.

—Gracias.

Abrió grande los ojos.

—¿Cómo has dicho?

—No lo volveré a repetir.

—Me alcanzó con oírlo la primera vez.

Andrew se metió las manos en los bolsillos del pantalón y le susurró:

—Creo que mi familia me volverá a invitar la próxima vez que hagan una de estas cosas —continuó—. Me aseguré de que me vieran cuando llevaba al anciano en silla de rueda al baño, hasta lo ayudé a bajarse los pantalones.

—Oh, cariño, pero el hombre en silla de rueda no es un Smith —le informó—. Él es tío de Cece.

Andrew arrugó el entrecejo.

—¿Entonces todo ese esfuerzo fue para nada?

—Cece pronto terminará siendo parte de tu familia, así que supongo que tu esfuerzo no ha sido en vano. Lo volverás a cruzar en la boda de tu hermano —lo animó.

Cece se aclaró la garganta para llamar su atención.

—¿Puedo decir que lo que hay entre ustedes dos ya es oficial?

—¿A qué te refieres? —replicó él.

Ella le lanzó una mirada de advertencia a Cece para que cerrara la boca.

—No le hagas caso, su compromiso le está haciendo decir estupideces.

—Pero si hacen una linda pareja —tuvo que agregar Rachel.

—¿Pareja? —Repitió Andrew—. Ella y yo no... —él la miró por encima del hombro—. ¿Tú has dicho algo?

De repente, empezó a sentir mucho calor.

—¿Qué? Pfff... no... —carraspeó—. Tal vez haya mencionado que entre nosotros... ya sabes. Deberíamos irnos.

—¡Andrew! —gritó Jerry, abriéndose lugar entre los invitados.

Andrew dio un paso hacia delante.

—Me pareció oír que me buscabas, hermanito.

—¡Eres un malnacido! —Gruñó—. ¿Cómo te atreves a venir a mi compromiso?

Él echó el rostro hacia atrás, levando ambas cejas.

—Pues también te quiero mucho.

—No deberías hablarle así a tu hermano, cariño —lo regañó Cece.

—Los capullos como él están acostumbrados.

Ella apretó los labios.

—¿Qué diablos ocurre contigo Jerry?

—No te metas, Sofía —le ordenó Andrew—. ¿Puedo saber a qué viene todo esto?

—Ya deja de fingir conmigo Andrew, por más que te esfuerces, siempre serás una mierda. Hasta llegué a pensar que tu acercamiento era genuino.

Podía ver como el corazón de él se rompía en mil pedazos y la destrozó verlo así. ¿Por qué Jerry le estaba diciendo esas cosas horribles adelante de todos sus invitados? ¿No se daba cuenta que estaba humillando a su hermano?

—¿O vas a negarme que no tuviste nada que ver con los sponsors de mi revista?

Andrew la miró de golpe y no le gustó lo que encontró en sus ojos. Sacudió la cabeza. ¿Él pensaba que ella había abierto la boca?

—¿Qué provecho sacarás tú a cambio de todo esto? —Siguió Jerry—. ¿Planeas chantajearme o echarme en cara en un futuro tu bendito favor? ¿Sabes? No necesito favores de personas como tú.

¿Por qué él veía como algo malo recibir la ayuda de su hermano? Parecía que el defecto de todo Smith era sentirse omnipotente.

Andrew chasqueó la lengua.

—¿Piensas de verdad que podría chantajearte?

—¿Acaso me equivoco?

«Vamos, cariño, diles la verdad. Diles que lo ayudas porque lo quieres y estás orgulloso de su trabajo».

—No, pues me has atrapado. Felicidades. Soy el gilipollas más grande.

—Será mejor que te vayas Andrew —le pidió Lennon.

—Es una buena idea, y tienen razón, nunca debí venir.

—¡Espera Andrew! —Exclamó—. Ve por los abrigos Tom —le pidió.

Ella se giró hacia los Smith.

—¡Ustedes son de lo peor! —Rugió—. No se merecen tenerlo en su familia. Y si se creen mejor que él, se equivocan, todos ustedes son unos cretinos, miserables... tienen el corazón tan duro como una roca —dirigió la vista hacia Jerry—. Y por si no lo sabes, Andrew te ha estado ayudando desde tus comienzos con el blog y lo ha mantenido oculto porque sabía cómo reaccionarías. Él me obligó a que no te dijera nada para seguir cuidándote desde las sombras. ¿Sabes por qué? Porque se siente orgulloso de ti, pedazo de idiota.

Ella se volteó y se alejó antes que su jefe la despidiera.

—Has dicho muchas palabras malas, mamá —murmuró Tom, entregándole el abrigo.

—A veces la situación la amerita.

Ella le sujetó la mano y se apresuraron para alcanzar a Andrew.

—¡Espera, cariño! —gritó.

Él se detuvo cerca del coche cuando la oyó, se giró hacia ella y le lanzó una mirada de desprecio absoluto.

—¿Qué quieres? ¿Te han mandado ellos para asegurarse de que me he ido?

—¡No! —Gimió—. Vinimos a estar contigo.

Él puso los brazos en jarra y bajó la vista, luego la alzó con los párpados estrechos.

—¿Crees que necesito tu lástima? ¿Cree que dejaré pasar por alto la única

cosa que te pedí que no dijeras?

—Estás confundido cariño, no siento lástima por ti. Te amo Andrew y nunca te traicionaría. No fui quien le dijo a Jerry de los sponsors.

Él se pasó una mano por la boca.

—Quien está confundida aquí, eres tú —le dijo en un tono severo—. No existe nada entre nosotros. Lamento que te hayas hecho una idea que no era. No podemos seguir jugando a la familia feliz. Los quiero fuera de mi casa y de mi vida.

Ella tragó el nudo que se le había formado en la garganta. Estaba pagando las consecuencias de haberse enamorado de un gilipollas. Sabía que ese momento tarde o temprano llegaría. Él había dejado que ganara su costado más oscuro.

—¿Significa que no seremos más amigos? —preguntó Tom entre sollozos.

—Te estoy haciendo un gran favor, muchacho.

Rodeó los hombros de su hijo con un brazo y lo apretó contra ella para consolarlo. Había sido una idiota al pensar que lo que había entre ellos podía significar algo para él. Y lo peor era que había arrastrado a su hijo a que tuviera otra pérdida.

—Vale, si así es como lo quieres, nos iremos de tu vida.

—Pueden recoger sus cosas esta misma noche, que no dormiré allí hoy.

Él le dio la espalda, rodeó el coche y dijo antes de subirse:

—Me querían oscuro, pues aquí me tienen.

15. NADA ES LO MISMO SIN TI

LA CASA había quedado silenciosa. Había perdido el olor a hogar. Se sintió extraño llegar y que nadie lo recibiera. Por más que intentaba convencerse de que las cosas de ese modo serían mejor para él, no podía quitarse el dolor que tenía en el pecho. Dejó caer el cuerpo sobre el sofá y se cubrió el rostro con el cojín. Ella lo había traicionado. No podía perdonarla. Soltó una maldición al no poder quitársela de la cabeza. Estaba acostumbrado al desprecio que recibía de su familia pero nunca esperó que las palabras más hiriente la utilizara su hermano pequeño. Él debió dejar las cosas como estaban y no intentar ser alguien que no era. Arrojó el almohadón contra la pared. «¡Que se pudran todos!».

Achicó los ojos cuando halló una cosa metálica y brillante a su lado. ¿Pocky? Tom se había olvidado su robot. El muchacho no podía vivir sin él. Debía llevárselo. Tampoco era un desalmado. No le había gustado el modo que había utilizado para despedirse de él. Estaba enojado y se había desquitado con el niño. Esbozó una media sonrisa. Puede que Sofía hubiera olvidado el robot de su hijo a propósito para tener una excusa para regresar. Y puede que si ella le implorara que lo perdonara y le dijera otra vez que lo amaba, él cambiara de parecer ahora que se encontraba más sereno.

Se puso de pie y se acercó a la licorera y se sirvió una medida de whisky. Frunció el ceño cuando el ascensor se detuvo en su piso. «Sofía», pensó. El pulso se le aceleró. Ella había regresado más rápido de lo que había imaginado. Las puertas se abrieron y quienes salieron del elevador fueron las personas que menos quería ver en ese momento. Su hermano y su primo avanzaron hacia él.

—¿Qué hacen aquí? —Gruñó—. ¿Y cómo diablos consiguieron subir?

—Supiste dejarme las llaves para que cuidara de tu casa y nunca más me la volviste a pedir —respondió Jerry.

Bebió un sorbo de whisky.

—Bueno, ahora las quiero de regreso.

—Sabíamos que no nos ibas a atender, por eso decidimos entrar —agregó Lennon.

«Bien pensado».

—Si vienen a tirarme toda su mierda, ni crean que saldrán ilesos esta vez —les advirtió.

—Vinimos a disculparnos —dijo Jerry—. Pensé lo peor cuando descubrí que tú habías interferido para que la revista tuviera todos esos sponsors.

—Sofía no debió decirte nada.

—Ella no fue quien me lo dijo.

—¿Ah, no?

—El CEO de los tenis me dijo que al promocionar su marca en mi revista, tenía sus deudas saldadas contigo.

Madre mía, él había dejado ir a la señora Queen por eso. Volvió a tomar otro trago de whisky pero esa vez el líquido le ardió en la garganta.

—Lamento haberte dicho todo lo que te dije, Andrew —siguió Jerry—. No te lo merecías. Me enfadó enterarme que no había conseguido los sponsor por mi talento.

Él arrugó el ceño.

—¿Crees que hubiese movido mis contactos si no hubiese visto talento en ti? —Resopló—. Te aseguro que no hubiese movido un dedo si fuese lo contrario, aunque seas mi hermano.

Jerry soltó un gruñido.

—¿Por qué contigo todo tiene que ser tan complicado?

—Soy un Smith, hermanito.

—Me esforcé para no ser tu sombra Andrew. Me alejé del negocio familiar porque sabía que no brillaría por mi cuenta. Tú has llevado a Ball White a un nivel impensado. Toda mi vida he admirado tu tenacidad, pero tu perfeccionismo hace que las personas se alejen. Te comportas como un gilipollas y siempre estás marcando los defectos...

—Para que sean mejores —interrumpió él.

—¡Pero son nuestros errores, joder! —Chilló—. Haces que las personas que te rodean se sientan insignificantes. La familia te agradece y te admira por haber llevado el apellido a un escalón más alto, pero nadie sabe cómo tratarte.

Él alzó una ceja.

—¿La familia me admira?

—No sabes cómo disfrutamos cuando te casaste con la stripper —agregó Lennon—. Finalmente, Andrew Smith la había cagado.

—Fue una época de rebeldía, y el abuelo me cobró caro el error al sacarme de su testamento —continuó—. Dejando sus millones y House White al holgazán de la familia.

Lennon chasqueó la lengua.

—Y ese es el Andrew del que todos huyen.

—Vale, lo siento, ahora eres un poco menos holgazán.

Ellos se rieron.

—Siempre te he admirado, capullo, eres mí jodido hermano mayor y solo intento que te sientas orgulloso de mí como yo lo estoy de ti.

—Es tiempo de que te despables mocoso idiota, claro que estoy orgulloso de ti, fuiste uno de los pocos que tuvo la valentía de enfrentarse al abuelo para seguir sus sueños.

Jerry hizo una mueca.

—Ahora entiendo porque él me dejó afuera de su testamento.

—¡Oh, cielo santo, porque no se abrazan de una buena vez! —exclamó Lennon.

Él revoleó los ojos y dio el primer paso para abrazar a su hermano pequeño. Fue un momento tenso, incómodo pero a la vez placentero.

—Supongo que ahora me invitarás a tu boda.

—Me encantaría verte allí como mi padrino.

—Uuu... —carraspeó—. Uuu... será un placer.

Lennon cogió el robot de Tom que estaba sobre el sofá y adoptó una expresión de confusión.

—¿Las cosas entre Sofía y tú va en serio? —le preguntó.

—Lo que había entre ella y yo se acabó.

—¿Por qué? —Inquirió Jerry—. Vas a arrepentirte si dejas escapar a esa mujer.

—No soy la clase de hombre que ella busca. Se merece un buen marido que sepa ser padre de su hijo. Lo nuestro estuvo bien mientras duró.

Sintió un ardor en el pecho por decir semejante gilipollada.

—El capullo tiene miedo —se mofó Lennon.

—Entonces no te molestará que el editor de mi revista le pida una cita a Sofía —masculló su hermano—. Él está interesado en ella, y no creo que le moleste que ella tenga un hijo.

Le produjo acidez imaginarse a la señora Queen con otro hombre. Ella no le había mencionado nada acerca de ningún editor y le molestó que no lo hiciera. Actuó muy bien cuando le dijo que lo amaba.

—¡Qué le den a los dos si quieren estar juntos! —Gruñó—. Me importa un bledo lo que quieran hacer. Ella se ha ido de mi casa y de mi vida. ¡Ja! La muy cínica me dijo que me amaba.

—Pero despábilate idiota, esa mujer te ama, de lo contrario no te hubiera defendido como lo hizo adelante de todos en mi fiesta de compromiso. El abuelo no te hubiera desheredado si le hubieras llevado una mujer como ella. Y si no vas por Sofía y le dices que también la amas, no te la mereces.

—¿De dónde has sacado que yo también la amo?

Jerry puso los ojos en blanco.

—De lo mucho que te duele pensar que ella pueda irse con otro hombre y perderla para siempre.

—Cualquier idiota se da cuenta de eso —agregó Lennon.

¡Madre mía! Ellos tenían razón. No podía seguir negando lo innegable. Él también la amaba. Amaba a la señora Queen.

16. JUNTOS SOMOS INVENCIBLES

MIRÓ la pantalla de su móvil y buscó la letra Q entre sus contactos y deslizó el dedo en el apellido Queen. Las manos le sudaban y sus palpitaciones aumentaban. Estaba más nervioso que el día en el que cerró su negocio más importante. Tuvo miedo de que la señora Queen lo mandara a volar cuando escuchara su voz. Respiró hondo y apretó llamar. Él había pensado en un plan B por si Sofía lo rechazaba en el primer intento. Tenía a Pocky en su poder y podía negociar un encuentro si ella lo quería de regreso. El llamado terminó en el buzón. Cogió su abrigo del guardarropa. Él iría directamente a verla a su trabajo. Los quería de regreso. Los necesitaba. Ellos eran su familia. Llamó al elevador y cuando las puertas se abrieron en su piso, se llevó una gran sorpresa.

—Señora Queen... —musitó—. No esperaba... me alegra que hayas venido —murmuró, sonriente—. Te estuve llamando al móvil y pensé que no querías verme.

Ella lo hizo a un lado y empezó a husmear a su alrededor.

—¿Tom está aquí? —le preguntó exaltada.

Arrugó el ceño.

—No —respondió—. ¿Por qué Tom estaría aquí?

Ella se veía preocupada.

—Debemos hablar Sofía —siguió—. Justo estaba saliendo para ir a verte.

—Ahora no puedo, Andrew.

—¿Por qué no? Si ya estás aquí.

—Porque Tom se ha escapado y no sé en dónde está —farfulló, llevándose una mano a la boca—. No sabía a donde ir a buscarlo —dijo entre sollozos.

Él acortó la distancia que había entre ellos y la abrazó.

—Hiciste bien en venir, cariño —le alzó la barbilla y la obligó a mirarlo a los ojos—. Sé que es difícil lo que te voy a pedir, pero debes tranquilizarte si quieres hallarlo, ¿vale?

Ella asintió con la cabeza.

—¿Quién fue la última persona que lo vio?

—Rachel... ella lo estaba cuidando... y luego... desapareció y se llevó su mochila con sus ahorros —respondió—. Por eso pensé que tal vez él podía haber venido hasta aquí. ¡Oh, Dios mío! ¿Qué voy hacer si algo malo le sucede? —gimió.

—Tom estará bien, él es un niño inteligente —la animó—. ¿Él no pudo irse con algún amiguito?

—Llamé a los padres de sus amigos pero ellos no lo han visto, igualmente Rachel y Alegria están yendo a sus casas.

—¿Existe algún sitio que ha Tom le guste ir? —Le consultó—. ¿Él no te mencionó un lugar en particular?

Elle pensó por un segundo en silencio y luego respondió:

—¡Joder! ¿Cómo no me di cuenta antes?

—¿Sabes dónde puede estar?

—Él me estuvo diciendo que extrañaba nuestra casa —repuso—. Que

quería regresar a la residencia Truswell.

—Vale, iremos a buscarlo.

—No tienes que venir.

—Pero quiero hacerlo.

El alma le regresó al cuerpo cuando observó a Tom sentado en las escalinatas de la entrada de la residencia Truswell. Andrew estacionó el coche y le sujetó una mano antes que se bajara.

—No seas dura con él —le aconsejó.

Ella se enjuagó una lágrima con las yemas de los dedos.

—Ese niño casi hace que me dé un infarto.

Andrew se inclinó y le dio un beso en la frente.

—Te aseguro que él está más asustado que tú.

Ella se apartó para no volver a confundirse con algo que no existía entre ellos. ¿Por qué él jugaba con su mente de ese modo? ¿Por qué la hacía sentir especial y luego le pedía que se alejara de su vida?

—Gracias por traerme, y ya no es necesario que te quedes.

Ella se bajó del coche y corrió hacia Tom, y recién se tranquilizó cuando lo tuvo entre sus brazos sano y salvo.

—Nunca más vuelvas a hacerme esto —le ordenó con la voz quebrada.

—Lo siento mamá —murmuró—. Quise regresar a nuestro hogar.

Ella le sujetó el rostro entre las manos.

—Debiste pedírmelo, Tom —repuso—. Eres un niño y no puedes andar

solo por la calle. ¿Sabes el susto que le has dado a Rachel cuando no te encontró? ¿Y el susto que me diste a mí al no saber en dónde buscarte?

El labio inferior de Tom empezó a temblar.

—Quiero que todo vuelva a ser como antes.

—No podemos regresar a esta casa, cariño, pero cualquier sitio en el que estemos los dos, lo podemos transformar en nuestro hogar.

—No me gusta nuestra nueva casa —replicó—. ¡Andrew! —gritó.

Ella se volteó de golpe. No había calculado que él se quedaría.

—Si buscabas llamar mi atención, pues lo has conseguido, muchacho — comentó él—. Pero la próxima vez prueba con llamar a mi móvil.

Tom bajó la mirada.

—Lo siento...

—No es necesario que te quedes Andrew —le volvió a repetir—. Desde ahora puedo ocuparme yo misma de la situación. Gracias por traerme.

Él se pasó una mano por la boca y volcó toda su atención en Tom.

—Olvidaste a Pocky en mi casa.

—No lo olvidé.

—Pero lo vi en mi sofá.

—Te lo dejé para que Pocky te cuidara —le dijo—. Tú estás solo y yo tengo a mi mamá para que lo haga.

Ella quiso comer a besos al pequeño bandido.

—¿Y te gustaría que todos volviéramos a vivir juntos? —se atrevió a preguntarle el gilipollas.

—¡Sí! —chilló Tom y corrió para abrazarlo.

Ella sacudió la cabeza.

—¿Qué demonios crees que haces en aparecerte aquí y querer confundir a mi hijo? ¡Nos pediste que desapareciéramos de tu vida!

Andrew extendió un brazo hacia ella.

—Los quiero de vuelta, cariño. Lamento todo lo que les dije —se disculpó—. Actué como un idiota.

Ella se cruzó de brazos.

—Sí, fuiste un idiota —afirmó—. Pero no somos objetos a los que tú puedes deshacer cuando se te antoja.

—Todo esto es nuevo para mí Sofía, nunca imaginé enamorarme de una mujer con un hijo al que también le he tomado cariño. Te amo maldita sea. Los extraño y los quiero de regreso. Y si quieren hacerme sufrir hasta que finalmente puedan perdonarme, bien, lo aceptaré.

Ella parpadeó.

—Vuelve a repetirlo —le pidió.

—Que si quieren hacerme sufrir...

—Lo anterior a eso —lo interrumpió.

—Que los extraño a los dos.

—Antes.

—Te amo —dijo, sonriente—. Te amo Sofía Queen, y sería el hombre más feliz si me dieran otra oportunidad.

Su corazón latía a toda velocidad, mientras su mente procesaba cada una

de sus palabras. No quería perdonarlo, pero ella también lo amaba y sabía lo difícil que era para un hombre como él abrir su corazón.

—¿Tú que dices Tom? —Le preguntó—. ¿Le damos otra oportunidad?

Tom asintió frenéticamente con la cabeza.

Ella aceptó su mano y Andrew la tironeó hacia él, luego la besó suavemente en los labios.

—¿Eso es un sí? —murmuró contra la comisura de los labios.

Hizo una mueca.

—Solo porque mi hijo así lo ha querido.

Él enarcó una ceja.

—¿Tú sí me vas a hacer sufrir hasta obtener tu perdón, verdad?

—Dalo por hecho, cariño —asintió, acariciando su mandíbula tiernamente—. También te amo Andrew Smith.

Andrew sujetó su barbilla y se inclinó para buscar sus labios otra vez.

—Me están aplastando —se quejó Tom, que estaba entremedio de los dos.

Tanto él como ella intercambiaron miradas y se rieron.

—Lo sentimos, cariño.

—¿Podemos ir por un helado?

Andrew subió a Tom a sus hombros.

—Claro, compañero.

—Pero que esto no se les haga una costumbre —protestó ella—. No es saludable consumir demasiada azúcar.

—¿Qué te parece si dejamos a tu madre encerrada en el coche mientras nosotros vamos por el helado?

—¡Sí! —aceptó el vendido de su hijo.

—¡Hey! —Gimió—. Los estoy escuchando.

Él le cerró un ojo.

—Esa era la idea, nena.

Ella tuvo que caminar rápido para alcanzarlos.

—Tendrás que repetirme muchas veces lo que me dijiste para convencerme de que no cambie de opinión —le advirtió.

—¡Te amo Sofía Queen y quiero que seas mi esposa! —gritó él en medio de la calle.

Tragó saliva.

—Vale, ya me has convencido.